

EL DIARIO DE ALICE JAMES

Edición de JOSEPH LEON EDEL

Traducción y notas de

EVA RODRÍGUEZ-HALFFTER

PRE-TEXTOS • FUNDACIÓN ONCE
COLECCIÓN LETRAS DIFERENTES

Título de la edición original en lengua inglesa:
The Diary of Alice James (Northeastern University, 1999)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S. G. E.)

© Joseph Leon Edel, 1964;
actualmente en propiedad de Deborah A. Edel. Todos los derechos reservados
© de la traducción: Eva Rodríguez-Halffter
© De esta edición: Fundación ONCE y Editorial Pre-Textos, 2003

Ilustración cubierta: Pre-Textos (S. G. E.)

ISBN: 84-8191-537-8
Depósito legal: V.4498-2003
Impresión: Guada Impresores S. L. - Tel. 96 151 90 60
Montcabrer, 26 - Aldaia (Valencia)

ÍNDICE

NOTA DE LA TRADUCTORA	7
CRONOLOGÍA	11
LEON EDEL: PREFACIO A LA EDICIÓN DE 1964	15
LEON EDEL: RETRATO DE ALICE JAMES (1964)	23

EL DIARIO DE ALICE JAMES

LEAMINGTON, 1889-1890	49
SOUTH KENSINGTON, 1890-1891	171
KENSINGTON, 1891-1892	221
ÍNDICE ONOMÁSTICO	281

NOTA DE LA TRADUCTORA

El lector español del *Diario de Alice James* quizá considere que hay en él pasajes oscuros que exigirían aclaración o, incluso, merecerían mejor traducción, pues no es infrecuente hacer responsable al traductor de lo que son, esencialmente, rasgos de estilo o sencillamente escritura defectuosa de un autor. Ríos de tinta podrían escribirse sobre esta cuestión, pero no es éste el lugar para hacerlo ni esta nota tiene esa intención. Los pasajes oscuros lo son en ambos idiomas, inglés y español. En el Prefacio a la edición de 1964, Leon Edel hace un comentario breve que apunta en este sentido.

Cualquier diario, por su carácter mismo de documento privado, al menos en teoría, es susceptible de contener alusiones, observaciones o referencias que tienen sentido para el autor pero cuyo significado se pierde para el lector ajeno al entorno personal o social del autor. Este obstáculo para la correcta comprensión de un diario suele paliarse con notas aclaratorias a pie de página que informan, ilustran o iluminan los puntos que así lo requieran. En el caso del *Diario* de Alice James, las contadas notas incluidas por Katharine Loring para la primera impresión y las añadidas por Leon Edel para esta edición hacen referencia en primer lugar a nombres propios citados en el texto, y en segundo lugar a algunos acontecimientos señalados de la época o de la vida de Alice. Pero hay comentarios sobre hechos cotidianos de carácter público o privado que, sin embargo, quedan sin mayor explicación; hay también alusiones a personas, lugares, costum-

bres, instituciones, publicaciones, obras y personajes literarios que, siendo más o menos familiares al lector inglés, son totalmente ajenos al entorno cultural español. En estos casos se ha añadido una nota de traductor donde parecía exigirlo la inteligibilidad del texto.

Pero no se limitan a esto las dificultades. La redacción misma del Diario muestra en algunos puntos problemas de comprensión: hay giros lingüísticos caídos en desuso cuyo significado no es fácilmente encontrable, formaciones sintácticas poco usuales o complicadas; hay sobre todo formas de expresión que son propias de Alice James, un modo elíptico de aludir a hechos o personas, que en ocasiones sólo permite conjeturar sobre su sentido y, consecuentemente, sobre su traducción. Véase como muestra, aunque podrían citarse muchos más, este fragmento que habla de su recuerdo de una institutriz, sobre cuyo contenido no hay explicación antecedente ni aclaración posterior alguna:

M[ademoiselle] Cusin's bonnet is equally vivid, but a more mixed delight. In the grey dusk of our P. M. walks we discovered an artist, but the pangs of parturition were most severe, for the millinery point of view of Neufchâtel and that of the Edgeware Road had not only to be revealed, but reconciled one to the other, by me, aged seven. (p. 46)

Para este tipo de problema he recurrido, tras las obligadas consultas a libros de referencia y diccionarios, en última instancia, a angloparlantes cualificados, con resultados que, corroborando mi impresión o corrigiéndola, han hecho posible una traducción, al menos así confío, acertada. Pero sólo yo soy responsable de los posibles errores.

Otra fuente de dificultades también relacionada con la redacción del Diario es que a una sintaxis en ocasiones complicada hay que añadir un uso de la puntuación, por así decirlo, caprichoso –“idiosincrático”, dice Leon Edel–. A este respecto sí hay una acla-

ración en el Prefacio, en el sentido de que es la puntuación lo único que se ha retocado ligeramente en el Diario. Si sus editores han creído necesarios estos retoques debía ser aún más singular de lo que aparece en su estado actual. Y aquí viene al caso una aclaración que tiene que ver directamente con el quehacer del traductor. En primer lugar he tenido en cuenta las normas y usos de la puntuación en la lengua escrita española e inglesa. Siempre con la salvedad de que la puntuación es, en medida considerable, cuestión bastante subjetiva, se puede decir que hay variaciones en el uso que se hace de ella en ambas lenguas. Pero después de dejar margen para estas diferencias, la puntuación del Diario seguía siendo poco habitual y algunos pasajes han requerido varias lecturas para advertir con claridad su sentido. Por esta razón, he intentado reflejar esta peculiaridad estilística en la traducción con una puntuación a su vez algo singular, aunque he evitado, o eso espero, que llegara a serlo hasta el extremo de hacer el texto incomprensible.

Mucho se ha debatido y se sigue debatiendo sobre el deber del traductor en general, y del que se enfrenta a este tipo de problemas, en particular. ¿Debe enmendar? ¿Debe ajustar su traducción a la norma sintáctica o gramatical cuando la norma se ha transgredido en el original? ¿Debe “embellecer”? Ortega y Gasset, en “Misericordia y esplendor de la traducción”, afirma que ante un “texto rebelde” el traductor que mete “al escritor traducido en la prisión del lenguaje normal... le traicionará”. Pese a ello, y comprensiblemente, muchos traductores, a sabiendas de que se les achacará a ellos cualquier error en el texto traducido, optan por enmendar y corregir. En este caso, yo he preferido conservar el sabor personal y el carácter propio del diario, y para hacerlo me amparo en otros dos autores que, a mi juicio, han pensado muy seriamente sobre la traducción.

Vladimir Nabokov, en el Prefacio a su traducción de *Un héroe de nuestro tiempo* de Mijaíl Lérmontov, dice lo siguiente: “En mi esfuerzo para traducir a Lérmontov, he sacrificado con gusto a la

exigencia de exactitud una serie de cosas importantes: el buen gusto, la dicción nítida y hasta la gramática (cuando aparece algún solecismo característico en el texto ruso). El lector inglés debe ser consciente de que el estilo prosístico de Lérmontov en ruso es poco elegante; es seco y deslucido... Su ruso es, en ocasiones, casi tan tosco como el francés de Stendhal”.

En las palabras de Nabokov hay una frase que está, a mi parecer, en el núcleo de toda labor de traducción: “la exigencia de exactitud”. Y para definir ese concepto de exactitud traductora, nadie mejor que George Steiner, quizá el máximo teórico actual de la traducción. En su colección de ensayos reunidos en el volumen *Pasión intacta*, hay uno de 1982 titulado “Un arte exacto” que trata sobre la traducción. En éste encontramos lo siguiente: “el traductor... es fiel a su texto... sólo en la medida en que se esfuerza para restaurar el equilibrio de fuerzas, de presencia integral” que estaba allí previamente. Y termina diciendo que la traducción debe ser “un arte exacto: exacto por su ideal de precisión, exigente por su rigor moral y técnico. El traductor convertirá así su esfuerzo en una paradoja de eco creativo, de reflejo metamórfico.” Yo he procurado responder a esta exigencia; el lector juzgará el resultado.

CRONOLOGÍA

- 7 de agosto de 1848* Nace Alice James (AJ), quinto vástago de la familia James. Sus hermanos son William (11 de enero de 1842), Henry (15 de abril de 1843), Garth Wilkinson (21 de julio de 1845), y Robertson (29 de agosto de 1864). La familia reside en el número 58 de West 14 Street, en Nueva York.
- Junio de 1855* La familia se traslada en barco a Europa, donde vive en Ginebra, Londres, París y Boulogne.
- Diciembre de 1857-*
Octubre de 1859 La familia regresa a Estados Unidos fijando su residencia en Newport (Rhode Island). AJ asiste a la escuela de Miss Hunter.
- Octubre de 1859* La familia vuelve a Europa, estableciéndose en Ginebra; regresa a Newport en septiembre de 1860.
- 1861-1862* AJ se presenta voluntaria para la Asociación de Ayuda Femenina.
- 1864* La familia se traslada a Boston. AJ asiste a la Escuela de Miss Clapp.

1866	La familia se traslada a Cambridge (Massachusetts).
<i>Noviembre de 1866</i>	AJ viaja a Nueva York (con la tía Kate) para recibir tratamiento del doctor Charles Taylor (ejercicio terapéutico); regresa en mayo de 1867.
<i>Otoño de 1867</i>	AJ se incorpora al grupo la Abeja.
<i>Principios de 1868</i>	Colapso nervioso y físico.
1868	AJ y Mary James se afilian a la Sociedad Humanitaria Femenina de Cambridge.
<i>Verano de 1869</i>	Vacaciones en familia en Pomfret, Connecticut.
<i>Verano de 1870</i>	Vacaciones en familia en Pomfret, Connecticut.
<i>Mayo de 1872</i>	AJ va a Europa (con la tía Kate y el tío Henry); vuelve en octubre de 1872.
1873	AJ conoce a Katharine Peabody Loring (KPL).
<i>Invierno de 1873</i>	Repetición del colapso nervioso y físico.
<i>Verano de 1874</i>	AJ y la tía Kate pasan las vacaciones en Breadloaf Inn, Ripton (Vermont), donde AJ aprende a montar a caballo.
<i>Diciembre de 1875</i>	AJ empieza a enseñar historia en la Sociedad para el Fomento de los Estudios en Casa.
<i>Verano de 1878</i>	Colapso nervioso y físico; piensa en el suicidio.
<i>Julio de 1879</i>	AJ y KPL se van a Putnam Camp.
<i>Mayo de 1881</i>	AJ y KPL se embarcan para Inglaterra; vuelven en septiembre de 1881.

<i>Enero de 1882</i>	Muere Mary James.
<i>Primavera de 1882</i>	AJ y Henry James (padre) se trasladan a Boston.
<i>Diciembre de 1882</i>	Muere Henry James padre.
<i>Mayo de 1883</i>	AJ entra en la Clínica Adams para Enfermedades Nerviosas de Jamaica Plain (Massachusetts) para una cura de descanso.
<i>Invierno de 1884</i>	AJ va a Nueva York para recibir tratamiento del doctor William Neftel (“masaje” eléctrico).
<i>Verano de 1884</i>	Pomfret, Connecticut.
<i>Noviembre de 1884</i>	AJ y KPL se van a Inglaterra.
<i>Marzo de 1889</i>	Muere Catharine Walsh.
<i>Mayo de 1889</i>	AJ comienza su diario; visita de William; AL y JPL en Leamington.
<i>Mayo de 1891</i>	AJ y KPL vuelven a Londres; se le diagnostica un cáncer de mama.
<i>6 de marzo de 1892</i>	Muere AJ. Es incinerada. Las cenizas son enterradas en el cementerio de la ciudad de Cambridge (Mass.).
<i>1894</i>	KPL envía a William y Henry copias del diario de AJ.

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 1964

El diario de Alice James, la hermana inválida del psicólogo William y el novelista Henry, representa su modesta aportación a la posteridad junto a las obras de sus famosos hermanos. Alice registró los pormenores de su mundo de enfermería en dos cuadernos de letra apretada durante los meses finales de su acortada vida, legándolos a su leal amiga y compañera Katharine Peabody Loring, que había cuidado de ella durante la mayor parte de un decenio. Katharine Loring se llevó este diario a su casa de Beverly (Massachussets), donde preparó la edición del manuscrito rectificando ligeramente la puntuación, alterando alguna que otra palabra, suprimiendo algunos pasajes e introduciendo una media docena de notas a pie de página. Después (en 1894) hizo imprimir cuatro copias, una para cada uno de los hermanos James y otra para ella. Katharine Loring tenía el propósito de publicar el diario, si los hermanos estaban de acuerdo. En las últimas seis semanas de su vida Alice había pedido que se mecanografiara su diario, y “aunque nunca lo dijo, entiendo que le hubiera gustado publicarlo”.

Años después, Katharine Loring escribió que William James “nunca me dio las gracias por la copia que le mandé, acusando simplemente su recibo, y desde luego nunca hizo la menor alusión a haberlo o no leído”. Henry James instó a Katharine a que se abstuviera de publicarlo, y destruyó su copia impresa. Sus motivos quedaron expresados con inequívoca claridad en una serie de cartas enviadas a su hermano. Estaba, dijo, “terriblemente asustado y desconcertado —quiero decir alarmado— ante la vista de tan-

tos nombres y alusiones privadas en letra impresa”. Alice no le había dicho nunca que estuviera escribiendo un diario, y él le había hablado sin reserva sobre la sociedad londinense y sobre su vida cotidiana, exagerando a menudo para animar el ambiente de enfermería. No le importaba que Alice hubiera puesto por escrito tantas de estas conversaciones; pero darles permanencia en letra impresa era algo totalmente distinto. La señorita Loring tendría que haber “escondido unos cuantos nombres” y utilizado iniciales (lo cual hizo, en efecto, en unos pocos casos). “Cuando veo que yo digo que Augustine Birrell tiene una mueca satisfecha después de hablar; y veo que Katharine no sintió la menor inducción a ejercer discreción sobre este nombre, siento gran disgusto y me asombra lo extraño del destino.”

Los temores inmediatos de Henry James eran que su hermano menor, Robertson, o sus hijos pudieran dar a conocer el diario por descuido o indiscreción. “Me parece verlos mostrándolo por Concord, y hablando de él, con la temible prensa americana al acecho de cualquier murmullo, de cualquier eco.” Y el novelista añadía: “Me resigno ante el destino, estoy preparado para lo peor”. Lo peor no ocurrió nunca. Katharine Loring respetó los deseos de Henry, hasta el punto de no enviar una copia a Robertson. Casi medio siglo después de la muerte de Alice, se la entregó a la hija de Robertson, la ya fallecida señora Mary James Vaux, de Bryn Mawr (Pennsylvania), lo cual hizo, según dijo, por amistad y porque los hijos de Robertson eran “los únicos nietos que han mostrado algún interés en mí o me han preguntado sobre mi relación con la familia James”.

Hacía tiempo que la señora Vaux había considerado que había que hacer algo en memoria de los miembros menos conocidos de la familia James: su propio padre, Robertson, un hombre de gran talento que nunca había utilizado, y su hermano mayor, Garth Wilkinson James, generoso derrochador que murió a los cuarenta años. Así fue como el diario adquirió al fin forma de libro en 1934, no como “carta de Alice al mundo”, sino como parte de un volu-

men dedicado también a Wilky y Robertson. Su título era: *Alice James: Her Brothers-Her Journal*. Alice siguió siendo póstumamente como había sido toda su vida simplemente la hermana menor; su derecho a recibir atención seguía siendo como apéndice de sus hermanos.

Mary Vaux confió la edición del volumen a Anna Robeson Burr, la cual escribió una introducción de 82 páginas dedicada a los hermanos Wilky y Robertson. La contribución de éstos a la posteridad, irónicamente, se debía en gran medida a su parentesco con William, Henry y Alice, aunque habían sido, como muchos de sus conciudadanos, fervientes abolicionistas, habían luchado valerosamente en la Guerra Civil y habían quedado destrozados por ella. Wilky y Robertson habían intentado después, con más idealismo que pragmatismo comercial, explotar una plantación en el Sur posbélico, y acabaron finalmente trabajando en el Oeste. Fueron ciudadanos honorables de la república americana; pero en esa especial república de la que eran “naturales” –la familia James– la vida les había otorgado una especie de ciudadanía honoraria de segunda categoría. Su singular destino fue tener genio para su condición fraterna y experimentar (como iba a ocurrirle a Stanislaus Joyce en otro siglo) el calor del orgullo familiar por sus célebres y creativos hermanos. No es de extrañar, pues, que Robertson sospechara que era recogido, y que Garth Wilkinson, gravemente herido en el asalto a Fort Wagner en 1863, no encontrara profesión y muriera joven.

La señora Burr fue menos respetuosa con el texto que Katharine Loring. En su prefacio decía que “el diario se reproduce como se escribió”; pero eliminó pasajes en francés y otros donde el texto no era comprensible sin explicación. Hurtó al diario gran parte de su sentido omitiendo los recortes de la prensa inglesa incluidos por Alice, “porque aluden a acontecimientos de hace mucho tiempo, relacionados a menudo con debates parlamentarios menores y con la política local inglesa, pero además porque diluyen el denso fluir de sus propias observaciones y sentimien-

tos”. Esto exigía que se extirparan también algunas alusiones a los recortes. Así truncado se presentó el “diario” ante el mundo. Lo que Anna Robeson Burr pasaba por alto era que dichos recortes servían muchas veces a Alice como ilustración vívida de algunos de sus agudos comentarios sobre las costumbres inglesas; y los “debates parlamentarios menores” formaban, con todo, parte de la cuestión de la autonomía irlandesa que tanta animación –y acritud– había aportado a su, por lo demás, monótona vida de inválida. Lejos de “diluir” el diario de Alice, forman parte integral de él.

Para la publicación del texto completo del diario por primera vez he trabajado con fotocopias tanto del manuscrito original como de la versión privadamente impresa por Loring. Es evidente que la señora Burr no basó su publicación en el manuscrito sino en la versión impresa. En el manuscrito original faltan algunos de los recortes, habiéndose desprendido de la página donde estaban pegados hace ya mucho tiempo. Para el contenido de éstos he recurrido a la edición Loring, donde estaban reproducidos en su totalidad. Se ha aplicado una cierta armonización de la puntuación idiosincrática de Alice y se ha introducido la forma completa de algunas abreviaturas pensando en el lector. En todo lo demás, sin embargo, este diario concuerda con el manuscrito original. Estoy en deuda con la fallecida señora Vaux, quien me mostró el manuscrito por primera vez y hace algunos años expresó su esperanza de que yo publicara una nueva edición. Su hijo, el profesor Henry James Vaux de la Universidad de Berkeley (California), me prestó una valiosa ayuda y deseo expresar mi agradecimiento en particular a él y a su hija, Alice James Vaux, actual propietaria del manuscrito, por permitirme microfilmarlo. Estoy también en deuda, en la preparación de la edición de este diario, con Donald G. Brien, un amigo de hace muchos años; con William A. Jackson, director de la Biblioteca Houghton, y con su bibliotecaria, Carolyn E. Jakeman; y no en grado menor, con mi antigua alumna, Gloria Glikin del Brooklyn College, que me

ayudó en el cotejo de la edición Loring con el manuscrito, buscó pacientemente en la prensa inglesa y me ayudó con las notas. Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento al señor John James de Cambridge y al Presidente y miembros de la Universidad de Harvard por permitirme acceso ilimitado al archivo familiar de los James en la Biblioteca Houghton. Estoy también agradecido a Rupert Hart-Davies por su ayuda en algunas de las notas a pie de página.

Han pasado casi setenta y cinco años desde que Alice James escribió su diario. Las notas, por consiguiente, tienen la finalidad de situar sus alusiones en su debido contexto histórico y de identificar –sobre todo para una generación nueva– a algunas de las personas mencionadas en el texto. Para los interesados en el aspecto bibliográfico de mi trabajo, el manuscrito del diario está contenido, como he dicho, en dos cuadernos de notas ingleses comunes y corrientes. El primero tiene unas 232 páginas numeradas y sin rayar (algunas páginas llevan doble numeración), de 4,5 por 7 pulgadas, y el segundo de 6,25 por 7,75, con 201 páginas rayadas de las cuales 71 están escritas con letra de Alice James y las restantes están escritas por Katharine Loring. Aparece una tercera caligrafía, aunque raramente, probablemente de alguna de las enfermeras, que quizá escribiera al dictado en las contadas ocasiones en que Katharine estuvo ausente. La diarista comenzó con el número uno en la carilla derecha de cada cuaderno, y continuó numerando las carillas derechas hasta llegar al final del cuaderno. Después le dio la vuelta, con lo que las carillas izquierdas en blanco quedaron a la derecha, y siguió escribiendo en éstas. Por consiguiente, cuando se abre el diario el texto de la página derecha está en su posición debida, pero el de la izquierda está al revés.

Alice James utilizó también el primer cuaderno durante algún tiempo como libro de anotación de citas, comentarios, poemas, etc. En el segundo cuaderno hay algunas páginas en blanco y en otra media docena de ellas se copiaron una carta de Henry James

padre a Emerson (con una descripción de Hawthorne) y una parte de una carta de William James de 1885, al parecer dirigida a Alice. La carta del padre se publicó en 1936 en el libro de Ralph Barton Perry, *Thoughts and Character of William James* (I, 88-90).

La edición de cuatro ejemplares, de la que sólo he visto el ejemplar de William James, actualmente en la Biblioteca Houghton, tiene la siguiente portada:

El Diario/ de/ Alice James./ Se imprimieron cuatro ejemplares./
Cambridge:/ John Wilson and Son./ University Press./ 1894

Conocida la destrucción de la copia de Henry James, éste debe considerarse como uno de los libros más raros de edición privada del siglo XIX en Estados Unidos.

Aunque he relatado gran parte de la historia de la relación de Alice James con su hermano en mi *Life of Henry James (Vida de Henry James)*, sus detalles están dispersos en varios capítulos de la segunda y la tercera parte, *The Conquest of London* y *The Middle Years*. La edición del diario de Alice me ha ofrecido la oportunidad de unificar los datos y lo he hecho en el ensayo biográfico que aquí sirve de introducción. He utilizado, además, ciertos documentos que eran irrelevantes en los otros libros. La correspondencia de Alice James con los miembros de su familia se encuentra en la Biblioteca Houghton de Harvard, como también algunas de sus cartas a la familia Norton. Parte de la correspondencia de Henry James con Katharine Loring está en Harvard; otra parte en la biblioteca de Beverly y otra más en la Colección Barrett de la Universidad de Virginia, y estoy en deuda con C. Waller Barrett por permitirme acceso a ésta antes de que se uniera al resto de la colección. El archivo de la familia Vaux contenía cartas de diversos miembros de la familia James a Robertson James. En este prefacio he utilizado una carta hoy conservada en Harvard escrita por Katharine Loring a la hija de William James, señora de Bruce Porter, el 6 de junio de 1934, justificando la

publicación del diario. La descripción que hizo Lilla Cabot Perry de la vida en la casa de Quincy Street aparece en una carta a Van Wyck Brooks que se publicó en el tercer volumen de sus recuerdos, *From the Shadow of the Mountain*, en 1961. Hay otras descripciones de Alice James en las autobiografías de Henry James, en el libro de Ralph Barton Perry, *The Thoughts and Character of William James* y en el de F. O. Matthiessen, *The James Family*. El señor Augustus P. Loring de Boston me permitió amablemente citar de documentos inéditos de Katharine Loring.

He relatado la vida de Alice James no como parte de la de sus hermanos, como se hace en los libros citados, sino como una vida poseída de su lógica particular y de su propio dramatismo, si bien en este caso claramente silenciado. El diario en sí contribuye a completar el retrato.

LEON EDEL
Universidad de Nueva York

RETRATO DE ALICE JAMES

LEON EDEL (1964)

Alice James empezó a escribir un cuaderno de notas, citas, comentarios, poemas, etc., al final de su segundo año en Inglaterra. Había cruzado el Atlántico en noviembre de 1884 y las primeras anotaciones están fechadas en “*diciembre de 1886*”. En dicho cuaderno, Alice copió versos, aforismos, pasajes de novelas, frases extraídas de sus abundantes y siempre curiosas lecturas. En el comienzo encontramos unos versos del *Rubaiyat*: “el vino de la vida no cesa de manar gota a gota, las hojas de la vida no cesan de caer una a una”. En la página siguiente Alice escribió la frase de Hamlet “*I do not set my life at a pin’s fee*” (No valoro mi vida en más de un alfiler). Sigue a ello el “*Everlasting Yea*” de Carlyle –quizá escrito de mano de su padre–: “Hay en el hombre algo MÁS ALTO que el Amor a la Felicidad: puede prescindir de la Felicidad y, así, encontrar en su lugar Bienaventuranza”, e inmediatamente después de esto escribe Alice (en francés, lengua en que leyó *Guerra y Paz*) la descripción que hace Tolstói del príncipe Andrei en Austerlitz, el vívido momento en que el príncipe herido cae de espaldas, descubre sobre él la inmensidad azul del cielo y experimenta, en medio de la batalla, un exquisito sentimiento de paz. Las páginas de este cuaderno están llenas de las palabras de escritores famosos, y éstas parecen hablar por Alice. En 1887 citaba a Howells y Loti, La Bruyère, Flaubert, Edgar Quinet, George Sand y otra vez a Tolstói. En el año siguiente, a Renan, Maupassant, sus hermanos William y Henry, Auguste Comte, George Eliot. Pero cuando

anota el año de 1889 es para anunciar que, en efecto, a partir de ese momento va a escribir sobre su vida con sus propias palabras: “Creo que si adquiero la costumbre de escribir un poco sobre lo que ocurre, o más bien lo que no ocurre, acaso pierda algo del sentimiento de soledad y desolación que mora conmigo”.

Mantuvo el diario fielmente a partir de entonces, salvo en los días en que se encontraba demasiado enferma; y persistió incluso cuando no tenía ya fuerzas para escribir. En los últimos meses dictaba. Al parecer, el diario se convirtió en algo más que un antídoto contra la soledad y la desolación. En una de las páginas de su cuaderno de notas Alice había apuntado las palabras de Cotton Mather, “para que el carácter de su conversación cotidiana fuera un paseo trémulo con Dios”. En cierto sentido, el diario de Alice, con su mezcla de estoicismo y duda, su humor ante la muerte –y su temor a la muerte–, su renuncia y su protesta, representaba su propio y frecuente “paseo trémulo con Dios”.

I

Alice James nació en la ciudad de Nueva York el 7 de agosto de 1848, quinto y último retoño de Henry y Mary James. El padre, originario de Albany, era un hombre que gustaba del ocio en un país donde el ocio era casi desconocido; mientras sus compatriotas seguían avanzando sin cesar hacia el Oeste en su conquista del continente, Henry James padre soñaba con Utopías o con un Cielo swedenborgiano en la Tierra. Con unas cómodas rentas heredadas de su padre, un inmigrante irlandés, y una casa espaciosa en el número 58 de West Fourteenth Street, pudo proporcionar a sus cuatro hijos y única hija una infancia anchurosa de horizontes distantes y variados. Hubo largas estancias en Europa, pensiones, escuelas privadas experimentales, una sucesión de preceptores e institutrices. Henry padre era un soñador en su biblio-

teca y un creador de paradojas en la tarima profesoral. Amigo de Emerson, Carlyle, Thackeray y la mayoría de los “brahmanes”^{*} bostonianos, Henry cojeó (había perdido una pierna en un accidente siendo muchacho) por la vida, alegre y gregario, pero también, así parecería a sus hijos, con una cierta falta de eficacia. Su esposa, una mujer poco agraciada y carente de imaginación (considerablemente transfigurada en la imaginativa prosa de su hijo novelista), suministró la gestión práctica cotidiana que requería una casa por lo demás volátil. Sus hijos hablaron en años posteriores de la “autonegación” de su padre, pero ésta ocultaba una fuerte voluntad y una vigorosa mano rectora. No era la menor de las paradojas familiares, pues, que el padre fuera en realidad maternal y la madre tendiera a ser normativa, como sugieren los recuerdos de Alice en su diario.

Alice creció en un círculo familiar casi exclusivamente masculino, exceptuando las figuras cercanas de su madre y de la hermana de su madre, Catharine Walsh, la “tía Kate” de la familia. Cinco hombres, el padre y los dos hijos mayores (que le llevaban a Alice media docena de años), y los hermanos menores casi de su propia edad, Garth y Robertson, ocuparon un lugar preponderante en sus primeros años. Sus hermanos mayores cultivaron una caballerosidad con ella que era en realidad una forma de trato burlona, y los menores, cuando no hacían caso omiso de ella, la hacían objeto de las habituales indignidades menores que los chicos reservan para sus hermanitas; Alice recuerda (rememorando una excursión de infancia) “la angustia mayor de lo acostumbrado de los tacones de Wilky y Bob clavándose en mis espinillas”. Ese “mayor de lo acostumbrado” resume capítulos enteros de historia infantil. Hasta el gran Thackeray bromeó a su costa, un día en que cenó con la familia en París. Desde su gran altura miró a la pequeña

^{*} La palabra “brahmán” en inglés se utiliza en sentido figurado para referirse a una persona de gran cultura e intelecto privilegiado, pero se aplica especialmente a este tipo de persona en la sociedad de Nueva Inglaterra. (*N. de la T.*)

Alice, que tenía ocho años, con su lindo vestido, y en voz aguda y escandalizada dijo: “¡Crinolina, ya lo sospechaba yo! ¡Tan pequeña y tan depravada!”

Es posible que Alice no conociera el significado de la palabra “depravada”, pero sí sabía que era objeto de chanza, como ocurrió en incontables episodios familiares. Encontraba, pese a todo, modos para defenderse; las cartas de su madre mencionan que muchas veces no vacilaba en contestar “descaradamente” a su padre y sus hermanos. Un amigo de la familia en Newport habló posteriormente de los “infelices” niños James, peleándose “como gatos y perros”; y si bien Alice no intervenía en lo más crudo de estas refriegas, procuraba, no obstante, levantar su voz femenina entre las fuertes voces masculinas que la rodeaban.

La educación de Alice parece haber sido tan irregular como la de sus hermanos: un atisbo de estudios en casa; aprendizaje de francés con la misma institutriz que enseñaba a su hermano Henry, y algunas peleas con la aritmética cuando la familia vivía en Ginebra y los chicos habían sido confiados a diversas escuelas. “Nuestra Alice sigue sometida a disciplina”, escribe el padre a un amigo, “preparándose para cumplir algún alto destino u otro en el futuro mediante la reducción de fracciones decimales a su mínima tasa de subsistencia posible”. Las experiencias europeas de los jóvenes William y Henry, que tan importante papel tuvieron en su desarrollo, influyeron mucho menos en Alice, acaso porque no tenía más que siete años cuando la familia viajó al extranjero en 1855. Los James se pasaban la vida trasladándose; y más adelante los hijos e hija se quejaron de haber tenido una infancia “de hoteles”. De Ginebra a Londres, de Londres a París, de París a Boulogne-sur-Mer, una travesía del Atlántico para pasar una breve estancia en Newport y, cuando empezaban a rehacer sus raíces americanas, una nueva travesía hacia el este con residencia en escuelas y pensiones de Ginebra y después Alemania. No es de extrañar que Alice, siendo ya adulta, advirtiera a William contra la repetición de la misma pauta con sus hijos.

“¿Qué enriquecimiento de mente y memoria pueden lograr los niños si no hay continuidad y si son arrancados de raíz cada poco tiempo como fuimos nosotros? Por encima de todo, no cometes el mismo error que fraguó nuestra niñez desarraigada y accidentada.” Por ello, instaba a a que olvidara Europa para sus hijos “hasta que tengan edad suficiente para sentir la Gran Emoción, no diluida por vagos recuerdos”.

II

En vísperas de la Guerra Civil los James dieron finalmente por terminadas sus andanzas y se establecieron en Newport, donde Alice pasó los primeros años de su adolescencia. Sus hermanos menores desaparecieron de su vida; entraron en el ejército, pero lo cierto es que siempre habían desaparecido en esos juegos que no eran para chicas. Sus hermanos mayores se quedaron en casa, pero pasaron largos períodos de ensimismamiento e invalidez, sufriendo profundamente por la guerra fratricida. Alice pasaba mucho tiempo sola y en su diario describe cómo se dedicaba a tristes paseos por Newport, “absorbiendo hasta la médula que lo mejor es vestirse con colores neutros, caminar junto a aguas serenas y poseer tu propia alma en silencio”. Pero la neutralidad era imposible: en Alice perduró la necesidad, muy formada en ella, de afirmarse, y su fluidez verbal de siempre, que no podía, en realidad, ser silenciada. “Lo único que sobrevive”, concluía, “es la resistencia que nosotros aportemos a la vida, y no la tensión que la vida nos aporta a nosotros.”

Alice opuso una elevada dosis de resistencia, que adoptó cada vez más la forma de una lucha entre cuerpo y espíritu. A los quince años sufrió ataques de “neuralgia” y James escribe en una carta que espera que Alice “haya vuelto al colegio en lugar de consumirse y andar por casa sin hacer nada”. En dicho colegio Alice recordaba haberse debatido entre estudiar sus lecciones y “chillar

y agitarme a causa de las más imposibles sensaciones de conmoción”.

Para la época en que la familia se trasladó a Cambridge al finalizar la Guerra Civil las conmociones adoptaron formas más graves. Cuando una conversación la excitaba en exceso, sufría desmayos. En el momento de dormirse experimentaba terrores. Y la casa de Cambridge proporcionaba un entorno melancólico. En una de sus cartas, habla de esta casa diciendo que era “tan alegre como un sepulcro interior”. La mirada retrospectiva de un testigo ocular, Lilla Cabot Perry, que se casó con un amigo de juventud de los James, es significativa. Recordando diversas familias de Cambridge, habla de “la ajada banalidad de la casa de los James, gobernada por la señora James, donde el padre de Henry James solía entrar y salir con su cojera y que nunca pareció ‘pertenecer’ realmente a su mujer ni a la señorita Walsh [la tía Kate], señoras corpulentas y rubicundas de aspecto atolondrado, ni a su hija, inteligente pero fríamente ensimismada, que era la menor de los hermanos... La madre de Henry (incluso para mi percepción infantil) era la encarnación misma de la *trivialidad* y su tía, Catharine Walsh, que vivía con ellos, no era mucho mejor. Su padre siempre me pareció simpático y encantador... pero tenía aspecto de estar fuera de lugar en aquella rígida y absurda casa de Cambridge”.

Hemos de dejar margen para las limitaciones de esta perspectiva de Lilla Cabot Perry sobre la casa de los James en Cambridge, tan discrepante con la mayoría de los cuadros que ofrecen los propios miembros de la familia. Hay, sin embargo, gran cantidad de coincidencias con el contenido de las cartas de la madre a sus hijos. La verdad era que el número 20 de Quincey Street fue escenario de tres serias “crisis” nerviosas: las de los dos hermanos mayores, y la enfermedad de Alice que fue preludio de su invalidez. La posterior crisis de Alice, particularmente la de 1878 cuando contaba treinta años, está documentada en gran medida en las cartas escritas por sus padres al hijo menor, Robertson, que vivía

en el Oeste. Alice sufría “violentos brotes de histeria”. Su padre escribía: “la mitad del tiempo, en realidad mucho más de la mitad, está al borde de la demencia y el suicidio”. Durante este periodo sentía impulsos agresivos de “romperle la cabeza al benigno Pater”. El control de dichos impulsos le imponía una carga que ella describía con perspicacia: la de sentirse como “doctor, enfermera y camisa de fuerza” todo en uno. Y estando enferma quedaba impotente para dar salida a esta violencia. Al mismo tiempo, era capaz de imponer servidumbres a quienes la rodeaban. “Padre está tolerando las exigencias de Alice de forma totalmente milagrosa”, escribe la madre. Alice, en efecto, exigía que estuviera junto a su cama día y noche. Durante algunas de estas horas le hablaba de su deseo de suicidarse. ¿Era pecado?, preguntaba. Henry padre respondía a esto con su vena más astuta. No creía que fuera pecado. Podría serlo, decía, si la persona lo hacía a consecuencia de la bebida o el opio y “la absoluta degradación de sus facultades”. Pero era absurdo creerlo pecaminoso si Alice deseaba liberarse de su sufrimiento. Así, daba a Alice su permiso paterno para acabar con su vida cuando lo deseara, rogándole solamente que lo hiciera “de forma perfectamente discreta para no afligir a sus amigas”.

En posteriores conversaciones Alice reconoció que su pregunta había tenido un propósito más profundo; que había sido un modo de afirmar su libertad. Le dijo a su padre que “ahora que entendía que era *bueno* que dispusiera de su propio cuerpo cuando la vida se le hubiera tornado insoportable, no podría hacerlo nunca”. Y aunque más adelante Alice le dijo a su padre que seguía teniendo “fuertes tentaciones”, nunca dio el paso final que le habría procurado una paz temprana.

Henry escribía a su hijo menor: “Nunca he sentido un gozo sereno tan hondo al pensar en el nombre Divino revelado en Cristo como en estas experiencias profundamente agotadoras con Alice. Ciertamente nunca he visto a nadie con una fe como la suya en la verdad de un mundo mejor, cuando su sufrimiento es

más agudo; y cuando sale de él no he visto jamás a nadie tan dotado, por su gentileza y la gracia de su ingenio, para adornar esta vida. Pero creo de verdad que va recuperándose gradualmente, aunque ella sea contraria a hacerlo y evidentemente desee entrar en el mundo espiritual de inmediato, si fuera posible”.

Durante su convalecencia, Alice era llevada a pasear en la casa de la familia y, según escribía su madre, “ahora ya es capaz, cuando paseamos, de llevar las riendas ella misma, y lo ha hecho durante hora y media seguida”. Alice tenía una gran necesidad de tomar las riendas. Se recuperó; pero dado que no encontró una forma nueva de vida, invariablemente se produjo la recaída.

Entre una enfermedad y otra se producían brotes de actividad. Durante algún tiempo intentó obras caritativas en Boston y Nueva York. En Cambridge, cuando podía, se permitía la pequeña vida social de la casa familiar de la calle Quincy y de la calle Kirkland. En 1873 viajó al extranjero con su hermano Henry y su tía Kate. Todos los remedios de la época fueron probados: masajes, visitas a especialistas de Manhattan con terapias de hielo y eléctrica, “abrasadores” baños especiales, estancias en la Clínica Adams para Enfermedades Nerviosas cerca de Boston; pero resultaron ineficaces. En su diario, Alice hablaría de “la ignorante estulticia de la profesión médica en su tratamiento de los trastornos nerviosos” y de “estos doctores que te dicen que te vas a morir o a *curarte*”. A lo cual añadía tristemente que se encontraba ante estas dos alternativas desde los 19 años, “y no estoy ni muerta ni curada”.

Los médicos diagnosticaron su enfermedad como “gota reumática” o “neurosis espinal”. Cuando tenía palpitaciones hablaban de “complicaciones cardíacas” y de “hiperestesia nerviosa”. Al parecer consideraban que el corazón de Alice era fuerte y la mayoría de los tratamientos recetados eran para “los nervios”. Cabe especular que al menos parte de su estado era el común que las restricciones victorianas imponían a la mujer. Elizabeth Barrett presenta una historia análoga de vida condenada a la

cama y de su huida de ella. Pero no hubo un Robert Browning que se llevara a Alice en sus brazos a una Italia propia. Por el contrario, en los recuerdos evocados en su diario encontramos el sentimiento de frustración de una muchacha de piernas fuertes que nunca tuvo oportunidad de permitirse actividad alguna. En nuestro tiempo habría jugado al tenis, o habría hecho esquí acuático y vida al aire libre. En la Nueva Inglaterra de su época llevaba trajes largos y asistía a decorosas reuniones para tomar el té; y tenía sus postraciones periódicas.

Años después Henry James lo entendería. Así, escribió a Mary James Vaux, su sobrina, que “en nuestro grupo familiar las chicas parecen no haber tenido apenas una sola oportunidad”. Y concluía, habiendo sido el testigo más próximo de su decadencia final, que “la trágica salud [de Alice] era, en cierto modo, la única solución que ella veía al problema práctico de la vida”.

III

A finales de la década de 1880 Alice James demostró que era capaz de enfrentarse a grandes responsabilidades con valor, entereza y resolución. La muerte de su madre en 1882 la obligó a ocuparse personalmente de su padre. Vendieron la casa de Quincy Street y se mudaron a una vivienda más pequeña en Boston, en la calle Mount Vernon. Allí, durante la mayor parte de un año, “obsesionada por el terror a fallarle, mientras contemplaba al pobre hombre decaer día a día”, veló por su padre y presidió la casa familiar. Ella y su tía Kate estuvieron con él durante sus últimas horas; los hijos estaban lejos, y cuando Henry llegó tras cruzar apresuradamente el océano en pleno diciembre, el funeral ya había tenido lugar. Su padre dejó a Alice medios sobrados; y a sus 3.500 dólares anuales, Henry añadió su parte de los ingresos de Siracusa, 1.200 dólares anuales, puesto que estaba ganando mucho más con su pluma. Además, Henry se quedó con Alice en

la casa de Beacon Hill durante varios meses. El hijo soltero y la hija solterona encontraron al parecer gran cantidad de paz y armonía viviendo juntos. Henry dormía en la habitación de su padre y resolvía los asuntos familiares. Alice se ocupaba de la casa. “Mi hermana y yo componemos un pequeño y armonioso *ménage*, y me siento en buena medida como si estuviera casado”, escribió el novelista a su editor de Londres. Siempre habían sentido una íntima afinidad que trascendía los lazos familiares, una fuerte compatibilidad emocional que se remontaba a sus años de infancia. En aquel momento, el novelista sustituyó al padre en su relación con Alice, y la concesión de sus rentas fue en sí un acto paternal. Henry sentía por Alice un cariño peculiar e intenso, como el que describió en unas notas para un relato que no escribió nunca: “dos vidas, dos seres y *una* experiencia”, una intensidad de emoción “en relación al *pasado*, los padres, la madre querida, el padre querido; a aquellos que han sufrido antes que ellos y *por* ellos y cuya sangre llevan en sus venas”. El hermano y la hermana del relato no escrito por James experimentaban “el dolor de la empatía” y “una devoción profunda y participativa el uno por el otro... El hermano padece, tiene la experiencia y el efecto de la experiencia, es empujado por el destino, etc., y la hermana comprende, percibe, comparte, con cada palpitación de su ser”. Cuando el novelista apuntó estos pensamientos, Alice llevaba tres años muerta; pero alguna parte de esta emoción parece remontarse al periodo de su vida que pasaron juntos, durante un verano y un invierno en Boston.

Henry permaneció con Alice casi todo el año y después regresó a Londres para reanudar su propia vida. Alice parecía bien atendida y confortable en la casa de Mount Vernon Street. Aunque su tía Kate vivía en Nueva York, se podía contar con que visitara a su sobrina regularmente. James y su familia eran fácilmente accesibles porque estaban en Cambridge. Y Alice tenía una nueva amiga. Henry James la había visto lo bastante para reconocer el comienzo de una amistad íntima para su hermana y, como demostró ser, un cariño duradero.

IV

Katharine Peabody Loring y Alice James se habían conocido en 1879 o 1880. Alice tenía a la sazón treinta y dos años y Katharine uno menos. La delicada Alice se había sentido pronto atraída por la vigorosa joven de Beverly (Massachusetts), asociada a diversas empresas sociales y caritativas en Boston. Alice la describió a una amiga suya (Sara Darwin), diciendo que tenía “toda la superioridad meramente bruta que diferencia al hombre de la mujer, unida a todas las virtudes propiamente femeninas. No hay nada que no pueda hacer, desde tallar madera a sacar agua, dominar caballos desbocados y educar a todas las mujeres de Norteamérica.” Poco después de conocerse, Katharine se había llevado a Alice a New Hampshire. Para asombro de la familia James, Alice se había ido con ella de buena gana en lugar de retraerse, como era su costumbre, de cualquier experiencia nueva. “Espero que su experimento haya sido feliz hasta el final; si es que el final ha llegado, y confío en que no”, escribió Henry a su madre, a lo cual añadía: “confío en que haya levantado un monumento en algún lugar hecho de hojas del bosque (o más bien de granito de New Hampshire) a la divina Miss Loring, que parece unir la sabiduría de la serpiente a la dulzura de la paloma.”

Su hermano le expresó a Alice su deleite en la “fuerza de pulmón y miembros, por no hablar de sus cualidades más nobles” de Katharine. En el verano de 1881 Alice y Katharine se fueron juntas al extranjero, visitando Inglaterra y Escocia, y Henry, que estuvo con ellas brevemente, se mostró encantado con “la estupenda Miss Loring”, escribiendo a su madre que era la acompañante “más perfecta” que Alice podía haber encontrado; y que “Alice parece tan extraordinariamente encariñada con Miss Loring que una tercera persona es casi un apéndice superfluo”. Durante sus dos visitas a Estados Unidos (1881-1882 y 1882-1883), Henry tuvo ocasión de conocer mejor a la amiga de su hermana. Ésta parecía saber cómo tratar el nerviosismo de Alice; era una buena

enfermera; la atendía con solicitud afectuosa. A veces la acogía bajo su propio techo en Beverly para cuidarla durante sus postraciones.

Katharine Loring no podía dedicar todo su tiempo a su amiga de Cambridge. Tenía una hermana enfermiza, Louisa, de la que ocuparse también. Y Alice descubrió, durante el año en que intentó vivir sola en Mount Vernon Street, que estaba mal dotada para esa clase de vida. En su diario, habla de “estos horribles días” y de anhelar “correr junto a los bomberos de al lado y huir del ‘¡Sola, Sola!’ que resonaba por toda la casa, que susurraba por la escalera, musitaba por las paredes, y me hacía frente, como una presencia material”. Aparte de la necesidad normal de amistad, la pequeña de sus años de infancia acechaba en Alice ansiando atención exclusiva y ser el centro del escenario. En 1884 Katharine Loring decidió llevarse a Louisa, que tenía los pulmones débiles, a un viaje por Europa. Una especie de pánico interior parece haberse apoderado de Alice: cerró la casa de Boston y anunció que se iba con ella, así aprovecharía el viaje con Katharine y Louisa para hacer una visita a su hermano en Londres. Cabe sospechar, sin embargo, que la idea de quedarse sola fue demasiado para ella. Cuando zarparon, Alice no tenía intención de quedarse en Europa permanentemente. Las circunstancias dictaron otra cosa.

V

Era noviembre; el mar estaba en calma, pero Alice no salió una sola vez de su cabina. Había sufrido una de sus crisis nerviosas poco después de zarpar, y Miss Loring se pasó el viaje atendiendo a las dos inválidas. Henry James, que subió a bordo en Liverpool antes de que finalizara el viaje, se quedó pasmado ante la debilidad de Alice. Dos marineros robustos la llevaron en brazos a tierra y Alice pasó una semana recuperándose en un hotel de Liverpool, atendida por una criada que Henry había llevado

consigo y por una enfermera. Después el novelista se la llevó a Londres. Katharine, entre tanto, se había ido con su hermana –cuya salud era mucho menos precaria que la de Alice– a Bournemouth. Cuando Henry hubo instalado a Alice en un alojamiento junto a Picadilly, cercano a su residencia, la situación le pareció muy clara: Alice estaba ferozmente celosa de la hermana de Katharine Loring, Louisa; quería a Katharine para ella sola. Y otra cosa empezó a verse también con progresiva claridad. “Puede que me equivoque en este asunto”, declaró Henry a su hermano después de llevar a Alice a Bournemouth, “pero tengo toda la impresión de que un efecto que Katharine Loring tiene en ella es que, en cuanto están juntas, Alice tiene que quedarse en cama. Así ocurrió tan pronto como Katharine llegó a Londres para verla (anteriormente había estado levantada) y ahora ha estado acostada (a consecuencia de su pequeño viaje de cuatro horas) desde que llegó a Bournemouth”. Los médicos británicos le habían hecho a Alice un examen a fondo y su veredicto coincidió con el de sus colegas americanos: no encontraron ningún indicio de enfermedad orgánica y terminaron también tratándola por neurastenia.

El viaje a Europa resultó benéfico para Louisa Loring. A medida que iba recuperándose, Katharine tenía más tiempo libre para estar con Alice. Cuando no estaba ella, Henry James, con la ayuda de criadas y una enfermera, se ocupaba de ella. Fuera cuales fueran sus males, si es que tenía alguno, se hizo evidente al novelista que Alice estaba entregada a una relación humana inextricable que tenía que seguir su propio curso. Como explicó a su tía Kate (cuando habían pasado ya muchos meses y los médicos habían declarado a Louisa curada): “Katharine vuelve con Alice de manera permanente. Puede que su estancia con ella se interrumpa durante alguna ausencia, pero es evidente que es el comienzo de una vida juntas, para todo el tiempo que pueda durar la vida de Alice”. Era patente, dijo Henry, “una especie de entendimiento definitivo entre ellas”, a lo que añadía: “debemos

aceptarlo con gratitud". Observaba también que "hay tantas posibilidades de que Alice renuncie a Katharine como de que permita que le corten las piernas". Alice le había dicho que "si podía estar con Katharine *tranquila e ininterrumpidamente* durante un año 'para quedar relevada de toda responsabilidad' se pondría bien". Lo único que Henry pudo responder a esto fue: "¡Amén! Se pondrá bien, o no, pero, sea como fuere, la cosa queda entre ellas". No podía realmente abandonar su carrera de novelista y actuar como enfermero de su hermana. Cuando la tía Kate se ofreció a ir a Inglaterra para ayudarles, le instó a que no lo hiciera; Alice "tendría entonces *cinco* personas a su servicio para cuidar de ella, y tiene ya de sobra". Katharine Loring, por su parte, le dijo a Henry que deseaba "tan intensamente como Alice permanecer con ella hasta el final". Henry James comentó a su tía que "una devoción tan perfecta y tan generosa" como la de Katharine era "un regalo de la providencia tan raro y tan poco esperable en este duro mundo que despreciarlo sería casi un acto de impiedad. No aceptarlo sería quedarse con algo mucho peor". Lo que ello significó para Alice puede deducirse de una breve alusión en una carta de 1891 a William James. "Este año ha sido el más feliz que he conocido jamás, rodeada por tanto afecto y dedicación, pero no voy a entrar en detalles, pues veo un rubor cubrir la mejilla venerable de mi escriba." En Katharine, Alice encontró no sólo una compañera, sino también una amiga a la que podía querer.

Henry James descubrió, no obstante, que él por su parte estaba atado por una especie de delicada servidumbre moral al lecho de enferma de su hermana, como en gran medida había estado antes su padre. Se mantenía en constante contacto con ella cuando viajaba a Europa; sólo se podía ir cuando Katharine estaba totalmente disponible; y al menos en dos ocasiones volvió precipitadamente a Londres respondiendo a una urgente llamada telegráfica. Alice nunca volvió a cruzar el Atlántico. Temía el viaje, y nunca volvió a estar lo bastante fuerte para realizarlo. Vivió periódicamente en Londres y parte del tiempo en Leamington. Cuan-

do se sentía mejor, reunía algo parecido a un salón literario en el que recibía, sentada en un sofá, a algunos de los amigos de su hermano: Lowell, las mujeres de Humphry Ward y Matthew Arnold, la anciana Fanny Kemble que, no obstante su débil corazón, subía las escaleras jadeante para hacerle visitas. Tras una estancia algo prolongada en Leamington, Alice se estableció en Kensington y por último en una casita de Camden Hill, en el número 14 de Argyll Road. Empezó a escribir su diario en mayo de 1889. Éste cuenta lo que resta de su historia. Poco más de un año antes de morir, los médicos descubrieron finalmente un síntoma orgánico: Alice presentaba un cáncer de mama.

VI

Cuál fue su reacción a este veredicto final de sus médicos, hasta el momento desconcertados, lo cuenta ella en su diario; y entre líneas es posible leer las confusas emociones de Alice: alivio porque iba a finalizar la eterna ambigüedad de su vida, sobrecogimiento y temor ante lo desconocido, ante “el gran momento mortuorio”, como ella lo expresó de forma característica. Cuando William recibió la noticia del diagnóstico definitivo, escribió a su hermana una carta dulce y consoladora (el 6 de julio de 1891), que no consiguió ocultar del todo su profunda ansiedad y dolor. Alice conocería ahora, dijo William, “una longitud de días finita, y después adiós a la neurastenia y la neuralgia y al dolor de cabeza, y al cansancio, las palpitaciones y el asco todo de un golpe; ¡no me extrañaría que estuvieras reconciliada con la perspectiva, con todos sus pros y sus contras!”. Pasaba después a hablar de la inmortalidad y la “explosión de fuerza liberada y de vida” que sobrevendría “cuando eso que eres *tú* deje tu cuerpo”. Podría parecer extraño, decía, “que te hable de esta forma distante de tu final; pero, querida hermanita, si uno tiene cosas presentes en su espíritu... ¿por qué no expresarlas?”.

La respuesta de Alice, fechada el 30 de julio de 1891, tenía algo de este mismo distanciamiento, al menos superficialmente. Se habría sentido herida y mal entendida, decía, si William hubiera “dado un rodeo y no abordado directamente mi desaparición”. Su carta tiene el mismo tono que su diario:

Es el momento más supremamente interesante de la vida, el único en efecto en el que vivir parece vida, y considero una suerte máxima haber pasado estos pocos meses tan interesantes e instructivos con conciencia de mi próxima muerte. Es tan sencilla en nuestra propia persona como cualquier hecho de la naturaleza, como la caída de una hoja o el florecimiento de una rosa, y tengo una deliciosa conciencia, siempre presente, de la cercanía de espacios anchos, y de susurros de liberación en el aire.

Como el príncipe Andrei de Tolstói, contemplaba la inmensidad azul del cielo. A William le dijo que estaba exagerando mucho el elemento trágico “de mi vulgar viajecito”.

Debes recordar también que la mujer, por naturaleza, necesita mucho menos para nutrirse que un hombre: unas pocas emociones y está satisfecha; por tanto, cuando me haya ido, por favor, no pienses en mí simplemente como una criatura que podría haber sido otra cosa, de haber nacido la ciencia neurótica. No obstante la parquedad de mi experiencia exterior, siempre he tenido significación para mí misma, y toda posible ocasión de tropezar en mi pequeña senda recta y estrecha, y de adorar a los pies de mi Deidad, ¿y qué más puede pedir un alma humana?

William, hablando como médico y como psicólogo, aconsejó a Alice aceptar todo alivio posible para el dolor. “Toma toda la morfina (u otra forma de opio si ésta te desagrade) que quieras, y no tengas miedo a emborracharte de opio. ¿Para qué se ha creado el opio si no es para momentos como éste?” Alice, sin embargo,

no admitía bien las drogas; y William, que había visto al gran Charcot utilizar la hipnosis en Salpêtrière, aconsejó a Alice que recurriera a ésta cuando no funcionara otra sedación. Para esto fue llamado el doctor Lloyd Tuckey, un eminente psiquiatra inglés, que enseñó a Katharine a utilizar una forma de hipnosis modificada fundándose en que Alice no debía ser dormida del todo con este método. Esta hipnosis le calmaba los nervios y conseguía adormilarse “sin las sensaciones de terror que han acompañado este proceso durante tantos años”.

Lo que es extraordinario de este diario es la cantidad de alegría que rodea el camino de Alice a la muerte: ella sigue con gran emoción los estrenos de su hermano en provincias y en Londres cuando lleva a la escena su novela *El americano*; él le cuenta nuevas anécdotas regularmente; y Alice se mantiene ocupada con el “lúgubre empujón de las horas a mi espalda”. Ella llegó a reconocer que su diario era una “válvula de escape del géiser de emociones, sensaciones, especulaciones y reflexiones que fermentan perpetuamente dentro de mi pobre carcasa por sus pecados”.

El final llegó muy rápidamente el 6 de marzo de 1892, y entre los papeles de la familia se conserva la descripción pormenorizada de las dolorosas últimas horas que envió Henry a su hermano William, con toda la precisión y fuerza habituales en la pluma del novelista. Alice tuvo un sueño inquietante justo antes de morir. Vio a algunos de sus amigos muertos en un barco, en medio de un mar tempestuoso, llamándola con gestos mientras el barco se alejaba entre sombras. Dictó su diario hasta unas pocas horas antes de morir y se tomó la molestia de describir una oración que no le gustaba. Antes de perder la conciencia dictó un cable para su hermano y la familia de éste que debía enviarse a Cambridge: “Mi cariño más tierno para todos. Adiós. Me iré pronto”. Katharine y Henry intentaron crear un ambiente de intenso sosiego en la casa donde yacía; y antes de caer en su último sueño, Alice le dijo a Henry que “*no podía*, ay, NO PODÍA, y rogó que no se le exigiera vivir *otro día*”. Si deseaba la muerte, se resistió, no obstante, a

morir. Estuvo inconsciente durante veinticuatro horas. Fue en la tarde siguiente –un domingo– cuando la respiración de Alice cesó al fin mientras su hermano levantaba la persiana para que entrara algo más de luz en la habitación. Tres días después Katharine y Henry acompañaron el féretro a Woking, donde tuvo lugar la cremación. Las cenizas fueron llevadas a casa de la señorita Loring en Cambridge y enterradas en la sepultura de la familia.

VII

El imperativo de la vida contra el imperativo de la muerte: ésta es la afirmación de cada una de las páginas del diario de Alice. Incluso cuando empezaron a fallarle las fuerzas, presentó una resistencia a la muerte tanto más fuerte por haber decidido mucho tiempo antes que no se quitaría la vida. En su última anotación dice que había “estado a punto de pedirle a Katharine la dosis letal”, pero añadía: “una camina vacilante por senderos tan desconocidos y perdura segundo a segundo”. La necesidad de perdurar más allá de la tumba se reflejaba en sus preocupaciones, incluso en las horas finales, por su prosa. Ésta llevaba en sí muchos ecos de su padre: su rapidez para advertir lo paradójico y lo contradictorio, su doble juego entre la gloria del hombre como criatura de Dios y la estupidez mundana del hombre. Por muy agotada y deprimida que estuviera, la agresiva fuerza intelectual de Alice, su capacidad para exclamar y reclamar –literalmente para luchar contra la invalidez y la crueldad de su destino– se revelaba en todo lo que escribía. En el diario, la vida se reduce en gran medida al simple hecho existencial; como era para ella. “Él no temía a la Muerte, pero temía ir muriendo”, había escrito Alice en su cuaderno de notas varias, mucho antes de que los médicos dieran su veredicto final. Sin embargo, ella eligió el acto de ir muriendo en lugar de la inmediatez de la muerte, y dicho acto es el que aborda en sus páginas.

Por lo demás, apuntaba toda la serie de hechos diarios, sus comentarios sobre las costumbres británicas, sobre el egoísmo craso de las clases altas, la aflicción de las masas, las cualidades heroicas que ella veía en Parnell. Su expatriación le servía de ayuda. No la imaginamos escribiendo un diario exactamente como éste en la casa de Mount Vernon Street: necesitaba algo foráneo sobre lo que descargar su amargura. Su entorno británico la tornó aún más americana de lo que era. Sólo un americano viviendo en el extranjero podía ridiculizar “la constitución británica de las cosas” de manera tan mordaz como lo hace Alice: la monarquía y su “función de oropel”, la “iglesia sin nervio”, la “legislación histórica por un perro con la pata rota mientras la Sociedad se dedica a cazar 4.000 faisanes en un día o se regodea ante la vista de un zorro despedazado por una jauría de sabuesos”. La docilidad de las clases esclavizadas por la respetabilidad, cualesquiera que fueran las “buenas formas” del momento; y finalmente las masas abúlicas:

la pasividad con que el trabajador permite que se legisle su total falta de independencia con un golpecito amistoso en la espalda; de ahí la convicción profunda, inextirpable del hueso y la sangre, de que las regiones remotas son patrimonio propio, que sólo ellos entre todas las razas humanas exterminan indígenas por pura virtud. Mal puede un americano reflexionar sobre el trato dado a los aborígenes; pero nunca he oído decir que nuestro horrendo trato a los indios *fuera* amor fraternal disfrazado de pura “perversidad”.

Así escocía la prosa de Alice, mientras contemplaba el mundo inglés a través de la prensa: y sin duda hay en ella un lado desagradable y claramente agresivo, que su hermano captó cuando creaba al personaje de Rosie, la pequeña inválida proletraria de *La princesa Casamassima*. Alice tomaba una de las anécdotas divertidas que contaba su hermano, sus comentarios sobre

William Archer, por ejemplo, y dedicaba una página entera a despedazar al pobre hombre. La vida tenía muchas deudas con ella; y cuando no podía descargar su resentimiento en ningún otro sitio, lo depositaba en algún simple cotilleo, un humilde párrafo del *Standard* o del *Times*. Poseía un sentimiento democrático vigoroso y muchas veces beligerante. “¡Era una auténtica irlandesa!”, exclamó Henry mientras leía sus escritos, “transplantada, transfigurada –pero no obstante esencialmente natural–, pese a su inteligencia tanto mayor y más afinada que la inteligencia irlandesa. Sentía la cuestión de la autonomía de manera absoluta como sólo podía hacerlo una irlandesa (no anglificada); le producía una tremenda emoción –inexplicable de ninguna otra forma– pero perfectamente explicable por ‘ata-vismo’. Qué lástima que no hubiera nacido allí; y tuviera salud para ello. ¡Habría sido... una gloria nacional!”

El tributo de Henry al diario de Alice aparecía en una larga carta escrita a su hermano desde Roma el 28 de mayo de 1894. La primera parte expresaba su preocupación por la impresión de las cuatro copias, el no haber disimulado nombres y personas, el peligro que esto representaba para su intimidad y la intimidad de otros. Después, dejando a un lado sus temores, se lanzaba a una valoración de la capacidad de su hermana como escritora, y en esto mostraba pocas reservas, salvo en la medida en que creía, con toda razón, que el diario reflejaba la situación de confinamiento de Alice. Como lo expresaba Henry, “simplificaba demasiado, encerrada en su enfermería, aplicaba su extraordinario vigor de juicio a un fragmento excesivamente pequeño de lo que realmente la rodeaba”. Consideraba que su opinión sobre los ingleses se habría modificado “si hubiera *vivido* con ellos más; visto más de sus hombres, etc. Pero es sin duda afortunado, por lo simpático y lo divertido del asunto, que no se modificara, pues con seguridad la emoción crítica (sobre ellos), esencia de gran parte de su naturaleza, nunca se ha expresado más hermosamente”.

Por lo que hace a la vida, la fuerza, el talante, el humor, la belleza y la expresividad del Diario en sí, todas estas cosas se daban en parte “por descontado” para mí con antelación por mis muchas conversaciones con Alice durante sus últimos años; y mi constante convivencia con ella, que en muchas ocasiones me llevó a reflexionar sobre su extraordinaria fuerza de espíritu y carácter, su manera toda de tomar la vida –y la muerte– de modo muy similar a como se aprecia en el libro. En sus páginas he encontrado, por ejemplo, muchas cosas que le oí decir. Pese a ello, he quedado profundamente impresionado por él como revelación de un cuadro moral y personal. Es heroico en su individualidad, en su independencia –en su confrontación del universo para y por ella misma–; y la belleza y elocuencia con que a menudo lo expresa, por no hablar de la rica ironía y el humor, constituyen (coincido totalmente contigo) una razón más para el renombre de la familia. Este último elemento –su estilo, el poder de su escritura– son ciertamente un deleite para mí, porque nunca recibí muchas cartas de Alice. Además, evoca en mí toda una serie de cosas que me alegro de poder conservar –quiero decir cosas que ocurrieron, horas, ocasiones, conversaciones– que me trae al recuerdo con una expresividad extraña, viva. Pero también pone ante mí algo de lo que yo era tremendamente consciente cuando aún vivía: que la extraordinaria intensidad de su voluntad y personalidad habrían hecho, en realidad, el equivalente, la vida recíproca de una persona que estuviera “bien” –en el sentido habitual de la palabra– casi imposible para ella, por lo que su salud desastrosa, trágica, era en cierto sentido la única solución para ella al problema práctico de la vida, al suprimir el elemento de igualdad, reciprocidad, etc. ... En cuanto a sus alusiones a H., me llenan de lágrimas y me cubren de rubores. Lo que me GUSTARÍA hacer *en temps et lieu*, de no ocurrir en el entretanto una catástrofe –¡e incluso si ocurriera!–, sería preparar una edición del volumen con unas cuantas eliminaciones en el texto y disimulo de nombres, entregarlo al mundo y después quemar cuidadosamente con fuego nuestras cuatro copias.

Alice habría coincidido con la opinión de Henry de que había estado muy poco expuesta al mundo, pues habla de “mi centímetro de observación” y de “la pobreza de mi experiencia exterior”. La elocuente valoración de Henry expresa la esencia de la vida de su hermana y las virtudes y debilidades del libro que legó al mundo. Su testimonio es el del artista así como del hermano; de alguien que, después de Katharine Loring, había sido el testigo más íntimo del deterioro de su hermana y su doloroso final, en su mundo restringido y extraño. Ese mundo no la conocía; fue siempre un recuerdo intensamente privado en las vidas de sus distinguidos hermanos y sus contados amigos. Hasta muchos años después de que todos ellos hubieran desaparecido de la escena no se conoció el contenido del diario.

El testimonio de Alice James es una página particular de una historia personal, en una vida por lo demás oscura, así como una página en los anales de una familia de intelectuales. Existen pocos documentos de esta índole en la literatura americana o inglesa. Sus “datos”, como nos advierte Henry James, son dudosos; está lleno de cotilleos y exageraciones; parece ser, en ocasiones, poco más que una serie de exclamaciones. Pero es un documento intensamente humano. Nos trae al recuerdo el diario de Marie Bashkirtseff, la joven rusa que murió de tuberculosis a una edad mucho más temprana que la de Alice. Ella, no obstante, había salido al mundo y llevado una vida precaria como pintora: había “vivido” en un sentido en que Alice no pudo vivir nunca. Pero es posible trazar una analogía, porque lo que encontramos en estos dos diarios del siglo XIX —aunque los separa un mundo— es el espíritu que anima a ambas diaristas: su suprema necesidad de perpetuarse y la fuerza de dicha necesidad. El diario de Alice fue su modo de conquistar el tiempo, como acaso diría Proust: era también su modo de pedir ser escuchada más allá de la tumba. No sus páginas, sino el espíritu que habita en ellas, otorga al diario su lugar único en la literatura y atestigua su perenne atractivo.

En 1905, cuando Henry James volvió a visitar Estados Unidos tras una ausencia de veinte años, paseó un atardecer hasta el cementerio de Cambridge. Había hecho este paseo hacía mucho tiempo, y particularmente el último día de 1882, cuando había salido con un sol radiante y nieve alta para visitar la tumba reciente de su padre. Esta vez fue hacia allí en el crepúsculo de finales de noviembre, y advirtió que en el oeste el cielo había adquirido “ese rosa polar puro, terrible, mortífero, que asoma tras los bosques americanos en invierno”. Había salido la luna, blanca y joven, y se reflejaba en la faz pálida del estadio vacío que enmarcaba uno de los límites de Soldier’s Field al otro lado del río Charles. Permaneció en pie sobre una pequeña elevación junto al grupo de tumbas –“ese inefable grupo de tumbas”– y súbitamente le pareció que sabía por qué había vuelto a su tierra natal: era para esta reunión íntima, esta recuperación de emoción antigua: “era el momento; era la hora; era el dichoso fluir de emoción que brotó al toque de mi *súbita* visión y me arrastró”. Soldier’s Field le miraba de frente a través del ocaso despejado, desde el otro lado del río. Todo estaba aquí, como lo había conocido hacía mucho tiempo: “el reconocimiento, la quietud, la extrañeza, la piedad y la santidad y el terror, la pasión sobrecogedora y el divino alivio de las lágrimas”. También Alice había invocado mucho tiempo atrás el adjetivo predilecto del padre, “divino”, cuando había rezado por un “cese divino”. Y Henry volvió a invocarlo unas cuantas frases después, cuando habló de los versos de Dante que William había encontrado e inscrito en la urna de Alice –el “divino presente de William a nosotros y a *ella*”–: *ed essa da martiro e da essilio venne a questa pace*. El largo exilio y el sufrimiento había llevado a aquella paz final; y el verso de Dante le “apretó de tal modo la garganta por su penetrante *acierto*, que fue como si cayeras de rodillas en una especie de angustia de gratitud ante algo que habías esperado con un *dolor* prolongado y hondo”. Y posteriormente, cuando las cenizas de Henry James habían sido, a su vez, entregadas a la tumba junto a las de su hermana, el diario de Alice pudo ser colo-

cado junto a la serie de memorias familiares a las que había dado ser el novelista; junto a *A Small Boy and Others* (*Un chiquillo y otros*, traducción de José Manuel Benítez Ariza, Editorial Pre-Textos, Valencia, 2000) y *Notes of a Son and Brother*. El diario de Alice, más modesto y más personal que estas obras elevadas y hermosas, llevaba implícito sin insistir en ello que también él –las notas afectuosas de una hija y una hermana– tenía su lugar en el anaquel fraternal, y en el de la familia James.

EL DIARIO DE ALICE JAMES

LEAMINGTON
1889-1890

31 de mayo de 1889

Creo que si adquiero la costumbre de escribir un poco sobre lo que ocurre, o más bien lo que no ocurre, acaso pierda algo del sentimiento de soledad y desolación que mora conmigo. No permitiendo mis circunstancias nada más que la articulación de reflexiones monosilábicas, un monólogo escrito por ese ser sumamente interesante, *yo*, podría tener consuelos aún por descubrir. Al menos me saldré en todo con la mía y puede que sea un alivio como válvula de escape del géiser de emociones, sensaciones, especulaciones y reflexiones que fermenta perpetuamente dentro de mi pobre carcasa por sus pecados; así pues, aquí va ¡mi primer Diario!

1 de junio, sábado

Hoy he recibido una carta muy linda de Henrietta Child.¹ Tan delicada, encantadora y fluida como la de Helen. Qué excepcionales son las dos. Emiten un sonido tan absolutamente distinto al de esta generación de pandereta como recién salidas de Jane Austen. A propósito, la señora Sidgwick² acaba de enviarme un dibujo de Lyme Regis con el mismísimo Malecón del que saltó la simpática,

¹ Henrietta Child, la menor de las tres hijas del profesor Francis J. Child de Cambridge (Massachusetts), mucho tiempo amigo de la familia James.

² Señora de Henry Sidgwick (1845-1936), mujer de un filósofo de Cambridge (Inglaterra), y director del Newham College de chicas en esta Universidad de 1892 a 1910.

la dulce Louisa Musgrove.³ ¡Mira que tener yo la torpeza mental de no ver su espectro *motu proprio!* El dibujo es muy mediocre, aunque es bastante inmoral decirlo porque la señora S. me lo dio con gran humildad; ¡pero yo no se lo había pedido! y me impaciente esperando el momento en que una buena media de calceta se considere un trabajo tan “meritorio” como hacer un dibujo insulso. La señorita C.⁴ dijo: “¡No es una pena, señorita, que el cielo tenga nubes! Porque a mí me han dicho que en los cuadros el cielo tiene que estar perfectamente despejado, y dicen que es muy difícil hacerlo”. Le pregunté a la enfermera si le parecía mejor el dibujo del señor Goodwin. “¡Claro que sí! ¡En el suyo se ven las piedras!” Su único criterio pictórico es el número de objetos reconocibles.

2 de junio, domingo

Anoche pensé en escribir hoy a la señora Kellogg y pedirle que, cuando esté en París, me busque una foto del adorable Jules Lemaître.⁵ El correo de esta mañana ha traído el *Paris Illustré* con un grupo de colaboradores del *Journal des Débats* ¡y ahí está él en medio de todos! Pero, mi querido Jules, ¡qué crueldad la tuya tener ese aspecto! ¿Cómo se te ocurre? ¡Vamos, no eres feo, deliciosamente feo, como tendrías que ser, sino que tu aspecto es simplemente *ordinario!* y verdaderamente, como dice un artículo de *La Nouvelle Revue*, recuerda, por alguna extraña ironía del destino, ¡a Georges Ohnet!⁶ “*Le vaste visage*” de Renan por feliz fortuna, está cerca de ti, “*décidément il me hante*” –incluso cuando exhorta a Sarah Bernhardt a morir– “... *puis, un beau soir, mou-*

³ Alusión a la novela de Jane Austen *Persuasion* (1818) en que Miss Musgrove, al saltar desde el muelle, cae al suelo en lugar de caer en brazos del capitán Wentworth y se hace daño.

⁴ Al parecer, Miss Clarke, la patrona de Alice James en Leamington.

⁵ Jules Lemaître (1853-1914), crítico y dramaturgo francés.

⁶ Georges Ohnet (1848-1918), autor francés de una serie de novelas cursis y sentimentales de gran éxito de público.

rez sur la scène subitement, dans un grand cri tragique car la vieillesse serait trop dure pour vous. Et si vous avez le temps de vous reconnaître avant de vous enfoncer dans l'éternelle nuit bénissez, comme M. Renan,⁷ l'obscur Cause première”.

H.⁸ me escribe que el retrato de la abuela Walsh⁹ ha llegado sin un rasguño, “y es delicioso y parece, de algún modo, incluir a madre”. ¡Qué encanto es! Ha visto a Robert Lincoln,¹⁰ “a quien tuve un día gran estima, un tipo del Oeste muy saludable, amable, brioso, masculino y no incivilizado con mujer e hija a juego. Creo que tendrá mucho éxito”. El hermano pequeño de la enfermera vino del colegio y dijo que el Maestro le había hecho *exasperar* las haches, lo cual parece expresar a la perfección las emociones de la pobre hache en sus vicisitudes británicas.¹¹

4 de junio

Cuando le digo a Somers¹² que no cargue a las vacas con la silla, porque estoy segura de que me tienen miedo, no entiende cuál es la situación. Ayer salí por tercera vez en este año. Arrastraron la silla a través de una puerta del jardín para sacarla a un prado y permanecí al sol mientras me cogían florecillas, con un cuco a lo lejos, gaviotas planeando en las alturas, anchos vientos de brisa suave susurrando lentamente entre los árboles de las cercanías; ¿necesito decir que me sentí feliz? Alguien que quiere

⁷ Ernest Renan (1823-1892), francés, historiador, erudito hebraísta, filólogo y crítico.

⁸ Su forma de referirse a su hermano Henry (1843-1916), el novelista, en todo el diario.

⁹ La abuela materna de Alice James era Elizabeth Roberson, hija de Alexander Robertson, de Nueva York. Elizabeth se casó con James Walsh, de Newburgh (Nueva York).

¹⁰ Robert Todd Lincoln (1843-1926), hijo de Abraham Lincoln, ministro norteamericano ante Inglaterra de 1889 a 1892.

¹¹ Referencia al modo peculiar en que se pronuncia la hache en el habla popular británica. (*N. de la T.*)

¹² El hombre que se ocupaba de su silla-baño.

estas habitaciones¹³ le ha preguntado a la señorita Clark si ya “se había ido por fin esa señora mayor tan nerviosa que estaba en la salita”. Es tan cómico saber que te llaman señora mayor, incluso a los noventa años, me figuro. Lo que uno lee, o mejor dicho todo lo que nos llega es sin duda de interés y valor sólo en proporción a la medida en que nos encontremos en ello, dando forma a lo que era impreciso, despertando a la vida lo que dormitaba.

10 de junio

Acabo de topar con esto en la *Imitación de Cristo*:¹⁴ “Ningún hombre se aventura a salir al exterior, sino aquel que con contento puede permanecer en su hogar, alejado de la vista de todos”. Considerando hasta qué punto la práctica me ha perfeccionado en la segunda proposición, es una pena que no pueda beneficiarme de ello en el exterior; pero así se desperdician todas nuestras virtudes en este mundo absurdo. Por lo que me dice la enfermera los Bachelor han caído en la respetabilidad más abyecta y rampolona desde que el absurdo clericucho los sacó a rastras de su arrabal y los hizo desfilar hasta el altar en la iglesia parroquial para farfullarles su muerto encantamiento, más seco que el polvo, profanando con ello la sagrada fidelidad en que habían vivido durante veinte años. Ahora, la pareja se estremece y expresa toda clase de sofismas ante la irregularidad de sus vecinos que se exhibe en las manifestaciones de carne muy, muy sólida que tan profusamente adornan las callejas. Sin duda la posesión de un anillo de matrimonio tras veinte años de dedos sin adornos es como para perturbar la cabeza más sensata; y desde luego poner el veto a lo “descubierto” es una debilidad común a la humanidad más superior. La ilustre *burguesía* con su *parfum* de té y tostadas que los domina a todos ciertamente les da ejemplo en sus curiosos malabarismos con las frágiles damas que están más o menos estrecha-

¹³ En el número 11 de Hamilton Terrace, Leamington.

¹⁴ *De Imitatione Christi* de Thomas de Kempis (1380-1471).

mente relacionadas con el tribunal de divorcios. Algunas son arbitrariamente expulsadas del círculo mágico mientras las más frágiles gozan de las Reales sonrisas hasta que pasan a –¿cómo decirlo?– esferas celestiales; *tropicales* no dejaría de ser indulgente y más moral considerando mis antecedentes calvinistas. La enfermera se ha ido al teatro y he intentado que se quitara un sombrero ridículo con el que parece una figura cómica, pero ha sido en vano. ¡Es tozuda como una mula!

11 de junio

Minnie Wright vino a verme ayer por la tarde, la primera criatura que he visto en más de seis semanas, aparte de la pobre señorita Palmer una vez, pero es tan insustancial que apenas tiene entidad para disipar la soledad. Creo que los Wright me resultan tan agradables como todos los demás que he visto en Inglaterra. Son de carácter muy dulce y puro, tan honrados que son totalmente ineptos para la falsedad social, con consecuencias deliciosamente atolondradas; tienen inteligencia a sacudidas, que parece ser lo más *répandu* y a la larga es más revelador, pareciendo siempre dicha sacudida un destello *tan* luminoso.

Una docena de veces al día me encuentro diciendo, “voy a escribirle eso a T[ía] K.”¹⁵ Imagino que también lo pensaba antes; pero es que ahora *me parece* más frecuente, cuando tengo que hacer por animarme. H. dice que echa de menos a Lizzie Duveneck¹⁶ cada vez más, y así es con todos, cuya pérdida parece siempre mayor; supongo que es por la merma de su número sin que nadie ocupe su lugar en las filas; además Harry,¹⁷ ahora sólo tengo

¹⁵ Catharine Walsh, hermana de la madre de Alice, Mary Walsh James; la “tía Kate” de la familia James.

¹⁶ Elizabeth (Lizzie) Boott Duveneck (1846-1888), hija del compositor *amateur* Francis Boott y mujer del pintor Frank Duveneck. Ella fue el “modelo” para Pansy Osmond en *Retrato de una dama*.

¹⁷ A Henry, el novelista, su familia le llamaba muchas veces Harry para diferenciarlo de su padre, también llamado Henry.

tres amigas a quienes tengo algún derecho a recurrir por asociación y por tiempo pasado, por no hablar de capacidad de movimiento individual.

Como los sabios nos dicen que ya está todo dicho, qué curioso sería saber lo que va a ocurrir tras la actual fase de preocupación en torno a la *manera* de reformularlo.

12 de junio

¡Qué gran aligeramiento de peso es saber que los pobres infelices que han sobrevivido a las inundaciones de Pennsylvania están mentalmente paralizados! Todo parece demostrar que el embotamiento de la sensibilidad es el refugio de la humanidad bajo una tensión excesiva y que lo espantoso y terrible del pasado ha sido neutralizado de esta misma forma. Mary Elliot y su doctor John acaban de estar aquí; ¡qué alegría ver a alguien de casa! Especialmente dos criaturas tan amables, Mary algo menos bonita, pero es que varía de un minuto a otro y está mucho más madura y firme mentalmente aunque *él* me agradó muchísimo, no conociéndole apenas anteriormente. Es franco y viril y siempre dispuesto a reír, esa cosa tan sumamente esencial; ¡pensemos en las multitudes que van por la vida con el llanto! He leído ya tres vol[úmenes] de *Études et Portraits* de Jules Lemaitre. ¿Alguna vez lo apreciaré menos? Supongo que sí. Pero ¡qué agradecida estaré siempre por la intensidad de esa primera impresión, hace dos meses, todo mi ser vivificado por el sentimiento de *Inteligencia* revelada! La propia mente ensanchada hasta los límites de la suya, absorbiéndole con todos los sentidos, emanando de su perfección “de expresión” un halago tan sutil como para hacer que una criatura absolutamente ignorante como yo vibre, como ocurre con el conocimiento, en respuesta a la verdad de la miríada de sus percepciones exquisitamente sutiles. Y además su humor, su ironía y su humanidad.

12 de junio

En *The Nation* hay una mención muy divertida sobre la “mentirijilla” del señor Parnell en la Cámara de los Comunes, cuya infamia parece consistir en haberla *confesado*. Otros políticos mienten pero siempre han tenido la virtud de negarlo; ¡una ética tan defectuosa *tiene* que ser buena política! Imagínese un ser humano tan carente de sentido del humor que está dispuesto a pasar a la historia en la posición fenomenalmente absurda del Fis[cal] Gen[eral],¹⁸ descubierto por el interrogatorio de Pigott al señor Parnell al que hizo responsable de los antecedentes de los hombres cuyas manos estrechó en América. Pero la absoluta falta de humor de los británicos en general es el secreto de la cuestión irlandesa.

13 de junio

Hoy he vuelto a salir, y me he comportado como una demencia, “sollocé”, à la Kingsley,¹⁹ ante la vista de una granja, un prado, algunos árboles y cuervos graznadores. La enfermera dice que hay una gente en el piso de abajo que van a todas partes en coche y no admiran nada. Me siento tan agradecida porque en efecto *veo*, para mi conciencia, el cuarto de pulgada en que se posa mi vista; verdaderamente, lo que cuenta es el sujeto.

La enfermera me ha preguntado si me gustaría ser un artista; ¡qué gozo y qué desesperación en ello! El gozo de ver con ojos ins-

¹⁸ Charles Stewart Parnell (1846-1891), representante nacionalista irlandés en el parlamento. El *Times* había publicado hacía dos años una serie de cartas, presuntamente firmadas por Parnell, en que condonaba los asesinatos de Phoenix Park en Irlanda de mayo de 1882. Alice alude a las sesiones de la audiencia realizadas en 1889 por una comisión especial que investigó los cargos. En febrero de 1890 Richard Pigott reconoció que había falsificado dichas cartas. El Fiscal General era sir Richard Webster. La *Nation* (16 de mayo de 1889) había comentado que “puesto que Parnell está en la práctica procesado por promover el asesinato y la atrocidad, el descubrimiento de que había mentido en una o más ocasiones es irrelevante y carente de importancia”.

¹⁹ Charles Kingsley (1819-1875), autor de *Wesward Ho!* y otras novelas.

truidos y la desesperación de *hacerlo*. Entre los seres compuestos de fibras que vibran con todos los céfiros, de los dos órdenes, cuál conoce menos tormento, el que está siempre mudo y nunca pierde ese sentido silenciado, o el otro que siempre cree que la expresión es impotente para expresar. Hoy nos encontramos con el hombre Brooks y su piedra de afilar, tiene un aspecto muy tartufo. Qué criatura más absurda soy por haber trazado una línea tan rígida ahora que n° 9²⁰ ha llegado en carne y hueso. Mi corazón fue maleable durante su periodo de incubación cuando la enfermera estaba segura de que iban a ser gemelos y ahora que es tan virtuoso de no serlo, mi corazón se ha vuelto de granito. Eliza, que era un apéndice permanente de la persona de Charlotte, mientras se ocupaba de la casa y hacía recados, se ha convertido en una excrescencia del cuerpo largirucho de Becky, con su palidez y su mala cara, que tiene diez años. Eliza tiene dos y todavía no anda; debe ser una carga vigorizante. Lavinia, que tenía un buen puesto de fámula en algún sitio, volvió a casa tras el nacimiento del bebé por pura alegría de su llegada, sacrificando su empleo. Labouchere²¹ da una lista de clérigos y curas con unas rentas medias de 130.000 libras y entre ellos *cincuenta* con lo que Fanny Morse²² llama, la “profundización del lazo marital”. La enfermera conoce una familia de Cheltenham, el general No sé quién, que tiene 20 hijos. Sir W. Carrington, a quien conocía la casera, tuvo 22 de *dos* esposas. Ella cuidó a una de las hijas durante muchos años, que vivía con tres hermanas y cada una tenía una jarra aparte para la leche del día y una barra de pan aparte y como los Jackson comían solas. Uno de los cuñados de Mary Cross tenía 20 hermanos y la señorita Chavasse²³ conocía a una familia de 25 a

²⁰ Se refiere al noveno hijo de la familia Brooks. (*N. de la T.*)

²¹ Henry Du Pré Labouchere (1831-1912), diputado parlamentario radical de Northampton desde 1880 a 1905, fundador de la revista *Truth* en 1876.

²² Frances Rollins Morse (1850-1928), trabajadora social bostoniana y aficionada al arte, amiga de la familia James.

²³ Miss Chavasse había sido enfermera de Alice durante su estancia en Bournemouth en 1886 poco después de llegar a Inglaterra.

los que solían mandar en grupos de 8, en diferentes direcciones. ¡Parece como si todo les gustaran en grueso! Lo curioso es que, comparados con nuestra raza y la francesa, ellos no tienen filoprogenitura, pero qué débil y qué diluido, por necesidad, debe llegar el instinto parental teniendo que gotear hasta 25. Igual que el espíritu se niega a gozar o sufrir por encima de ciertos límites, así se niega el corazón a amar. ¡Imagínese tener que ser personalmente responsable de que salgan 800 dientes! Gracias a Dios, el duque de Portland²⁴ está casado. ¡Cinco mil regalos para cubrir su desnudez!

Mira que enterarme de que alguien aquí en Leamington a quien no he visto jamás ha dicho que yo era “muy caritativa”. Me sentí como si me hubieran arrancado repentinamente toda la ropa y estuviera plantada en la escalinata del Ayuntamiento, desnuda, para deleite de la *Matrona británica*. Esta calumnia surgió por haberle dado, supongo, una moneda de seis peniques a los Brooks *antes* de que naciera el n° 9.

La carta del señor Howells²⁵ me ha hecho tan feliz al decir que con la mía le había parecido que padre y madre vivían. No hay mayor felicidad que la que puede procurar el saber que aún viven, o puede ser *revividos*, en unos cuantos recuerdos.

14 de junio

La enfermera se encontró a Becky Brooks y su *séquito* frente al Salón del Surtidor. Llevaba a Eliza, su excrecencia, en un brazo y arrastraba con la otra mano a un infeliz perro con un pañuelo rojo *prendido* alrededor del cuello; cuatro de los restantes iban, cómo no, tirando del pañuelo de tal modo que la leve figura de Becky sostenía muchas veces a cinco más. Cuando le preguntó

²⁴ Las noticias coetáneas sobre el matrimonio del duque de Portland y Wini-fred Dallas-Yorke hablaban de 500 (no de 5.000) regalos de boda.

²⁵ William Dean Howells (1837-1920) había sido amigo de la familia James desde la década de 1860.

de dónde había salido el perro, dijo: “Una mujer que quería perderlo nos lo ha dado; lo llevamos *toa* la tarde”. ¡Imagino que el perro debe estar ya suficientemente perdido! Lo que siempre notas y nunca cesa de encantarte en Inglaterra es la urbanidad de todas las clases, no sólo con los superiores sino también entre ellos. Claro está que hay modales repugnantes en la *sociedad* y en los arrabales, pero en la región intermedia los prudentes, los racionales y los humildes, de los que cuentan, en suma, no tengo duda de que la cortesía es la norma. Luego ocurre que estas criaturas recién llegadas de ese intercambio espeso, rugoso e hirsuto que llaman modales en el suelo patrio, no perciben realmente la diferencia, pero no permita el Cielo que inicie yo a los que no ven, ¡es muy trágico! Hay que ser justos, sin embargo, los pobres no han tenido nada que percibir en todos sus días; cuando se ven repentinamente cara a cara con toda esta complejidad, qué pueden hacer sino buscar refugio en la ceguera. El paisaje y Somers tomados alternativamente ilustran de forma muy instructiva hasta qué punto incluso la superficie de nuestro entorno nos da razón de nosotros mismos. Ayer estaba tendida en el parque en la granja de Hawkes, absorbiendo como un papel secante los almiarres de paja, los setos verdes y los árboles formando composiciones en una multitud de cuadros con la donosura que sólo esta isla conoce, el primer plano gris, con fantasmales rayos de sol oblicuos que desaparecían para reaparecer en la lejanía, tan succulentos, tan suaves y lentos, así *desde* siempre y así *para* siempre, cuando Somers apareció súbitamente ante mi vista y allí quedó, el campesino de estos campos, tan robusto, tan tranquilo, tan “sin conchas”. Le interrogué sobre ciertas parcelas que han sido adquiridas para construir en ellas justo cuando los pobres hombres han hecho sus jardines después de dos años de trabajar el terreno. Me contó la historia despacio y con soltura, con su voz profunda y pastosa, terminando con una risa confortable sin nota alguna de amargura en ella que pudieran haber engendrado dudas sobre el carácter absoluto del dueño de las tierras, haciendo que el sarcas-

mo del americano o la ferocidad del francés parezcan tan imposibles para él como una cosecha de dinamita a los pacientes prados.

Los cucos imitan a los relojes a la perfección.

16 de junio

Qué vidas tan espantosas llevan algunas personas. Los Bradley, que son canasteros, tienen una gallina que muy gentilmente pone *dos* huevos todas las mañanas para mi desayuno. La hija le dijo a la enfermera el otro día que su padre no había estado sobrio desde Navidad. Al parecer ha bebido toda su vida, y hay 15 niños y [el] hijo mayor, un mozo de diecinueve años que es un modelo de virtud y se ocupa de todo, y a quien su padre maltrata horriblemente. Esta chiquilla es muy bonita, y aún más, es grácil, cualidad que tan raramente se encuentra por aquí. Una de ellas está casada y supongo que las restantes 14 están dispuestas a arrojarse al matrimonio en cualquier momento. ¡Qué abrumadora es la virtud de los pobres! Ésta no incluye su afición al estado conyugal.

Es tan poco lo que he visto que mi memoria está repleta de pequeños fragmentos que no han sido borrados por los grandes, de tal modo que todo me parece una reminiscencia y a medida que avanzo las impresiones infantiles de luz y color me vuelven en tropel al recuerdo y con ellas el ser expectante, que entonces palpitaba en mi seno, vive un instante fantasmal.

H. escribe que ha recibido una afectuosa !!! carta de Wendell Holmes,²⁶ un milagro explicado porque ha estado a punto de venir a Londres. Dicen que está totalmente desatado y flirteando tan desesperadamente como siempre. Hay algo tan sombrío que llega a no ser natural en la vida y el carácter de esa pobre mujer... ¡Qué hay sino fealdad en cualquier relación entre dos seres que no consigue suavizar sus corazones y abrir sus espíritus a sus

²⁶ Alusión a Oliver Wendell Holmes (1841-1935), hijo del doctor Oliver Wendell Holmes, el "autócrata" a la hora del desayuno y después juez del Tribunal Supremo (1902-1932).

semejantes! ¡La soledad es sin duda un camino de rosas hacia ello! La señorita Percy de la casa de al lado vino a verme, es la criatura más bondadosa y es evidente que me considera, por gracioso que parezca, como un objeto digno de lástima. Me preguntó con suma convicción si no “me cansaba terriblemente de leer”. Esto me complació sobremanera, pues expresaba muy bien su redonda, vivaracha y risueña personalidad. Toca cinco minutos por vez esa carraca que tiene por piano y sale y entra no menos de 20 veces al día; ¿habrá soñado alguna vez “*un songe merveilleusement délicat, comme la solitude et le malheur en forment seuls dans les âmes qu’elles arrachent aux rudesses de la vie commune; l’idée d’un belle vie pleine d’ombre, vouée toute entière sans salaire ni retour, à la bonté et la résignation*”?

17 de junio

Qué absurdo es que nadie replique a Buchanan, como si contara para cualquier persona cuerda como algo más que un muñeco a resorte saltando de una caja para hacerse publicidad.

¡Dónde imaginan que he ido esta mañana!: a un prado de heno entre los que lo segaban; ha sido divino. Después entre ovejas muy tontas. Las infinitas gradaciones de luz y sombra sencillamente embriagan, con qué verdad se ha dicho que *el tiempo atmosférico* nos era desconocido en nuestra tierra, aquí hay una total ausencia de climas, aunque para demostrar que se obtienen resultados mucho más ricos de una variedad limitada, el autóctono con un termómetro graduado de 30° a 70° [F] experimenta más intensidad de sensaciones en cuanto a frío ártico y calor tórrido de las que jamás soñaron los filósofos de Prairie de Chien donde Bob²⁷ dice que las temperaturas van de 40° bajo cero a 105° en verano. Se visten de modo tan extraño, envolviéndose en pieles de cabeza a pies salen a la calle y caminan rápidamente al sol

²⁷ Robertson James (1846-1910), hermano menor de Alice, había encontrado empleo en Prairie de Chien, Wisconsin.

cuando hay 40°. Vuelven a casa y pasan la velada en una inmensa habitación que parece una cripta *sentadas* con un canesú *escotado* y el term[ómetro] a 50°. En verano un vestido vaporoso, y una gran boa o capa de piel sobre la parte superior, ¡ciertamente que esta yanqui²⁸ no puede entenderlas!

18 de junio

Alice Edwards le dijo a la enfermera que “Mamá se puso muy mala anoche y esta mañana una señora trajo un bebé”; ¿puede haber una señora más errada? Éste es el nº 5, el padre veintiocho años y la madre veintitrés; una voz diminuta más para acrecentar el inmenso gemido humano que perpetuamente se eleva a los cielos. Me pregunto si es poco delicado que una virgen flácida se preocupe tanto por la multiplicación de las especies, pero casi me obsesiona, es algo irresistible y abrumador como las mareas marinas o las riadas del Cannemaugh, un horda poderosa que barre la faz de la tierra. Es algo extraño que aquí, entre esta gente robusta y sanguínea, no sienta la menor vergüenza o degradación por estar enferma, como me ocurría en mi tierra entre los anémicos y los exhaustos. Se debe, desde luego, en cierto sentido a que la situación es muy cómoda, al sentimiento de ocio, reducido el trabajo al mínimo y reverenciada la diosa *Fiesta* de forma tan perpetua y eficaz por todas las clases. Así pues, ¿qué necesidad hay de justificar la propia existencia cuando uno es simplemente uno más entre un millón de superfluos?

Yo sería una valiosa visitadora de distrito. La enfermera me estaba hablando de su visita a los Bachelor y repitió algo que había dicho la señora B., utilizando una de sus expresiones, cuando héteme aquí que pierdo el equilibrio y me desmayo. ¡Qué poquito voy a saber yo jamás de la vida!

²⁸ Alice James utiliza la palabra “yanqui” para referirse a los norteamericanos de los estados del norte de Estados Unidos, la llamada Nueva Inglaterra, no con el sentido despectivo que tiene en lengua española (*N. de la T.*)

19 de junio

Varias personas han pasado en los últimos días a hacerme visitas, pero no las he visto. Enfrentarme al paisaje matutino me deja ya sin resistencia y después ¡una tarde de charla! tras esa divina contemplación sería un anticlímax excesivo. La belleza me fatiga más que el sillón, que no hace más que trastornarme los músculos, mientras que la anterior despierta honduras insondables. Harry acaba de enviarme el discurso de sir Cha[rle]s Russell,²⁹ ¡qué gran emoción leerlo!

20 de junio

He sabido por una amable nota esta ma[ñana] que el Sr. Godkin³⁰ que me envió el discurso de sir Cha[rle]s, lo cual fue muy agradable, se propone venir a verme pero he tenido que rehusar. “¡Qué inefablemente la prolongación de recuerdos comunes nos encariña con nuestros viejos amigos!” En nuestros años de despreocupación, poco sospechamos que hay en la vejez desamparos, fuera de nuestra vista, que se deleitan con migas de recuerdo; y la verdad es que mi pequeño mundo no me recuerda 1.000 veces más de lo que yo procuro, no diré modosamente me merezco. Hoy salí a los jardines, las rosas exquisitas, los geranios no tienen todavía el dominio supremo. ¿Cuándo se emancipará de ellos la raza?

21 de junio

Si convierto esto en receptáculo de débiles exclamaciones ante el paisaje, qué aterrador va a ser. No obstante, he de registrar el hecho de que hoy he entrado en el Paraíso; a través del huerto y de los groselleros de espinas hasta el jardín frente a la alquería de los Hawkes; ¡un lugar de ensueño! ¡Soñemos pues!

²⁹ Sir Charles Russell, posteriormente lord Russell de Kilowen (1832-1900), era miembro de la Comisión Parnell y reveló las falsificaciones de Pigott. Su discurso para la defensa fue considerado un ejemplo notable de elocuencia forense. Posteriormente fue nombrado *Lord Chief Justice* de Inglaterra.

³⁰ Edwin L. Godkin (1851-1902), fundador y director del periódico *Nation*.

Por increíble que pueda parecernos ahora, no había ni un solo geranio *visible*. Si bien el huerto es un buen espécimen, nosotros los tenemos mejores. Ése es un consuelo. La enfermera vio a Charlotte Brooks con su bebé de apéndice, claro está, y le preguntó por su salud. “Estaría mejor si madre no le hubiera dejado caerse de la cama anoche. No se dio cuenta hasta las 12.” Iba, como siempre, a buscar un “güevo” para Eliza, la Excrecencia, que es la joya actual de sus almas aunque todavía no anda y sólo dice “la-la”; su fascinación para el público general no es por consiguiendo tan grande.

Vimos a un chico tuerto de doce años, muy pobre y muy tosco, que llevaba una criatura diminuta de la forma más tierna. Tienen aquí la divertida costumbre de utilizar “fregar” para aclarar y lavar. La enfermera dice “tengo que fregar-me las manos”. Yo no puedo impedirselo.

He leído *Révoltée*.³¹ Es brillante, pero los personajes son quizá demasiado inteligentes, por más inteligente que él sea; pero está lleno de emociones hermosas y profundas. Mas qué enorme error, dramático, artístico y moral no matar a André, ¡la vida no es tan simple y qué estúpida sería si lo fuese! Vivir en esta monotonía llamada vida es la lucha de la criatura prisionera de su herencia, y la lucha contra las consecuencias de sus actos; la madre impotente para borrar con sus lágrimas el mal creado por su debilidad y su locura, la hija para huir mediante la rebelión de la ignominia de su destino; esto está en clarooscuro, pero desaparece en el humo de un disparo de pistola. ¡Su terror a *insistir*, Jules, le ha llevado a usted, de todos los hombres, a caer en lo *banal*! Cómo forjamos nuestras cadenas al emanciparnos.

Se me antoja que he extinguido del todo a los Kingsley. Mira que traerme ella otra vez de visita a la señora Harrison. La señora Rosada va a descubrir que es posible desairar a una yanqui con toda tranquilidad, pero que recuperarla es harina de otro costal

³¹ Una comedia de Jules Lemaitre.

muy distinto con la que nunca va a poder hacerse un pan. ¡Cuánto humilla a Ch[arle]s Kingsley pensar que ha vivido entre tanta falsedad e insensatez!

27 de junio

Hay un beneficio inestimable en el momento presente por desesperado que sea, nunca puede ser ayer y es perpetuamente mañana.

Ya sea en Naishápûr o en Babilonia,
Rebose la Copa dulzura o amargura,
El Vino de la vida mana gota a gota,
Las hojas de la vida descienden [caen] una a una.³²

Un aguerrido británico ha sido picado por un mosquito en Henley. En su padecimiento el pobre hombre naturalmente escribe una carta y la envía al *Standard*, después de lo cual desde la zona ártica de Yorkshire hasta los trópicos de Kent, despiertan un sinnúmero de víctimas que han pasado también por la espantable experiencia, cada uno con su teoría y una descripción de su picadura. Uno dice que la supervivencia de un huevo de mosquito a los rigores del invierno inglés es algo desconocido y absolutamente imposible, por lo cual el mosquito ha debido ser importado para esa picadura individual. Y así sigue la corriente hasta que una criatura con inspiración divina hace “una declaración de autoridad” en el sentido de que los mosquitos han existido en Inglaterra durante al menos 50 años. Los demás parecen haberse quedado pasmados, mientras el *Standard* se ha quedado en dique seco con esa *autoridad* que lleva el F.E.S. añadido a su nombre.³³ ¡Qué adorables ingenuos!

³² Alice está citando la estrofa VIII de la segunda edición de las *Rubaiyat* (1868) de Omar Jayyam que hizo Edward Fitzgerald.

³³ Fellow of the Entomological Society (Miembro de la Sociedad Entomológica).

La descripción de Balfour³⁴ como “coerción templada por un tono burlón” es buena. Su adoración del señor Gladstone parece crecer por minutos y es simplemente deliciosa. Lo que establece sin apelación posible, al parecer según su propio juicio, la rectitud de cualquiera de sus hazañas es que el señor Gladstone hizo lo mismo tres años antes, sólo que aún más. ¿Cuándo tendrá él ese coraje para el aún más? Es verdaderamente una criatura providencial por haber apresurado la solución y en su carácter de hombre de Estado qué entretenimiento y delectación va a procurar a generaciones venideras.

J. Lemaître dice en una frase de otra persona lo que yo intenté decir a trompicones sobre él en toda una página: “*un livre qui me donne cette impression qu’il m’exprime tout entier, et me révèle à moi-même plus intelligent que je ne pensais*”.

28 de junio

El *Standard* anuncia la boda de la hija mayor del príncipe de Gales con el conde de Fife.³⁵ Mira que no haber podido atrapar a un principito alemán; ¡el mundo avanza sin duda! ¡Qué destino más lastimero el de los pequeños regios! Pero ¿por qué cree el *Standard* necesario hablar de las hermanas divorciadas? Alguien ha dicho que las cuatro eran alocadas. Como el *Standard* admite que hay dos *divorcées*, esto quizá sea cierto. Qué burla, con el

³⁴ Políticamente, Arthur James Balfour (1848-1930) y William Ewart Gladstone (1809-1898) eran contrarios. Balfour fue nombrado Ministro Principal para Irlanda en 1886 durante la segunda administración de lord Salisbury (1830-1903). Esto le situó durante algún tiempo en el centro de la controversia sobre el Home Rule (autogobierno). Aquí, Alice alude a la coercitiva aplicación que hizo Balfour de la Ley de Delitos cuando era Ministro Principal, con la que redujo la criminalidad en Irlanda hasta casi hacerla desaparecer, y al hecho de que las diversas medidas de Balfour eran similares a las adoptadas unos años antes por el propio Gladstone.

³⁵ Louise, princesa de Gran Bretaña e Irlanda (1867-1931), se casó con Alexander, conde de Fife (1849-1912). Ella era la tercera nacida y primera hija de Albert Edward, príncipe de Gales (después Eduardo VII), y de su mujer Alexandra. La princesa Louise fue nombrada princesa Real en 1905.

horror que toda la vida ha sentido la reina ante el divorcio, que a través de sus yernos se encuentre relacionada con tantos episodios desagradables. El suyo es el destino común de todos, pues siempre nos sobreviene lo que más nos ofende. Qué exquisita moral puede extraerse.

Por fin he leído el tercer volumen de las Cartas y el Diario de George Eliot.³⁶ Me alegro de haberme obligado a hacerlo porque hay una débil chispa de vida y algún ocasional toque remotamente humorístico en la última parte. Pero ¡qué monumento de monotonía plúmbea es el libro! ¡Qué ser más inerte, enfermo y ñoño debió de ser ella! Ni un destello de alegría, ni un rayo de humor, ni un aliento vivo en una de sus cartas o diarios, ¡los lugares comunes y los tópicos de estos últimos, cuando ofrece sus impresiones sobre el Continente, sobre cuadros y personas, son sencillamente increíbles! Quizá porque el tono frío y quejumbroso te persigue y ronda por todo el libro, me produce la impresión, moral y física, de moho, o de alguna tumoración mórbida como un hongo de forma pendular, o como algo húmedo al tacto. Nunca he tenido una sensación más fuerte. Y pensar después en esos libros densos de sabiduría, humor, humanidad sumamente rica, y en que es ella la creadora de la inmortal *Maggie*,³⁷ en suma, ¡qué horrible desilusión! Y Johnnie parece haber hecho todo lo que estaba en su mano para diluir cualquier rastro de color que pudieran haber tenido estas cartas por la lamentable forma en que ha creído oportuno publicarlas. Al final, te quedas sin la menor idea de cómo firmaba su nombre, o cuál de los tres [nombres] usaba, si las cartas

³⁶ *George Eliot's Life*, según aparece relatada en sus cartas y diarios. Ordenados y editados por su marido J. W. Cross (1840-1924) en tres volúmenes, 1884. Henry James había hecho la crítica de esta obra para el *Atlantic Monthly* en mayo de 1885.

³⁷ Heroína de *El molino del Floss* (1860) escrita por George Eliot (Mary Ann Cross, de soltera Evans, 1819-1880). La novelista se había casado con John Cross el año de su muerte.

eran largas o cortas, todos esos detalles que son tan reveladores. Sobre el tema de su matrimonio es sin duda un delito que alguien ajeno hable de él, pero ¡qué desilusión cuando dice que se siente como si su vida hubiera renacido y cuando expresa su sentimiento de complacencia con la sacristía y la iglesia! ¡Qué traición a ese “amor perfecto” tan repetido en el pasado! La carta en que anuncia su compromiso de boda a una amiga y al mismo tiempo le asegura que su Johnnie no va a echarle mano a su fortuna es deliciosamente inglesa. Qué lamentable cobarde parece haber sido para el dolor físico, como si no fuera ya suficientemente degradante tener dolores de cabeza, sin enumerarlos por escrito uno tras otro y tener que mirarlos por siempre, vulnerando con ello la benéfica ley que estipula que el dolor físico se olvide. Si ella relatara sus enfermedades y “depresiones” y hablara por el bien de los demás de la armadura que se había forjado para combatirlas, sería concebible, pero da la sensación de que son simplemente conservadas como vehículo de lamentaciones. ¡Dónde tenía la vanidad esta criatura! Y cuando piensas en lo que poseía en esta vida para elevarla de tan fútiles lloriqueos. Pero ¡qué clase de genio y sabiduría harían falta para poder reconciliarse con el supremo tedio de tener que tomarse con tan superlativa solemnidad! Qué contraste con George Sand³⁸ que cualesquiera que sean sus defectos no cometió jamás ese pecado imperdonable; incluso hace a su hombre untuoso de turno menos repulsivo.

4 de julio

¿Qué modo mejor de celebrar el glorioso Cuatro³⁹ que anunciando el glorioso hecho de que he salido al exterior ya 15 veces?

³⁸ George Sand, pseudónimo de Armandine Lucille Aurore Dupin, baronesa Dudevant (1804-1876), novelista francesa.

³⁹ El 4 de julio es la fiesta nacional de Estados Unidos que celebra su independencia. (*N. de la T.*)

Ojalá mi espíritu no estuviera tan pendiente de Somers, pero es que su columna vertebral ejecuta las más escalofriantes oscilaciones sobre la perpendicular, y ¡no puedo remediar el recordar los horrores de aquel día con Bowles!⁴⁰ Me esfuerzo por actuar sobre su “naturaleza noble” todo lo que puedo, y con éxito porque tanto le embargué de entusiasmo un día que se *arriehgó* a exclamar cuando llegamos a casa: “¡Lo hemos pasado estupendamente!” imitando también sin querer mi lengua vernácula, lo cual acaso no sea tan deseable.

El canónigo Capel Cure⁴¹ dice que las rifas no son “pecados *directos*”, una curva prudente, supongo, ideada por la Providencia para sortear la burla de las tómbolas parroquiales!!! Desde el punto de vista del ser humano, cuán superior es Michael Davitt⁴² en el banquillo de testigos a Parnell, sin evasiones legales sinuosas y quisquillosas, y qué gran luz arroja en la “cuestión”⁴³ la viuda Walsh⁴⁴ dispuesta a sacrificar dos hijos antes que tratar con el enemigo. Piénsese en las fabulaciones del sutil Balfour dispuesto a aplastar ese espíritu indomable. Casi se puede oír la mofa de la posteridad.

5 de julio

Las tropas de su *Cristiana* Majestad están ahora empleándose en matar a tres mil derviches,⁴⁵ privándoles de agua. Cuando las

⁴⁰ Bowles, como Somers, estaban contratados por Alice para empujar su silla.

⁴¹ Edward Capel Cure era canónigo de Windsor en 1884 y autor de *The Words from the Cross* (1868).

⁴² Michael Davitt (1846-1906), revolucionario irlandés y líder laborista, organizador con Parnell de la *Land League* (Liga de la Tierra).

⁴³ Se refiere a la cuestión irlandesa. (*N. de la T.*)

⁴⁴ Uno de los hijos de esta viuda había sido ejecutado por matar a un policía municipal y la madre había instado a su segundo hijo, Michael, de quince años, también acusado del crimen, a que hiciera frente a su destino como su hermano y no se sintiera inducido a hacerse delator. Posteriormente se reunió una gran suma en Estados Unidos por suscripción para permitir que dicha viuda y sus cuatro restantes hijos emigraran a Estados Unidos.

⁴⁵ A finales de junio de 1889, una fuerza armada de derviches –santones mahom-

desesperadas criaturas se precipitan hacia el río son tiroteadas. Tommy Atkins se encuentra “en estado óptimo de salud y espíritu”; ¡cómo hiede a *patraña* esta nación! Al parecer, los árabes en alguna ocasión se negaron a cortar el abastecimiento de agua a los ingleses diciendo que era contrario a la verdadera religión el privar de agua incluso al enemigo.

6 de julio

Cuán envidiable, entre todos los seres, es el Padre Damián.⁴⁶ Poder hacer algo absolutamente completo en sí mismo, ¡qué más puede pedir el ser humano! Es ahí donde la Iglesia cat[ólica] ejerce atracción; ha debido conocer el gozo de los mártires. Qué pérdida es que los hombres estén totalmente desprovistos de ese recurso para satisfacer el alma en esta generación patizamba en que bien y mal son simplemente relativos. Desmesuran el heroísmo de aquél porque ¡qué sencillo ser *activamente* heroico dentro de límites absolutos de Tiempo y con el Paraíso garantizado para la eternidad! Los activos no deben sentirse muy emocionados, claro está, con ese héroe pasivo que es tan poco pintoresco y resonante, que se oculta en sótanos pestilentes y áticos heladores, encadenado como un esclavo de galeras a su remo de resignación durante años sin fin. Carta de lady Clark⁴⁷ con gran disgusto por la alianza Gales-Fife. ¿Cómo puede un hombre con un mínimo

metanos nómadas—avanzó hacia Wady Walfa en Egipto con la presunta intención de atacar hacia el norte. En los primeros días de julio, cuerpos de la artillería, caballería e infantería británicas mataron a varios cientos de ellos incluidos sus capitanes, y cientos murieron de sed en el desierto cuando las tropas británicas cortaron su abastecimiento de agua. Esta acción fue criticada en algunos sectores, que la calificaron de utilizar la fuerza contra tribus nómadas hambrientas que avanzaban, se dijo, sin intenciones hostiles hacia las fértiles llanuras en busca de alimento.

⁴⁶ Padre Damián (1840-1889), sacerdote misionero belga que trabajó entre los leprosos de Hawai.

⁴⁷ Sir John Forbes Clark (1821-1910) y lady Clark, de soltera Charlotte Colman, de Tillypronie, Escocia, eran amigos de Henry James.

de instinto paternal entregar su hija pura e inerme a un hombre de cuya vida sabe que ha seguido una pauta tan vil como la suya propia? La indignancia y el exceso de lujo crían al parecer los mismos ideales, la misma actitud expoliadora hacia la humanidad, y el mismo afán en pos de bienes materiales, demostrando sin duda cuán perfectamente se tocan los extremos. Las historias de la calle Satchwell que me trae la enfermera no difieren en tono y son de grado ligeramente menos desvergonzado que las que cuentan en Londres de la pandilla del príncipe. Qué diferencia hay entre la esencia espiritual de dos fierecillas peleándose a la puerta de su casa por una factura de carbón, traída o no por el inspector de barrio, y la de dos grandes damas blandiendo las espadas por un asiento en alguna u otra función; no hacen todas más que andar a la rebatiña por algo que no tienen.

7 de julio

Los grandes viven según parece en gran medida de la caridad de sus proveedores los pobres, de la de los adinerados, sin duda un proceder más noble. La señoras de la calle Satchwell apenas han sido más infantiles o demostrado menos dignidad que la Realeza, que no asistió a la boda del duque de Portland porque no quiso casarse con una de las tres princesas, según cuentan. Y también aquéllas han mostrado sus arbitrarias rigideces de virtud cuando han echado de la calle a pedradas a la novia que el robusto organillero italiano se trajo a casa la noche del funeral de su esposa. Era una mujer pequeña, dicen, y él regresó quince días después con otra tan grande y tan fornida como él mismo.

9 de julio

La señorita Leppington vino ayer. Es tan delicada y espiritual como si hubiera florecido en nuestras rocosas costas puritanas. ¡Se aferra tanto a su “sentido del pecado”! pues no es simplemente automático, como suele ser, sino por convicción por lo que ella adora al Dios que así la ha hecho; al parecer le gusta. Qué fatal-

mente entorpece el espíritu la falta de humor. Qué espantosa pérdida es no ser capaz de ver nuestras propias locuras, que han de ser mucho más exquisitas que las de los demás, pero como es la vanidad la que hace marchar el mundo, tras una o dos risas convulsivas el juego quedaría ciertamente al descubierto.

¡Volveré a tener yo alguna risa convulsiva! ¡Ah, yo! No me tengo miedo. He tenido tal festín durante 34 años que no puedo quejarme. Pero qué extremo tan curioso ha tocado en suerte a esta criatura, haberme criado con Padre y con W[illia]m,⁴⁸ y quedar después reducida a la enfermera y la señorita C[larke] para los pastos humorísticos del día. Hay que oír las chanzas de tres letras que fabrico para ellas, porque *necesito* humor de alguna clase. En aquellos días espantosos, cuando estaba sola en la casita de la calle Mt. Vernon,⁴⁹ cómo anhelaba correr a los bomberos de la puerta de al lado y huir del “¡Sola, sola!” que resonaba por toda la casa, que susurraba por la escalera, musitaba por las paredes, y me hacía frente, como una presencia material, mientras esperaba, contando los instantes que iban tornándose de un hoy en un mañana; porque “el tiempo no opera hasta que hemos dejado de observarlo”. Hay un fragmento de pared marrón que siempre me evoca St. John’s Wood,⁵⁰ tan vivamente, cuando repaso... aquel invierno de 1854-55, todo envuelto en densidades de dic[iembre], resaltando solamente tres episodios, que yo recuerde: el sombrero de M[ademoiselle]lle C[usin],⁵¹ *Enrique VIII* y *Still Waters Run*

⁴⁸ William James (1842-1910), hermano mayor de Alice, psicólogo y filósofo.

⁴⁹ Después de la muerte de la madre en 1882, Alice y su padre se mudaron de la calle Quincy de Cambridge al número 131 de la calle Mt. Vernon de Boston. Allí murió su padre al finalizar 1882 y Alice vivió sola en la casa durante 1883-1884, después de lo cual se trasladó a vivir en Inglaterra.

⁵⁰ Mientras residían en el extranjero en 1855-1858, la familia James había vivido algún tiempo en el 10 de Marlborough Place en el distrito de St. John’s Wood. Los recuerdos de Henry James de este periodo, incluida la asistencia al teatro, están registrados en el capítulo xxiii de su libro *A Small Boy and Others* (1913).

⁵¹ Mademoiselle Cusin era una institutriz suiza que trabajó para la familia James en 1855-1856 en Londres y París. *A Small Boy*, capítulo xx.

Deep. ¡Cómo olvidar a Wolsey de camino a su ejecución, o “Mi hermana es una mujer muy extraordinaria!”. El gozo de *Enrique VIII* quedó algo oscurecido por la angustia de que la tía Kate no pudiera ir. No había desgracia mayor que esa que pudiera acaecer a criatura nacida de mujer, pensé yo. Estoy segura de que también asistimos a la pantomima navideña⁵² pero lo he olvidado totalmente. El sombrero de M[ademoiselle] permanece de forma igualmente vívida, pero con un deleite más ambiguo. En el atardecer gris de nuestros paseos vespertinos descubrimos un artista, pero los dolores de parto fueron sumamente intensos, porque el punto de vista sombrerero de Neufchâtel y el de Edgeware Road no sólo habían de ser revelados, sino también reconciliados, por mí, con siete años. Se manifestó el sombrero con seda verde fruncida y flores rosa y recuerdo cómo se estremeció mi alma infantil, aun entonces, ante la crudeza de su tono; sin duda pronto debió adquirir *profundidad* a medida que la atmósfera de la estación del año lo fue envolviendo, cada vez más.

11 de julio

H. me escribe que ha pasado el domingo en Wilton House,⁵³ que es casi tan bueno como si hubiera estado yo en persona, porque vimos el gran Van Dyck juntos en el 73, cuando la tía Kate, él y yo fuimos allí desde el White Hart, como humildes peregrinos. Comenzando desde el mismo nivel, el observador poco atento podría creer que mi descenso ha sido tan grande como el ascenso de H., que ha vivido 48 horas en la casa con ese objeto glorioso –pero quién puede saberlo– yo no, ciertamente, en mi sofá desde el cual he aprendido cosas tan magníficas. Parece que fue ayer

⁵² Una forma de espectáculo teatral que en Inglaterra solía representarse en época navideña, por lo general una adaptación para la escena de algún cuento de hadas. (*N. de la T.*)

⁵³ La visita con Alice a Wilton House, residencia de los duques de Pembroke, fue descrita por Henry James en *Transatlantic Sketches* (1875) y reeditada en *English Hours* (1905).

cuando lo vi; ¡un instante sobrecogedor! Quizá sea allí donde está el Moroni⁵⁴ por el que tanto he preguntado. No está en Warwick ni en Blenheim y éstas son las únicas casas que he visto. Recuerdo exactamente dónde estaba en la sala, sólo una cabeza. No tenía por qué estar tan muerta de miedo como estaba antes de salir de mi casa aquel verano, por temor a que siendo un ente tan enteramente inartístico no supiera qué *pensar* de los cuadros, como la pobre señora Ogle ante un chiste, con gesto, como dijo alguien, tan impotente, como si quisiera quitárselo de encima cuanto antes; ¡porque yo perseveraré! Imagínese mi dicha al descubrir que yo también era “sensible”, y que no sólo me quedaba “muda ante un Botticelli” sino que Botticelli me decía una infinidad de cosas, y todo ello en un destello de mutuo reconocimiento, después de tantos años de esfuerzo intentado establecer alguna índole de relación, hablada o silenciosa, con el Botticelli de Boston. El primer día en la Na[tional] Gallery, entró el retratista Porter:⁵⁵ era su primera visión de un maestro antiguo y se paseó por allí dirigiendo miradas superficiales aquí y allá sin más señal de emoción que si estuviera en Doll and Richards.⁵⁶ ¡Cómo sobresalía esa cualidad chabacana de su personalidad!

No puedo perdonar a esta excelente gente que sea una raza tan poco artística. Entre tantas ocasiones para la pintura, nacidos en un medio que todo lo transmuta mediante infinitos grados de lo hermoso y lo sombrío, pensar que no han tenido más que un solo gran pintor. En lo del paisaje es, desde luego, fácilmente comprensible, incluso cuando más sumido estás en su belleza, que pueda en virtud de su previsible respetabilidad ordenada exasperar hasta grado sumo al irritable genio espontáneo, que lleva en su seno, en efecto, las posibilidades de la *bête*; ¡pero

⁵⁴ Giovanni Battista Moroni (1525-1578), retratista de la escuela de Brescia, discípulo de Il Moretto, tuvo considerable influencia en el arte de Van Dyck.

⁵⁵ Benjamin Curtis Porter (1845-1908), pintor de retratos de Boston.

⁵⁶ Los marchantes de arte, Doll and Richards, tenían su establecimiento en el 145 de Tremont Street, Boston.

recuérdese a Rembrandt en Londres! Hay que reconocer, no obstante, que ese Maestro único aceptó el ambiente con solemnidad suficiente para pasar todas las pruebas.

La *P[all] M[all] G[azette]* de esta noche señala el hecho de que Parnell, cuando estaba siendo juzgado como cómplice de asesinato, enemigo mortal de la Reina, ¡es nombrado para el Comité de Reales Concesiones! Mis muy, muy queridos primos,⁵⁷ ¡de qué pasta estáis hechos!

12 de julio

H. dice, con su habitual acierto, de Bob que es un “caso extraordinario en que la *naturaleza* de un hombre constituye su profesión, su verdadera especialidad”. Su viaje a Damasco ilumina los *naïfs* misterios de la Biblia. Es divertido ver que, incluso en mi microscópico espacio, se suceden perpetuamente diminutos acontecimientos que ilustran los hechos generales de la naturaleza humana. Ayer, la enfermera y yo nos reímos un rato pero tengo que admitir que decididamente me “cogió”. Estaba pensando en algo que me interesaba mucho y mi espíritu se vio súbitamente inundado por una de esas olas luminosas que barren todo de la conciencia salvo el sentido de estar vivo y te embargan con el gozo de la palpitante complejidad de la vida, cuando de pronto miré hacia la enfermera, que me estaba vistiendo, y vi su expresión primitiva, rudimentaria (tan común aquí) como si no hubiera heredado cuita alguna con su destino de pasar enaguas por mi cabeza; la pobreza y falta de viveza de ella en contraste con la marea de especulación que fluía por mi cerebro me hizo exclamar: “¡Ay, mujer, no querrías estar dentro de *mí!*”. Su mirada de consternación y vehemente negativa –“¡Dentro de usted, señorita, cuando acaba de tener un dolor de cabeza horrible cinco días seguidos!”– fue un golpe más duro a mi vanidad del que ese objeto tan maltrecho haya recibido jamás. El dolor de cabeza había

⁵⁷ Se refiere a los ingleses. (*N. de la T.*)

desaparecido aquella noche y lo había olvidado del todo, cuando la pequeña desgraciada me hizo recordarlo, en ese sublime momento en que sentía dentro de mí la potencia de un Bismarck, y me dejó impotente ante la ley inmutable de que por magníficos que podamos parecer a nuestra propia conciencia ningún ser humano querría cambiarla por la suya, y ante el hecho de que *mi* glorioso papel era representar el *dolor de cabeza horrible* para la humanidad. ¡Qué grotesca soy sin duda! Tumbada en esta habitación, con la resistencia de un vilano de cardo, experimentando momentos ilusorios de palpar con el pulso de la Raza, el Misterio que debe ser resuelto con el siguiente aliento y llevando la fuente de toda Felicidad en mi seno; un sentimiento de vitalidad, en suma, sencillamente proporcional al exceso de debilidad. Permanecer aquí sentada y contemplar estos absurdos es entretenido a su modo y me recuerda cómo solía yo *escuchar* “mis modales en compañía”, en los días en que la tenía, y qué sonido tan ridículo tenían.

¡Ah! Esos seres extraños que tienen el coraje de ser infelices. ¿Son infelices, por cierto?

16 de julio

Gracias a una situación de bienestar sin precedentes, la señora Bachelier se ha inscrito en la soc[iedad] “pa enterrar”; hasta ahora sólo había podido apuntarse uno de los dos (a dos peniques semanales) y ése era naturalmente su dueño y señor. Pero ella no estaba totalmente falta de ayuda para ese temible momento, porque tenía un camión atávico mío que está atesorando para que sea su mortaja. Parece ser el clímax de la existencia para ellos, y no es de extrañar que la idea de ser enterrado sin orden ni concierto junto a criaturas odiosas con las que uno se ha pasado la vida peleándose sea ofensiva para el sentido estético. Éste es otro vínculo con los grandes, pues parece ser que el Príncipe siente la misma pasión que su madre por la muerte y los entierros. La totalidad de la familia son devotos de ellos. Toda pérdida es ganancia;

desde que soy miope no veo polvo ni miseria y por tanto me concibo viviendo en esplendor.

He hecho las cuentas cuatrimestrales. Mis ingresos, una cantidad sumamente interesante, con increíble capacidad para disminuir y seguir, con todo, existiendo. Qué agradecida me siento por mi poquito. Imagínese ser una carga a espaldas de los hermanos, como son algunas pobres desafortunadas, y no de hermanos como los míos, además.

La señora Sidgwick me ha enviado un trabajo sobre *Madame de Sévigné*, lo mejor que he leído de ella. La buena señora es humana, como todos nosotros. Recuerdo que en una ocasión le hablé de los momentos violentos que a veces se producen cuando te entregan los frutos del genio familiar, especialmente los *versos* de parientes difuntos, a lo cual ella asintió con vehemencia y dijo que siempre huía de ellos, pero que tenía gran facilidad para entregar los suyos propios. Qué innoble soy, pero ¿qué haría si no lo fuera? Ojalá no leyera tanta bazofia. Mi enfermera cuando viene tiene exactamente el aspecto del botonero de Leech tambaleándose hacia su casa con “Clarissa ‘Arlowe por Señora”,⁵⁸ pero no está mal que pueda hacerlo, porque son tantas las horas que pasan y yo no puedo leer nada sugestivo, que perdure o que se ligue a la experiencia sin que mi tonto estómago empiece a agitarse y mi endeble cabeza a saltar de tal modo que tengo que dejarlo. Ésta es la mayor dificultad con Lemaitre, repleto de sustancia, algunas de cuyas páginas parecen sencillamente intoxicar con su luminosidad. Parece una pérdida no haberle conocido antes, pero creo no obstante que ahora es indicado y me rinde más frutos en esta presente vacuidad. Qué curioso problema psicológico por resolver, el hechizo bajo el que ha quedado toda la raza francesa

⁵⁸ Alusión al personaje de la novela de S. Richardson (1689-1761), *Clarissa or The History of a Young Lady*. El nombre de la heroína es Clarissa Harlowe, y la grafía del apellido indica la pronunciación sorda de la “h” característica de las clases bajas en Gran Bretaña. (*N. de la T.*)

por el nombre común y corriente de William. Lo que sigue, que se debe a la inteligencia de esta criatura, es una de las ilustraciones más exquisitas. En un artículo sobre la *adaptación* de una de las obras de Shakespeare, él (Jules Lemaître) dice que las modificaciones la mejoran mucho, porque “*le vrai Shakespeare, en effet, c’est celui que nous pouvons aimer, l’autre ne compte pas; l’autre c’est William, si vous voulez, un accident, un rien*”. Mi querido amigo, es lo contrario, tu obra amorfa decididamente *no* es Shakespeare, sino el vástago de tu misterioso y amorfo William; me encantaría saber qué significa exactamente para tu espíritu y el de los tuyos el sonido de *William*. No es posible imaginar que un anglosajón pueda jamás tomar en serio la Biblia o Shakes[peare] en francés. Pero hay que estarle agradecido por insistir tanto en lo tedioso del humor del gran hombre, que en su mayor parte es incomprensible y cuando no lo es, no es divertido. Para nosotros, quizá sea “¡William!”.

4 de agosto

Tengo que hacer un esfuerzo para sobreponerme y registrar el incidente algo devastador del 18 de julio cuando Harry, tras una ausencia mucho más prolongada que de costumbre se presentó, ¡reforzado con William!⁵⁹ Acabábamos de terminar de comer y estábamos hablando de esto o aquello cuando de repente H. dijo, con una expresión extraña, “tengo que decirte una cosa”. “¡No será que te vas a casar!” chillé yo. “No, pero William está aquí, ha comido en Warwick Castle y ahora está esperando en el Holly Walk a que te dé la noticia y si sobrevives tengo que atar mi pañuelo al balcón.” Entra Wm. *no à la Romeo* por el balcón; la prosa de nuestro siglo por no hablar de la de nuestros consanguíneos, hace esto innecesario. Habiendo quedado el *antes* tan ingeniosamente suprimido por el abnegado H., todo “salió mucho

⁵⁹ William James estuvo en Europa en el verano de 1889. La última vez que había visto a su hermana había sido en 1884 cuando se embarcó hacia Inglaterra.

más fácilmente de lo que cabía esperar” como les dicen a los niños en el sillón del dentista. (Siempre he sentido mucha afinidad con Ellen Gurney⁶⁰ cuando contaba que salió corriendo y cerró de un portazo la puerta de la salita cuando, en los viejos tiempos de la guerra, oyó súbitamente en el recibidor del piso bajo la voz de su hermano Edward que había vuelto a casa inesperadamente, como hacían siempre en aquellos días.) El pobre Harry, sobre el cual había pesado ese momento durante dos meses, estaba pálido como un espectro antes de que pasara y no es de extrañar por su ansiedad sobre la “salida” que pudiera “dispararse” de mi amplio repertorio pero con la ayuda de 200 granos de bromuro, creo que me comporté con extremo decoro. Wm. había llegado a Londres sólo un día antes, habiendo pasado tres semanas en Irlanda y Escocia. No está [mucho] mayor después de cinco años, y todo lo que se puede decir de él, claro está, es que es simplemente él mismo, una criatura que habla otra lengua como dice H. que el resto de la humanidad y que daría vida y atractivo a cualquier rutina. Qué experiencia más extraña fue, que lo que había parecido tan apagado y muerto todos estos años floreciera súbitamente ante mí, un oasis fluido en este desierto foráneo, con la exquisita fragancia del perfume *familiar* de días pasados, hecho de las alusiones, los recuerdos y el punto de vista comunes, de tal modo que mi sentido de partícula flotante se perdió durante una hora más o menos con la ilusión de que lo que está hecho añicos para siempre había resurgido renovado, y existía fuera de nuestros recuerdos; ¡donde permanece siempre verde!

5 de agosto

Una nota de despedida del señor Godkin con un coladorcito de té. Me alegro por Harry de que se haya marchado, seis sema-

⁶⁰ Ellen Hooper Gurney (1838-1886), hermana de la mujer de Henry Adams, esposa de Epharim W. Gurney (1829-1886), profesor de historia en Harvard. Su hermano era Edward William Hooper (1839-1901).

nas de visita es mucha faena. H. dice que el hombre lo ha pasado estupendamente. Supongo que no volveré a verle, porque se está haciendo mayor y yo *no* estoy poniéndome como para peregrinar. Lo siento mucho; ¡se va tan lejos! Uno de los veranos más gratos que recuerdo fue el que pasamos juntos en Ripton en el 74 o el 75. Lo pasaba tan bien con Padre y reía a carcajadas con sus chistes. Solíamos dar preciosos y largos paseos en coche de caballos por aquellos bosques sin caminos. Qué región más encantadora sería si se hiciera accesible y uno pudiera llegar a ella. Dicen que hay pocas dudas de que el señor Edmund Gurney⁶¹ se suicidó. Qué lástima ocultarlo, toda persona culta que se suicida contribuye algo a disminuir la superstición. Es malo que sea tan antiestético, eso no puede negarse, porque salpica a los amigos moral y físicamente, haciéndoles mucho más partícipes de tu secreto de lo que ellos querrían. Pero qué heroísmo poder reprimir la propia vanidad hasta el punto de confesar que el juego es en exceso difícil. El argumento más cómico y al parecer principal que se utiliza contra el suicidio es que, dado que has nacido sin que nadie te consultara, sería muy pecaminoso poner fin a tu existencia dichosa. Esto me lo han dicho una docena de veces, y nunca entienden hasta qué punto están volviendo el argumento contra ellos.

9 de agosto

Inglaterra está pasando por uno de sus ataques de histeria a causa de la señora Maybrick,⁶² ¡qué espectáculo! La señora M. parece una granuja tan vil como la que más, y se condenó a sí misma por su propia boca. El día 6 los Ripley vinieron de Londres y comieron aquí. Me contaron muchas cosas, desde luego,

⁶¹ Edmund Gurney (1847-1888), psicólogo inglés y amigo de William James.

⁶² Florence Maybrick fue condenada por asesinato, demostrando las pruebas circunstanciales que había extraído arsénico de matamoscas y se lo había administrado a su marido, un comerciante de tejidos de algodón de Liverpool.

que yo quería saber sobre la pobre tía Kate.⁶³ Su enfermedad parece haber sido menos dolorosa de lo que temíamos y todos le prestaron los máximos consuelos y cuidados. Por algunas cosillas que dijeron me siento agradecida de que no habiendo nosotros podido hacer nada por tía Kate, H. y yo nos libráramos de contemplar ciertos sucesos posteriores. La pobre naturaleza humana no puede soportar más que una tensión leve cuando se trata de tazas de té y cucharillas de sal. Pero es todo ello muy instructivo y en esa perspectiva,⁶⁴ “Aunque pudieras poseer todo el bien creado, no podrías ser feliz ni, por consiguiente, bienaventurado; pues en Dios, creador de todas las cosas, reside toda bienaventuranza y felicidad; no las que ven y alaban los necios amantes de este mundo, sino las que esperan los buenos y fieles servidores de Cristo, y de las que los espirituales y puros de corazón, cuya conversación está en el cielo, a veces sienten un anticipo”. (*Imitación [de Cristo]*, cap. xvi.)

Hemos aniquilado, con “gran valor y habilidad”, 1.500 derviches más,⁶⁵ una “victoria brillante”. Después de siete horas de lucha, los pobres desgraciados, muertos de hambre y desnudos, fueron despedazados.

10 de agosto

Tengo que registrar que el 7 de agosto cumplí ¡41 años! ¡Gloria, aleluya! Ay, ¡ojalá fueran 61! H. dice que el principal deseo que late en el pecho británico es, al parecer, no quedarse el último con el anfitrión y la anfitriona después de un agasajo de cualquier tipo, de tal modo que en un momento dado se produce una auténtica estampida. La otra noche asistió a una función ofrecida

⁶³ Catharine Walsh había muerto en ese mismo año.

⁶⁴ El final de la frase está emborronado en el diario.

⁶⁵ Véase la nota 45. Los ataques de los derviches habían continuado durante el mes anterior.

por lady Knutsford⁶⁶ y estuvo ocupándose de madame Taine,⁶⁷ ayudando al señor Jusserand,⁶⁸ que había traído a los Taine. Hicieron la ronda del salón y cuando volvieron al punto de partida se encontraron con una densa masa en retirada, un cuerpo sólido de espaldas a lady Knutsford *completamente* sola en uno de los salones. Cuando madame Taine se volvió y la vio, se detuvo y exclamó horrorizada y asombrada: “*Mais, est-ce qu'on la laisse toute seule, comme cela?*” y quiso volver rápidamente a su lado, pero M. Jusserand la invitó a seguir avanzando con las palabras “*Cela ne fait rien, cela se fait toujours, etc.*”.

12 de agosto

William ha hablado de la forma más divertida sobre Irlanda; es muy sensato en lo que respecta a su autonomía, pero ¡cómo puede ser de otro modo siendo hijo de nuestro Padre! Fue a ver a la familia de una pequeña criada que tienen, ¡y vaya recibimiento le hicieron! El estribillo “Alabado sea el Señor porque Kerry haya visto este día” fue repetido cada cinco min[utos] durante las dos horas que estuvo con ellos. Él dice que son una gente absolutamente foránea, mucho más efusivos de lo que son con nosotros, como la figura del irlandés en el teatro. Dijo cosas muy graciosas sobre los desahucios, porque dice que desaparece del todo el horror que producen cuando se ve el carácter de las cabañas, siendo la existencia fuera de ellas muy preferible a la existencia dentro. Dice William que es la cosa más increíble ver salir de en medio de tanta suciedad, tristeza y miseria a esa raza jovial, social, ingeniosa e inteligente, sostenida por, y viviendo *enteramente* de un ideal, etc.

⁶⁶ Lady Knutsford, anteriormente lady Mary Ashburnham, se había casado con Sydney Holland en 1883.

⁶⁷ Hyppolite Taine (1828-1893), historiador de la literatura y ensayista francés, y su mujer habían estado en Londres en mayo de 1889.

⁶⁸ Jean Jules Jusserand (1855-1932), diplomático y escritor francés, era agregado de la embajada francesa en Londres en aquel tiempo y se había hecho amigo de Henry James.

¡Ay, qué gran tragedia! Cuando se piensa en esas intrépidas criaturas lanzándose con su ideal durante siete siglos contra el denso muro de la brutalidad británica, tan incapaz de inspirar ideales o movimientos imaginativos como las bestias del campo.

La señora Bowyer me dijo ayer que según parece los regalos de la duquesa de Fife tienen un valor de 200.000 libras. Los Bachelor permanecen acostados hasta mediodía porque pasan menos hambre en la cama. La enfermera tiene que hacer tarde su visita del sábado para que la señora B. esté bien vestida para recibir. Bien vestido consiste en prenderse, con un imperdible común, una cinta azul al cuello, siendo la dicha cinta un viejo lazo arrancado a mi alfilerero que la enfermera le dio hace algún tiempo. Tienen una vecina nueva que ellos temían que fuera bebedora, pero era sólo “que estaba un poco alegre porque era el día de su boda”, la número dos, un momento y método de festejo perfectamente legítimo, desde luego; “tiene muebles y cuadros *preciosos*”, su dote, seguramente. El domingo en el Paseo del Río vi a dos trabajadores, de unos treinta años, limpios, inteligentes, sobrios y serios y me moría de ganas por detenerme y preguntarles qué pensaban de las cosas en general, pero, ¡ay de mí!, yo estoy irremediablemente relegada entre los finos y los acomodados.

13 de agosto

“Nous apprendrions de lui [un ange philosophe] qu’il faut savoir souffrir et que la science de la douleur est l’unique science de la vie. Ses leçons nous inspireraient la patience, qui est le plus difficile des héroïsmes, l’héroïsme constant. Elles nous enseigneraient la clémence et le pardon; elles nous enseigneraient la résignation, je veux dire la résignation dans l’effort, qui consiste à frapper toujours le mal, sans nous irriter jamais de son invulnérable immortalité. Sous cette inspiration les existences les plus humbles peuvent devenir des oeuvres d’art bien supérieures aux plus belles symphonies et aux plus beaux poèmes. Est-ce que les oeuvres d’art qu’on réalise en soi-même ne sont pas les meilleures? Les

autres, qu'on jette en dehors sur le toile ou le papier, ne sont rien que des images, des ombres. L'oeuvre de la vie est une réalité d'homme simple, le pauvre revendeur du Faubourg St. Germain qui fait de sa vie un poème de charité, vaut mieux qu'Homère."
¡Con qué precioso ritmo resuena esto en mi alma mientras me mezo un momento en la esperanza de que los *resignados con pasividad* puedan, igual que los *resignados con esfuerzo*, no superar a Homero sino, mejor aún, tener alguna significación espiritual.

3 de septiembre

¡La vida es sencillamente una enorme broma! La fantasmal "señorita Peabody" se ha *materializado* en Katharine⁶⁹ el 21 de agosto. ¡Acabemos de una vez con todo!

16 de noviembre

Kath. se embarcó el 9 de noviembre en el Umbria, y espero recibir mañana un cable comunicándome su llegada hoy. Parece ser que decididamente ha "interrumpido el Diario, señorita", como la enfermera predijo lastimeramente tras su llegada (¿ha habido jamás un diario, por cierto, tan honrado en su propio país?); pero acaso esta calamidad no sea irremediable. Dejando aparte el desgaste que produce el Tiempo y la carga de tres inválidos sobre su alma y sus hombros Kath parece seguir siendo tan enormemente divertida como siempre, una encarnación de lo ensanchable, una posibilidad puramente transatlántica y moderna. Llevaba, como es natural, una edición, actualizada, de su compendio de bolsillo de información *inútil* e "informaba", de un modo tranquilizador y sonriente, a cualquier sujeto de la población sobre cualquier cuestión que deseara. Me siento como una criatura que, tras una larga inspiración de aire fresco, vuelve a

⁶⁹ Katharine Peabody Loring (1849-1943), de Beverly, Massachussets, había acompañado a Alice en el viaje y se había convertido en su compañera constante.

arrastrarse bajo un receptáculo hermético que se cierra sobre ella otra vez con un clic desesperanzado y conocido en demasía. Pero ha ocurrido tantas veces desde que empezó a desfallecer mi andamiaje hace ocho años, que después de unas cuantas torsiones fútiles ahora ya respiro y vivo y tengo mi sofocación por natural estando ahí dentro, porque ¡alabado sea el Cielo! las agonías *no* se repiten, a menos que así lo deseemos. Cada vez contamos con algo más para hacerles frente y nada es más cierto que “*à force de s’élargir pour la souffrance, l’âme en arrive à des capacités prodigieuses, ce qui la comblait naguère à la faire crever en couvrir à peine le fond maintenant*”; pero mi alma nunca se ensanchará hasta admitir que es sencillamente un destino cruel y antinatural para una mujer el vivir sola, no tener a nadie a quien cuidar y para quien “hacer” cotidianamente y que no es sólo un dolor, sino también un proceso esterilizador. Ésta es una afirmación científica, no un lamento, porque estoy repleta de la fertilización de estos últimos tres meses.

18 de noviembre

Un cable esta mañana para decir que ha llegado; así pues, ese episodio se ha esfumado como un sueño. No debo dejar que otros episodios se esfumen sin dejar testimonio, porque el verano resultó ser un torbellino vertiginoso para mí. Primero William, en lugar de ir a Suiza, volvió repentinamente de París y se fue a casa, habiendo como siempre agotado Europa en unas semanas y encontrándola rancia, sosa y poco gratificante. Siendo su única necesidad volver a su casa, la primera carta tras su llegada estaba, cómo no, llena de planes para su regreso con mujer y niños; es como una gota de mercurio, no puedes definirlo mentalmente. H. y yo estuvimos el otro día riendo al hablarlo y recordando el parecido de Padre y William a él en estos aspectos. Aunque los resultados sean los mismos, a mí me parece que surgen de una naturaleza muy diferente en ambos, en Wm., una total incapacidad o indiferencia “para perseverar en algo por el mero hecho de

perseverar”, como alguien dijo de él en una ocasión, mientras que Padre, ¡ese niño encantador!, no era capaz de someterse siquiera a la servidumbre de su propio capricho, y además el bueno de él fue siempre víctima de los demonios de la añoranza del hogar. H. dice que ciertos lugares del Continente le recuerdan los viejos escenarios de modo muy vivo, los repentinos regresos de Padre al cabo de 36 horas, habiendo marchado para estar ausente quince días, con Madre a su lado cogida de su mano y los cinco críos apretándonos a su alrededor “como si acabara de salvarse de morir ahogado”, y él explayándose, como sólo él sabía, sobre los tormentos de desolación que había pasado. Pero para volver a nuestro asunto, William es quien llegó con H. el 14 de agosto de camino a Liverpool. Nos contó toda su experiencia de París donde era delegado en el Con[greso] de Psicología,⁷⁰ que fue un éxito de lo más brillante. Los franceses *sumamente* corteses y hospitalarios, invitaron a Wm. a inaugurar el Congreso, y siempre tuvieron a un extranjero para presidir las diversas sesiones. Con gran dificultad le saqué que los participantes habían hecho frecuentes referencias a M[onsieur] Will-yam James. H. sugirió que podría llegar a ser otro caso de un gran “William”. Le cayeron simpáticos los Sidgwick y los Myers.⁷¹ La señora S., aunque de linaje muy noble y antiguo, es en su aspecto la reproducción exacta de una tendera norteamericana de pueblo. La señora Myers le hizo a W. el siguiente enigmático cumplido: “¡Nos alegramos tanto de que sea usted *como* es!”.

Eso me recuerda lo que le dijo la señora Kemble⁷² a H. sobre mí después de la primera visita, que fue aún más enigmático. Llegó la pobre señora jadeando horriblemente a causa de las esca-

⁷⁰ Se trataba del Congreso Internacional de Psicología Fisiológica cuya organización se hizo coincidir con la Exposición Internacional de 1889.

⁷¹ Frederick W. H. Myers (1843-1901), poeta y hombre de letras, fue uno de los fundadores de la Sociedad para la Investigación Psíquica.

⁷² Frances Anne Kemble (1809-1893), la célebre actriz de la primera mitad del siglo, era una de las mejores amigas de Henry James.

leras; yo me sentí enormemente consternada, pero desapareció mi agitación que había sido anticipadamente grande, porque la señora Kemble sin aliento era una entidad mucho menos alarmante. H. le dijo, después, que yo había estado muy preocupada por las escaleras, ella dijo que era simplemente lo que le ocurría siempre, y añadió: “Muy afortunadamente su hermana es una dama americana, *algo muy distinto* de una dama inglesa, se lo aseguro”. Cuando la he visto posteriormente siempre he pasado una auténtica agonía para ser la clase de dama *indicada*. En busca de conocimiento pregunté un día a la enfermera si K[atharine] y yo éramos diferentes de las señoras inglesas en algún sentido: “¡Totalmente diferentes, señorita!”. “¿Por qué, de qué forma somos diferentes?” “No tan orgullosas, señorita!” ¡Verdaderamente desalentador!

19 de noviembre

Qué locura sin límites es esta revolución brasileña,⁷³ confirmada en la prensa de esta mañana, ¡con el temible Blaine⁷⁴ entre manos!

Acabo de leer esto, Dos irlandeses toparon con una serpiente en Texas y uno de ellos le cortó la cabeza y siguió aporreando el cuerpo que aún se retorció hasta que su amigo le dijo: “¿Por qué no lo dejas? Ya está muerta”. “Claro, ya lo sé, pero quiero que la criatura se entere de su desgracia.”

M. Delboeuf,⁷⁵ el psicó[logo] belga, le dijo a Wm. que tenía una criada muy rústica y poco cultivada y un día que había invitado a unos amigos a cenar al servir el Vino cogía las copas de la

⁷³ Tropas bajo el mando del general Manuel Deodoro da Fonseca habían depuesto a Pedro II y anunciado la instauración de una república.

⁷⁴ James G. Blaine (1830-1893) había sido nombrado secretario de Estado en marzo de 1889 en el gobierno del presidente Harrison.

⁷⁵ Joseph Rémy Léopold Delboeuf (1831-1896), filósofo y psicólogo belga, conocido por sus trabajos de lógica y sobre hipnotismo.

mesa y las llenaba a sus espaldas. Finalmente le dijo: “*Versez-le sur la table*”, ante lo cual la criada lo derramó sobre el mantel. Aquello fue una sugerencia-cerebral decididamente abortada.

Un joven llevó a su novia a un restaurante y le preguntó qué quería para beber con la cena. “Creo que una botella de champagne.” “Pues cree otra cosa”, contesta él.

Katharine tiene la muy estimable costumbre de hacerte cumplidos y adornar delicadamente cualquier referencia exterior a tu humilde persona que pueda surgir. Yo tengo siempre por norma creerme los cumplidos implícitamente durante cinco minutos y dejarlos cocer a fuego lento otros 20. Eso me garantiza un sólido beneficio de 25 m[inutos] en las 24 h[oras], en los que te sientes en paz y empatía con toda la humanidad.

[Varias palabras emborronadas] simplemente una criatura que quiere convertir a su marido en un embustero mayor que ella misma. Cuándo empezarán a atisbar las mujeres que por encima de todas las demás lealtades está la lealtad a la Verdad, es decir, a ti misma, que marido, hijos, amigos y patria no son nada comparados con eso.

1 de diciembre

¡Qué indigestión de comentarios *rentrés* he tenido desde que se fue Kath! No tardaré mucho en aprender otra vez a ponerme el tapón y a regresar a mi estado de “relámpago embotellado” como lo llama Wm., una expresión que ha extraído de un cuento que leyó un día en un periódico de Boston, donde se describía con ella a la heroína. Tampoco yo he podido olvidar jamás esto que leí a los quince años. Se pidió a una testigo que describiera la apariencia del cuerpo de un hombre que presuntamente había sido asesinado. Ella dijo que “Tenía un aspecto agradable y espuma en la boca”.

Todo el Partido Liberal-Unionista⁷⁶ exuda tanta *Virtud* como

⁷⁶ El Partido Liberal se había dividido por motivo de la cuestión irlandesa y los “radicales” liberal-unionistas, liderados por Joseph Chamberlain, contrarios a la

yo cuando reprendo a la enfermera. Me estremezco cuando oigo la inevitable perorata salir de mis labios: “Enfermera, me duele mucho tener que hablarle así, pero lo hago por su propio bien!!”. ¿Puede concebirse algo más falso?

Alguien preguntó a Kath, cuando dijo que el *Temple Bar*⁷⁷ le parecía bien, “Ah, ¿captan el *Temple Bar* en América?”. Una tiene de inmediato la absurda visión de un número del *Temple Bar* siendo “captado” por dos Grandes Continentes. Un coadjutor, en la misma ocasión, dijo que Boulanger⁷⁸ le parecía “muy listo”, el único comentario analítico posible para la mentalidad inglesa. “¡Listo! pero si acaba de ser derrotado y no es más que un caballo negro.” “¡Ah, no sabía que tuviera un caballo negro, pero me parece muy listo por haberse ido a Jersey!”⁷⁹

Mientras pienso en ello tengo que comentar, no vaya a ser que generaciones no natas me crean plagiaria, que una pequeña broma que hice sobre el cuco y los relojes me dijo Kath que estaba en el libro del doctor Holmes, *Hundred Days in Euro-*

primera ley de Autogobierno promulgada por Gladstone, se habían unido a los conservadores en 1886 para formar un gobierno de coalición presidido por lord Salisbury.

⁷⁷ La revista *Temple Bar Magazine* (1860-1906), dirigida en un principio por George Augustus Sala, fue adquirida por el editor Bentley en 1866. Publicaba ensayos y literatura.

⁷⁸ El general Georges Boulanger (1837-1891) había sido elegido Diputado por el distrito del Sena en ese mismo año pero había huido de Francia en abril, refugiándose en Inglaterra para evitar ser juzgado por malversación de fondos públicos.

⁷⁹ Aquí hay un juego de palabras con la expresión “black horse” (caballo negro) que no acaba de quedar claro en el contexto. Es posible que Alice James estuviera pensando en la expresión *a dark horse*, “un caballo oscuro”, con la que se alude en hípica al caballo de carreras que promete pero es desconocido para el público, y se emplea en sentido figurado como epíteto para la persona cuya capacidad o probable curso de acción son desconocidos, aunque este uso no parece tener mucho sentido en la frase. Pero también podría ser que Alice utilizara “caballo negro” como metáfora propia para sugerir un carácter maligno o poco fiable. En todo caso, hay que conservar la expresión para que la respuesta de su interlocutor tenga algún sentido. (*N. de la T.*)

pe.⁸⁰ Jamás he visto ese libro ni he leído reseña alguna de él. Dado que las grandes cabezas reaccionan [al unísono] esto demuestra de manera concluyente lo que siempre he sostenido frente a una esforzada oposición: que mi Cabeza es *Grande*. Henry dice que Wendell Holmes ha tenido un éxito muy brillante en Londres y que estuvo sumamente agradable, con aspecto joven y más guapo que nunca. Flirteando también de modo igualmente incansable. Supongo que su idea del “Cielo sigue siendo flirtear con chicas bonitas”, como decía él. Esto que dijo una vez sigue presente en mí, que “todo hombre ve algo de la señora Nickleby⁸¹ en su propia madre”, lo cual me recuerda a Alice repitiendo las [palabras] del profesor Farlow⁸² cuando preguntó una noche en su mesa del club: “¿Por qué es la Tía de todo hombre tan totalmente diferente de su Madre?” lo cual, me digo yo, es igualmente bueno. Recuerdo al letárgico A. G. Sedgwick⁸³ un día contando que había ido a una oficina de telégrafos, había escrito un tel[elgrama] y se lo había entregado al empleado preguntando: “¿Está claro?”. “Claro, pero algo peculiar.” O. W. H. dijo que la ausencia de esta clase de posibilidades es lo que despierta nuestra añoranza cuando estamos en Europa, para indignación del ofendido Arthur. Qué gracioso es recordar estas trivialidades pero es un gozo rememorar el pasado en cualquier forma y voy a poner por escrito todo lo que piense en este precioso reservado. Voy a tener que dejar de leer novelas francesas. Un plato de perpetuos adulterios se hace todo lo mortalmente pesado y aburrido que pueda imaginarse, y te hace anhelar el huir en busca de emoción a alguno de los derrochado-

⁸⁰ Oliver Wendell Holmes escribió *One Hundred Days in Europe* después de su viaje a Europa en 1886.

⁸¹ Personaje de la novela de Charles Dickens *Nicholas Nickleby* (1838-39). (*N. de la T.*)

⁸² William G. Farlow era profesor de Botánica Criptogámica en Harvard y vecino de William James durante cuarenta años.

⁸³ Arthur George Sedgwick (1844-1915), hermano de la señora de Charles Eliot Norton, era amigo de Henry y de William James durante sus años de juventud en Cambridge.

res grupos de hijos legítimos de la señorita Yonge,⁸⁴ por lo que hace a la *Moral*, y creo que no hay mucho donde elegir. Tiene que ser del todo consolador y emocionante sentir que has descubierto y dotado a tu raza de una de las morales fundamentales como debió sentir Dumas⁸⁵ con su *Castidad*. Habla de ésta como si fuera una especie de Loción Social (sólo para uso externo, evidentemente) para erradicar todos los males, y se queda pasmado ante su maravilloso descubrimiento, como un niño ingenuo.

En un estupendo discurso de John Morley⁸⁶ en el Eighty Club, ha dicho que para él: “Un trabajador que no encuentra trabajo es una figura infinitamente más trágica que cualquier Hamlet o Edipo”. ¡Muy bien y muy noblemente dicho, *Honrado John!* Piensa en la horrenda desesperación de ver[te] tú y tus hijos hundidos en ese abismo negro, hirviente y sin fondo que se abre ante ellos desde la cuna a la tumba. John Morley debe de sentirse bastante asqueado de que lo pongan por las nubes por ser simplemente honrado.

2 de diciembre

La enfermera pasó ayer una de sus orgías sabáticas; se marcha al amanecer, participa del “Espíritu de nuestro Señor” y sus disipaciones no cesan hasta después de las 8.30 de la noche. Qué afortunado es que en los milagros, como en todo lo demás, se cumpla “*ce n’est que le premier pas qui coûte*”. Dado el primer bocado, la alimentación de incontables millones sigue después. Cuando el gusano curil que ha morado tanto tiempo en el piso de abajo subió a verme, di aire a mi único conocimiento de folclore teológico y le pregunté si no llamaban a su comunión consubstanciación para diferenciarla de la transubstanciación: “Bien, pues parece ser exactamente eso pero no lo es”. Cuando le pregunté *qué*

⁸⁴ Charlotte M. Yonge (1823-1901) escribió 160 libros, entre ellos muchos amorosos donde exponía las ideas religiosas de John Keble.

⁸⁵ Alexandre Dumas, hijo (1824-1895), dramaturgo francés.

⁸⁶ John Morley, después vizconde Morley de Blackburn (1838-1923), había sido Ministro para Irlanda en 1886.

era recibí una respuesta igualmente lúcida. Me propuso leerme y yo inocentemente rehusé diciéndole que disponía de gran cantidad de libros de las bibliotecas, y hasta que Kath no me lo reveló mi mente ingenua no se dio cuenta de que él llevaba alimento espiritual en el bolsillo. Cómo reí y pensé en la anciana negra que, cuando fue reprendida por robar un ganso y mostrar excesiva devoción inmediatamente después, en una congregación evangelista, exclamó: “¡No creerán que iba a dejar que un ganso se interpusiera entre el Señor y yo!” Mi ganso no fue robado, pero tuve los mismos sentimientos. En los últimos tres días he visto a cinco personas ¡un agobio para mí! Hay media docena de personas que han venido a verme una vez y no han regresado nunca, consiguiendo que me sienta como un Monstruo del Barnum⁸⁷ que hubiera errado el blanco. Me pregunto si merecería la pena tener una larga línea de antepasados y que saliera al final de muchos siglos ¡una señorita Percy! Ésta me divierte considerablemente y es más *terre à terre* que nadie que yo conozca. Tiene un hermano viviendo con ella que ha estado en Australia 17 años y corre peligro de quedarse totalmente ciego; ella califica de “aburrida” la situación para él. Ayer le hice algunas preguntas sobre Australia, especialmente sobre el dinero enviado a la “Huelga de Estibadores” y la señorita Percy contestó: “Ya sabe que hay un número inmenso de irlandeses en Australia”. “Pero los estibadores no eran irlandeses.” “No, pero estaban en Huelga y eran republicanos y esas cosas.” Indudablemente considera que la cuestión irlandesa es una Huelga. Una huelga a favor de una república.

Otra de mi inspirado círculo dijo, a su regreso de Londres, cuando le pedí noticias: “Eran todas de asuntos públicos y no consigo acordarme de nada que no me interese a mí directamente”. Ésta no era vástago de una raza afeminada, pero como si lo fuera en lo que hace a su *Inteligencia*.

⁸⁷ Phineas Taylor Barnum (1810-91), fundador en 1871 de un famoso circo que llevaba su nombre. (*N. de la T.*)

El contacto con la vida de la gran mayoría parece tener la superficie de una moneda de tres peniques. Los dos Sidgwick vinieron a comer un día cuando K. estaba aquí. Era el día después de las elecciones francesas y como es natural yo hice referencia a ellas con gran interés así como al éxito de la exposición, pero recibí de ellos respuestas sumamente lánguidas. *Son* personas inteligentes y por lo general de amplios intereses, por lo que fue tanto más decepcionante.

11 de diciembre

Cuánto te hartas de ser “buena”, cuánto respeto sentiría por mí misma si pudiera estallar e incomodar a todo el mundo durante 24 horas; dar cuerpo al egoísmo, como dicen que [dos palabras borradas] hace. Si fuera sólo voluntario y uno hiciera una elección consciente, podría enriquecer el alma un poco, pero cuando se ha vuelto simplemente automático por un sentido de conveniencia –de la grotesca futilidad de lo perverso– es degradante. ¡Y después los imbéciles te elogian por ser “afable” como si una no estuviera evitando irritarse como evitas el pudín de ciruela o cualquier otro compuesto indigerible!

12 de diciembre

Harry pasó conmigo el martes 3. Acaba de volver de París, tan ameno como siempre cuando cuenta sus experiencias, porque ve cosas que no ve nadie más. Al parecer cree que Francia está en excelente estado. Vio a muchos hombres, y se enamoró de la señorita Eames,⁸⁸ la *prima donna* de Maine o de donde sea. Es muy divertido cuando habla de la dominación social de Europa por los americanos, que parece tan general en el Continente como aquí. Cuando éstos son Hurlburt⁸⁹ y James Gordon Ben-

⁸⁸ Emma Eames (1867-1952), soprano americana que cantó en el teatro de ópera Metropolitan de Nueva York de 1891 a 1909.

⁸⁹ William Henry Hurlburt del periódico neoyorkino *World* (véase nota 251 en la p. 236).

nett⁹⁰ es bastante difícil de digerir. La señora Von Hoffmann⁹¹ le dijo una noche en su villa de Cannes que el conde de París había ido a verla para decirle que se había enterado de que el señor Bennett estaba allí y quería que se lo presentara pues estaba muy deseoso de conocerle. La señora V. H. se fue a buscarlo con renuencia, sin saber *cuál* podía ser la reacción de J. G. B. Le encontró muy poco dispuesto y en suma se negó a ceder, cuando para su horror la señora vio que el conde le pisaba los talones. En cuanto hubo concluido la ceremonia el conde pidió a James que le permitiera presentarle a la condesa que tenía mucho interés en conocerle y se dio media vuelta para ir a buscarla. La señora V. H. no pudo soportarlo más, le puso las dos manos en la espalda a Bennett y le empujó hacia delante para que al menos fuera al encuentro de la condesa a mitad de camino. H. ha visto a Archibald Grove⁹² y su mujer en París; les buscó habitaciones en su hotel donde se alojaron de camino a Tánger. Me dijo: “A qué velocidad pasa el drama de la vida y qué absolutamente ausente de todo estaba el pobre cloroformado Edmund Gurney”. Dice que las mujeres inglesas tienen un aspecto totalmente diferente en París del que tienen en Londres, no distinguido sino grande y torpe. La *New Review* ha tenido un fenomenal éxito y en un plazo de seis meses está ganando una fortuna. Es sin duda lo más endeble de lo endeble, y su éxito ilustra las exigencias intelectuales del momento, lo cual no es muy prometedor. Me contó una cosa divertida que le ocurrió el mes pasado. Conoce al señor Geo[rge] Russell⁹³ pero nunca le había visitado. Un día se lo

⁹⁰ James Gordon Bennett (1841-1918), propietario del *Herald*, periódico de Nueva York, y fundador del *Evening Telegram*.

⁹¹ Baronesa Von Hoffmann, de soltera Lydia Gray Ward, segunda hija de Samuel Gray Ward.

⁹² Archibald Grove era director de la *New Review* (1889-1894), que publicó escritos de Henry James. La señora Grove era viuda de Edmund Gurney.

⁹³ George W. E. Russell (1853-1919), hijo de lord Russell, diputado del Partido Liberal en la Cámara de los Comunes durante quince años, era también un periodista en ejercicio.

encontró en algún sitio y el señor R. hizo algo servicial con el paraguas de H., se lo devolvió o mostró algún otro notable indicio de moral al respecto, por lo que H. le dejó tarjeta en su casa dándole las gracias, cuando el criado le dijo que R. estaba en casa H. entró y le hizo una visita. Unos días después estaba en Waddesdon⁹⁴ y cogió la *New Review* para encontrarse con consternación entre los *Tertulianos* a quienes a la sazón diseccionaba Geo. R. Desafortunadamente, H. venía inmediatamente después de Lowell y había sido tratado con mucha más dulzura que ese ilustre personaje, lo cual le hizo todo ello aún más desagradable. El señor Russell supuso claramente que la visita de H. era de agradecimiento por ese párrafo. Puesto que no se aludió a éste debió considerar a H. superfluamente modesto. R. es extremadamente sensible y preguntó en una ocasión a H. cuántas veces se había visto obligado a abandonar alguna residencia en el campo por haber sido descortésmente tratado en ella y cuando H. le dijo que nunca había hecho semejante cosa pareció muy sorprendido y dijo: “Pues yo en alguna ocasión hasta me he marchado en el carro del panadero”.

Un día cuando el chal se me estaba cayendo por el lado izquierdo, los almohadones por el derecho y el edredón por las rodillas, en suma, una de esas crisis de infortunio que son el pan nuestro de cada día para un inválido, Kath. exclamó: “Es una verdadera pena que no puedas decir puñetas”. De todo corazón coincidí con ella. ¡Es una inmensa pérdida que te hayan refinado todas las interjecciones robustas y consoladoras! En momentos tales de malestar los refinamientos son una vara endeble en la que apoyarse. Me pregunto si, de haber recibido alguna educación, habría sido más o menos tonta de lo que soy. Me habría privado con certeza de esos exquisitos momentos de flatulencia mental que de vez en cuando hinchan el vacío cerebral con un delicioso sentido

⁹⁴ Waddesdon Manor, Buckinghamshire, la mansión estilo *château* construida en la década de 1880 por el barón Ferdinand de Rothschild.

de posibilidades latentes... de estiramiento hasta límites cósmicos, y ¿quién estaría dispuesto a renunciar a la realidad de los sueños por un conocimiento relativo?

13 de diciembre

El informe de la Asociación de Vigilancia acaba de salir, y tiene un tono sumamente desagradable; la hipocresía del llamado Partido de la Pureza es más ofensiva que todas las demás, me parece a mí, pero el filántropo profesional deja su huella en todo lo que toca.

El emperador alemán está loco del todo, sin duda de ninguna clase. Vanidad de vanidades, ¡qué gran peligro eres! Esto lo digo por observación, *no* por experiencia.

Me emocioné mucho hace poco con la charla de Constance Maud⁹⁵ sobre su música. Quiere dedicarse a ella en serio como profesión ¡pero como es hija y no hijo sus gustos son desatendidos y tiene que limitarse al trabajo de parroquia! y me temo que eso a duras penas. Sus composiciones son muy buenas, dicen, y originales ¿no es una verdadera lástima? Dice que no sabe cómo podría vivir sin su música. Es digna de envidia por su pasión. ¡Ah, pero no conoce la joya más preciada, una pasión moral, que no conoce obstáculo material, para la que tristeza, soledad y dolor son alimento, que no busca el placer, sino que espera con paciencia hasta que florece de felicidad!

14 de diciembre

Una carta estupenda ayer de Alice⁹⁶ en la que dice que ella y Marg. van para escuchar a Grace Norton⁹⁷ disertar o más bien

⁹⁵ Constance Elisabeth Maud, además de ser compositora, publicó *Wagner's Heroes* y *Wagner's Heroines* en 1896, y escribió novelas y ensayos.

⁹⁶ Alice H. James (1849-1922), mujer de William James.

⁹⁷ Grace Norton (1834-1926), hermana de Eliot Norton y amiga íntima de Henry James.

exponer el erudito tema de las damas francesas del siglo XVIII. Imagínese con Sainte-Beuve a mano y tu propio rincón junto a la chimenea, forzando los ojos para discernir los borrosos perfiles de esas nítidas siluetas a través de la niebla de las ineptitudes de Grace. Su tratamiento torpe y atolondrado de criaturas cuya única razón de ser era lo airoso, y lo leve y el pulso sereno, debe de ser verdaderamente espantoso. Grace dio a Mabel Quincy, como regalo de boda, un ejemplar de Montaigne con las páginas “verdes” pegadas entre sí; ¿puede concebirse algo más deliciosamente estrafalario?

Leí el otro día en algún sitio que las mujeres francesas durante la guerra habían sido “*sublimes et charmantes*”, ¡una combinación verdaderamente gala!

El muchacho negro que cuando dirigía una sesión de evangelización pedía en su rezo: “Señor, haz visible a tu siervo”, no está nada mal. William expresó su parecer y el de sus allegados a la perfección cuando respondió a mi pregunta sobre su casa de Chocorua: “Ah, pues es la casa más deliciosa que hay; tiene 14 puertas que se abren todas al exterior”. Su cerebro no se limita a 14, quizá desafortunadamente. El constructor de su casa de Cambridge dijo que William se había ahorrado por lo menos 2.000 dólares yéndose a Europa este verano. Por escuchar todas las sugerencias que le hacían y modificar en concordancia, las facturas iban subiendo. Hablando con H. sobre la extraordinaria adaptabilidad del americano a nuevas circunstancias dijo: “No tiene que dejar de ser algo distinto primero; y además está acostumbrado de siempre a ver a la gente transformarse en cualquier cosa en el transcurso de cinco minutos”.

He leído las Cartas de Motley⁹⁸ con enorme interés. Cómo reconforta el corazón el segundo volumen que relata la Rebelión⁹⁹ por los vívidos recuerdos que despierta. Parece como si todo

⁹⁸ John Lothrop Motley (1814-1877), historiador y diplomático norteamericano. Su *Correspondence* (ed. de Curtis), en dos volúmenes, se publicó en 1889.

⁹⁹ Por las fechas, dicha Rebelión debe ser la de los estados secesionistas del sur contra los del norte que originó la Guerra Civil americana (1861-64). (*N. de la T.*)

hubiera ocurrido ayer y sin embargo es tan espiritualmente remoto, porque es como si hubiéramos dejado atrás el patriotismo agresivo y contestatario que era tan natural y esencial entonces, y el regocijarse por las victorias, a la vista de los vencidos, tiene ahora un sabor casi doloroso. ¡Qué curioso capricho del destino que el pobre hombre haya tenido que sucumbir a *Historicus*¹⁰⁰ como yerno! Parece haber sido la honradez misma, y la criatura menos dotada para la diplomacia, con su tendencia femenina a la intensidad. Qué pesadez todas esas listas de “personas vistas” que parecen constituir una parte tan considerable de las biografías, las Cartas, etc., hoy día, nada de lo cual muestra la más leve discriminación.

Qué resonancia tan deliciosa, generosa y humana tienen las Cartas del señor Holmes, especialmente en comparación con el niño Lowell. Te hacen entender el entusiasmo de Padre por Holmes del que decía que valía más que todos los hombres del Club¹⁰¹ juntos, y cómo le indignaba el modo en que Lowell solía desairarle, y cuánto admiraba la perfecta actitud con que el doctor Holmes lo encajaba. En su *Memoir* sobre Motley, es muy conmovedora la forma en que se recrea en la “belleza” y encanto personal de éste cuando piensas en sus propias limitaciones. Recuerdo que Padre volvió un sábado después de cenar y dijo, entre otras cosas, que el señor Holmes le había preguntado si no pensaba que sus hijos le despreciaban y pareció sorprendido cuando P[adre] dijo que no, que no se sentía oprimido en ese sentido: “Pero después de todo, es natural que así sea, porque se elevan sobre nuestros hombros”, exclamó Holmes, una altura de auténtico vértigo para el lúcido y alargado Wendell. Inmediata-

¹⁰⁰ *Historicus* fue el pseudónimo con que una persona firmó un artículo publicado en la prensa de Nueva York con su versión de la batalla de Gettysburg, que fue decisiva en la Guerra Civil americana. Dicho artículo creó mucha controversia en su momento. (*N. de la T.*)

¹⁰¹ Se trataba del Club del Sábado que se reunía a cenar una vez al mes en el Parker House de Boston. Henry James padre había sido miembro del mismo.

mente se representa la imagen de los dos a modo de campanario de iglesia.

Ha muerto Browning;¹⁰² lástima que no muriera un poco antes de ponerse tan lamentablemente en evidencia con Edw[ard] Fitzgerald el verano pasado. ¡Qué profundamente faltos de interés resultan los grandes hombres personalmente, comparados con los Bachelor, por ejemplo! Parecen tan ajenos a su obra.

Pregunté a Harry si los franceses *escuchan* como los ingleses. Dice que todos hablan a la vez, como las mujeres americanas. Los ingleses son irreprochables en este sentido, casi en demasía, porque no te animan precisamente con silencioso aplauso o disconformidad, y dado que su gesto es la mayor de las veces pasivo e inexpressivo, te surgen muchas dudas sobre si te están entendiendo o no, de tal modo que se producen momentos embarazosos. La enfermera se encontró con Blache Leppington hace poco, y ésta le dijo: “Me alegró tanto ver que la señorita James tenía mejor aspecto cuando pasé ayer a visitarla, tiene menos ausente la cara por el agotamiento y el dolor”; ¡¡Ay, mis ojos!!

16 de diciembre

La Lutte pour la Vie de Daudet¹⁰³ es un espanto. El momento culminante, cuando el padre mata al héroe porque ha perdido y engañado a su hija, te obliga a comprender el carácter fútil y elusivo de los recursos humanos, pues incluso el calor del triunfo de un vengador asesino tiene un vida momentánea, y ha de disminuir y apagarse en presencia de su víctima, rígida y descarnada,

¹⁰² Robert Browning (1812-1889) había muerto en Venecia el 12 de diciembre. Unos meses antes de su fin había interpretado equivocadamente una referencia de Edward Fitzgerald a la poesía de su mujer, Elizabeth Barrett, como un desprecio a su vida y su carácter. Por ello, había escrito unas amargas “Líneas para Edward Fitzgerald”.

¹⁰³ Alphonse Daudet (1840-1897). Su obra de teatro *La Lutte pour la Vie* se publicó en 1889.

pero no obstante entera mientras que él sigue siendo la misma figura amorfa, vaga y abortada.

Las *Notes et Souvenirs* de Halévy,¹⁰⁴ unidas a *L'Invasion*, son sumamente interesantes, psicológicamente hablando, repletas de historias que muestran la naturaleza humana del francés à nu, trágica y cómica, *pêle-mêle*. No hay que leer nada más para entender su caída. La mezcla de *trahison*, *gloire*, injusticias, la invariable necesidad de un chivo expiatorio y el pasmo admirado con que se contemplan a sí mismos cuando realizan algún acto corriente de generosidad u hombría te induce a verlos como niños inveterados hasta la eternidad. Dos franceses en un tranvía de caballos en Washington cuando se suben dos señoras que no encuentran asiento; dijo uno al otro: "*Levons-nous, c'est noble!*".

Me pregunto qué parte de mí se nutre cuando hago desaires a la pobre enfermera. De vez en cuando tengo que aplastar el deseo que invade de hacerlo. Un vestigio de instinto salvaje, supongo, la sensación de que por el momento es una criatura dependiente que está a merced de mí. ¡Detestable! Es bastante grato salir fuera algunas veces en verano, pero hay que preocuparse del tiempo que hace y de la propia salud todos los días, contemplar las nubes y meditar sobre tus dolores, mientras que ahora llueve y hay viento en el exterior y se te mete en los huesos y no tengo necesidad de concederles la menor atención. Gadders no me cree, pero los días que salgo duran para mí el doble que los que me quedo encerrada. Supongo que no es muestra de una gran inteligencia que una víctima patológica erija sus criterios en normalidad, y califique toda variación de ellos de "extraña y antinatural". Tengo, no obstante, la leve sospecha que los saludables, especialmente esos que llaman "de espíritu sano" —que son cantidades deprimentes!— deben ver las cosas de modo igualmente desproporcionado. Al menos me complace pensar que es así.

¹⁰⁴ Ludovic Halévy (1834-1908), dramaturgo y libretista francés.

Anoche leí en *The Nation* una reseña de *Life and Letters* de la señorita Alcott,¹⁰⁵ donde se hace mención de que Henry escribió una crítica de *Moods* en el *North American Rev[iew]* lo cual [me] recordó que Padre se había encontrado con el señor Alcott un día en la calle y le había dicho: “En casa están leyendo *Dumps* con mucho interés”. “¿*Dumps?*”, preguntó el Sr. A. “¡Sí, *Dumps*, la novela de su hija!” dijo el pater. ¡El sugestivo *Moods* reducido a *Dumps!*¹⁰⁶

Lady Alguien de Londres me estaba disertando sobre la depravación de las bebidas estimulantes y decía que ella no las tomaba nunca, sino caldo de carne o leche: “Porque yo creo que *esos* tienen la bendición de Dios pero en modo alguno la tienen los otros”. Difiere, pues, del curita que, hablando de la tómbola de la asociación Antialcohol, exclamó: “Es una lástima que el hombre abuse de los buenos dones de Dios”. El pobre Dios debe pasarse la vida cocinando carne y destilando ginebra.

Este toque de vanidad sobre el que ayer leí torna a una abadesa del siglo XVII en mujer y hermana. En las entretenidas memorias de la electora Sophia de Hanover,¹⁰⁷ dice que su hermana Elizabeth, abadesa de Herford, conocía “todas las lenguas y ciencias de la tierra y mantenía regular correspondencia con Descartes”, era además muy hermosa, pero su nariz tendía a enrojecerse, y “toda su filosofía no conseguía evitarle gran enojo”, porque cuando esta desgracia le sobrevenía, “solía esconderse del mundo”. Querida amiga, ¡cómo me compadezco!; retrospectivamente, por no decir introspectivamente, pues quién

¹⁰⁵ Louisa May Alcott (1832-1888). La crítica que hizo Henry James de *Moods*, escrita cuando tenía veintidós años, se publicó en el *North American Review* en julio de 1865.

¹⁰⁶ *Moods* sería humores o estados anímicos, mientras que *Dumps* es una forma coloquial de referirse a estados tristes o malhumorados. (*N. de la T.*)

¹⁰⁷ Sophia Dorotea (1666-1726), nieta de Jacobo I de Inglaterra, se casó con el duque Ernest Augustus, Elector de Hanover, llevando el trono de Inglaterra a su hijo George Louis (Jorge I) en 1714.

de nosotras no ha tenido una nariz colorada en el centro de su ser que desafía toda su filosofía, siendo el coraje de nuestra fisonomía el menos alcanzable de todos los heroísmos.

29 de diciembre del 89

Tom Appleton¹⁰⁸ exclamó al ver la fotografía de la señora Browning¹⁰⁹ con sus largos rizos adornándole el rostro: “¡El perri- llo faldero del alma!”

Qué cosa que el hijo de Browning desoyera el sagrado deseo de su padre de ser enterrado junto a su esposa, con el fin, tiene que ser, de darse realce a sí mismo.¹¹⁰ Pero ¿es posible que esta criatura desleal tanto se solace con las alabanzas de los hombres como para creer que las glorias de la Abadía reverberan en el cielo! Parece tan desproporcionado con la realidad de las cosas, porque no hay posibilidad alguna de que Browning pudiera haber tenido más que un puñado de admiradores. Qué ironía que el único vástago del genio y la cultura de él y de su esposa se aferre a la gloria que puede obtenerse de la endeble y vulgar moda del momento. Esto es aplicable a la moda, no a la Abadía. ¡Dios nos libre!

El día de Navidad pasó sin desastres, y ¡qué más puede pedirse! Recibí algunos regalitos, pero el que dio en el clavo fue una contribución de los Bachelor que costaba tres peniques. Sé el precio porque la enfermera tardó una semana en elegirlo y tuve que adelantarle el dinero, todo ello sin que se enterasen los B. que se sintieron muy apesadumbrados cuando descubrieron que no había costado más, pues habían calculado gastarse nueve peniques. Habían planeado esta inversión durante un año. Son personas admirables, siempre me mandan “abrazos” en lugar de “ponerse a mi servicio”. Bachelor no pudo esperar

¹⁰⁸ Thomas Gold Appleton (1812-1884), cuñado del escritor Longfellow.

¹⁰⁹ Lo anteriormente mencionada poetisa Elizabeth Barrett. (*N. de la T.*)

¹¹⁰ Browning fue enterrado en la Abadía de Westminster el 3 de diciembre de 1889.

hasta el miércoles para traer el objeto (una pequeña bandejita de latón para imperdibles), sino que lo dejó aquí el lunes, recordándome con ello a mi querido páter –así concuerdan los sabios y los sencillos– que solía estropearnos la Navidad sin fallar una, llevándonos con sigilo, cuando Madre estaba fuera, al armario prohibido y dejándonos echarle una ojeada alrededor de una semana antes. No recuerdo si después se lo confesaba a Mamá, ¡criatura del alma! ¡Qué gran ingrata era yo, y cuánto deseaba que no lo hiciera!

Acaba de llegar una nota de H. en que dice que el hijo de Browning no tuvo alternativa, que el municipio florentino se comportó de forma atroz en lo de abrir el cementerio, así pues mi anterior indignación está bastante fuera de lugar en este momento pero es, desde luego, muy noble pues demuestra que un alma superexquisita como la mía se sentiría afectada de haber actuado el hijo precisamente como no lo hizo. H. dice que la ceremonia [fue] muy impresionante. Pero ¡por qué insistirán en esas coronas de flores tan cursis!, débiles flores acompañadas de tarjetas, “Miss Evelyn Smalley”,¹¹¹ etc., para resaltar la solemnidad de la muerte y de la Abadía.

Al amanecer debatí durante un par de horas sobre si debo agitar mi palpitante corazón y mi estómago saltarán reconviniendo a Clarkey y pidiéndole que traslade la densa capa de “materia mal colocada”, que ornamenta la repisa de la chimenea, a alguna otra porción del cosmos, pero como siempre ganó mi “afabilidad”; porque, ¡qué son los males del polvo comparados con un estómago acrobático!

El capitán O’Shea¹¹² le ha puesto una linda trampa a Parnell, con su demanda de divorcio, justamente ahora. Por lo que se dice

¹¹¹ Evelyn Smalley era hija de G. W. Smalley, corresponsal en Europa del *Tribune* de Nueva York.

¹¹² Parnell fue citado como tercero en el juicio de divorcio del capitán William O’Shea contra Katharine, su esposa.

supongo que no tiene escapatoria. Va a complicarles un poco las cosas a los liberales, sin duda, pero la Autonomía para Irlanda, igual que la “Emancipación”, es una de las morales inmutables y triunfará superando cualesquiera retrasos. Pero ¡qué abyecta es la política! Esta forma de aplazar las cosas hasta la Muerte ha ganado la partida y el señor Gladstone ha quedado fuera de combate. Los superrefinados unionistas tienen aliados selectos trabajando a su favor: Piggot y ese vil O’Shea que utiliza el deshonor de su esposa para destruir a su enemigo, habiendo quedado tanta sensibilidad al acecho durante tres años o más en espera de un momento oportuno para levantar la cabeza.

30 de diciembre

Una pareja joven, ella de 18 años y él de 22, vino aquí de luna de miel. El día después de la boda se descubrió que él tenía escarlatina y a los diez días murió. Qué cruel es cuando tanto dolor y tanta pena acaecen a personas tan jóvenes; están tan indefensos; ¿cómo pueden saber qué hacer con la desgracia? Qué torrente de anhelo de ir a ellos y envolverles con la propia y larga costumbre a ella hasta que la pobre alma aturdida se haya tejido alguna índole de cubierta protectora.

11 de enero de 1890

Harry vino ayer y pasé como siempre un día feliz con él. Lloraría con fuerza durante dos horas, cuando se va, si pudiera permitirme semejante lujo, pero las lágrimas son veneno en estado puro. Éste es un ejemplo tan nítido del carácter abortivo del esfuerzo humano que tengo que darlo. Unos días después de que saliera el primer número del *Speaker*¹¹³ una amiga que es muy simpática y muy amable y me escribe a menudo “para alegrarme”, me envió una de sus afables cartas que concluía así: “No te dedi-

¹¹³ El artículo de Henry James, “Browning in Westminster Abbey”, se publicó en la revista *Speaker* el 4 de enero de 1890.

ques al *Squeaker*.¹¹⁴ Hay un artículo sobre Browning horriblemente escrito, pero todo el mundo cree que hay que ser emotivo y oscuro sobre este tema. Yo creo que tiene intención imitativa". Puesto que el mencionado artículo ha sido escrito por Harry, me temo que en esta ocasión no ha conseguido alegrarme. Después que mi susceptibilidad fraterna se hubo recuperado de la conmoción y pude volver a arrastrar mi estómago y mi corazón otra vez a puerto, habiendo ambos roto amarras bajo la impresión de que tenían el día libre, se apoderó de mí lo cómico de la situación; la desproporción y falta de armonía entre causa, intención y efecto era del todo excesiva. Diciendo que el artículo de Harry es tan malo como para hacer naufragar al *Speaker* en el presente y el futuro, la buena señora ha postrado a su pálida víctima con sus benévolas intenciones, trayendo el asunto a colación, sin duda, simplemente para utilizar la palabra "*Squeaker*", un *jeu d'esprit* unionista, supongo, evitando cuidadosamente la política para no agitarme y haciendo presa en mi único punto vulnerable con tamaño vigor. Verdaderamente no le falta detalle. *Creo* que no deseo que descubra su error, o mejor dicho su despiste, pero sé que hay un duendecillo en mí que se sentiría muy gratificado si ella pudiera al menos atisbarlo; un duendecillo que no sólo se divierte mucho con las diminutas y reveladoras complicaciones que caen dentro de su estrecho ámbito, sino también presto a participar en las locuras de la humanidad, resultándole éstas mucho más tonificantes que sus virtudes. Cuánto agradezco no haberme esforzado nunca para ser de ésas "que no son como son los demás", sino que descubrí desde muy temprano que mi talento radicaba en serlo *aún más*. ¡Para el carro, amiga mía, la soberbia de rebajarse es más insidiosa que la otra!

¹¹⁴ La correspondencia de Alice James cambia intencionadamente el título de la revista al citarla. *Speaker*, significa el que habla, o el orador, mientras que *Squeaker* sería el que chilla o chirría. (*N. de la T.*)

Cuánto repugna ese asunto de Brasil, la muerte de la emperatriz y de ese pobre anciano, con la horrenda brutalidad de las democracias. Si no fuera por el freno de caer en el ridículo, uno renunciaría de buen grado. Qué carácter más curioso, sin embargo, el del reaccionario, volviendo la espalda deliberadamente a la oportunidad, negándose a servirse de los utensilios de su época y poniéndose el sello del fracaso. Siendo en espíritu como una especie de cultivo vegetal enfermo que *impide* la floración, y hurgando toda su vida en un *cul-de-sac* en lugar de flotar con la corriente de expansión y divertirse todo lo posible de paso.

El cascarrabias de Stead¹¹⁵ se ha delatado de la manera más encantadora en su *Review of Reviews*, en la que yo creo que aspira a dirigirse al universo entero. Allí ofrece las prioridades de su credo: 1º Dios, 2ª Inglaterra, 3ª ¡¡la Humanidad!! Pobre pequeño apéndice. Los hombres están condenados a pinchar con su propia mano la burbuja de sus pretensiones.

La señorita Bond, que lucha por mantener una tiendecita, con una madre anciana de 84 años de quien ocuparse, mala salud y toda clase de horrores, le dijo a la enfermera el otro día algo que indujo a ésta a exclamar: “La señorita James no es una señora de Leamington, es americana”, a lo cual respondió la señorita Bond: “Por eso es tan diferente”. ¿En qué suponen que consistía la diferencia?; la pobre mujer estaba muy afligida porque iba a trasladarse a otra parroquia y temía que yo me negara a seguir ayudándola. Ya sé que la caridad está regulada por las religiones, subdivididas en sectas, pero para mí fue una revelación descubrir que tiene también fronteras parroquiales, como esa Humanidad del señor Stead, aunque supongo que se embaucaría a sí mismo con la palabra Imperial.

¹¹⁵ William Thomas Stead (1849-1912) fundó la revista *Review of Reviews* en 1890.

Debe resultar divertido ver cómo pongo a prueba a la pobre enfermera; en invierno tiene que aplaudir mi Inteligencia en verano mi belleza. En mis momentos de modestia, no se burlen, que los tengo, le consulto sobre las cartas que escribo y con toda certeza sabe muy bien cuál es la mano que la alimenta para hacer otra cosa que admirar. En el verano cuando paso junto a alguna antigualla más ajada que la anterior me pongo a su merced preguntándole a la enfermera si mi aspecto es tan espantoso como el de ésta. Cuando al punto me responde con una tranquilizadora negativa, me recuesto otra vez en mis almohadones, con mi belleza de ojos negros saltones, amarillenta de estufa, pacificada... por el momento. Ah, pero qué seres más desgarradores se ven sin empuje alguno para tensar los músculos, criaturas vencidas por la carrera y abandonadas sin fuerza a un lado del camino, decorando su miseria con patéticos pingajos de encaje y tristes volantes. Criaturas nacidas sin una sola oportunidad, como hechas con las sobras que arroja la gran fábrica humana, y obligadas a salir inermes a luchar en la horrenda batalla. El canónigo Leigh dice que todas ellas beben, pero esto es una figuración de su cerebro abstemio, me temo, porque no tienen aspecto de haber conocido ni siquiera la momentánea satisfacción de haber gratificado dicha pasión.

13 de enero

El pobrecito Portugal ha sucumbido ante el Gran Bravucón¹¹⁶ y el *Standard* y la *P[all] M[all] G[azette]* se glorían de esta “actitud resuelta”; ¡el mastín enfrentado al pequeño terrier! Compárese con el arrugamiento ante Bismarck en la cuestión de Samoa. Katharine dijo cuando volvió de Londres que había comido un día en casa de la señora Ashburner con May Boreham, de soltera Dabney, y

¹¹⁶ Alusión al ultimátum de Gran Bretaña a Portugal prohibiendo sus planes de ampliar su imperio a Mozambique y Angola.

con Annie Richards¹¹⁷ y que todos coincidieron en que los ingleses les agradaban individualmente, en grado sumo, pero que tomados *en masse* su brutalidad matonesca les hacía sencillamente odiosos, lo cual resulta bastante interesante, porque tanto la señora Ashburner como May Boreham tienen maridos ingleses. Me pregunto si esta última no se lo diría a su marido al regresar a casa, pues has de sentirte muy desleal hablando sobre su gente a sus espaldas, pero sin duda él no tendría la más ligera idea de lo que ella pensaba; en su mayoría son grandes paquidermos. Ésta es la clase de cosas que la gente saludable dice continuamente a los débiles, y no tienen el menor atisbo de su crueldad. Una pobre solterona asistía aquí a una reunión de la parroquia y la mujer del párroco le dijo: “¿Sabe usted? No le pedimos que nos ayude en este quehacer ¡porque *usted se desmaya!*”, poniendo al pobre ser el sello de incompetencia porque el año pasado, tras un día de ajetreo, se había mareado un poco en una ocasión. Pero es imposible que estas dos lleguen a entenderse, porque es cuando son más humanitarios, cuando los sanos disparan sus dardos más desatinados. Hace un tiempo disfrutaba yo sobremedida con la compañía de una amiga de mi país de hace muchos años y cuya presencia revivía un poco el pasado, cuando súbitamente se trasladó al planeta Marte preguntándome si en ese momento sentía yo algún dolor. Estaba al pie del sofá, pero no tuvo gracia para adivinar que el dolor es como la esencia del Universo para mi conciencia y que mi repugnante fatiga era una sustancia palpable entre nosotras. ¿Cómo podía saberlo? Estábamos emocionalmente conjuntadas, pero cuál podía ser nuestro terreno común físicamente, especialmente dado que yo había eludido todas sus investigaciones.

Los caballeros de la Tabla Redonda deben divertirse con la contemplación de cuán seriamente se los toman sus compatriotas

¹¹⁷ Los Ashburner, oriundos de Inglaterra, habían sido vecinos de los James en Cambridge, y una de ellos, Annie, se había casado con un inglés de apellido Richards.

en el siglo XIX. He leído un poco el libro de M. Twain¹¹⁸ y me resultó bastante aburrido, pero ésa no es la cuestión, sino el horror de que estas entidades sacras y morales sean objeto de burla. Permitir que el ingenio juegue con soltura con lo que se ha tratado solemnemente durante tanto tiempo es una pirueta para la que sus músculos cerebrales no tienen suficiente agilidad. Todo esto resulta de contemplación sumamente entretenida, pues son tan ingenuos que se dejan coger por la burla.

29 de enero

¡He tenido un dolor de cabeza infernal hasta decir basta! Busqué síntomas *rusos*,¹¹⁹ en vano, porque eran los muy, muy familiares americanos. No hay esperanzas de que pueda yo sembrar un microbio, pues la Providencia, con sus imprevisores despilfarros, ha olvidado enviar uno a mi dirección simplemente porque barrería del todo mi pequeño basurero. Un bacilo recién nacido tendría para un diente conmigo.

Todo mi ser se ha conmovido, no obstante, hasta la médula con lo que podría llamar microbios fantasma importados en mi pequeño escritorio que llegó de casa hace diez días. En él estaban todas mis viejas cartas. Me encontré ahí con las de Padre y Madre y no conseguí arrancarme de su lado durante dos días. Una de las experiencias más intensas, exquisitas y profundamente interesantes que he tenido jamás. Creo que si me esfuerzo un poquito y le doy forma, su vaga intensidad encontrará sus propios límites, y disminuirá la “divina angustia” de los incontables recuerdos despertados. Aunque eran para mí como el aliento de la vida, con el paso de los años han estado tan presentes siempre como lo estaban al principio y [lo estarán] el resto de mis contados días, con su pequeña porción finita de fricción y serenidad, un espacio de

¹¹⁸ *A Connecticut Yankee at King Arthur's Court* (Un yanqui en la corte del Rey Arturo), 1889.

¹¹⁹ La epidemia de gripe de 1890 se llamó “gripe rusa”.

tiempo tan breve, hasta que los tres volvamos a fundirnos, si fuera ésa nuestra necesidad espiritual. Pero a medida que leía me parecía como si hubiera abierto una posdata del pasado y que, para encontrarlos *de verdad*, había tenido antes que perderlos. Ahora me parece increíble que yo bebiera, sin pensarlo siquiera, en esa fuente de amor sensible que manaba incesante y bañara todo lo inconsciente en esa corriente de ternura humana. Las cartas están compuestas con el acontecer cotidiano de sus vidas, puras y sencillas, con almas no crispadas por las cosas de los hombres, como criaturas especiales, espiritualizadas y alejadas de barro más toscos. El Padre haciéndose eco de los cambios en las perfecciones de la Madre, no siendo él de los “candilicos de casa ajena”, pues el fuego de su hogar le inspiraba su luz más dulce. Y las palabras de Madre exhalando su extraordinaria, su generosa abnegación como si sencillamente encarnara la esencia inconsciente de la esposa y la de la maternidad. ¡Qué hermoso cuadro componen para solaz del pensamiento de sus hijos! ¡Cómo brotan en mí las emociones de esos dos terribles años, cuando estaba yo arrancándome de su lado! Él obsesionado por el terror de que pudiera yo fallarle mientras le contemplaba apagarse día a día –“Su fibra fina”, dijo William, “desgastándose y quemándose por cosas demasiado pesadas para ella”– hasta que el largo grito anhelante de su alma fue contestado y su pobre cuerpo disminuido yació “junto a Mary en lo alto de la colina de Cambridge”. Madre murió el domingo 29 de enero de 1882 por la noche, Padre el lunes 19 de diciembre de 1882 a mediodía, y ahora estoy derramando las lágrimas que no derramé entonces.

1 de febrero

Escuchen a las almas gemelas, Georgie Coss y la condesa de Shrewsbury, viuda, creo yo. Georgie tiene 14 años; su madre murió hace un año de un terrible cáncer, su padre una desconocida aglomeración de moléculas, hermanos y hermanas fluctuantes en número, unas veces seis y en otros momentos, nueve.

Y ello sólo en cantidad, pues la cualidad no fluctúa nunca, siempre es mala. Georgie ha sido arrebatada de su lado –llama de ese fuego– y colocada en frígida gloria y respetabilidad con una “Señora” de Holly Walk, tiene a su cargo a seis niños y cobra ¡¡¡un chelín a la semana!!! Aunque tiene varias guías espirituales, pues ha asistido a clases de Biblia, escuelas dominicales y demás, al parecer ha asimilado de manera muy imperfecta las memeces clericales en el sentido de que tendría que estar contenta con esa situación en la vida en que Dios la ha colocado, al menos en lo que hace a la ropa, porque hace poco tiempo vino y me dijo que su alma joven aspira a “una muda” de esas prendas que todos consideramos, sea cual sea la “situación” en que Dios haya podido colocarnos en el momento, que reciben un gran beneficio de una visita ocasional a la pila de lavar. Yo, no queriendo excitar lo que, al hablar de los residentes de White Chapel,¹²⁰ el *Standard* llamó “su codicia”, le dije “que su caso tendría que ser investigado a fondo antes de recibir un solo trapo *de mi*”. La enfermera se ocupó después de entrevistar a una *Autoridad* con relación a la ropa interior de Georgie, la cual se horrorizó cuando se enteró de su “avidez” pero admitió que no tenía más que *una* de cada una de esas prendas cuya naturaleza ha sido delicadamente insinuada más arriba. *Entonces*, me digo yo, habría sido el momento indicado para que el párroco interviniera y le mostrara a Georgie, en caliente, la iniquidad, cuando no se ha ganado “una muda”, de “ambicionar” una, de señalarle cuánto tiene que agradecer, teniendo seis niños a un chelín semanal cuando podría fácilmente haber tenido doce por seis peniques, etc., etc. Pero los párrocos son una panda de flácidos, y así se ha decidido sin la intervención de la Iglesia Oficial que Georgie reciba “una muda” *prestada* durante 12 meses y si, entre tanto, no “ambiciona” nada más, al finalizar el año, cuando esté ya hecha harapos, pase a su propiedad. Aunque hemos *apañado* a Georgie tan lindamente,

¹²⁰ White Chapel era un barrio bajo del este de Londres. (*N. de la T.*)

me temo que nos va a resultar más difícil sortear la codicia de lady Shrewsbury, no habiéndola cogido desde jovencita. Ésta ha estado haciendo, en más de un sentido, los Estados Unidos el verano pasado y no sólo cuenta, sin ruborizarse, sino que se jacta, que no pagó un solo dólar en hotel o ferrocarril en todo el tiempo que estuvo fuera sino que sangró a los nativos. Sus transacciones parecen haber tenido una escala mayor que las de Georgie, pero su “posición” indudablemente le garantiza una relación ininterrumpida con la pila de lavar y el escurridor, por lo cual ella, naturalmente, busca un campo más amplio donde ejercer su ingenio como ave de presa.

10 de febrero

No voy a utilizar esa palabra recomendada por Kath. pero que le es negada junto con sus restantes derechos a la *Mujer*, sino que proclamaré que está justificado que cualquiera que pase la vida siendo un apéndice de cinco almohadones y tres chales cometa el suicidio más desaliñado sin previo aviso.

Mary Cross, la excelente, vino de Londres a verme y pasó dos días en el Regent. ¡Qué buena es!

Desde el último apunte al feroz perro de la casa de al lado se le antojó un día servirse una porción del cachorro de la señorita Percy para la comida. Los resultados fueron agradables para la vecindad. Yo me desplomé y hubo que hacer venir a mi Esforzado Caballero, el doctor Wilmot. Aunque es muy aficionado a la caza del zorro, el doctor se estremeció con toda propiedad cuando vio la laceración del cachorro, ilustrando triunfalmente la teoría infinitesimal porque si hubiera estado entre un grupo de *Caballeros* ingleses contemplando algún desgraciado sujeto hecho pedazos por 20 sabuesos, no habría parpadeado siquiera. Desde luego esta operación homeopática en medio de un jardín no exhibió gloriosamente la pasión por los “deportes viriles” inherente a los “bravos británicos”, ni tampoco había sido pensada para diversión del Caballero Zorro y le pido disculpas;

Los Ripley escriben que el bisabuelo Hugh Walsh¹²¹ dejó Irlanda, con el corazón roto, en su juventud porque no le permitieron casarse con una joven dama de la que se había enamorado. No saben ellos cuál era la posición social del bisabuelo pero debía tener dinero, porque se estableció en Newburgh, junto al río Hudson, y se consoló ¡montando una fábrica de jabón! Posteriormente se dedicó a construir balandros. Se casó y puso a una de sus hijas el nombre de su primer ardor. Debía proceder como el abuelo James¹²² del envilecido Ulster, qué humillación para *mí*. Supongo que no sospechaban lo que iba a nacer de ellos o se las habrían arreglado mejor. Katie y Henrietta Rodgers hablaron con mucha gracia del bisabuelo Robertson,¹²³ que era de Rannoch, en Perthshire, según ellas. Después de hacer fortuna en tejidos de lino en la ciudad de Nueva York, volvió a Perthshire, reunió los huesos de sus antepasados y erigió un monumento sobre ellos. Después acogió en su seno a su tercera mujer y se embarcó. Cuando llevaban juntos poco tiempo él descubrió que la recién casada había robado a la tía Wyckoff¹²⁴ (madre de la prima Helen Perkins) que era su hija menor y predilecta, así que la ira le embargó, le compró un billete de vuelta a Escocia y nunca más se supo de ella. Dicen que la porcelana antigua de Cantón de los Robertson, heredada de la prima Helen, que pasó a través de mamá y de mí y hoy está en De Vere Gardens¹²⁵ con Harry, debe tener al menos 200 años. Katie Rogers me aseguró con total solemnidad que la genealogía de los Robertson se

¹²¹ Hugh Walsh, abuelo de la madre de Alice.

¹²² William James (1771-1832), abuelo de Alice nacido en Bailieborough, County Cavan, Irlanda. Se estableció en Estados Unidos poco después de la revolución Americana.

¹²³ Alexander Robertson, abuelo de la madre de Alice, llegó a Estados Unidos poco antes de la Revolución y tuvo prominencia municipal en Manhattan. Los Rogers eran parientes de la madre.

¹²⁴ Los parientes Wyckoff-Perkins de los James están descritos en el capítulo seis del libro de Henry James: *Un chiquillo y otros*.

¹²⁵ La dirección de Henry James en Londres era 34 De Vere Gardens, West.

remontaba hasta Robert Bruce, rey de Escocia. Le pregunté cómo: “¡Ah, pues, Robertson, hijo de Robert –Nosequé– Bruce!”. Me enseñó el escudo de armas pero no pude dilucidar con claridad si pertenecía a la casa de Robertson, de Bruce o de “Nosequé”. Henrietta, que parecía burlona, dijo: “Bien, pues tendrás escudo de armas pero está terriblemente gastado”.¹²⁶ Para mí que la recolección de huesos atávicos que hizo el viejo caballero parece más cosa de antepasados indigentes que de sangre real. Pero he de relatar la visita del cónsul, el sexto en visitar mi sofá desde que estoy en Inglaterra.¹²⁷

12 de febrero

He aquí una historia hermosa y conmovedora. Una pareja de ancianos de algún lugar cercano a Londres que habían vivido juntos medio siglo, no eran ya capaces de hacer trabajo alguno y tuvieron que vender todas sus cosas no quedándoles otra alternativa que el temido asilo, donde recibirían carne y bebida, desde luego, pero tendrían que estar separados; podían aceptar todo menos eso, así que un día se fueron juntos y no volvieron jamás, y sus cuerpos ajados fueron encontrados enlazados en el río. ¡Qué muerte tan perfecta!

Los hombres de la Casa de Saboya parecen ser los únicos en tener ese sentido de lo pintoresco que los excluye de los tópicos vulgares y endebles de los monarcas contemporáneos. Cuando el duque de Aosta agonizaba, le dijo a un sacerdote que permanecía junto a su lecho que se fuera a descansar. El buen hombre se volvió para marcharse y otro señor que estaba entre los presentes se adelantó y estrechándole la mano le dijo: “Gracias”; el sacerdote entonces expresó su pena y su afecto por el duque, y se repitieron

¹²⁶ Juego de palabras intraducible. “Escudo de armas” se dice en inglés *coat of arms*. La palabra *coat* significa también “chaqueta”, y *arms* tiene el significado de “brazos”. La broma consiste en decir que ese *coat of arms* está muy gastado en los codos. (*N. de la T.*)

¹²⁷ No se relata esta visita en el diario.

las “Gracias” con mucha emoción; como la habitación estaba oscura el confesor dijo: “No sé quién es usted”; “Soy su hermano.”

En los cinco años que llevo en Inglaterra no he oído ni leído una sola palabra de “nuestra familia”¹²⁸ que pudiera dar motivo para suponer que tienen la más leve concepción de lo que representan, salvo en sus aspectos más triviales. El “extraordinariamente ordinario tendero” de Andrew Lang¹²⁹ es infinitamente más capaz de vuelos líricos que ellos. Y cuando se piensa, además, que con los dientes limados y las garras cortadas están enjaulados en la ignominia de una Monarquía constitucional y que sólo les quedan las flores de la retórica para despertarles, durante un momento, la ilusión de que comparten los derechos innatos de su súbdito más humilde y no son esclavos sino hombres, resultan desde luego bastante míseros.

¿Qué puede expresar más perfectamente la locura de la sensibilidad filantrópica de esta época que este desdén por el hombre compasivo sentido hace 2.000 años por el adorable Chuang Tsiu?: “Siendo el hombre compasivo simplemente un hombre que intenta ser otra persona continuamente y con ello pierde la única excusa posible para su propia existencia”. Al menos, así lo cita Oscar.¹³⁰

13 de febrero

En un momento de arrebato, jadeando por salir de lo trivial y tomar un aliento de *vida*, leí una de las cartas de Padre a [palabra emborronada] amigo. No tuvo el menor efecto. Ah, ¡qué momento tan marchito fue ése! Me sentí como si hubiera cometido una profanación. El pobre, querido Geo[rge] Bradford ha muerto, a los 83 años; la flor de los mozos viejos de Nueva Inglaterra, el último, se me antoja, de carácter tan especial como el suyo. ¡Vayan con él todos los pensamientos dulces y benignos!

¹²⁸ Se refiere a la familia real británica. (*N. de la T.*)

¹²⁹ Andrew Lang (1844-1912), folclorista, poeta, periodista.

¹³⁰ Presumiblemente, Oscar Wilde. (*N. de la T.*)

Mary Cross dijo que había leído en la *Autobiografía* de Herbert Spencer, que le habían prestado, lo siguiente: H[erbert] S[pencer] dijo un día, cuando hablaba con Huxley, que la única esperanza posible era dejar una pequeña impronta antes de morir, a lo que respondió Huxley: “Mira, déjate de improntas, siempre que puedas dar un buen empujón”. En un principio esto convierte a Huxley en el más animal de los dos, lo cual es, sin duda, pero ciertamente H[erbert] endereza el equilibrio cuando lo repite para propio perjuicio, eso si no lo inclina un poquito por el superior peso de la virtud voluntaria sobre la espontánea. ¡Sombra de mi Padre, no te aparezcas si cayera en tus oídos semejante herejía!

Ningún coleccionista disfruta más con sus especímenes que yo con mis curiosidades humanas, los Bachelor. Son tan distintos a nuestros indigentes accidentales de comedor de beneficencia, han hecho falta tantas generaciones de pobreza para hacerlos. Son tan decentes, encerrados en sus sensaciones rudimentarias, comparados con nosotros, juguete de emociones fugitivas y fantásticas —¡son realmente *entrañables!*—. En este mundo *pour rire* se me hace a mí que esto se lleva la palma. Dos mil años de cristianismo, según lo interpretan los píos de todas las naciones, necesitan que cuando una pobre muchacha se desvíe sea expulsada de todas las asociaciones a las que pertenece, *instituidas* con el fin de mantenerla en la senda recta.

Así “nos” congraciamos con nuestros vecinos: este verano hubo una propuesta de que se creara una asociación para la “protección” de las camareras de Londres, que se trasladaron en grandes cantidades a París para la Exposición.

Estoy como un Puercoespín con la pequeña enfermera; lo cual la desconcierta tanto como a mí y ambas tenemos simplemente que sobrellevarlo como una de las eternas formas de dispepsia moral. Hay un consuelo: ella no sufre ni la centésima parte que yo. Es su ingenio para las evasivas lo que no puedo soportar. En lugar de recordar que es la única defensa que tiene frente a mis caprichos. Yo la sermoneo y le digo que prefiero que me diga 20

mentiras honradas a que practique una sola, lo cual debe ser tan claro como el barro para su pequeño cerebro aturullado. ¡Imagínese tener que depender de los caprichos de otra persona para comer! Y ¿cómo podemos nosotros, los *pueriles*, penetrar jamás ni remotamente en los motivos que inspiran a los *menesterosos*? Ella ha sido además verdaderamente *enseñada* por las reglas de ese gremio al que pertenece a ocultar ciertas cosas si revelarlas pone en peligro su medio de vida, siendo la conversación pía una de ellas. Si no es del gusto del paciente, abandona el tema y límitate a plegarias intercesoras que pueden hacer bien y en cualquier caso no ponen en peligro el empleo. Me pregunto a menudo si está intercediendo ante el Sumo a favor de esta infortunada pecadora. Imagino más bien que considera el caso demasiado perdido. El jefe del Gremio es un tal reverendo Algo, que escribe guías para la conducta. Una cosa que me alegro de haber aprendido es que nos equivocamos del todo al pensar que nuestros criados mienten porque son católicos: desde que estoy en Inglaterra he tenido media docena de acompañantes, “señoras enfermeras” entre ellas y todas han sido robustas mentirosillas. También han sido todas muy pías, pero las que han mostrado una sed más ardiente de “Espíritu”, etc., son más duchas en disimulos que en mentiras directas, como si sus genuflexiones hubieran desarrollado el elemento dramático y sus mentes estuvieran en sintonía con los evasivos circunloquios clericales. En una ocasión probé con una acompañante *Inteligente*. Empezó con un comentario “literario” para estar a la altura de lo que exigían las circunstancias, en el sentido de que “Longfellow era un poeta tan *profundo*”, y parece haber alcanzado la cima de su existencia en una ocasión en que James T. Fields¹³¹ la invitó a cenar. Aunque demostró gran tacto al elegir mis genios nativos nos despedimos al poco tiempo en términos amistosos y muy caros, pues continuar en tono tan eleva-

¹³¹ James T. Fields (1817-1881), editor de Boston, director de la revista *Atlantic Monthly* de 1861 a 1871.

do era una tensión excesiva. Creo que esta mujer era prima de Wilkie Collins,¹³² que siempre había sido muy bondadoso a la hora de ayudarla. Yo volví con mis pías mentirosas. Ya había descendido a su fondo y no podían guardar más sorpresas para mí. Supongo, no obstante, que de modo muy santurrón, seguiré castigando a los embusteros. Me apresuro a añadir que soy lo bastante inteligente para ser en momentos de tensión muy hábil para “la mentira rotunda”; pero es muy complicado utilizarla con frecuencia pues implica muchas más, como la pasión del amor, que, según Massimo d’Azeglio,¹³³ debe ser borrada de la juventud porque “supone un flujo de mentiras perpetuas”. *Vide* sus deliciosas *Memorias*. ¡La Pasión ennoblecedora y superlativa! ¿Será alguna vez *Fraternal* la humanidad? Julia Marcou, cuyo padre era francés, me dijo que una de sus amigas de París que acaba de casarse le había contado su emoción cuando salió sola por primera vez y cuánto se asustó al descubrir que un caballero la seguía. Cuando se aproximaba a su casa, su terror aumentó *¡porque pudiera encontrarse a su marido pues éste pensaría que ella había alentado al hombre!* Súbitamente sacó la cartera y le dio un penique al buen señor con lo cual éste se dio media vuelta y se fue y ella se ahorró tener que ver degradarse a su marido. Julia contó todo esto como si fuera lo más natural. Sin duda hay una distancia insalvable entre el hombre del norte y el de las razas latinas.

15 de febrero

Es estupendo lo fácil que resulta ser profundo, y con toda inocencia además, perdiendo con ello desafortunadamente un momento de distensión, algo siempre deseable. Alguien estaba describiendo a la señora B. y dijo que era muy ambiciosa en cuan-

¹³² Wilkie Collins (1824-1889), popular novelista victoriano, autor de *La piedra lunar*.

¹³³ Massimo d’Azeglio (1798-1866), político y escritor italiano. Sus memorias son muy ilustrativas del *Risorgimento*.

to al éxito de su marido, se refería a un éxito convencional, desde luego, y la política su ámbito, momento en que yo dije: “¿Es un organismo simple, pues?” lo cual creó gran confusión y hube de justificarlo señalando que la búsqueda de cualquier “éxito” en su manifestación humana es simplemente un vestigio de la ambición finita del salvaje. Éste arrancaba la cabellera a sus víctimas; ella ha transmutado el hacha de guerra en un alma insensible y una piel dura, dirigiendo todas sus energías a los elementos más groseros de la vida, sorteando envidias, malicia y toda clase de inclemencia. Pero ¿y el éxito compuesto de todos los matices delicados y tonos sutiles, que no da señal alguna sino que es sólo conocido para quien lo consigue?; que anega el espíritu de infinito deleite cuando menos se espera; que no ha confundido nunca el placer de ese pájaro tímido que es la felicidad cuyo canto sólo puede escucharse con los oídos del alma. Sin duda no se ha grabado con suficiente profundidad en el espíritu humano que *El Reino de Dios no se encuentra con la observación: no dirán ¡Mirad aquí! o ¡Mirad allá! Pues ved que el Reino de Dios está dentro de vosotros.*

17 de febrero

Con el paso de los meses me encuentro cada vez más asfixiada por el penetrante sentido de fariseísmo del estado de cosas en Gran Bretaña. En un principio no lo percibes ni puedes señalar lo que es ante tus amigos, pero al pasar los días vas descubriéndolo con el *Standard*, por las mañanas. Se eleva densamente desde la P.M.G. por las tardes, se filtra a través de las grietas del marco de la ventana como la niebla y te envuelve a lo largo del día. Una vez le pregunté a H. cómo lo veía él desde su perspectiva más amplia y más variada, no queriendo que mi perspectiva se entorpeciera con conclusiones extraídas de mi centímetro de observación, y me dijo que no creía que pudiera exagerarse. Está tejido con una multiplicidad de diminutos detalles e incidentes que te eluden al querer expresarlos pero que parecen existir en la urdimbre de las

cosas y dejan marca en el espíritu cuando desfilan ante él. Una monarquía ante la cual se inclinan sólo en su función oropel, negándole cualquier movimiento vigoroso; una Iglesia sin nervio que se extiende, hasta la fecha; una legislación histórica por un perro con la pata rota mientras la Sociedad se dedica a cazar 4.000 faisanes en un día, etc., o se regodea ante la vista del zorro despedazado por una jauría de sabuesos; la docilidad con que las clases se esclavizan a la respetabilidad o la no respetabilidad según sean las “buenas formas” del momento; el “sentido de sus superiores” de las masas; la pasividad con que el trabajador permite que se legisle su total falta de independencia con un golpecito amistoso en la espalda; de ahí la convicción profunda, inextirpable del hueso y la sangre, de que las regiones remotas son patrimonio propio, que sólo ellos entre todas las razas humanas exterminan indígenas por pura virtud. Mal puede un americano reflexionar sobre el trato dado a los aborígenes; pero nunca he oído a nadie sugerir que nuestro horrendo trato a los indios fuera amor fraternal disfrazado de pura perversidad.

Habría sido sumamente inmoral, cuando Kath. estaba aquí, no sacarle todo el provecho posible, así que la segunda semana se dedicó a Woking. Yo estaba muy desilusionada con la cremación, pues me habían dicho que era muy aparatosa y muy cara, por lo que ella escribió para que los del Crematorio le enviaran un folleto y, de pronto, hete aquí que resulta ser todo lo sencillo y barato que cabe imaginar, sólo 6 guineas y 1 más para el cura. Van a poner mis cenizas en una urna y enviarlas a mi país, no como adorno para el salón de la nueva casa de William sino para ser enterradas junto a Padre y Madre en el cementerio de Cam[bridge]; para que no seamos esos mitos en que, según Harry, podríamos convertirnos de otro modo. Ha sido una pena que no me muriera mientras K. estaba aquí; ella podría haberse llevado la urna en la litera de arriba de su cabina y mientras permanecía convulsa con el mareo del mar habría aliviado mucho su dolor tener una garantía tan palpable de que esa porción de mí hasta

entonces tan susceptible a ese tormento estaba reducida a cenizas. Me parece deliciosamente limpio evitar de esta forma a un gran madrugador, el desagradable gusano, y tengo grandes esperanzas de que

*Los gusanos entraron
y los gusanos salieron,*

no sea aplicable a mi retorno al polvo.

Después nos aplicamos a mi Testamento, que yo quería volver a hacer excluyendo, desde luego, a los que me han ofendido desde que hice el anterior, como solía hacer una prima de Lilla Walsh, que rehacía el suyo cada pocas semanas. K. me dijo que mientras no me metiera en terminologías legales de aficionada sino que me limitara estrictamente a mi vernáculo, todo iría bien, por lo que no me permitió siquiera ni un solo legado decorativo. Escribí al cónsul de Birmingham para preguntarle si había que firmarlo en su presencia y éste dijo que sí, de modo que al saber que Lizzie Putnam estaba en Banbury y pensaba venir a pasar una tarde con nosotras, K. telegrafió al cónsul, dado que era estupendo tener un testigo de Boston. La llegada de este agosto personaje, el cónsul, naturalmente me “tumbó” y tuvieron que meterme en la cama, a lo cual siguió una escena de lo más divertida. Yo yacía semiinconsciente, envuelta en todos los perifollos que pudieron encontrar para la ocasión, con la enfermera a mi cabecera mostrando una capa espesísima de expresión enfermeril preocupada-cariñosa, según me contó K. luego, cuando entre las brumas vi vagamente desfilar a cinco figuras negras en el interior de mi pequeña pérgola, encabezadas por el hombrecillo más increíble, todo gesticulación y muecas, que se plantó al pie de la cama y acariciándome las rodillas se lanzó a una larga perorata sobre que él y su mujer habían “yacido ambos en el lecho del dolor” lo cual parecía constituir razón incontrovertible para mi inmediata recuperación. K. consiguió con esfuerzo con-

tenerle para que no leyera el Testamento en voz alta allí mismo; sin duda no habrá podido perdonar que le pusieran semejante compuerta para detener el torrente de su elocuencia. Para mí fue muy curioso, exactamente como el efecto de una pesadilla y me pareció que asistía a la lectura de mi propio Testamento rodeada por parientes codiciosos, como en las novelas. Después de que hubieron entrado y salido varias veces y haberse enredado en tanto papeleo rimbombante como pudo reunir el susodicho para la ocasión, se fueron al piso de abajo para tomar un té muy “elegante” que el cónsul les amenizó con toda su historia y con los procesos digestivos de su círculo doméstico, que parecen estar en condiciones tristemente desorganizadas. Preguntó a K. si estaba emparentada con “Nuestro gran Ministro en Portugal Geo. B. Loring”; ¡imagínese el estado de una Peabody-Loring que es objeto de semejante insulto! Y quiso también saber si el Jefe de Correos James y yo éramos consanguíneos. Yo, no habiendo renacido (¡ejem!) pude tomarme la cosa con más calma, además el señor James era, creo yo, un hombre con quien habría sido un honor estar emparentada. Blanche Leppington, a quien le habíamos pedido que fuera testigo, le dijo después a K. que no había mirado mi cara sino que le pareció “que debía mantener los ojos fijos en la *mano* de la señorita James”; dijo también que la escena “quedará en mis pensamientos como la más dramática que he visto jamás y en mi imaginación como la más artística y americana”. No puedo quejarme de no ser tomada en serio y creo que es la primera vez que se han conjuntado *artístico* y *americano*, palabras que por lo general se consideran mutuamente excluyentes del todo. Al relatar la historia a H. me dijo: “No puedes decir que no has hecho nada por tu raza ya que has conseguido eso en tu propia persona”.

20 de febrero

Beatrice Bowyer vino ayer con toda su hermosa y joven luminosidad para darme noticia de su compromiso matrimonial.

Parecía una criatura transformada, había perdido toda su timidez y tenía el rostro radiante de felicidad; siempre ha sido guapa pero ahora es hermosa; ¡ojalá su actual bonanza no conozca nubes! Una visión preciosa para conservar junto a uno e iluminar el recuerdo. Cómo reconforta y conmueve siempre al corazón solterón una petición de mano. He aquí, sin embargo, la opinión contraria: nuestra superexcelente chica para todo, Louisa, le dijo anoche a la enfermera que tienes que ser todo lo feliz que puedas mientras eres joven porque después “*nunca* puedes serlo”. Cuando la enfermera le preguntó por qué, “porque estarás casada y ¡cómo puedes ser feliz con un hombre siempre detrás de ti!”. Prosiguió después diciendo que no se casaría nunca mientras pudiera remediarlo. Parece enteramente convencida de que el matrimonio es un destino que no puede evitarse, sino simplemente aplazarse, y el marido un mal absoluto sin seducciones ni siquiera momentáneas e ilusorias. Su madre dio a luz el día de San Valentín a la rama de olivo número siete lo cual sin duda explica la intensidad de sus convicciones. Según Louisa, van a llamar al niño “Jacob de Valentín”. Una vez se fue a pasar el día a su casa y cuando le preguntamos si lo había pasado bien se le iluminó la cara y dijo que lo había pasado estupendamente, porque “¡Padre me ha tenido en brazos todo el día!”.

Así se hace justicia en el 1890 d. C.:

El señor Benzon puede considerarse afortunado por haber salido con una condena de tres meses de cárcel, aunque el marqués de Ailesbury tuvo a bien dar testimonio de su buen carácter anterior. La acusación de falsificación no pudo ser probada, y se le halló culpable de haber obtenido diversas cantidades de dinero bajo falsas pretensiones. Despreciable hasta el fondo, la infortunada criatura derramó lágrimas frecuentemente durante la audiencia de su caso. Me sorprende que pueda haber despertado algún tipo de compasión. Ésta parece fundarse en la idea de que si un hombre “encopetado” se gasta

250.000 libras en dos años en las carreras, debe permitírsele vivir suntuosamente en Monte Carlo, y jugar en las mesas de su casino mediante cheques falsos y cheques bancarios sin fondos (*Truth*).

En una carta escrita a un periódico de Cheshire por el señor Devine, del Gordon Memorial Home (Manchester), se citan dos instructivos ejemplos de justicia en los tribunales. En uno de ellos un muchacho de Londres desgraciado y sin amigos, bien instruido y educado pero desesperado por la pobreza y el hambre, resolvió intentar que le metieran en la cárcel, pero sin robar ni hacer nada de lo que pudiera avergonzarse. Así pues, se encaminó a la Estación de Euston, se subió al primer tren que encontró y fue, a su debido tiempo, detenido en Stockport y acusado de viajar sin billete. El muchacho fue condenado a un mes de encarcelamiento, estigmatizándole uno de los magistrados con los calificativos de ‘canalla y granuja’ (*Truth*).

He aquí a nuestro querido amigo el “único hombre compasivo” que nos alivia la vida.

Otro caso de la misma escuela. Un niño de trece años había estado desfalcando los dineros del colegio y haciendo novillos durante ocho semanas. El padre, al descubrir la delincuencia de su hijo, le da una sonora paliza, es demandado, por instigación de unos vecinos de corazón blando, por agresión y condenado por un magistrado sagaz a un mes de trabajos forzados. Con ello, la familia de este hombre se ve, por el momento, privada de quien la mantiene; mientras, el chico ha desaparecido desde entonces del colegio y de su hogar, para ganarse sin duda un título superior en la escuela de la vida.¹³⁴

¹³⁴ Carta de un director de escuela al *Standard*, 19 de febrero de 1890.

El pequeño Harry¹³⁵ le dijo un día a su madre: “¡Ay mamá, he tenido un dolor de estómago tan ancho!”.

Para volver al Cónsul; por lo que me contó Kath. de su conversación era un ser típico, un político occidental. Sólo “había aceptado el puesto de Birmingham como favor personal al presidente Harrison”, etc., etc. La clase de criatura que uno nunca ha visto pero que abunda en el Oeste y en el Suroeste... supongo, ¡idea temible! Qué cosa tan bendita es que nuestros propios seres vulgares estén mitigados a nuestros ojos por nuestro poder para adivinar más o menos las circunstancias responsables de ello y sean, por tanto, solamente relativos en su grosería; pero ¿cómo pueden dejar de ser *absolutos* para el extranjero? He tenido una curiosa impresión de cierta índole al ver a la señora de R. L. Stevenson en Londres. Por su aspecto, la Providencia o la Naturaleza, cualquiera que sea responsable de ello, la ideó como un apéndice de organillo, pero creo que está dotada de grandes virtudes conyugales y he leído algunas excelentes cartas que le ha escrito a H.; ¡pero qué gran egoísmo y cuán desnudo!! produciendo en uno la extraña sensación de estar en presencia de un ser sin ropa. Es la cosa más supremamente absurda ver que los americanos niegan cualquier posibilidad grotesca que a decir de algún viajero se ha producido en nuestro fluido continente. Un día en Londres oí a Mary Porter en mi habitación informar a dos damas inglesas sobre los modales y costumbres de nuestro país, siendo su modelo el artificial y sofisticado Newport. Yo no pude aguantarlo e inmediatamente, para disgusto de Mary, conté algunas anécdotas del Oeste. K. me contó estas dos historias cuando estuve aquí. Un día de la pasada primavera en Asheville, Carolina del Norte, cuando iba de camino hacia el norte, oyó hablar en la mesa a un padre y una madre con dos hijas. *Padre*: “Es una delicia estar en un hotel donde puedes cenar sin guantes”. *Hija*: “Pero

¹³⁵ Este Harry es Henry James (1879-1947), sobrino del novelista, hijo mayor de William James.

papá, yo creo que es totalmente permisible hacerlo cuando la familia está sola”. *Padre*: “Tu madre no es de esa opinión. Siempre tengo que cenar y jugar al whist con los guantes puestos”. Esto es en verdad lo que ella escuchó, por tanto debe existir una raza enguantada y “permisible” en algún lugar de esa extensa tierra. Kath. me contó también que en una ocasión estuvo en uno de los grandes vapores del Mississippi. Por las noches, solían darse una vuelta por el salón al cual se abrían los camarotes. Las Mamás se sentaban a la puerta de sus habitaciones velando por sus hijas; cuando se cansaban, iban “retirándose” gradualmente, se metían en sus literas, volvían a abrir sus puertas y seguían con sus obligaciones desde esa posición.

21 de febrero

Extraído del Standard

“La extraordinaria carta que sigue, dirigida al Director, causó gran diversión en una reunión de la Junta de Guardianes de Richmond ayer por la mañana:

THE HERMITAGE, BARNES, 19 DE FEB.

Estimado Señor: El pequeño número de internos que asistían a los servicios dominicales en la capilla del Asilo Sindical de Richmond es un hecho deplorable, y los Guardianes han actuado con prudencia al debatir el hecho, y sugerir medios para mejorar el presente estado de cosas. No tengo el menor deseo de inmiscuirme en modo alguno en los asuntos de su capellán, aunque no tendría inconveniente en ayudarle a hacer más numerosa su congregación. Con vistas a ello, ruego presentar mi solicitud para el puesto de asistente del capellán, que estoy dispuesto a ocupar sin salario fijo. He tenido considerable experiencia en reformar a los mundanos, y creo que podría resolver los grandes problemas que hoy acosan a los Guardianes. Pido solamente que me paguen por los resultados. Si hay trescientos internos, creo que en el transcurso de unos cuantos meses podría llevar a doscientos cincuen-

ta de ellos a los servicios dominicales. Lo único que estipulo es que los Guardianes me paguen cuatro peniques por cabeza por cada nueva adición al actual número que asiste a la iglesia regularmente, con un penique extra por cabeza en cada caso en que lleve a un católico a la Fe Oficial. Me comprometo también a hacer atractivas las misas con música, si los Guardianes me permiten vestir a los internos que mejor canten con sobrepellices, los cuales podrían confeccionar las damas visitantes. Si me lo permitieran, introduciría misas totalmente corales, con ocasional acompañamiento orquestal. Todo lo cual podría yo facilitar, pues uno de mis hijos toca el oboe, y el otro la flauta, mientras que mis hijas dominan el *cello*, la corneta y el contrabajo. Yo toco un poco el trombón y estaría encantado de ocuparme de la dirección de orquesta. No tengo la menor duda de que en un plazo muy breve, con misas luminosas y alegres, podría llevar a todos los internos a la capilla regularmente. Como ministro de la Iglesia anglicana, estoy muy deseoso de comenzar con mis obligaciones, y le agradeceré que presente mi carta ante los Guardianes en la próxima reunión, con la seguridad de que mi poco costosa oferta será con mucho gusto aceptada. Créame que quedo
suyo afectísimo,

PETER THOMAS M'CULLUM.

Los Guardianes rehusaron la oferta dándole las gracias.”

¡Es desde luego un momento de palidez religiosa cuando arrancar un alma de manos de Roma tiene el modesto valor de cinco peniques! Ciertamente algo hemos ganado, pues la atávica superstición de que la primavera y la juventud son los períodos más gozosos ha fenecido casi por completo, pues así como la primera es el momento más deprimente del año, la otra es el más difícil de la vida. La primavera no sólo nos deprime físicamente, sino que en proporción a la revelación de belleza natural “*la souffrance innée... de n'être que nous, le désir vague d'en sortir et de nous mêler à l'être universel*” nos embarga y nos llena de

desesperación. Y qué gozos de la juventud pueden igualarse a ese aventurado momento de la edad mediana, cuando serenos y seguros de nuestra dirección, todos los sencillos incidentes de la vida cotidiana y las complicaciones humanas se explican y enriquecen por sí solos cuando se ligan y encajan con la rica experiencia pasada. Mientras que el espíritu juvenil está en blanco e, ignorando la catástrofe, queda destrozado y perplejo ante el perpetuo aplazamiento de sus esperanzas, esas cosas prometidas al amanecer que el ocaso nunca cumple. Debido a circunstancias musculares, mi juventud no fue lo que se dice ardiente, pero tuve que emplearme a fondo entre los 12 y los 24 años, “matarme”, como alguien lo llama, absorbiendo hasta la médula que lo mejor es vestirse con tonos neutros, caminar junto a aguas serenas y poseer tu propia alma en silencio. Cómo recuerdo el cielo bajo y gris de Newport en aquel invierno del 62-63 en que solía pasear por los acantilados, luchando mi joven alma para desembarazarse de sus pañales al cristalizar en mi interior la conciencia de lo que la Vida significaba para mí, un solo hecho simple, ante el cual todo misterio se desvaneció. Se encendió entonces una chispa que toda experiencia pequeña o grande ha alimentado, convirtiéndola en una llama estable que ha iluminado mi pequeño viaje y que, aunque a veces haya ardido menos cuando las aguas subían, nunca ha llegado a apagarse, “*une penseée, unique éternelle, toujours mêlée à l’heure présente*”. Cuán profundamente agradecida me siento por el temperamento que me salva del desgraciado destino de esas pobres criaturas que no encuentran jamás su norte, y son arrastradas como hojas secas de aquí para allá y aún más lejos a merced de cualquier acontecimiento que les sobrevenga. Que no sienten pudor por ser vencidas, o por clamar ante el común destino de dolor y pena, que nunca sospechan ni remotamente que lo único que sobrevive es la resistencia que nosotros aportemos a la vida y no la tensión que la vida nos aporta a nosotros.

No cesa de divertirme mi ingenua irritación ante la *Iglesia*. Haber llegado a la edad mediana y ser capaz de contemplar como un descubrimiento absolutamente nuevo lo que es tradicional y automático en la vida diaria de la mayoría de tus congéneres es un logro en una vida tan limitada, pues es Eldorado de las impresiones, de los asombros morales, de las tortuosidades mentales y de las repulsiones espirituales; ¡como si al final del siglo XIX hubiera yo abierto una mina virgen de iniquidades eclesiásticas! Creo que la enfermera ha tenido un leve ataque de gripe; en todo caso ha tenido mal aspecto y se ha sentido muy mal durante unos días, pero le ha echado valor al asunto. También yo he desfallecido unos pocos días y he cultivado toda la “postración” posible, pero todo en vano; las diminutas bestias son demasiado listas para creer que pueden hacer un festín con el pálido fluido estancado en mis venas, de modo que seguiré adelante un poco más. Pero ¡qué importa! Unos cuantos dolores de cabeza más o menos y todo habrá acabado. Es, no obstante, algo gracioso que el que yo sufra unos cuantos dolores de cabeza más *sea* esencial para el desarrollo de la raza. Pero más gracioso que mis dolores de cabeza es el ardiente desahogo de un tal “Honorable Reginald Brett”, cuya alma tierna (?) se ha alterado hasta el punto de escribir una columna en la *PMG* por las blasfemias artúricas de Mark Twain. ¡Serénate, Reginald! Toma a Mark como un humorista refinado o un vulgar bufón según convenga más a tus gustos, pero no te conviertas en blanco, ¡mi querido Brett!, del jolgorio de tus inescrupulosos primos de allende los mares, tomándotelo con tanta *Seriedad* —¡pocas cosas la merecen, acaso ni tú ni yo, cuánto menos, por tanto, M. T.! La confusión de tu ingenuo espíritu manifestado en lo que sigue se me antoja lo bastante curiosa para conservarla.

Si ha habido crueldad en las luchas europeas por causas que nos parecen, juzgadas a mejor luz, insuficientes o vanas, no hay que

olvidar que en América se libró implacablemente la más brutal guerra de los tiempos modernos –en que miles de inermes prisioneros murieron de hambre en un lado, y los heridos que se arrastraban fuera del campo de batalla fueron matados a sangre fría en el otro– entre hombres de la misma raza y la misma lengua.

¿Cree usted señor que aquella guerra se libró sin otro objeto que el ánimo de crueldad? o ¿es la liberación de millones de seres humanos de la esclavitud una causa indigna de levantar los corazones de las esposas para que envíen a la batalla a sus maridos y las madres a sus hijos?

El inteligente y sumamente simpático Massimo d’Azeglio hace una reflexión en la que demuestra la casi total imposibilidad de comprender situaciones “extranjeras”. Al hacer algunas observaciones muy ciertas sobre el hecho de que la Democracia difiere de la Autocracia en que es una tiranía de múltiples cabezas, un despotismo desde abajo en lugar de desde arriba, añade, comparando Rusia con Estados Unidos (en época de la Rebelión): “Me siento obligado, en justicia, a pedir perdón al despotismo ruso por colocarlo en la misma balanza que el despotismo americano, porque mientras Alexander Romanoff rompe las cadenas de sus esclavos, Abraham Lincoln sólo rompe las cadenas de los esclavos de sus enemigos”. La impresión que esto produce, de esa encarnación de la bondad, el pobre, el trágico Lincoln, liberando sólo esclavos, *quá* esclavos del enemigo, conservando, quizá, los propios al fondo de la Casa Blanca, demuestra las magníficas posibilidades de la no comprensión. “*Voisenon*¹³⁶ *raconte qu’il se trouvait un jour chez Voltaire, à une lecture d’Alzire, avec Racine fils. Ce dernier crut y reconnaître un de ses vers, et répétait constamment entre ses dents: ‘Ce vers-là est à moi’. Impatienté de ce gémissement incessant, l’abbé s’approche de Voltaire et lui dit à l’oreille: ‘Rendez-lui son vers,*

¹³⁶ Claude-Henri, abate de Voisenon (1708-1775), autor de poesía y cuentos, y amigo de Voltaire. *Alzire ou les Américains* es una tragedia de Voltaire estrenada en 1736. El hijo de Jean Racine era Louis Racine (1692-1763).

qu'il s'en aille.” ¡Bien hecho! El pelma que perpetuamente grita plagio es, supongo, el más mezquino de los animaluchos.

7 de marzo

H. me escribe esta mañana que las señoras de George Curzon¹³⁷ y Augustine Birrell,¹³⁸ de opiniones contrarias, le han dicho ambas que Labouchere había sido enteramente aplastado por el Fiscal Gen[eral] en su ataque a lord Salisbury,¹³⁹ y que la evidencia que aportó a favor de sus acusaciones era sumamente frágil. Para alguien que se precia tanto de su serena superioridad sobre los débiles seres que son inducidos a errar por sus convicciones, es un episodio bastante grotesco. Nuestra cualidad predilecta y más preciada, y más creída, siempre parece traicionarnos en algún momento triunfal de nuestra vida de marioneta. ¡Ve con cuidado Labbie! Las criaturas como tú sólo son posibles mientras tienen éxito; son tales tu fragilidad moral y la tensión a que sometes el sentido estético que si fallas en astucia mundana y te desvías como los histéricos, vas a caer como un castillo de naipes. Nada más hace falta añadir sobre el tema tras este fragmento del discurso de sir Charles Russell sobre la enmienda a la moción del Informe Parnell.¹⁴⁰

El incidente más doloroso de este debate ha sido el silencio con que los bancos de la oposición han recibido las expresiones de felicitación a los diputados irlandeses; pero cuando han sido arrojadas acusaciones a sus cabezas, y se han añadido las patrañas más graves a los hechos contra ellos, sus señorías de la oposición han

¹³⁷ George Curzon (1859-1925), después primer marqués de Curzon de Kedleston.

¹³⁸ Augustine Birrell (1850-1933), ensayista, autor de *Obiter Dicta*, 1884 y 1887.

¹³⁹ Robert Arthur Talbot, III marqués de Salisbury (1830-1903), era Primer Ministro en 1886-1892 (el segundo de sus tres períodos en el cargo).

¹⁴⁰ La Comisión Especial Parnell presentó su informe el 13 de febrero de 1890, concluyendo que el intento de ligar a Parnell a los asesinatos del Parque Phoenix era una falsedad, dado que Pigott confesó que había falsificado las cartas incriminatorias.

creído oportuno aplaudir (¡bien dicho!). Me parece que observan ustedes un proceder totalmente ciego. Están procurando expulsar de la vida pública y de la jefatura de un importante partido a un hombre que puede señalar grandes triunfos logrados, no sólo para Irlanda, sino para el imperio; pues la debilidad de Irlanda es la debilidad del imperio (¡eso es!), y estas mejoras han aumentado el vigor del imperio. Puede señalar hacia sólidas realizaciones conseguidas en diez años equiparables a las conseguidas para Irlanda en los ochenta años anteriores (aplausos). Ha contado para esto con la ayuda de un creciente espíritu de entendimiento y simpatía en el pueblo inglés, inspirado y fomentado por el hombre de genio que dirige este partido (fuertes aplausos). Pero, si sus señorías fueran lo bastante avisados para verlo, él ha hecho más aún: ha desplazado el fulcro de la política irlandesa al espacio de esta cámara (¡eso es!). Ha apartado de asociaciones secretas a grandes fuerzas populares, canalizándolas en la acción constitucional, que acaso habrían tenido males y tachas concomitantes. Nadie puede negar que ha tenido este efecto; a no ser que la política de ustedes lo impida; ha logrado que el feinianismo¹⁴¹ y las sociedades secretas hayan cesado de ser un factor político en Irlanda hoy día (¡eso, eso!). Ante todo, ha enseñado al pueblo irlandés a tener fe en el Parlamento y en su sentido de la justicia. Le ha enseñado a buscar reparaciones sirviéndose de métodos parlamentarios. No están ustedes siguiendo un proceder de hombres de Estado. De haber defendido el señor Parnell a su clase, y haber actuado por intereses egoístas de su clase; de haber olvidado que es irlandés; de haber olvidado que como representante irlandés las preocupaciones de su país eran su primer interés; de haber estado, como lo expresara Grattan, “ofreciéndose en el mercado de St. Stephen’s”;¹⁴² de haberse negado a

¹⁴¹ “Feinianismo” era el nombre genérico de los movimientos nacionalistas irlandeses del siglo XIX. (*N. de la T.*)

¹⁴² St. Stephen’s se llamaba al Parlamento porque durante casi trescientos años antes de su destrucción en 1834, los Comunes se reunían en la capilla de St. Stephen. (*N. de la T.*)

escuchar el grito de dolor de su país –un grito con excesiva frecuencia mal interpretado como grito de sedición y traición–, de haber hecho todas estas cosas, le habrían considerado un miembro decoroso del Parlamento (aplausos). Hoy es al hombre que ha hecho todas estas cosas que he enumerado, y que ha actuado como he dicho, a quien queréis deshonrar (aplausos). ¿No hay entre ustedes hombres lo bastante magnánimos, lo bastante hombres de Estado, para intentar elevar esta cuestión por encima de su carácter personal? (fuertes aplausos). ¿No ven que detrás del señor Parnell hay una nación y la esperanza de una nación? (aplausos) ¿No ven que si le hieren a él, la están hiriendo e insultando a ella? (aplausos). ¿No ven que con esta actuación no se cura sino que se encona una disputa internacional que todos los hombres bien nacidos dispuestos a defender los intereses del Estado querrían que cesara para siempre? Con los votos de su partido, sus señorías van a aprobar esta moción. Si consiguen esta victoria será, en el mejor de los casos, una victoria pírrica, y al lograrla no habrán ustedes exhibido cualidades ni de hombres de Estado ni de patriotas (prolongados aplausos de la oposición).

Extraído del Standard, 7 de marzo

El comportamiento de unionistas y torys es sencillamente *bête* llevado a su expresión suprema. Es verdaderamente una gran desgracia que un pueblo esté tan desposeído de inspiración, y tan totalmente desprovisto de humor, para quedar absolutamente desnudo ante sí mismo. ¡Si se pudiera, además, entender ese coro que de todas partes se eleva al cielo a costa del amor a la *Hombría* y al *juego limpio* que late en el pecho británico! esas cualidades sobre las que afirman de continuo ante el resto del mundo que tienen el monopolio. No hay que hacer responsable al inglés, no obstante, de ser tan abyecto mentalmente ante el irlandés; es impotente porque no hay absolutamente nada en su constitución con lo que pueda entender a los irlandeses, y su sentido de la dignidad no tiene naturalmente otro refugio que aborrecerlos y des-

preciarlos. No tiene alas su espíritu para transportarlo donde sus pesados pies están incapacitados para llevarle, de tal modo que sólo ahora, al final de siete siglos, empieza remotamente [a] adivinar que en Irlanda, más que en ninguna otra tierra, hay una espiritualidad impalpable que se eleva triunfante e imperecedera ante la brutalidad.

9 de marzo

A menudo en el silencio de la noche una voz de mujer, de sonido apenas humano, diciendo sin descanso, con estridente monotonía: “Eres un vago. Eres un vago” mezclada con las notas ebrias de un hombre y con un coro de gemidos amamantados con ginebra, reverbera en mi interior. Una noche cuando iba a acostarme en De Vere Gardens (no al aire libre, sino bajo el techo de H.) surgieron unos terribles sonidos de un pasadizo a un lado de la casa. La enfermera descubrió que eran un hombre y una mujer peleándose por un bebé —una envoltura de harapos que contenía una chispa de vida humana dejando oír su lastimera protesta—; fue como descender al Infierno. Un día le pregunté a Mary Porter, que entonces vivía en el East End¹⁴³ en medio de aquello, si alguna vez podía evadirse, si no moraba en su interior obsesionándola hora tras hora. No pareció saber a qué me refería. ¡Bien, no tiene estómago, feliz mortal! Sería curioso saber lo que significa para ellos mentir, pues parece una forma de reproche muy refinada. La señora Lathbury me dijo que había comprobado que los habitantes del East End tienen una percepción infinitamente más afinada del bien y del mal que ella misma. ¿Qué satisfacción puede extraerse de embaucarse a uno mismo de esa forma?

¡Mira que “irme” al enterarme de los resultados de las elecciones de St. Pancras!¹⁴⁴ Como es natural, la perspectiva inmi-

¹⁴³ El East End de Londres, los barrios de la zona este eran la parte más pobre de la ciudad. (*N. de la T.*)

¹⁴⁴ Elecciones parciales de St. Pancras a las que se presentaba el conservador-unionista Harry G. Graham y el liberal Thomas H. Bolton. También competía en

nente de otras 700 elecciones en la boca del estómago no es nada atractiva. Qué extraño sería no estar bajo el dominio de ese potente órgano, salvo en el sentido digestivo. ¡Ninguna orden de las fatídicas tres¹⁴⁵ fue jamás tan irresistible como los decretos enviados por ese eje de mi ser! Mentalmente ningún destino me sobrecoge, pero moralmente no ha habido nunca gusano reptante tan abyecto como soy yo ante los retorcimientos de ese nido de serpientes que se enroscan y desenroscan. ¡No hay dolor que se parezca ni remotamente al horror de esas horas, que pueden anegarte en cualquier momento, y que paso, segundo a segundo, como prendida a la Cordura por un hilo de araña!

¡Qué repugnante que Sarah Bernhardt¹⁴⁶ vaya a actuar en una obra sobre la Pasión!¹⁴⁷ Es un absceso moral, purulento de vanidad.

22 de marzo

“Si desean compañía’, dijo anoche el señor Balfour de los compañeros diputados que ha metido en la cárcel, ‘que hagan ejercicio, como tienen derecho a hacer, con los demás presos.’ ‘¡Son rateros!’, gritó un diputado. ‘Sí’, respondió el señor Balfour, ‘no hago distinciones.’ El señor Balfour sabe perfectamente que sí hace una distinción, y que esta especie de bravata no era menos

ellas un independiente, John Leighton, el cual creó el temor de que pudiera dividirse el voto a favor de Bolton. Éste se había manifestado claramente a favor de la Autonomía irlandesa y tenía un fuerte apoyo de Gladstone. Ganó por una mayoría de 108 votos. El candidato independiente recibió sólo 29 votos.

¹⁴⁵ Las Parcas de la mitología clásica. (*N. de la T.*)

¹⁴⁶ Esto debió de ser un cotilleo teatral, porque Sarah Bernhardt no actuó jamás en una obra sobre la Pasión. Sí fue productora de un drama basado en la vida de Juana de Arco un poco después, en este mismo año, descrito por uno de sus biógrafos (Baring) como “una obra teatral vulgar y de un patriotismo de pacotilla”.

¹⁴⁷ *Passion Play*, obras teatrales sobre la Pasión del Señor que se desarrollaron a partir de las piezas medievales llamadas misterios y eran muy frecuentes en Francia. La más conocida de las que han sobrevivido es la representada en el pueblo francés de Oberammergau cada diez años. (*N. de la T.*)

mendaz que insolente. De otro modo ¿por qué él y sus compañeros no toman las medidas lógicas contra los ‘Criminales Sentenciados’ de que hablan los Informes de la Comisión?” (PMG, 20 de marzo).

Éste es un ejemplo característico del Sr. B. en su papel de Gran Hombre de Estado, flor y nata de la Aristocracia e ídolo del Partido Patricio. Una es una americana que todavía se hace tantas ilusiones sobre la *Noblesse Oblige* y demás buenas herencias, que no puede dejar de sentirse horriblemente escandalizada cuando se entera de que estos hombres con raíces hondas en el pasado están tan faltos de instintos nobles como el más desacreditado de los múltiples políticos occidentales. Pero Balfour parece de todos ellos el más decidido a desacreditar responsabilidades heredadas y demostrar que nunca mamó una sola tradición generosa, valerosa y noble con la leche de *su* madre. Pero por qué dejarnos irritar por criatura tan efímera; “Su descarada insolencia”, como dice Wm., “será juzgada por la historia”, a quien bien podemos dejarlo.

Las mujeres parecen hacer aquí constantemente lo que casi nunca ocurre en nuestro país, volver a casarse. Siempre sorprende, aunque no tengo yo absurdas rigideces juveniles al respecto, pues me alegro en extremo al ver criaturas que se aferran a cualquier cosa, que no sea el asesinato, el hurto o la ebriedad, de la que imaginan poder extraer felicidad, pero revela una constitución muy simple estar perpetuamente dispuesto a renovar experiencias de forma tan confiada... a interpretar la vieja melodía con variaciones, sencillamente. Dado que lo hacen en el plazo de uno o dos años la carne moral debe ser tan saludable como la sustancia sonrosada de la que están físicamente compuestas, ya que las fibras desgarradas les sanan a la primera de cambio, evidentemente. Siendo la experiencia subjetiva lo que queda de cualquier relación, uno imagina que la parte de esposa que hay en ti habría quedado suficientemente desarrollada con un solo experimento, o en todo caso que te gustaría contemplar la situación un

poco desde el punto de vista de la viuda –pero, no, están dispuestas a arrojarse *otra vez al amor* sin previo aviso– como si fuera la cantidad, y no la calidad, de la emoción lo que cuenta.

Una había esperado que Bismarck¹⁴⁸ desapareciera de forma natural y sus espantosos anacronismos le siguieran gradualmente, pero verle “aplastado”, *more suo*, por su Alevín, además, es tan regocijante como gracioso. Es bastante alarmante, sin embargo, porque aunque H. dice que su política interior parecía digna de Boulanger, favoreció *en efecto* la paz, mientras que el hecho de que este joven pastelito de crema batida la apesure te produce la misma sensación de seguridad que un niño jugando con fósforos en una fábrica de pólvora.

“No está en mi mano recompensar sus servicios todo lo que su valía merece. Debo, por tanto, conformarme con asegurarle mi eterno agradecimiento y el de la Patria. Le otorgo el título de duque de Lauenburg como muestra de mi reconocimiento, y le enviaré un retrato mío de tamaño natural.” GUILLERMO, I. R.

¡Consuélate Bismarck! El retrato podría haber sido colosal. Me gustaría ser Guillermo durante media hora; es un espécimen tan perfecto; más totalmente embargado por la ilusión de su propia individualidad y absolutamente alejado de la posibilidad de medir su talla relativa que ningún otro ente contemporáneo.

El padre de la enfermera es Maestro de escuela nacional en Pretsbury, cerca de Cheltenham, que, según me dijo cuando llegó, con inmenso orgullo, es “¡el semillero del ritualismo!” Es así como fermenta el Espíritu dentro del pecho pedagógico. Al hablar del árbol de Navidad dije: pues ha de ser muy grande si es para 300 niños, a lo cual respondió la enfermera que sólo se invitaba a la mitad de los niños porque no había sitio para todos. “¿Cómo los elige? ¿Por ser los mejores estudiantes, supongo?” “¡Oh no! sólo invi-

¹⁴⁸ Otto von Bismarck (1815-1898) dimitió como Canciller de Alemania el 18 de marzo de 1890 a consecuencia de sus continuas diferencias con Guillermo II. Fue nombrado duque de Lauenburg.

ta a los niños que asisten a la escuela dominical, para que no entren los niños de la Capilla!” Y éste es el gran festival cristiano que simboliza la Hermandad de los hombres, ¡es sencillamente magnífico!

25 de marzo

Henry vino el 10 a pasar el día, Henry el paciente, tendría que llamarle. Hace cinco años en noviembre, crucé las aguas y me colgué como una vieja del mar¹⁴⁹ a su cuello, donde según apuntan todos los indicios me quedaré el resto de mis días. Le he creado interminables preocupaciones y ansiedad pero no obstante ello y el carácter increíble de mis tribulaciones nunca he visto en su cara un gesto de impaciencia ni una palabra poco compasiva o poco comprensiva ha cruzado sus labios. Viene a la más leve de mis indicaciones y atiende a cualquiera que sea el órgano que está en erupción y me procura calma y solaz asegurándome que mis nervios son sus nervios y mi estómago su estómago; esto último una cima de cariño fraterno no alcanzada nunca antes en nuestra raza. No ha insinuado jamás ni remotamente que espera verme recuperada en algún momento, esa carga que los amigos y parientes afectuosos inevitablemente imponen al inválido querido. Y ha sido siempre el mismo desde que yo lo recuerdo y tiene casi con la misma fuerza que padre esa susceptibilidad personal; cómo llamarla, parece como si fuera una cuestión epidérmica, como si percibieran a través de ella tu estado de ánimo y no incurrieran por tanto ni en restregarte su teoría sobre el mismo hasta dejarte en carne viva, ni en ceguera al respecto.

Me complació tanto topar hace poco tiempo con esto en una carta de febrero del 66 de William a Wilkie, tras su vuelta de Brasil:¹⁵⁰ “Harry se me figura muy mejorado, es un tipo noble: tan

¹⁴⁹ Referencia al Viejo del Mar que en la historia de Simbad el Marino de *Las mil y una noches* se sube sobre los hombros de Simbad y permanece allí muchas noches y muchos días hasta que éste consigue deshacerse de él emborrachándole. (*N. de la T.*)

¹⁵⁰ William James había formado parte de la expedición Agassiz a Brasil, 1865-1866. Garth Wilkinson (Wilkie) (1845-1883) era el tercer hijo de la familia James.

leal, delicado y honorable”. Todo lo cual es tan cierto en 1890 como entonces. Me gratificó mucho naturalmente descubrir esto más adelante: “...y Alice debe ser una chica estupenda”; ¡a que tiene auténtica condescendencia fraternal en el tono! Me temo que desde entonces he caído de semejantes alturas en diversos momentos. Para dar una muestra de la absoluta falta de mundanidad de Harry y su incapacidad para concebir la bajeza, pese a vivir tanto en el mundo, escribe a propósito del testamento del primo Henry Wyckoff y el temor de que Albert, o mejor dicho la depravada señora de Albert Wyckoff, lo impugne: “Supongo que William recibirá, en cualquier caso, sus 5.000 dólares; sería una mezquindad que la señora W. lo disputara y si hace semejante cosa, si en efecto impugna, puede que la vergüenza le impida hacerlo.” La preciosa e infantil inocencia de concebir a la Sra. W., que se pasa la vida apostando en las carreras de caballos, tan embargada por la superioridad del adorado William que la vergüenza la torne virtuosa es verdaderamente conmovedora. H. parece contento con su obra de teatro¹⁵¹ e incapaz de percibir mis palpitaciones al respecto. En que “estado” me puse cuando me dijo hace seis meses como gran secreto que la había comenzado. Yo tenía que contárselo a alguien, o habría explotado, de modo que no tuve otro remedio que recurrir a mi pequeña enfermera. Habría podido llorar, si reír no hubiera sido una inversión mucho mejor, ante mi pobreza de receptores para mi desbordamiento; qué gran contraste con los inmensos y sensibles depósitos del pasado. La enfermera lo sufre todo con pasividad, considerándolo un cambio agradable del tema de las iniquidades del cura y el señor Balfour que escucha en tan monótona alternancia.

¹⁵¹ Se trataba de la dramatización que hizo Henry James de su novela, *El americano*, publicada en 1877.

Dispongo de 30 segundos exquisitos todos los días: después de comer vengo para descansar y antes de que me cierren la ventana saco la cabeza y bebo un largo trago de la primavera, hecha de la gloria amarilla de los narcisos del balcón, del estallido enamorado de los añosos árboles de enfrente, del aseo incesante de los nidos que hacen los grajos, de la gradación de la luz en transición, y del misterio del alumbramiento en el aire. ¡Ni horas enteras de caminata podrían procurarme una absorción más intensa del Milagro eternamente recurrente que esos pocos momentos que penetran en mi sustancia!

La sensación de “hogar” que puede crearse con buena voluntad y si ello fuera necesario a tu espíritu –después que el hogar totalmente formado y en apariencia indestructible en el que has nacido se haya derretido ante tu mirada– entre cuatro paredes cualquiera, está para mi enorme deleite poseyéndome cada vez más aquí en estas dos habitaciones. La ilusión está muy acentuada por la sucesión de las estaciones, que me ha enseñado lo que puedo esperar exactamente, de tal modo que reconozco lo anteriormente visto con sus efectos de claroscuro y sé con qué color de cristal intensificar su profundidad y suavizar su crudeza. Para los perversos debe parecer desdeñable que merezca la pena vivir un día gracias a un rayo de luz oblicuo, sugerente de rayos pasados y preñado de los futuros. Pero los obstinados aman sus infortunios y no tienen deseo alguno de evitar el desgaste siendo amigos no sólo de sí mismos, sino también del papel de la pared y de los almohadones del sofá, por no hablar del “chiffonnier”, ese núcleo del plan general decorativo de la casa de huéspedes. Debo confesar, no obstante, que no he sido fuerte ante los antimacasares y los visillos de Nottingham, ¡sencillamente no puedo digerirlos! Había 17 cuando llegué aquí y los he eliminado gradualmente y al cabo de tres años no queda rastro de ellos. Tuve que hacerlo paulatinamente a causa de los sentimientos de Clarkey, pero eran en exceso deprimentes y neutralizaban toda sugestión elevada.

En una carta de H. de esta mañana me habla del compromiso matrimonial de la “encantadora Sylvia Du Maurier¹⁵² con Arthur Davis [Davies] un joven extraordinariamente bueno y apuesto, aunque hoy por hoy un abogado sin blanca. Ha ‘cogido’ todo lo cogible en cuestión de becas y premios y él y sus cinco hermanos no han costado a su padre ni un solo penique para su Educación Universitaria; es partidario de la autonomía irlandesa y es atlético y guapo”. Es esta índole de criatura tan magníficamente equilibrada moral, mental y físicamente, que aflora aquí tan a menudo, la que te induce a creer que son gente excepcional, la raza que cuenta, al fin y al cabo; de tal modo que vibrando las fibras del corazón olvidas y perdonas, quizá incluso amas, la vasta y sólida masa en la que han florecido, metidos plácida y satisfechamente hasta las rodillas en la bazofia Nacional. Hay un tipo de rostro de gran encanto que se ve aquí entre los hombres jóvenes, aunque con frecuencia se presenta sin diluir, una expresión de tan hermosa pureza, inocencia y simplicidad, una serenidad no menoscabada por las complicaciones de la experiencia, un aspecto de ser tan incapaces de teorías como si hubieran salido hace una hora del Vientre de la Naturaleza.

La señora Bowyer trajo a su hijo a verme un día este invierno, un joven simpático y típico, ¡tan limpio e incapaz de expresarse! Veo que la pía mole erigida por el duque de Newcastle para sus devociones privadas en Clumber ha costado 50.000 libras, quizá sea por eso por lo que no puede comprarse un cepillo de dientes. El dentista de Londres de Louisa Loring¹⁵³ le dijo que tenía tres clases de polvos dentífricos, que le iba a dar el que daba a los americanos y a la gente que se cepilla los dientes como es debido, el segundo era para los que se los limpiaban de vez en cuando y el tercero –pómez pura– para los que, como el

¹⁵² Sylvia Du Maurier, segunda hija del artista y novelista George Du Maurier, se casó con Arthur Lewellyn Davis.

¹⁵³ Louisa Loring era la hermana menor de Katharine P. Loring.

duque de Newcastle, *nunca* se los habían limpiado. Como ha invertido en una golosina americana creo que va a verse forzado a este desembolso, porque digerir una duquesa tan dulce va a darle dolor de muelas.

30 de marzo

“Cómo viven los pobres.” He aquí un ejemplo tomado de cierto testimonio ofrecido recientemente en la comisaría de Hebburn:

El inspector Snowdon dijo que había ido a casa de Simpson en el 8 del callejón Williams, en el muelle de Hebburn, el 15 del pasado mes. Había ido por motivo de dos multas impagadas del consejo escolar. Simpson estaba preparando un poco de té. Todos los niños estaban presentes. La señora Simpson entró desde la habitación principal. Llevaba puestos unos cuantos harapos que no eran suficientes para cubrir su desnudez. Todo el mobiliario de la casa eran dos sillas, una sin respaldo, y dos camas de hierro, una de ellas destrozada, y había un colchón negro y cubierto de suciedad. Los niños estaban todos sucios, harapientos y comidos de bichos. La casa tenía un olor repugnante. No había nada que comer en ella más que unas pocas patatas. Posteriormente Snowdon volvió a la casa pero la puerta estaba cerrada con llave. La forzó, y tenía la impresión de que alguien había estado en la casa, pero miró por todos lados sin encontrar a nadie. Al encender una cerilla y mirar por la chimenea vio allí a George colocado con los pies apoyados en un lado y la espalda en el otro. No había fuego encendido. El muchacho le dijo que se ponía allí a menudo cuando alguien entraba en la casa. Las niñas le dijeron que dormían en el bajo del armario, y la madre en la balda.

Sin embargo el padre de esta familia miserable es carpintero en Armstrong's, y su salario desde comienzo de año había tenido un promedio de 25 chelines y 7 peniques semanales. Gracias al “Fuero de los Niños”, él y su mujer (que es madrastra de todos

los niños menos del más pequeño) están ahora sometidos a dos meses de trabajos forzados.

(PMG, 5 de abril)

Considerando cosas como ésta, la historia de la señora Lodge sobre el bebé rescatado de alguna guarida de miseria es de valor inestimable. La criatura fue llevada a un Hogar de algún tipo, puesto en una cuna impoluta y limpiada toda su blanda capa de porquería, cuando empezó y no paró de gritar toda la noche y tuvo a todos los demás niños llorando a voces durante tres días. La encargada desesperada envió a buscar a la madre que, al verlo, le dijo inmediatamente: “Pero póngalo en el suelo”; hecho lo cual, el niño se durmió profundamente toda la noche. Pero ¿qué puede oprimir más el corazón de pías solteras que un bebé durmiendo en el suelo miserable?; el bebé, entre tanto, dichoso por completo.

6 de abril

El emperador Guillermo parece ser un joven “para el cual siempre es 4 de julio” –como alguien dijo del viejo Cogswell, el cartero de Newport–. El señor Tom Hazard, al expirar la segunda señora C., le preguntó si le gustaría asistir a una sesión de espiritismo en su casa, en que podría oír a su esposa y tocar su mano, a lo que C. respondió al punto: “Oh no, señor Hazard, muchas gracias. ¡Me parece mejor olvidar el pasado!”. Unos meses después, conducía al altar a la tercera señora C.

La tía Mary Tweedy¹⁵⁴ preguntó a Mary Hazard si tenían ya noticias de su hermana Anna, que acababa de morir; a lo que ésta respondió que sí, que estaba mejor –había sido una gran inválida– pero que no bajaba todavía a desayunar.

¹⁵⁴ Mary Tweedy (esposa de Edmund Tweedy), los hermanos James llamaban tía a esta señora, aunque no lo era en realidad, porque era hermanastra de sus primos Temple, a quienes había adoptado tras la muerte de sus padres. Los Tweedy eran vecinos de los James en Newport.

Ayer he leído la “Madonna del Futuro”,¹⁵⁵ hacía mucho tiempo que la había leído y me llegó con un nuevo sentido de belleza. Siempre es bueno volver a sus¹⁵⁶ cosas antiguas.

7 de abril

Me recuerdo constantemente a un insecto del coral construyendo mis diversos arrecifes de teoría con microscópicas adiciones extraídas de la observación, o de mi conciencia interior, mayoritariamente. El que mejor resiste y más constantemente se refuerza, y contra el cual se levantan menos de esas pequeñas y lamentables banalidades demoledoras –a las que uno debe, en conciencia, siempre cerrar los ojos– es que esta gente tan excelente no puede hacer daño a lo que ignora; no saben aprender las cosas en el aire, y percibiendo una de tus superficies no pueden ni reconstruirte ni adivinar la naturaleza de las demás. No sé si esto cristalizó en mi interior mientras era transportada desde el remolque en Liverpool, con los brazos alrededor del cuello de dos chicos del mar algo faltos de jabón, única ocasión en que puede decirse que he estado en “el mundo”, o no, pero desde los primeros días tengo la fuerte impresión de que no tienen “naturalezas intuitivas”, como dijo de su esposa el hombre que regentaba la casa donde nos alojamos en Princeton un verano –cómo reía Padre al contarlo–. Las intuiciones de la señora, por cierto, consistían en arrullar con memeces a las flores que había bajo nuestra ventana al amanecer, con el pelo largo de color paja y totalmente liso suelto sobre los hombros. Al británico se le puede perdonar con facilidad su incapacidad para semejantes sutilezas. He aquí una ilustración o dos: después que la señora Lathbury¹⁵⁷ llevaba un año viniendo a verme con la acti-

¹⁵⁵ “The Madonna of the Future” (La Madonna del futuro) se publicó en el *Atlantic Monthly* en marzo de 1873.

¹⁵⁶ Con ese “sus” se refiere a las de Henry James. (*N. de la T.*)

¹⁵⁷ Probablemente la esposa del periodista y editor, D. C. Lathbury.

tud más afectuosa y amable, me hizo preguntas sobre cómo vivíamos en nuestro país y le dije que allí yo tendría casa propia o viviría en una casa de huéspedes; que era como en Europa continental, no existiendo estas excelentes posibilidades de alojamiento. Me pidió que le explicara cuál era el carácter de las casas de huéspedes, lo cual hice lo mejor que pude; y entonces preguntó: “¿Y tendría usted habitación propia?”. Pues bien, ella no me ha visto nunca a la hora de acostarme y por tanto no tenía ninguna certeza en cuanto a mi conocimiento o preferencia por las normas comunes de decoro cuando sus ojos no me tenían delante, y nada había atisbado durante nuestras muy frecuentes y gratas entrevistas que hubiera hecho su pregunta superflua e indicara que mis costumbres son en general refinadas.

Recuerdo que Mary Peabody me contó que había conocido a un joven, uno de los Macaulay, cuando viajaba con su madre por Suiza. Éste debió considerarlas simpáticas pues se unió a ellas, viajaron juntos durante una semana y se mostró muy agradable. Al cabo de un año de estar de vuelta, llegó repentinamente una carta muy larga del joven diciendo que acaso les gustara saber lo que había estado sucediendo en Europa desde que se marcharon, y con ello pasaba a narrar con minucioso pormenor los diversos acontecimientos sobre los que ellas habían leído todas las mañanas a la hora de desayunar. El amable joven se las imaginaba aisladas en la espesura de un bosque, supongo; pero, como dijo Mary P.: “Qué golpe para nuestra vanidad descubrir lo que debió pensar de nosotras y nuestras posibilidades cuando estábamos juntos, para creer que podríamos necesitar semejante carta”. Mary P. ¡que es extraordinariamente inteligente además de *au fait!*; pero el pobre chico no había estado nunca en Boston y por ello no había visto que hay allí libros y prensa, y que Mary P. fuera inteligente durante una semana, pues el muchacho tuvo que verlo mientras se encontraba bajo los rayos iluminadores de sus órbitas, no fue motivo suficiente para que él hiciera la absurda generalización de que lo era de modo permanente. El señor

Nettleship, el oculista, vino a verme a la casa de De Vere Gardens, y al final, cuando extraía gotas doradas a Kath., le preguntó si esto era un “piso” y se mostró muy sorprendido con ello y dijo: “¿Los hay en América y viven en ellos las personas de su categoría?”. No aclaró si elevada o degenerada. En Londres proliferan ahora en todos los barrios las casas de pisos, pero el hecho no había penetrado nunca en su conciencia porque el extremo de su nariz nunca se había rozado con la pared de una de ellas; y creo que tenía la vaga impresión de que nosotras habíamos importado ésta de Estados Unidos. La señora Gladstone le dijo a Harry, a propósito del exquisito italiano que habla el G.O.M.,¹⁵⁸ que dos o tres días después de la boda se encontraba ella en la salita y oyó entrar a alguien en la planta baja cantando una canción italiana con una maravillosa voz de tenor, “¡Imaginen mi sorpresa y deleite cuando salí al vestíbulo y descubrí que era el señor Gladstone! No tenía ni idea de que supiera ni cantar ni hablar italiano.” ¡Mira que comprometerse y casarse con un hombre y no haber descubierto hasta por los poros que tiene voz de tenor! Pero qué ser más fenomenal es el señor Gladstone, la riqueza de sus recursos, incluso como enamorado, tan inmensas que pudo permitirse dejar dormida su voz de tenor y la canción italiana.

Charles Buxton¹⁵⁹ me contó un día que la señora de Mat[thew] Arnold¹⁶⁰ se había enterado de la muerte de su cuñado (el señor Forster) por la prensa inglesa cuando llegó a Nueva York, habiendo éste muerto mientras ella estaba en alta mar; yo dije: “Quieres decir que se enteró de la noticia telegrafiada a los periódicos americanos”. “No, no, lo leería en los periódicos ingleses cuando llegó a Nueva York.” Parecía aquello uno de esos

¹⁵⁸ Grand Old Man (el gran hombre), siglas utilizadas en origen para aplicarlas precisamente a Gladstone. (*N. de la T.*)

¹⁵⁹ Charles Buxton (1823-1871), hijo del filántropo sir Thomas F. Buxton, se casó con Emily Mary, hija mayor de sir Henry Holland, en 1850.

¹⁶⁰ Matthew Arnold se casó con Frances Lucy, hija del juez sir William Wightman, el 10 de junio de 1851.

lugares oscuros de la mente donde no penetra nunca la luz así que no seguí esforzándome. La señora Arnold vino a verme muy amablemente un día antes de marchar la segunda vez y habló cordialmente de su viaje y charlábamos sobre las dificultades domésticas cuando me dijo que se había alojado en una casa del Oeste donde el servicio era demasiado escaso, sólo un hombre y una criada. Le pregunté si no había cocinera. “Eso no lo sé, si la había no la vi.” “Pero ¿se podía comer allí?” “¡Oh sí!” “¿Cree que cocinaba la dueña de la casa?” “No, creo que no.” La buena señora estaba tan desorientada, por el hecho de haber muchas menos criadas visibles de las que “debía” haber que no le cabía una cocinera en la imaginación, no habiéndola visto con sus propios ojos. Se podría seguir con trivialidades como ésta *ad infinitum*.

La señora Buxton por cierto se sorprendió mucho cuando supo que las conferencias de Matt[hew] Arnold habían sido un fracaso y dijo que sabía de buena tinta que él por su parte creía que habían sido un éxito brillante y que esperaba con seguridad dar un segundo curso ese verano en su segunda visita. En lugar de eso, escribió su muy debatido artículo, en lo que encontró consuelo, esperemos.¹⁶¹

5 de mayo

Si consigo llegar a mi sofá y dedicar cuatro horas, a intervalos, a lo largo del día, a garrapatear mis notas y logro leer los libros que me pertenecen, porque clarifican la densidad y dan forma a la masa informe de mi interior, la Vida me parece increíblemente rica; llena de “*l'allégresse de la certitude acquise. La raison a aussi ses émotions et c'est par frissons que se propage la lumière*”.

¹⁶¹ Arnold había dado clase en Estados Unidos durante 1883-1884 sobre “Los números; o la mayoría y el resto”, “Literatura y ciencia” y sobre Emerson. La prensa fue en su mayoría crítica y hostil. En 1888 se publicaron en Boston sus diversos ensayos sobre su viaje con el título *Civilization in the United States: First and Last Impressions of America*.

El *Standard* de esta mañana dedica el primer párrafo de su resumen a dar noticia del emocionante hecho de que la pequeña hija del duque de Portland fue bautizada en la capilla de Windsor ¡en presencia de la reina! Hacia el final de la columna se menciona la “impresionante” congregación de obreros en Hyde Park por la cuestión de las ocho horas; ¡los primeros serán los últimos y los últimos los primeros! Cuánto me hubiera gustado haber podido ver unas cuantas caras de estos Amos del mundo en cuyas manos está nuestro futuro material, quién sabe con qué inmediatez. Si los gobiernos de Europa muestran la abyecta actitud acobardada que adoptaron el primero de mayo, eso va a dar mucho ímpetu, parecería casi como si una fuera a vivir para ver la remodelación. Yo seré siempre una capitalista cebada, supongo, una ignominia que, a fin de cuentas, haré bien en aceptar, con elegancia, porque no podría aportar mucho *cuerpo* al proletariado, pero no puedo remediar el sentir una ilógica satisfacción femenina porque mis siete centavos y mis seis por cientos con los que salí de mi casa se hayan reducido a cuatros. ¡Se me figura que ese cuatro por ciento no es tan vil!

¿Hay algo que pueda exhibir más maravillosamente la solidaridad de la raza que, por el simple hecho de unirse para recorrer las calles en un mismo día, estos pobres muertos de hambre hagan temblar a emperadores, reyes, presidentes y millonarios en el mundo entero? Los que tienen las máximas oportunidades para adquirir sabiduría, que heredan instintos nobles, humanitarios y generosos no han encontrado un medio más inspirado para aplacar su mutua rapacidad que disparar sobre masas enormes de hombres inocentes, inermes como corderos. Mientras estas criaturas, los desheredados con salvajes instintos sin domesticar, han adivinado que la ayuda fraterna es la senda hacia la Victoria. ¿Quién de nosotros, con su compasión sentimental y emotiva, ha sido tan leal a su compañero, pasando hambre y contemplando el deterioro de su mujer y sus hijos durante semanas enteras? Y sin embargo en cada huelga miles de los desnutri-

dos, los desnudos y los incultos, se mantienen o caen juntos y no alardean de ello.

13 de mayo de 1890

Harry vino el jueves 8. Había estado en Chester para ver a los Compton¹⁶² y hacer planes para *El americano*, que va a hacer una gira por las provincias, representada allí durante el invierno y será llevada a Londres en primavera. Esto se considera lo más conveniente porque procurará a Compton abundante práctica en su papel. H. dice que va a tener que trabajar intensamente con ellos. A los Compton les gusta mucho la obra y están seguros de que será un éxito, y ellos son mucho mejores jueces del asunto que nadie por su inmensa experiencia con el público. H. estaba muy bien impresionado con su educación y su respetabilidad británicas que se le hicieron muy patentes a medida que fue penetrando en su intimidad. Qué gran contraste con los actores franceses de segunda categoría y hasta de primera, con quienes una relación personal prolongada sería sencillamente imposible. Una pregunta de Compton sobre el vestuario de Newman en aquellos primeros tiempos le recordó lo siguiente: unas damas londinenses estaban siendo instruidas para actuar en una obra por una francesa, una ex actriz, creo; lady Archie Campbell,¹⁶³ que era una de ellas, llegó el primer día vestida de Pierrot, el papel que iba a representar. Al verla, la francesa exclamó: “;Voilà bien une Anglaise, qui se fait son costume avant d’avoir pensé à son rôle!”. H. estuvo también aquí el 15 de abril; es tan calmante verle, hace tan pocas sugerencias sobre cómo conducir la vida; sobre la inclinación de tus almohadones o el número de tus chales.

¹⁶² Edward Compton (1854-1918), el actor, y su mujer, de soltera Virginia Bateman (1853-1940). Compton fue productor en 1890 de la gira de la obra dramática que Henry James escribió sobre su novela *El americano* por provincias y en Londres, donde se mantuvo en cartel siete noches.

¹⁶³ Jeney Sevilla Callander (fallecida en 1923) se casó en 1869 con lord Archibald Campbell, hijo menor del VIII duque de Argyll.

“*L’inertie de la bête devant l’irrévocable a presque toujours l’aspect du courage.*” Esto no es halagador pero quién de nosotros no ha esbozado en su interior una leve sonrisa parálitica ante su “Courage”, por mucho cuidado que haya dedicado su vanidad a no desvanecer la ilusión superficial.

17 de mayo

La visita de la reina a Waddesdon¹⁶⁴ parece como si fuera una recompensa a la virtud, habiendo los Rothschild corrido las cortinas de su casa de Piccadilly (véase el *Speaker*) mientras desfilaron ante ella los malcriados obreros hacia Hyde Park para manifestarse el 4 de mayo. ¡Y pensar que el príncipe de Gales no ha ido al Parque! Mira que perder de semejante modo todas las oportunidades. El rey de Italia parece el único entre todos ellos que tiene algo de imaginación y sacar alguna diversión de sus limitaciones. ¡Los pobrecillos son todos tan esclavos! El otro día la reina se detuvo mientras paseaba para contemplar un oso domesticado, y también rió; motivo por el cual a la mañana siguiente había un artículo de fondo de los que se gasta el *Standard* sobre “este extraño y no del todo prudente antojo” (quizá “acto”) “de la reina”. La princesa Mary (duquesa de Teck)¹⁶⁵ iba a inaugurar no sé qué cosa en el East End. Llegó tan tarde que un noble lord empezó la ceremonia sin ella, que llegó a la mitad. Lo siguiente en el programa, que debía hacerse inmediatamente después, eran unos niños que cantaron una canción que comenzaba “Mary, wake up!” (“¡Despierta, Mary!”). El noble lord no tuvo como es natural remedio más inspirado que suprimir esto y apresurarse al siguiente, privando con ello a la pobre duquesa de siquiera la más tenue ondulación de vida humana con la que refrescar el árido desierto de lo preestablecido donde está condenada a moverse.

¹⁶⁴ La reina Victoria había visitado Waddesdon, casa de campo de Ferdinand Anselm de Rothschild, anteriormente aquel mismo mes.

¹⁶⁵ La princesa Mary, duquesa de Teck (1833-1897), madre de la princesa Mary que fue después la reina Mary (1867-1953).

Los comentarios que aparecieron en nuestras columnas el pasado lunes sobre el caso del señor Mark Henry Vaile, que murió súbitamente por hambre, han creado considerable interés; tanto es así que hubo una interpelación en la Cámara de los Comunes al respecto. Un representante que ha estado indagando sobre el caso descubrió que Vaile vivía en el número 231 de la calle Mayor de Shadwell.

Nuestro representante fue dirigido a un pasaje oscuro, estrecho y de aspecto lúgubre, y le dijeron que la casa estaba al fondo del mismo. El pasaje en cuestión desembocaba en un pequeño patio, cubierto de desechos, que emitía un hedor sumamente desagradable. El número 231 tiene 18 pies de altura, con una habitación abajo y otra arriba. Un chico de catorce años abrió la puerta, y al preguntarle respondió que él y sus hermanos vivían en esa habitación ahora que su padre había muerto. La habitación —o cubil—no tenía más de diez pies de largo, ocho de ancho y siete de alto. No había lumbre en la chimenea y, a juzgar por las paredes húmedas y pegajosas y la atmósfera pútrida, no la ha habido en varios días. La ventana consistía en tres cristales rotos, con unos pingajos metidos donde tendrían que estar los demás cristales. El único mobiliario eran restos de dos sillas, una mesa rota, un remedo de cómoda y un viejo marco de madera cubierto con muchos harapos sucios que hacían de cama y ropa de cama, junto a un ancestral reloj holandés y dos o tres platos desportillados.

El muchacho que había abierto la puerta dijo que su madre estaba en el Manicomio de Banstead, enferma de melancolía a causa del hambre. Él tenía tres hermanas: Matilda, de veinticuatro años y casada, y Annie, de veintidós, en el servicio doméstico; Martha, de dieciocho, en la escuela; y tres hermanos, los tres en casa, más pequeños que él. Los llamó —un grupo de criaturas pálidas y sucias, aunque inteligentes—. Sus nombres son William, de nueve años; Harry, de seis; George, de cuatro. El nombre del chico en cuestión es Edward John, y tiene catorce años, según dijo. Al preguntarle de qué había vivido su padre, respondió que en los

muelles, pero como no era fijo no ganaba mucho, excepto cuando llegaban las subastas de algodón. Su padre llevaba a casa todo el dinero que ganaba, y “era un padre bueno y cariñoso”, añadió el chico lastimeramente. “Durante las últimas semanas Matilda, que vive en Wapping, nos ha traído comida, pero no puede darnos mucho, porque su marido tiene poco trabajo. Trabaja en los muelles.”

“La casera vive arriba”, prosiguió el muchacho, con una mirada algo amedrentada; y en ese momento apareció aquélla en escena, una señora mayor, menuda, de unos sesenta años y cara marchita. Dijo que su nombre era señora Mallison; pero cuando algunos vecinos oyeron aquello gritaron a coro: “No, no lo es; es la señora Brennan”. Cualquiera que sea su nombre, empezó de inmediato a decir que los Vaile le debían varias semanas de alquiler a dos cheelines semanales. En este momento los niños no tienen otro recurso que la caridad de unos cuantos vecinos pobres y de su hermana Matilda. El miércoles por la tarde un funcionario del distrito fue a visitarlos por primera vez y quiso llevárselos a todos al asilo, a lo cual se negaron firmemente Matilda y John. El padre fue enterrado a expensas del Sindicato de Estibadores. John es un chico muy deseoso de encontrar algún puesto, según dice él, que le permita asistir un poco a la escuela además de trabajar para mantenerse él y sus hermanos. Es inteligente, y parece ser ambicioso y tener un intenso cariño por sus hermanitos.

(PMG)

El padre era un hombre muy bueno, que tenía trabajo, y en el momento de entregarle su paga se desplomó al suelo muerto a los pies de su jefe. No había comido nada para que los niños tuvieran más. ¡Y yo di 6 libras el otro día para un relumbrón de regalo de boda! Pero no se puede, sencillamente, salir y darles lo que tienes sin más.

He estado a punto de depauperar a la señorita Bond por ayudarla a sacar a flote una tiendecita; he tenido que parar en seco, y

sin embargo ella no parece considerarme la maldad personificada. El caso más mísero de indigencia del que he tenido noticia recientemente es el de la duquesa viuda de Manchester,¹⁶⁶ cuyas capitulaciones matrimoniales estipulan sólo ¡2.000 libras al año! Cuando se piensa en las hordas rapaces por las que tiene que pasar una caja de cerillas o un huevo para su desayuno hasta llegar a ella, es verdaderamente un ser digno de compasión.

Esto tiene el mérito de mostrar el valor relativo de la mujer y el arenque:

Para esos hombres para quienes agredir a sus madres o sus esposas es un descanso placentero frente a la monotonía de la vida cotidiana, Hampstead va a presentar, en el futuro, excepcionales atractivos, si se admite como precedente la sentencia recientemente dictada contra un tal Henry Willet. Este encomiable individuo llevaba años sometiendo a su infortunada esposa a un trato sistemático de crueldad. Amenazaba continuamente con matarla, saltando sobre ella, o machacándole la cabeza o insertándole un alfiler o aguja detrás del oído para perforarle el cerebro. Alcanzó el punto culminante, sin embargo, cuando la asaltó brutalmente en la cama hundiéndole las rodillas en la parte baja de la espalda e intentando estrangularla, un ejemplo de gracia juguetona que produjo su detención. Los Solones del tribunal de Hampstead expresaron su horror por conducta tan antinatural y, para hacer un ejemplo ejemplar de semejante monstruo, le multaron... ¡con diez chelines!

Y ahora observen este panorama. Los magistrados de Bury condenaron el sábado a una mujer llamada Mary Blomley a un mes de cárcel, sin opción a multa, por robar tres arenques ahumados, valorados en tres peniques, del carro de un frutero. Pese a que

¹⁶⁶ Esta duquesa, antes condesa Louise Fredericke Auguste, hija del conde d'Alten de Hanover, había perdido a su marido en marzo de 1890. En 1892 volvió a casarse pasando a ser duquesa de Devonshire.

Mary había sido ya previamente arrestada, semejante sentencia por semejante delito es una vergüenza para el tribunal de Bury. Sir Henry James,¹⁶⁷ el miembro representante del distrito, es uno de los que aboga por sentencias más ligeras. Espero que en la primera ocasión favorable tenga a bien dar algunos consejitos sobre este tema a los magistrados de Bury.

(*Truth*)

20 de mayo

¿Dónde se figuran que han descubierto la Abnegación ahora? ¡En el heroico pecho de Stanley!¹⁶⁸ que por testimonio propio se deleita con los *agréments* de los viajes por África como yo con el té de la tarde. Henry me contó en una de sus últimas visitas que había preguntado a la señorita Dorothy Tennant, que según dice es una criatura sumamente encantadora, algo sobre Stanley y ella había respondido: “Ah, el bueno de Stan. que nunca llegará a nada”. ¿Cómo puede una mujer refinada casarse con un hombre de fibra tan tosca, grosera y rudimentaria? “La bala y la Biblia” le caracterizan a la perfección.

El otro día tuve un sentimiento casi francés de la injusticia del Destino, algo raro en mí, pues no soy de temperamento rebelde y aplasto en la medida de lo posible toda insurrección tediosa, habiendo por fortuna percibido desde muy pronto que la figura del rebelde abortado se prestaba mucho más a lo cómico que a lo heroico a ojos del observador de sangre fría, y que para fines prácticos la rendición, sonriendo a ser posible, es la única apariencia accesible que no da oportunidad ninguna a los viles trucos de la Fortuna. Me sentía terriblemente cansada una tarde y me disponía a acostarme cuando me fue comunicado el nombre de Constance

¹⁶⁷ Sir Henry James (1828-1911), posteriormente lord James de Hereford, fue Fiscal General en 1873-1874 y de 1880 a 1885.

¹⁶⁸ Sir Henry M. Stanley (1841-1904), explorador de África y periodista. Dorothy Tennant, hermana de Margot, después lady Asquith, fue la mujer de Henry Stanley.

Maud, que pedía que la recibiera un momento pues se iba a América al día siguiente. Me metí como pude en la cama y ella, alta, erguida y agraciada, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, me dijo que se iba a mi tierra, mientras que mi máximo privilegio, consumida y desvencijada, era irme a la cama en la suya. ¡Qué ola de nostalgia me inundó un momento! ¡Qué anhelo de ver un rayo de sol relumbrar entre los pinos, de respirar el aire resinoso y arrojar mi cuerpo marchito sobre mi tierra madre, hundir el rostro en la hierba áspera, venerando todo lo que representa el vacío feo y desnudo de esa bendita tierra: la encarnación de una Inmensa Oportunidad para la Humanidad trabada, expandiéndose y prestándose sus circunstancias flexibles a todo tipo de hombres; pálida y desnuda por fuerza; no vestida por las ilusiones y el misterio de un pasado lleno de musgo y telarañas, pero rebosante de divino buen humor y benignidad; una mano para los que se tambalean, un pensamiento indulgente para los desacreditados, un corazón esperanzado para todo proscrito de la tradición!

2 de junio

Salí por primera vez el 18 de mayo, una fecha muy temprana para mí. Bourget¹⁶⁹ le dijo a Harry: “*Je n’ai jamais osé avoir de l’esprit devant Dumas*”. Qué extraordinario es ver a la más ingeniosa y más infinitamente perceptiva de las razas, rendirse individualmente ante una Vanidad Colosal, esa cualidad de la que brota todo lo grotesco de la vida. La pícara pasión que muestra esa “Realidad incognoscible tras los fenómenos” por hacer a la criatura autodestructiva, pues las cualidades mismas que la hacen fuerte ante sus iguales le devoran insidiosamente las entrañas, es algo delicioso de observar para una solterona no sentimental desde su sofá. ¿Podría ser quizá que la Realidad incognoscible simplemente bromea con los Fenómenos? como dicen que hace el Público americano con todas las cosas serias de la vida; ¿o es sim-

¹⁶⁹ Paul Bourget (1852-1935), novelista francés, era amigo de Henry James.

plemente que la humanidad es tan densa que no puede percibir toda la cobardía, locura y egoísmo a menos que se lleven a extremos grotescos?

La señorita Ireland me contó que la señora Kemble dijo en su primer viaje a Estados Unidos que “las mujeres parecían exactamente ratones blancos dando chillidos”.

Dos amigas me han pedido prestado los *Fragments literarios* de Padre,¹⁷⁰ que curiosamente William ha titulado “del desaparecido Henry James” como esas “viudas del desaparecido tal o cual”, que aparecen en las esquelas de los periódicos; la primera de ellas lamentó que él (Padre) “no hubiera conocido nada de la Iglesia Liberal,¹⁷¹ es decir, de ese centímetro de descoloridas Evasiones Anglicanas. La segunda pensaba que “era una lástima que no tuviera conocimiento de Darwin”. Mi buen padre al parecer no tuvo oportunidad para adquirir los elementos de la “Cultura” general, ¿no es eso? A propósito de Darwin, el otro día estaba leyendo un artículo de Émile Montégut¹⁷² en que éste señala en relación a los *strieg-for-lifeurs*, que son todos, desde luego, feroces radicales, que el representante de un largo linaje es una ilustración perfecta de su evangelio y que debe ser valorado por ellos como un *espécimen* exquisito de la supervivencia del más apto. Esta proposición evidente no es por supuesto nueva pero nunca la había visto tan nítidamente expresada, y me ha complacido.

9 de junio

He recibido esta mañana una preciosa carta de Harry¹⁷³ de 25 páginas en respuesta a las pocas líneas que le escribí, después de

¹⁷⁰ *The Literary Remains of the Late Henry James*, en edición de William James (Boston, 1884), contiene una serie de escritos y fragmentos misceláneos de las obras de Henry James, padre (1811-1883).

¹⁷¹ *Broad Church*, una tendencia dentro de la Iglesia anglicana partidaria de una interpretación liberal del ritual y favorable a una amplia inclusión en esta Iglesia de todos los creyentes cristianos. (*N. de la T.*)

¹⁷² Émile Montégut (1825-1895), crítico francés.

¹⁷³ La mayor parte de esta carta, fechada el 6 de junio de 1890, está reproduci-

leer la *Gran Obra Teatral*.¹⁷⁴ Me emocionó y conmovió muchísimo la implicación que contenía su carta de que le importaba mi opinión como tal; el más mínimo halago de la parentela supera las aclamaciones de la multitud; ¡tan conocidas estas últimas por mí! Cuando contemplo la corriente serena de cuidados e indulgente receptividad doméstica sobre la que he flotado todos mis días, me asombra no ser una desgraciada más insoportable e imposible de lo que soy. H. está en Venecia con los Curtis,¹⁷⁵ alojándose en el Palazzo Barbaro; la señorita Wormeley –¡cómo evoca su nombre días pasados!– está allí también.

10 de junio

El Sapietísimo *Standard* me ha proporcionado interminable deleite desde que lo leo, los últimos seis años, pero a propósito del Túnel del Canal se ha superado a sí mismo. Sir Edward Watkin¹⁷⁶ ha vuelto a plantearlo en la Cámara; he aquí un fragmento de su discurso, y un editorial del *Standard* sobre éste:

Se ha insistido en que el túnel iba a crear una frontera. Porque ¿no tiene Francia ya catorce ferrocarriles que entran en Bélgica, ocho en Alemania, siete en Suiza, dos en Italia, dos en España y un tercero que se encuentra en construcción? Se les dijo que el túnel era peligroso, y que, en lugar de vía para la paz, lo sería para la guerra. Era absurdo decir que defender una apertura de tamaño aproximadamente doble al de la puerta de la Cámara fuera a costar unos 30 millones (aplausos). ¿Por qué no les per-

da en el primer volumen de *The Letters of Henry James* (ed. de Lubbock) (Nueva York y Londres, 1930).

¹⁷⁴ Su dramatización de *El americano*.

¹⁷⁵ Daniel S. Curtis y su mujer, de soltera Ariana Wormeley, fueron muchos años amigos de Henry James. La hermana de la señora Curtis, Katherine Prescott Wormeley, fue traductora y editora de las obras de Balzac en Estados Unidos.

¹⁷⁶ Sir Edward William Watkin (1819-1901), diputado de la Cámara de los Comunes durante muchos años.

mitían seguir adelante con sus experimentos, y por qué tenían que tolerar que cayeran en deterioro? Apeló entonces a su señoría para que les ofreciera juego limpio, y permitiera que continuaran sus experimentos. Se habían hecho propuestas para hacer un puente sobre el canal, y para construir un tubo dentro, y se habían descubierto depósitos de carbón. Todas estas circunstancias modificadas avalaban una renovación de las propuestas. Si el Gobierno continuaba aplastando este plan con el peso de su mayoría, tendría que explicar sus actos ante los electores, y decir por qué no quiere que nadie vaya al Continente si no es sobre la borrascosa superficie del mar.

Los principales argumentos contra la propuesta son tan convincentes como para ser absolutamente concluyentes a juicio de las personas que prefieren la seguridad de permanecer en Inglaterra a los mareos del viaje, y los Presupuestos Militares de proporciones razonables a los grandes dividendos para especuladores privados. Los defensores del plan se han esforzado, si bien en vano, para persuadir al público de que puede idearse un medio para hacer absolutamente imposible que el extremo inglés del túnel caiga en manos de una fuerza extranjera desembarcada en nuestras costas. Es fácil que –sobre el papel– semejante circunstancia pueda parecer improbable en extremo; aunque, incluso sobre el papel, no se puede aducir ningún argumento más contundente. Pero la improbabilidad, en asunto tan trascendente, no se considerará suficiente, ni siquiera aproximadamente suficiente, por el inglés que ama a su país. No podemos jugar con el azar en cuestiones de este tipo. Sin duda es fácil –sobre el papel, como decimos– poner bajo control militar el extremo inglés del túnel. E igualmente fácil es suministrar los medios para que los soldados a cargo del túnel puedan o bien inundarlo o cerrarlo mediante comunicación por alguna otra vía. Pero todo el mundo con un ápice de sentido común y algún escrúpulo de precaución tiene que percibir que los medios provistos pueden dejar de funcionar, o ponerse en movimiento demasiado tarde, o que los vigilantes

ingleses del túnel pueden verse sorprendidos y reducidos. Las personas que proyectan, y de buen grado construirían, los túneles del Canal nada saben del arte de la guerra, de sus sorpresas, estratagemas, decepciones y catástrofes. Hay un antiguo proverbio que dice que todo es permisible en el amor y en la guerra, y nos gustaría saber dónde está el General extranjero, o el Político extranjero, que considere no permisible cualquier cosa que, en caso de conflicto con este país, le diera posesión de los medios para enviar con toda rapidez gran número de tropas a través del túnel. El historiador filosófico podría condenar este acto de traición; pero ello no desharía lo que el acto de traición hubiera efectuado. Cuando la posibilidad de falta de escrúpulos de una parte, y las vacilaciones o errores de la otra son estudiadas conjuntamente, el hombre dispuesto a sancionar semejante proyecto se nos antoja poco menos que demente, suponiendo siempre que Inglaterra le importe. Incluso si se lograra que el riesgo fuera lo que se llama infinitesimal, seríamos una comunidad de perturbados si lo aprobáramos. Hay cosas de importancia tan suprema que exigen certeza absoluta como única salvaguarda suficiente y adecuada. La naturaleza nos ha proporcionado dicha certeza al colocar una barrera de olas entre la ambición de posibles conquistadores del continente y las libertades inglesas. Que ellos o sus compatriotas deseen superar este obstáculo, atacar nuestros flancos, o cogernos *en revers* es perfectamente inteligible, y con espíritu filosófico podemos admirar su ingenio, de modo muy similar a como admiramos a los autores del “caballo de Troya”. Pero en cuanto a SIR EDWIN WATKIN y estos *dona ferentes*, nuestros sentimientos hacia ellos son de índole que no puede ser suficientemente expresada por ninguna cita de los clásicos. Sin duda su intención es buena. Es su falta de previsión y falta de sentido del Estado de lo que nos quejamos y lo que lamentamos.

¡Imagínese al Audaz Inglés anunciando *sin rubor* que lo único que le salva de la aniquilación es la cinta plateada! Cuando se

considera que desde tiempos inmemoriales es sabido que se necesitan tres franceses para poder con un J[ohnny] B[ull]¹⁷⁷ el espectáculo de la bulliciosa Isla acobardada ante esta pequeña apertura es aún más delicioso; y el malvado y siniestro “Gen[eral] extranjero” que no tendría con seguridad *escrúpulos*, según el *Standard*, para utilizar las sempiternas estrategias de guerra contra pobres inocentes, lo remata todo. Éste es el grito del partido Militar especialmente —¡piensemos en Suiza!—; muy sabroso.

15 de junio

¡Qué exquisito es cuando todo canta en el interior; pero qué precio se paga! ¡Los modos de los píos son tan desconcertantes!

El señor Farell, presidente del jurado, envió ayer un telegrama a la Reina a Aix-les-Bains, instando a Su Majestad a considerar favorablemente el mensaje telegráfico de la señora Davies. El Reverendo E. Hancox, ministro de la Iglesia metodista primitiva en Crewe, envió por la tarde un telegrama a la Reina, afirmando que en todas las iglesias de Crewe se estaba rezando por el indulto de Richard...

Lo que intentaban es que se indultara a los dos chicos Davies que habían matado a su padre, y los periódicos estaban repletos de cosas de este tipo. ¿Quería el reverendo Hancox, dudando de la eficacia de la oración, que la Reina diera un empujoncito a Jehová, o se trataba de una insinuación de que, como todos estaban rezando tan intensamente en Crewe, Jehová podía adelantarse a la Reina? En sentido práctico no parece muy sensato enfrentar al poder espiritual con el temporal, de modo tan impío y escéptico; pues con certeza debe ser destructivo para la fe en

¹⁷⁷ John Bull es un sobrenombre que designa a un inglés o a los ingleses colectivamente. Fue John Arbuthnot quien consagró este uso, aunque él no inventara el nombre, en su obra *The History of John Bull. (N. de la T.)*

Deidad y Monarca; en todo caso ¡es una carga excesiva para la mía!

Es muy curioso contemplar cómo se postran vilmente ante su Dios, cantando loas a Su Gloria, proclamando que todas Sus obras son buenas y sin embargo cuando el más mínimo de los múltiples infortunios que oprimen a la humanidad recae en uno de ellos, ¡cómo claman contra Sus decretos, le encarecen que aparte sus calamidades como si buscaran propiciarse la voluntad de algún poder del mal cuyos actos son tenebrosos! Constance Maud me habló de su pena en un momento en que pensaban que su madre se moría y cómo rezó a Dios para que no se llevara su vida; la sinceridad y la fuerza de emoción que manifestaba aumentó la sensación de escándalo que sentía yo al escucharla. Puedes rogar, arrodillado en súplica, por tener fuerzas, pero ¿cómo puede una criatura medir su discernimiento con el del Hacedor de todo el Bien, cómo puede ella proponerse el convertir sus mezquinas necesidades en elemento que modifique el destino de otra persona, cómo puede imponer sus miserables lamentos en presencia de la Majestuosa Muerte? Recuerdo cómo me horrorizó hasta el fondo de mi ser cuando alguien me dijo aquel mes en que Padre se moría, negándose a comer, que tenía que animarle y decirle que debía hacerlo ¡¡*por mí!*! ¡Yo pretendiendo contener la voluntad divina y añadir un segundo a las horas del anciano!

16 de junio

Qué sentido de superioridad te da evitar leer un libro que todo el mundo está leyendo. Nunca he podido leer a Amiel,¹⁷⁸ y hasta el momento no he sucumbido al *Journal* de Marie [Bashkirtseff].¹⁷⁹ Imagino que es lo más perverso de lo perverso y ¿qué

¹⁷⁸ Henri-Frédéric Amiel (1821-1881), diarista y crítico suizo con antepasados franceses protestantes.

¹⁷⁹ Marie Bashkirtseff (1860-1884), diarista rusa que escribió uno de los dia-

hay tan tedioso de leer, o qué papel más fácil de representar mientras cruzamos nuestro pequeño escenario iluminado por nuestros pequeños y confusos focos? Cada hora más que vivo me torno más intensamente devota del *sentido común*. Y a propósito, ¿en qué modo beneficia a la situación de la raza que el señor Augustine Birrell diga ante un público del pueblo que el hombre a quien interesa más la poesía que las leyes de pobres es un “señorito intelectual”? Sin duda el pueblo, incluso con P mayúscula, merece algo mejor que semejante pura tontería. Desde que estoy leyéndole en el *Speaker*, me he acostumbrado a A. B. y ya no huyo irritada de su sustancia por culpa de su estilo como antes. Señoritismo intelectual, por cierto, es aplicable a éste de modo supremo por su esfuerzo de singularidad y su deseo de ser preciosista y raro, siempre implícito un eco modoso de “¿A que es estupendo?”. Un día le pregunté a Harry si él también lo percibía y me dijo que sí, y que lo más curioso era que se manifestaba en su fisonomía de la misma manera; que después de decir cualquier cosa se producía un movimiento en las aletas de su nariz y un chasquido en los labios que sugería de inmediato el auto-aplausos. Probablemente sea “tímido”, como dicen en Boston, ¡igual que lo era Miguel Ángel!

No pudo dejar de ser un momento desagradable para el señor Balfour cuando el Honrado John Roche, líder de los arrendatarios de Clanricarde —el hombre que ha sufrido cinco encarcelamientos de índole sumamente cruel bajo su administración— desfiló ante él anoche de camino a recibir la bienvenida del Presidente de la Cámara, entre los vítores entusiastas de la oposición.

PMG

Si no fuera porque el señor Balfour y el Párroco me encienden

rios más íntimos del siglo XIX. Lo inició en Niza en 1873 y no lo interrumpió hasta once días antes de morir.

la sangre estaría en la envidiable edad en que “*Il n’y a rien qui soit mauvais, il n’y a que des choses tristes ou drôles*”.

¡No olvides, Tierra, a tus muertos sin ilusiones!
¡no olvides, Tierra, a tus desheredados!
¡no olvides a los olvidados! Entona un acorde
de divina pena en voz dulce y queda
por todos los muertos que en balde vivieron y murieron.
¡Imperial Futuro! Cuando con incontable séquito
las generaciones te conduzcan a tu trono,
no olvides a los Olvidados y los Desconocidos.

Estos versos son de James Williams,¹⁸⁰ *Fellow* de Lincoln College en la Universidad de Oxford, y forman parte de un volumen de poemas titulado *A Story of Three Years* publicado en 1883. Los versos son como sigue:

UN RECUERDO

Alma intrépida, tan leal y noble, has dejado caer
piñones blancos para tu huida hacia la hondura,
las desdichas de antaño ya han muerto.
¿Para qué llorar?

No te apenaste por el destino feliz de los demás,
y contemplaste el paso de los gallardos barcos,
un casco tras otro repleto de preciosa carga,
sin un suspiro.

¹⁸⁰ James Williams, D. C. L. (1851-1911), miembro de Lincoln College y All Souls y profesor de Derecho Romano en la Universidad de Oxford. Fue autor de muchos estudios jurídicos y publicó también libros de poesía, algunos cuentos y un estudio sobre “Dante como jurista” (1906).

Tuyo fue el fracaso, como otros hombres acumulan éxito;
sea, por ventura, así mejor, no fuera el Cielo
a regalarnos un alma honrada menos
como acto aleccionador.

No fue delito que no pudieras tú imponerte
para poner tu faro en la playa del tiempo;
los que en nada se esfuerzan, no los esforzados que fracasan,
cometen tal delito.

La tierra no venera el tesón infructuoso;
la Justicia eterna observa con mayor agudeza,
y sobre la cabeza herida derramará el bálsamo
del merecido elogio.

18 de junio

Es muy curioso que, en los últimos uno o dos años, haya topado constantemente en mis lecturas precisamente con aquello en que estaba pensando, quiero decir curioso, claro está, porque mis lecturas son muy aleatorias. Esto me recuerda a Wm. en los tiempos pasados en que tenía mal la vista y yo solía empezar por contarle algo que me parecía interesante de cualquiera que fuera el libro que estaba leyendo, y él invariablemente decía: “Ayer eché un vistazo a ese libro y leí eso”. Me pregunto qué es lo que determina la *selección* de la memoria, por qué una experiencia o impresión infantil resalta de forma tan luminosa y sólida sobre un fondo, en su mayoría, vago y brumoso. Las cosas que recordamos llevan en sí un sentido de *primera vez* que sugiere que acaso ello sea el motivo de su supervivencia. Tengo que preguntar a Wm. algún día si existe alguna teoría sobre esta cuestión, o mejor, si ésta merece una teoría. Recuerdo tan nítidamente la primera vez que fui consciente de un proceso puramente intelectual. Fue en el verano del 56 que pasamos en Boulogne y los padres de Mlle. Marie

Boningue,¹⁸¹ nuestra institutriz, tenían una *campagne* en las afueras y nos invitaron a pasar allí el día, quizá por el cumpleaños de Marie. Vino a buscarnos una calesa grande y desvencijada en la que nos apretamos todos, menos Wm.; lo único que recuerdo del paseo es una cinta infinita de polvo que se extendía ante nosotros y la angustia mayor de lo acostumbrado de los tacones de Wilky y Bob clavándose en mis espinillas. Marie nos dijo que su padre tenía una cicatriz en la cara a causa de una profunda quemadura sufrida en la juventud y que no se nos ocurriera mirarle porque era muy sensible. ¡Cómo recuerdo el doloroso conflicto entre la compasión, el deseo de mirar y el temor a que mi vileza fuera descubierta por aquel buen hombre cuando se sentaba a la cabecera de la mesa frente a una gran tarta escarchada con esos rollitos rosa y blanco en cuyo interior acecha la semilla de la alcaravea.¹⁸² Sería facilísimo representarse la propia juventud como una perpetua huida de objeto tan aborrecible; me pregunto si sigue siendo una condena para los críos. Pero para volver al primer florecimiento de mi Intelecto: nos habían mandado a jugar al jardín, una extensión arenosa o más bien polvorienta totalmente vacía, según la recuerdo yo, salvo por dos o tres manzanos achaparrados de uno de los cuales pendía un columpio. Pasado algún tiempo desaparecieron Wilky y Bob, cosa que no lamenté, y los Boningue. Harry estaba sentado en el columpio y yo me acerqué y permanecí cerca de él mientras los rayos de sol empezaban a caer oblicuos sobre la desolada explanada y pasaban monótonas las horas, con esa eternidad que tienen para la infancia, cuando Harry exclamó súbitamente: “¡Esto podría llamarse sin duda deleite en condiciones difíciles!” La emoción de todo mi ser en respuesta a la sustancia y la forma exquisita y *original* de su

¹⁸¹ Mademoiselle Boningue también fue recordada por Henry James en el capítulo XXII de su libro *Un chiquillo y otros*.

¹⁸² Fruta aromática que parece una semilla, muy utilizada en la cocina y en medicina. (*N. de la T.*)

comentario todavía hace latir mi corazón con el orgullo fraternal que surgió en ese instante y me invadió como un destello, el carácter superior de esta apelación al pensamiento, frente a las rudimentarias importunaciones que solían producir mis explosiones infantiles de risa; y siento también con toda claridad la sensación de autosatisfacción en el sentido de que no sólo supe percibir, sino apreciar esta sutileza, como si hubiera adquirido un nuevo sentido, un sentido con el que medir las cosas intelectuales, el humor frente a la mera risita, por ejemplo.

18 de julio

¡Qué bien tiene que estar uno, para estar enfermo! Estas confidencias te revelan, querido Desconocido, tanta debilidad mental que no quisiera recrear aquí también mis desfallecimientos físicos en detalle, aunque soy incapaz de evitar un tono general de lamentación. Pero mi última postración ha sido más bien excesiva y cómica por su combinación, pues ha consistido en uno de mis habituales ataques de gota reumática en ese desperdiciado órgano conocido en la familia como “la barriguita de Alice”, en conjunción con una muela ulcerada y una fuerte tortícolis. Tomando una dosis muy pequeña de morfina, la primera en tres años, conseguí sosegar mis nervios y *experimentar* el dolor sin ninguna distracción, pues hay algo muy estimulante en esas estremecedoras sacudidas de dolor puro que parecen elevarte del presente y sus refinamientos (¡grandes Hombres, incapaces de resistir una extracción dental sin gas!) y te alían a generaciones ha tiempo ya desaparecidas, destrozadas y desgarradas por dolores de muelas que no podemos ni soñar siquiera. No sucumbí pidiendo que llamaran a mi Caballero de la Prímula, no teniendo fe en nada sino en esa *poción* de siempre, la Paciencia, con sus sencillos ingredientes de evitar las contracciones musculares y las exclamaciones vocales para no encontrarte en peor estado aún del que te encuentras.

28 de julio

Reposé en el prado hasta que su tersa serenidad me penetró hasta los huesos y me aunó con las vaquillas pacientes, el quieto verdor, las nubes viajeras y las aves raudas.

29 de julio

¡Me he llevado un gran disgusto! He estado contando los días uno tras otro hasta la vuelta del bendito Henry el 1 de agosto, cuando hete aquí que la ha aplazado hasta el 13. Él no tiene idea de que he estado muy enferma, o sea que no ha hecho mal. Me he dedicado a sentirme sentimental y nostálgica de él, y en general me gusta bastante adoptar una pose romántica cuando él no está; “de huérfana”, como solía decir el gen. Butler (¿era él?), una brizna de feminidad solitaria arrojada a la brisa del azar en tierra de extraños, etc.

Cuando un libro francés es malo, es en efecto malísimo, y nada puede ser más insulso que *Toute une Jeunesse* de Coppée,¹⁸³ la leche aguada resulta una bebida fuerte en comparación. Hay una crítica de *La Vie Littéraire* de Anatole France¹⁸⁴ en el *Speaker*, de tan increíble crudeza que es inconcebible que un periódico acreditado que desee alguna calidad intelectual pueda haberlo publicado. Dicho libro, el vol. II, está lleno de sutileza, belleza, gracia y humanidad, ¡ay! qué posibilidades de tosquedad hay en la fibra británica. El querido señor Boott vino una día antes de caer enferma, pasando la noche en un [tren].¹⁸⁵

13 de agosto

A medida que ellos van cayendo, ¡cómo nos enterramos nosotros, pedazo a pedazo, en la polvorienta carretera hasta el fin! Las facetas especiales de nuestro ser que se abrían a cada uno de

¹⁸³ François Coppée (1842-1908), escritor francés de novelas y cuentos.

¹⁸⁴ Anatole France (1844-1924), novelista, crítico y hombre de letras francés.

¹⁸⁵ Francis Boott (1813-1904), padre de Elizabeth Boott Duveneck y amigo de Henry James durante cuarenta años.

ellos nunca más recibirán el juego de los rayos que él irradiaba. Qué oscuras, entonces, las últimas etapas si no hemos hecho nuestra su irradiación individual e inextinguible, para reconfortar la memoria e iluminar la mente.

17 de agosto

Anatole France dice en algún sitio: “*Tout vaut mieux que de s’écouter vivre*”, lo cual es sin duda innegable, pero si el destino, Anatole, no te ofrece otra oportunidad comprenderás que si prestas un oído indulgente e imaginativo puedes hacer vibrar, incluso desde ese pequeño teclado chirriante, todas las notas de la melodía, de la comedia y de la tragedia.

18 de agosto

Se ha producido tal cambio en mí. Fluye en mi interior una fe congénita como un arroyo límpido, verdeando los lugares áridos, una irrigación espontánea cuya corriente serena nunca han interrumpido ni enturbiado las añagazas de la duda. Una fe que es mi respiración mental y moral que no precisa de revelación sino de experiencia y cuyo único ritual es la conducta cotidiana. A lo largo de mi infancia y juventud y hasta hace unos pocos años, la idea del fin como entrada en una existencia espiritual, donde las aspiraciones son satisfechas, era una inspiración perpetua y necesaria, pero ahora, aunque la no existencia es intelectualmente más inaprensible e inconcebible que nunca, todo anhelo de cumplimiento, toda pasión de logro, ha muerto dentro de mí y ya se resuelva el gran Misterio en Muerte eterna o en Vida gloriosa, contemplo ambas con igual serenidad. ¡Es que el largo e incesante esfuerzo y la tensión han agotado toda aspiración salvo la del Descanso! Y también que ha pasado el periodo formativo y una se adapta a toda limitación mediante la larga costumbre de rendirse.

LA RÊVE

Vous me demandez qui je vois en rêve?
Et gai, c'est vraiment la fille du roi;
Elle ne veut pas d'autre ami que moi.
Partons, joli coeur, la lune se lève.

Sa robe, qui traîne, est en satin blanc,
Son peigne est d'argent et de pierreries;
La lune se lève au ras des prairies.
Partons, joli coeur, je suis ton galant.

Un grand manteau d'or couvre ses épaules,
Et moi dont la veste est de vieux coutil!
Partons, joli coeur, pour le Bois-Gentil.
La lune se lève au-dessous des saules.

Comme un enfant joue avec un oiseau,
Elle tient ma vie entre ses mains blanches.
La lune se lève au milieu des branches.
Partons, joli coeur, et prends ton fuseau.

Dieu merci, la chose est assez prouvée,
Rien ne vaut l'amour pour être content.
Ma mie est si belle, et je l'aime tant!
Partons, joli coeur, la lune est levée.

GABRIEL VICAIRE¹⁸⁶

¹⁸⁶ Gabriel Vicaire (1848-1900), escritor francés de poesía ligera y satírica.

SOUTH KENSINGTON
1890-1891

HOTEL SOUTH KENSINGTON, LONDRES

12 de septiembre

¡No hubo remedio! Desfallecí el sábado 2 de agosto y le administré una descarga eléctrica a Harry que le hizo venir del Paradisino de Vallombrosa para enclaustrarse, sin un murmullo, con mis sórdidas indigestiones. Se vengó con Katharine, que recibió su telegrama el 6 de agosto, y para el 2 de septiembre me había arrancado de allí y transplantado a estas confortables habitaciones, con esperanza de una cocinera francesa, la única cura para la dispepsia y ya me siento mucho menos como una seta cubierta de moho. Parece haber una esperanza débil de que pueda apagarme, pero estoy segura de que el Monstruo *Recuperación*, que me tiene atrapada en sus garras inclementes, se erguirá para soportar muchos otros tirones. El doctor Baldwin¹⁸⁷ ha venido de Florencia y se aloja con Harry; yo no le vi pero H. y K. obtuvieron ambos esta consoladora respuesta a “¿Es posible que se muera?”: “A veces ocurre”. Esto es muy alentador para todas las partes, siendo el único inconveniente que probablemente ocurra mientras duermo y no formaré parte del público, ¡qué terrible fraude! A una criatura a la que se ha negado todo episodio dramático se le podría permitir, digo yo, asistir a su extinción. Sé que voy a desplomarme a la hora undécima, ¡y lo remataría todo tan bien el contemplar los

¹⁸⁷ W. W. Baldwin, amigo de Henry James, era un médico americano expatriado que tuvo una próspera consulta en Florencia durante muchos años.

harapos y trizas de la propia Vanidad en su insolente lucha con el Absoluto, mientras el telón baja sobre esta jocosos patraña llamada Vida!

13 de septiembre

K. le trajo unos boniatos a Blanche Leppington; ésta escribe: “Los ñames son raros pero buenos. Le dije al buen criado de nuestra casa que los probaran, él y su mujer. Creo que él expresó el sentimiento general. ‘Sí, le gustaron mucho, pero le parecía que no le gustaría depender de ellos, como uno depende de las patatas.’” Esto expresa a la perfección la actitud nacional hacia la “patata cocida”, que te agobia y persigue en cada esquina; cuando las hacen puré las califican de “muy sabrosas”.

Katharine llama a mis filípicas *Jacqueries*, yo creo que “Jim crackeries”¹⁸⁸ como dice Howells, es mejor. Dos amigas se dijeron, una a la otra: “De modo que la señorita Tennant ha atrapado un león”. “Más bien un tigre.” “No, Stanley es sin lugar a dudas el Rey de las bestias.”

El doctor Baldwin dice que en cuanto un italiano siente algún dolor no sólo gime, sino que toda la familia le rodea acompañándole a coro. Recientemente fue llamado a atender a un aguerrido coronel y encontró a un hombre fuerte y bien parecido tumbado en una cama toda emperifollada de seda rosa y colgaduras de encaje, llorando como una magdalena porque le dolía la garganta. El doctor B. se alojó en la residencia de Spencer Walpole¹⁸⁹ que gobierna, me parece, la Isla de Man; en la casa se encontraba un tal lord Bateman que era muy presuntuoso y quisquilloso y a pro-

¹⁸⁸ Juego de palabras cuyo sentido sólo se puede conjeturar. Podría ser que se hubiera traducido la primera parte de la palabra francesa *Jacque*, como si fuera nombre propio, por Jim (diminutivo de James, Jacques en francés), combinándola con *crackers*, cuyo significado sería aquí “locuras”, para crear una palabra homófona en inglés. (*N. de la T.*)

¹⁸⁹ Sir Spencer Walpole, K. C. B. (1839-1907), fue teniente gobernador de la Isla de Man desde 1882 a 1893.

pósito de algo que hizo, el doctor B. le dijo: “Lord Bateman,¹⁹⁰ me recuerda usted a lord No-sé-quién cuando estaba en Texas, al cual se acercó un hombre y le dijo: ‘Si se agacha usted un poco a los muchachos no les importará que sea usted un lord’”. Esto produjo regocijo en el círculo gubernatorio y un reparto de puros por parte de lord B. Clarence King¹⁹¹ le dijo a Harry que un hombre de Wisconsin, donde, al parecer, es difícil mantener verde el césped, llevó a un amigo a visitar la tumba de su hijo. “Mantiene usted un verde precioso”, dijo el amigo. “Sí, le prometí a mi hijo en su lecho de muerte mantener su tumba verde y maldita sea si no lo hago, aun si tengo que *pintarla*.” Veán ustedes lo que es una auténtica alternativa, la cual, como dijo Mary Parkman, siempre existió en la mente del yanqui.

15 de septiembre

El otro día me sacaron una muela, algo curioso e interesante como una vida pequeña; primero, el tirón prolongado, después el giro de la mano y el chasquido del fin. El dentista me cogió la cara entre sus manos y exclamó, “¡Bravo, señorita James!” y Katharine y mi enfermera, con rodillas temblonas y mejillas pálidas, no hacían más que hablar de mi “heroísmo” mientras yo, serenamente envuelta en esa parálisis de la percepción que acompaña todas las sensaciones y experiencias simples y rudimentarias comunes al hombre, ya sea desgarrar la carne o los afectos, me reía sin cesar de ellas. A no ser que te partas en dos en mitad del asunto, nunca he podido comprender dónde entra el “heroísmo”. Harry ha tenido un accidente de lo más excéntrico en Florencia. La noche que llegó le sobrevino un dolor muy severo en la garganta; como había sufrido un fuerte dolor de muelas supuso que guardaba

¹⁹⁰ William Bareman Bateman Hanburym, segundo barón Bateman (1826-1901), fue Lord-Teniente de Hereford de 1852 a 1901.

¹⁹¹ Clarence King (1842-1901), célebre geólogo y primer director del Catastro Geológico de Estados Unidos. Íntimo amigo de John Hay y Henry Adams, King era un brillante tertuliano y hombre de ingenio.

relación con éste. El día siguiente lo pasó en el dentista, y por la tarde se marchó del hotel para alojarse con el doctor Baldwin, aumentando cada vez más su dolor de garganta de tal modo que de inmediato le dijo al doctor, “Tiene que mirarme la garganta”. “¡Vaya, tiene algo clavado y es verde!” El doctor tiró y tiró y sacó una larga hebra de judía verde que se le había enrollado en la raíz de la lengua, la cual empezaba ya a ulcerarse. Y el dentista mirándole la boca toda la mañana sin haber visto objeto verde alguno.

La expresión emocional es infinitamente rica y variada en su forma; la luz de la luna induce a un carnicero americano a decirle a su mujer: “La noche es tan bonita que no puedo quedarme en cama ni un minuto más, tengo que salir y sacrificar algún animal”.

18 de septiembre

La señora Cuyler, que vive en Morristown, New Jersey, estaba en los Lagos contemplando una vista exquisita y se volvió por casualidad hacia un americano diciéndole: “¡Qué lugar tan hermoso!”. “Sí, a mí también me lo parecería si no fuera yo del lugar más bonito del mundo.” “¿Y qué lugar es ése?” “Morristown, New Jersey.” Esto me recuerda al británico que le dijo a Harry estando en Europa que extrañaba Londres por estar éste tan brillantemente iluminado de noche, comparado con todas las demás ciudades. Pregunté a H. qué protesta había hecho. “¡Silencio total!”

En el *Paris Illustré* hay un anuncio del matrimonio de Bourget,¹⁹² en el que se dice que los rumores de que la damita es rica no son ciertos, que su única dote es su belleza y juventud y que cualquiera que conozca el “noble corazón” del gran analista sabe que es capaz de casarse por amor. No me cabe la menor duda de que cualquier francés es capaz de creerse “noble” por hacer eso. En algún sitio he leído que un francés rezaba todos los días

¹⁹² Bourget se casó con Minnie David el 21 de agosto de 1890, y ella se hizo también amiga de Henry James.

para ser librado del dolor físico porque era totalmente incapaz de aguantarlo, mientras que el dolor moral se lo quitaba de encima con un chasquido de los dedos. Me pregunto si saben lo que es el sufrimiento moral. En las cartas y memorias que lees parece como si aullaran sólo por la traición del destino, de sus amigos más queridos o por naderías de este estilo.

24 de septiembre¹⁹³

Esto es lo que H. llama el “Canto del cisne”. Es imaginable mi diversión cuando Mary Cross me envió el extracto del *Daily News*, ¡una *Reputación europea* a las primeras de cambio! ¡Qué suerte tienen los niños varones de que sea yo físicamente tan débil!

Al Director de *The Nation*:

Señor, —Llevo varios años viviendo en la Inglaterra provincial. Aunque estoy lejos de mi país, de vez en cuando alguna explosión transatlántica, pura e intacta, eleva al rojo vivo el fervor de mi patriotismo.

Esta mañana, de modo muy apropiado para el día, una señora de una de nuestras ciudades del Este solicitó a mi casera el que le alquilara habitaciones. Mientras le informaba de que no disponía de habitaciones de alquiler, mi casera le dijo que había una inválida en la casa; oyendo lo cual la señora exclamó: “En ese

¹⁹³ Pegado al final de la página con esta fecha aparece el siguiente recorte:

CARIDAD ECLESIASTICA

Señor, las colectas de las iglesias de Bournemouth del domingo pasado presentan los siguientes resultados:

Gastos de la iglesia y fondos para construcción	106 12 1
Los pobres	2 7 6
Educación	0 3 0

¡Estas cifras son una monstruosidad! Suyo afectísimo,

H. Ashworth Taylor

24, Hereford square, 14 de marzo.

caso quizá sea mejor que no pueda usted alojarnos, porque a mi pequeña, que tiene trece años, le gusta tener mucha libertad y *chillar* por la casa”.

Cordialmente suya,

INVÁLIDA

Inglaterra, 4 de julio de 1890.

Una dama americana inválida, que vive desde hace algunos años “en la Inglaterra provincial”, ha escrito a un periódico de Nueva York para contar que de vez en cuando “alguna explosión transatlántica, pura e intacta, eleva al rojo vivo el fervor de su patriotismo”. En la última ocasión, adoptó la forma de una “señora de una de nuestras ciudades del Este”, que solicitó habitaciones a la casera de la dama. Mientras informaba a la visitante de que en aquel momento no disponía de apartamentos en alquiler, la patrona comentó de pasada que tenía una huésped inválida. “En ese caso”, respondió al punto la “señora de la ciudad del Este”, “quizá sea mejor que no pueda usted alojarnos, porque a mi pequeña, que tiene trece años, le gusta tener mucha libertad y *chillar* por la casa”.¹⁹⁴

La señorita Clarke me contó esta historia en un momento de desesperación por lo cual busqué un remedio desesperado. Cambiando impresiones con H. descubro que de haber procreado yo *La musa trágica* no podría haber experimentado mayor cantidad de *procesos autoriales*. Como ocurre con frecuencia con las obras geniales, tuve que omitir puntos esenciales, por temor a prolongar demasiado y al veto editorial, por jemplo: que la forma pasiva en que la señorita C. relataba la historia ilustraba muy bien la ausencia de reacción de los británicos frente a los azares de la vida, formando un instructivo contraste con el de la agresiva criatura de allende los mares y la incapacidad de la madre americana para

¹⁹⁴ *Daily News*, 29 de julio de 1890.

imaginar una supresión momentánea de los chillidos en beneficio de una Inválida; pero acaso Shakespeare consideraba a Otelo corriente. Nos sorprendió mucho al llegar a este lugar tan caro encontrar no sólo muchos sino también vociferantes niños corriendo por los pasillos, gritando como si estuvieran en Saratoga; la explicación es que son *australianos*; el efecto atmosférico de una nueva tierra. El medio lo es todo.

Otra buena historia contada en “London Street Arabs” es la de un pequeño de seis años el cual afirmaba que le encantaba el día de Navidad porque la noche de Nochebuena colgaba sus calcetines y a la mañana siguiente encontraba un regalo en su interior. “¿Qué encontraste las Navidades pasadas?”, fue la pregunta de la señora Stanley. “Medio penique”, respondió, sonriendo con deleite al recordarlo; pero añadió francamente: “Lo metí yo mismo la noche anterior”.

Qué bendición que nuestros medios peniques no se acaben nunca, y podamos seguir regalándonos con ellos complacientemente hasta el final. Es tan divertido observar el modo de tratarme de Katharine y hasta de la pequeña enfermera; y el sentimiento de aquiescencia y la sensación de su inteligencia y [mi] deseo de hacerles el juego y colaborar en él, es muy curioso y entretenido.

Cuando haya muerto, bien amado,
No cantes por mí tristes canciones.
No plantes rosas donde yo descanso
Ni haya junto a mí un ciprés umbrío.
Que la hierba verde sobre mi cabeza
Se humedezca con la lluvia y el rocío;
Y si tú quieres, recuerda,
Y si tú quieres, olvida.

CHRISTINA ROSSETTI

El jueves se llevó a cabo una investigación judicial en Hull, en relación a la muerte de la señorita Amy Cullen, de treinta y tres años. La señorita Cullen, que residía sola, fue encontrada muerta en su cama el miércoles por la mañana, habiéndose envenenado con “matarratas”. Al parecer, la fallecida había estado comprometida con oficinista llamado John Aston. El señor Aston declaró que conocía a la fallecida desde hacía muchos años. Estaba prometido en matrimonio con ella, y el compromiso había tenido lugar en las últimas dos semanas. El lunes por la noche le había pedido por carta que rompieran el compromiso. El martes por la mañana recibió una carta de ella. Tenía fecha del 19 de agosto y era como sigue:

QUERIDO JACK: Has hecho bien en decirme la verdad a tiempo, en lugar de dejar que me enterara cuando era ya demasiado tarde. Creo poder darte un motivo. No podías casarte con una mujer amando a otra; pero ninguna mujer puede quererte como yo te he querido. Quizá no comprendas hasta qué punto te amo. No puedes darte cuenta de la profundidad e intensidad de ese amor del que tan alegremente te has desprendido como algo que no merece conservarse. El orgullo me impediría decirte estas cosas si no me hubiera decidido a dejar la vida; pero lo que no podría decir viviendo puedo decirlo muriendo, porque, ay, amor mío, no puedo vivir sin ti. Después de haber atisbado el cielo que tú me has mostrado no tengo valor para enfrentarme a la vida con la perspectiva de no volver a verte. Para cuando recibas esto ya no viviré; pero no te lo reproches, querido. Ha tenido que ser, y no podías haber actuado más que como lo has hecho. Adios, Jack. Si hay un Dios, que él te bendiga y te ampare, mi amor, y te dé felicidad.

AMY

Me gustaría creer que vas a quedarte con mi piano. Le he dicho a Willie que quería que fuera para ti, pero acaso te repela y lo detestes porque me pertenecía.

El jurado dio su veredicto en el sentido de que la muerte se debió a envenenamiento, autoadministrado por la fallecida mientras se encontraba bajo el efecto de una depresión mental causada por la manera brusca en que se había roto el compromiso entre la fallecida y el señor Aston.

¡Qué hermosa sinceridad y dignidad! Qué felicidad e inteligencia morir con la ilusión de su pena y no enterarse jamás de que “Jack” es un producto de su imaginación, nacido simplemente de las ricas y generosas posibilidades de ella.

26 de septiembre

Katharine tuvo un momento delicioso anoche como espectadora de lo siguiente: la pequeña enfermera volvió de haber tomado el té con su tía; “Bueno, ya estás de vuelta, ¿lo has pasado bien?” “Sí, señorita, muy bien, y mi primo Tom me ha acompañado a casa y hemos hablado de muchas cosas y me ha preguntado lo que pensaba sobre el efecto de las relaciones sociales en la situación de ahora.” “Se refería, supongo, a si mejoraban la Raza.” “Sí, eso era precisamente y usted sabe que yo no sé nada de eso.” “Ay, enfermera, ¡qué crueldad, cuando durante los últimos cinco años no he hecho más que hablarte sobre el lamentable estado de la raza! “Pero, señorita, usted no dijo nada de la relación social.” “Pero sí te he hablado de la influencia corruptora que tienen Balfour y los curas sobre los hombres.” “Ah, si él hubiera dicho política entonces lo habría entendido.” Semejante revelación de mi nulidad en presencia de la burlona K. fue una auténtica humillación.

27 de septiembre

¡Ay, pobre, pobre de mí! No sólo he dejado de adelgazar sino que he adquirido grasa burda, toda esperanza de paz y sosiego se desvanece, nada queda más que un ascenso pequeño, temible y lento para poder precipitarme otra vez hacia abajo. Y encima estos médicos te dicen que vas a morirte o a *recuperarte*. Pero *no*

hay recuperación. He sufrido estas alteraciones desde que tenía diecinueve años y ni me he muerto ni me he recuperado; dado que tengo cuarenta y dos años, ha habido sin duda tiempo suficiente para una cosa o la otra. Supongo que se tiene más sentimiento de degradación intelectual después de una entrevista con un médico que con ninguna otra experiencia humana. Hay una descripción de una boda en el *Standard*, de unos neoyorquinos; se mencionan tres regalos, un servicio de mesa de oro regalo de un tío, un servicio de postre de oro, de un hermano y “un libro de lady Alguien Thynne”; ¡qué pobre resulta todo! ¿Cabe imaginar algo más vulgar que el *oro*? En lugar de ramo, la novia llevaba un misal de plata en la mano, le dije a H. con repugnancia, a lo cual contestó: “¡Está claro que una señora que come en oro tiene que poder rezar en plata!”. Kath. me mostró con gran satisfacción su sello con una espina por emblema. Le pregunté si no había pensado en un posible reflejo impío. Esto introdujo una luz nueva, para diversión de Kath., y dijo que lo había elegido su abuela; “proféticamente” susurré yo. Es curioso cómo los más elásticos aceptan sin cuestionarlo lo que les ocurrió antes de que apareciera el momento reaccionario.

4 de octubre

Un hombre se ha suicidado en la catedral de San Pablo lo cual admito que es imperdonablemente torpe por su parte pero ha causado delicioso jaleo y aturdimiento entre los solideos. Temen éstos que la catedral tenga que ser otra vez consagrada, pero quizá puedan, con sus muy desarrollados músculos de evasión, lavar la mancha de sangre mediante un “Acto de Reconciliación”. No me acostumbro a la palabra “celebración” como función religiosa; está tan inevitablemente confundida en la conciencia americana con las reverberaciones del Glorioso Cuatro.¹⁹⁵ Los australianos

¹⁹⁵ Una vez más, se refiere al 4 de julio, día en que se celebra la independencia de Estados Unidos. (*N. de la T.*)

beben también agua con hielo en el desayuno y el marido deja que sea su mujer la primera en entrar en la habitación y en sentarse antes a la mesa como hacen los americanos. Desde que me he enterado de estas semejanzas los gritos de los niños me resultan mucho menos terribles. ¡Imagínese mi regocijo en Leamington cuando descubrí que mi enfermerita había sacado de la biblioteca un libro de historia de los primeros cristianos para enfrentarme al momento en que el tierno vástago de Roma se había separado de su padre anglicano! El punto exacto parecía eludirla de modo que resolvió al ponerme yo más enferma abandonar mi conversión entonces, pero ayer su primo Tom le prestó el *San Pablo* de Renan¹⁹⁶ con la esperanza de encontrar en él, por un acaso, el episodio histórico. Es sin duda muy buena en su fidelidad a sus amigos cuyo número es incontable y abarca a todas las clases, pero se enternece mucho más con los Porter, la familia de un deshollinador de Hampstead, que con la doncella de la condesa de Buckinghamshire cuya amistad renovó el otro día. Conoció a los deshollinadores en el 85 cuando estuvimos en Toynbee Hall Barnet Cottage durante julio y agosto. El domingo se fue a verlos y dice que les ha ido muy bien y tienen muchas mejoras, y ambiciones lingüísticas y gramaticales para ellos y de “pianos larqueados” para el pequeño Willy, todo esto en medio de la gripe y sus devastadoras consecuencias en forma de fiebres reumáticas, etc. ¿A que es conmovedor? ¡Es que no beben, sabe! Los Bachelor, cuyos ingresos son de 3 chelines y 6 peniques semanales, una pensión que recibe él de la banda militar en la que tocó la “coroneta” durante 25 años, y que abandonó debido a las cataratas que tiene en ambos ojos, le regalaron a la enfermera tres pañuelos que costaban tres peniques cada uno y la señora Charlton, nuestra superexcelente asistenta, solía traer coliflor y calabacín de vez en cuando de su huerta en los terrenos comunes. Ninguna de las dos parece sentir la angustia de la pobreza en el penoso grado que la

¹⁹⁶ *La vie de Saint Paul*, de Renan, se publicó en 1869.

duquesa de Westminster¹⁹⁷ que según una carta que he leído en algún sitio tuvo que infligirse la siguiente humillación; escribe al comité de alguna asociación para el fomento de la Enseñanza del Arte, creo que para jovencitas, que cuando había prometido suscribirse con 20 libras durante cinco años, no había comprendido cuán irritante llegaría a ser esto y que en consecuencia tenía que retractarse; ¡semejantes ignominias deben de ser un alto precio a pagar por ser duquesa! Harry contó un incidente tan emocionante de sus últimos viajes. Después de la representación teatral de la Pasión se quedaron una semana en Garmisch, un valle tirolés precioso, donde la dulce y soleada Naturaleza estaba complementada por campesino[s] bondadosos y sonrientes compitiendo entre sí para seducir con su simpática acogida a la bárbara invasora, la señora.¹⁹⁸

10 de octubre

Truth señala la fortuita conjunción del archidíacono Farrar¹⁹⁹ con emolumentos de 2.000 libras anuales, diciendo en el Congreso eclesiástico ¡que la Iglesia carecería de contacto con la masas hasta que se fundara una Hermandad Mendicante! Hace unos años el obispo de Exeter, creo, se justificó por haber confirmado a unos cuantos deficientes contando que uno de ellos, “Billy el tonto”, en su lecho de muerte había dado expresión al siguiente glorioso pensamiento: “Billy el tonto di qué ves, tres en uno y uno en tres”.

¹⁹⁷ El duque de Westminster, Hugh-Lupus Grosvenor (1825-1899), se había casado al enviudar con Catherine Cavendish, hija del segundo barón Chesham en 1882. Éste tenía unos 30.000 acres de tierra en Chesire y Flintshire y 600 acres en Londres, y era propietario también de la Galería de Grosvenor House y de muchos caballos de carreras.

¹⁹⁸ Henry James había viajado para ver este drama de la Pasión con unos amigos americanos, la familia de Daniel Curtis, a los que había visitado en el Palazzo Barbaro de Venecia.

¹⁹⁹ El Muy Reverendo Frederic William Farrar (1831-1903) había sido nombrado archidíacono de Westminster en 1833.

Hace ya bastantes años que William ha leído la Biblia a sus hijos y ¡se la ha explicado! de paso. El otro día el pequeño Billy exclamó: “Pero papá, ¿ese *Jehová* quién es?”. Debió ser un golpe terrible después de tres años de suponer satisfechamente que lo habían comprendido. Hace unos años, cuando Harry tenía cinco años o así, Wm. se empeñó en explicarle la naturaleza de Dios y al decirle que estaba en todas partes el niño preguntó si era la silla o la mesa. “No, no. Dios no es un objeto. Es espíritu, está en todo alrededor, impregna todo.” “Ah, entonces es una mofeta.” ¡Cómo podía la palabra “impregnar” sugerir algo distinto que eso a un niño americano! Su Excelencia yanqui de Marlboro,²⁰⁰ quien al parecer no es muy apreciada en Londres, sin duda un signo de Excelencia, enriquece sus referencias a sí misma en sus anécdotas añadiéndoles un “su Excelencia”. Estaba contando una visita que había hecho a algún Rothschild y que éste le había regalado todo objeto que ella había admirado. Su capacidad receptiva se había agotado al fin ante alguna cosa y se marchó diciendo: “¡Oh, no, eso *no!*”. Pero al llegar a su casa un criado se presentó ante ella con un paquete diciendo: “Aquí hay un paquete para Su Excelencia, que el ayuda de cámara de Su Excelencia me ha entregado para que se lo diera a Su Excelencia”.

Qué apasionadamente interesante es el extraordinario ingenio de la Providencia al utilizar los instrumentos más nimios para los “empujones” más grandes. Si los irreconciliables lo supieran les resultaría más claro y más entretenido esperar serenamente el momento inevitable en que la apagada supervivencia baila alegremente hacia su propia destrucción y por algún grotesco acto inevitable de locura se despoja incluso de la inteligencia animal. En el último decenio pensemos en la erosión de la tradición monárquica a causa del príncipe de Gales y sus “banqueros semi-

²⁰⁰ La duquesa de Marlborough era americana, de soltera Lilian Warren, hija de Cicero Price, comandante en la Marina de Estados Unidos, y de la viuda de Louis Hammersley de Nueva York. Fue la segunda mujer de Georges Charles, octavo duque de Marlborough, con quien se casó el 29 de junio de 1888.

tas y aventureras americanas”, en los orleanistas con su Boulanger, que no es ni siquiera un fatuo, y en el colosal Guillermo y sus retratos de cuerpo entero. Cómo llena de asombro ver gente con edad suficiente para haber acumulado experiencia que no sospecha siquiera al parecer que de todas las artes el arte de vivir es el más exquisito y gratificante y que no se alcanza su perfección revolcándose en las contrariedades, con incesantes lamentaciones sobre la maquinaria de la vida y las especiales tareas que les han tocado en suerte. Un paralítico en su silla puede tener, si las quiere, experiencias más amplias que Stanley exterminando nativos, la cabaña de dos habitaciones puede alojar una armonía doméstica infinitamente más rica y más dulce que un palacio; y el pacífico hilador de algodones ganar victorias junto a las cuales las del general resplandeciente son sólo polvo y cenizas; no malgastemos pues el fuego sacro y desgastemos tejidos en la vulgar búsqueda de lo que otros tengan o no tengan; admitir la derrota no es el camino para conquistar y de todo fracaso sobreviven experiencias imperecederas.

12 de octubre

Sin duda, la situación de esta pobre señora es patética. Katharine conoció en Hyères a una dama inglesa que se había casado con un oficial de caballería español o francés. Éste murió dejándole una hija. Posteriormente la señora se casó con un coadjutor, de nombre Hobson o Hodgson de quien tuvo nueve hijos. Un día K. estaba de visita en su casa y la hija mayor que era una señorita fantasiosa se levantó súbitamente y cogió dos fotos que había sobre la mesa y mostróselas diciendo: “Mire ésta, y después ésa, e imagine cómo Mamá después de haber sido esposa de uno puede haberse casado con el otro”.

Y, en efecto, ahí estaba el fiero mostacho del apuesto difunto, y la palidez plúmbea de Hobson en melancólico contraste. En el otro extremo de la habitación estaba la hermana de la dama, mujer de un diputado parlamentario que le reprochaba el exceso

de los frutos de su amor con Hobson: “¡Qué podemos decirles las gentes del East End si vosotros los del linaje clerical os empeñáis en tener semejantes familias!”. Entre estas dos descargas por arriba y por abajo la pobre señora permanecía sin protestar ni decir palabra.

Respuesta en un examen de Cambridge: “Se sabe muy poco sobre los primeros años de la vida de Cristo. Lo poco que se sabe lo sabemos por el archidiacono Farrar”.

20 de octubre

El señor Boott dijo el verano pasado que no se acostumbraba nunca a la inmutable anglicidad de todo. El día después de llegar siempre conseguía volver a sorprenderle; “como si se hubiera despertado en *Parent’s Assistant*”.¹⁹³ William, que escribe después de una tormenta de nieve, dice: “La luz aúlla en el exterior”. Howells dice de Nueva York: “Es una barahúnda para la mirada”. Una curiosa conjunción de libros, pues Kath. me está leyendo *Don Quijote*; la enfermera *David Copperfield*; y yo me leo a mí misma *Fort Comme La Mort* de Maupassant; entre estos dos fortachones, *David Copperfield* resulta bastante frágil, siendo Micawber su única sustancia. La historia de Maupassant “El cobarde”, un hombre que se pega un tiro porque está seguro de que no va a tener la actitud correcta en un duelo al que ha de enfrentarse al día siguiente, es sumamente admirable ¡cómo nos domina la simple parafernalia! Las recompensas perseguidas y el hombre que triunfa nos llenan de gozo por no haber tenido nunca nosotros ni un atisbo de posibilidad en la carrera.

25 de octubre

K. dice que este hotel es un escándalo; al dar la vuelta en la

²⁰¹ *Parent’s Assistant* (1796) es una colección de cuentos morales para niños escritos por la escritora inglesa Maria Edgeworth (Oxfordshire, 1767-1849). (N. de la T.)

escalera, no hace más que encontrarse a un camarero y una camarera que abandonan, al oír su paso, sus descansos osculatorios. ¡Qué distinta es su vida de la nuestra! Ciertamente nosotros no trabajamos como ellos, pero ¿logramos alguna vez el Ideal como seguramente hacen ellos con ese beso subrepticio?

K. fue el otro día a una casa antigua muy bonita en Mortlake, llamada Temple Grove. Durante muchos años ha sido una escuela privada para preparar criaturas para Eton y similares, y la construyó en origen sir William Temple. K. describió todos los lujos y la belleza con que se rodea a estos pequeños mimados y la enfermera, unos días después, fue al hospital de Wandsworth donde trabaja una amiga suya y se trajo de allí el siguiente *adorno*: una niñita de doce años muriéndose de tuberculosis tan delgada y consumida que parecía tener sólo cinco o seis. Su madre está en un manicomio a causa de la bebida y su padre había muerto la semana anterior en una borrachera, y la niña yacía intentado sonreír ante unas pastas que le acababan de dar; un niño encorvado muriéndose de cáncer, ¡y así sucesivamente! La enfermera fue al funeral de la vieja señora Bond en Leamington; la familia, hija y nietos se colocaron en torno a la tumba y, después de mucho esperar, llegó un párroco, se sacó un libro del bolsillo, leyó el servicio, se dio media vuelta y se fue. No sólo no habló con la familia, sino que ni siquiera les dirigió la mirada.

26 de octubre

William utiliza una expresión excelente cuando dice en su ensayo sobre “El yo oculto”²⁰² que quien padece una enfermedad nerviosa “abandona” ciertas porciones de conciencia. Quizá sea la palabra que utilizan comúnmente los de su oficio. Pero en cual-

²⁰² El ensayo de William James, “The Hidden Self”, se había publicado en *Scribner’s* en marzo de 1890. A lo que hace referencia Alice es al análisis que hizo su hermano sobre las “contracciones del campo de la conciencia” formuladas por Binet para la persona histórica.

quier caso es la más apropiada, aunque yo desgraciadamente no he podido nunca abandonar mi conciencia ni descansar cinco minutos. He pasado por una infinita sucesión de abandonos conscientes y al mirar hacia atrás veo que empezó ya en mi infancia, aunque no fui consciente de su necesidad hasta el año 67 o 68 cuando enfermé por primera vez, de gravedad, y tuve violentos ataques de histeria. Cuando yacía postrada después de la tormenta con la mente luminosa y activa y susceptible de impresiones sumamente claras y fuertes, veía con total nitidez que era una lucha sencillamente entre mi cuerpo y mi voluntad, una batalla en que el primero triunfaría hasta el fin. Debido a alguna debilidad física, un exceso de sensibilidad nerviosa, la capacidad moral *se detiene*, como por un momento, y se niega a mantener su cordura muscular, agotada por el esfuerzo de sus funciones de vigilancia. Cuando me sentaba inmóvil leyendo en la biblioteca y repentinamente invadían mis músculos oleadas de violentas inclinaciones que adoptaban alguna de su miríada de formas como arrojarme por la ventana, o romperle la cabeza al benigno páter con sus guedejas plateadas, sentado a su mesa escribiendo, me parecía que la única diferencia entre yo y un loco era que yo no sólo sufría todos los horrores y sufrimientos de la locura sino que también se me imponían las obligaciones del doctor, la enfermera y la camisa de fuerza. Imagínesse el no estar nunca sin el sentimiento de que si te distraes un instante tu mecanismo se va a hacer un revoltijo y que en algún momento dado tendrás que abandonarlo todo, dejar que se rompan las compuertas y arrasen las aguas, reconociéndote abyectamente impotente ante leyes inmutables. Cuando la especialidad moral y natural de uno es un temperamento que prohíbe el abandono de un solo centímetro o la relajación de un solo músculo, es una lucha incesante. Cuando una mañana en la escuela sentí la inclinación de *estudiar* la lección para variar en lugar de rehuirla o salir del paso me sobrevinieron las sensaciones más imposibles de perturbación y violenta revolución en la cabeza de tal modo que tuve que “abandonar” mi

cerebro, por así decirlo. Y así ha sido siempre, cualquier cosa que prende por sí sola es libre de hacerlo, pero la actividad cerebral consciente y continua es un ejercicio imposible y detrás de los ojos siento la cabeza como si tuviera una selva tupida en la que no ha penetrado jamás un rayo de luz. Y así con lo demás, abandonas la boca del estómago, las palmas de las manos, las plantas de los pies, y te niegas a mantenerlos sanos cuando descubres a tu vez que una impresión moral tras otra produce desesperación en uno, terror en las otras, ansiedad en las terceras y así sucesivamente hasta que sientes que la vida deviene en una larga huida de sugerencias remotas y en una complicada evasión de las múltiples trampas puestas para perderte.

7 de noviembre

Tengo que “abandonar” mi parte retórica y olvidar la elocuente perorata, con la que tenía intención de embellecer lo anterior, sobre la ignorante estulticia de la profesión médica en su tratamiento de las afecciones nerviosas. También se ha rendido mi parte colérica y hubo de ser abandonada. Íbamos a montar la tienda con vistas a estacionarnos en Tunbridge Wells pero me he quedado para el arrastre, por lo que permanecer aquí sin nada que hacer parece la única salida al caos. Tenemos muy buenas habitaciones y mi alcoba es la única habitación que he tenido [en] Inglaterra donde el viento no me ha removido y susurrado. Estamos cerca del excelente Henry cuyo espíritu preocupado y afec[tuoso] se gratifica manteniéndose diariamente atento a la flor marchita, porque nuestras esperanzas han vuelto a florecer, habiendo casi desaparecido los pliegues de carne que empezaban a envolver los huesos. Cuando la disolución avance, van a llevarme al piso de H. porque es poco estético morir en un hotel, aunque K. dice que lo resuelven todo con perfecta discreción, transportando al *residuo* por la escalera trasera mientras los clientes comen o cenan de modo que a menos que tus amigos o asistentes estén afligidos por un dolor reverberante tu vecino no

sospecha siquiera que se haya librado una pequeña batalla en la puerta de al lado. Aquí tienen costumbres extrañas, como la de cerrar todas las ventanas y puertas en cuanto muere una persona. La enfermera dice que los cadáveres se ponen negros si son expuestos al aire. Supongo que es un efecto climático. Al parecer los entierran al cabo de cuatro o cinco días y aparentemente el hielo se usa muy poco, y me deja muy perpleja cómo se las arreglan porque la casa inglesa de clase media tiene un mínimo de dormitorios y un máximo de progenie y es un oscuro problema qué hacen con ellos durante estos prolongados y dolorosos períodos.

A tener líquido en la rodilla le llaman fluido en la articulación, lo cual, por alguna razón, me hace sonreír.

La edad madura trae consigo gran interés a medida que vemos desarrollarse gradualmente los destinos de nuestros amigos y ellos adquieren la impronta que tendrán hasta el fin, y me entretiene bastante imaginar qué puede llegar a representar el amigo N°. 1. Una vida elevada por encima de todo cuidado o tentación material a la que le fueran desconocidos todos los impulsos rudimentarios, una simple colección de emociones fantásticas e *improductivas* envueltas en papel de seda. Las paredes, desgarradas igualmente por placer y por dolor, animadas por una fe y un anhelo incesante de *acción*, implacablemente denegada, cerradas todas las válvulas de escape para la “afanosa ineficacia de las mujeres”. Al levantar la mirada y ver a mi media naranja Katharine quitando con eficiencia unas marcas de suciedad del papel de la pared con un poco de caucho se alegra mi ánimo con la esperanza de que la naturaleza infatigable y variada de sus contracciones musculares pueda dar algún brillo a su humillado apéndice.

8 de noviembre

Desarrollar el sentido decorativo en las chabolas tiene sus inconvenientes. Una tía de la enfermera está en el servicio de una “marquesa”, cuya ropa blanca tiene un tono no es como debiera. Le dijo que tendría que hervir las prendas, “por favor señora, por-

que cuando restriego arranco las *chinchas*". Dichos objetos estaban adornados por todas partes con hilachas de *encaje*, que puede adquirirse a un penique la yarda. Hace mucho tiempo que no me impresionaba nada pero confieso que nunca creí sentirme tan impotente como después de esto[:] una amiga preguntó a Katharine si yo leía mucho y K. le dijo que cuando me encontraba lo bastante bien para ello. "Ah, ya, supongo que la señora Sidgwick le da listas de libros." Mira que ser clasificada entre esas criaturas amorfas para quienes un libro es simplemente un libro, decidiendo sus lecturas por propinuidad, o por el recuerdo de un título. Tan detestable para toda la humanidad, querido británico, resulta tu generalizada pose "virtuosa" de sentirte superior al hombre medio por tu "amor fraterno", tu "proceso civilizador" y todo lo demás, que hasta que hagas las cosas en nombre del Demonio, de Stanley o de quien sea el Bruto que sirve de inspiración en el momento, no puedes quejarte de las manifestaciones de alegría desbocada por parte de otras naciones cuando desenmascaran tu supremo genio para contar Patrañas. ¡La retribución llega ligera! Se ha pinchado el globo de la Expedición de Salvamento de Emín Bajá. ¡Qué hedor en la nariz! ¡Qué diminutos resultados de todo ello salvo la reducción de 800 porteadores zanzibares a 240!²⁰³

9 de noviembre

La pequeña enfermera me tiene calada casi siempre. El otro día me dijo: "Ha tenido un día muy malo hoy, señorita", ante lo cual no tuve más remedio que hacer una floritura y decir: "Oh, no, la verdad es que no ha sido malo. Es sencillamente el destino y *como tal* destino nada es malo". Ella no dijo nada, siendo exper-

²⁰³ Emín Bajá era Eduard Schnitzer (1840-1892), médico, viajero, administrador y naturalista alemán. Después de servir en Turquía y Albania fue elevado al rango de pachá por los turcos. Más adelante llegó a ser gobernador de una provincia egipcia de Sudán; y mientras llevaba a cabo una expedición colonial en nombre de Alemania fue amenazado por una sublevación de mahdistas de la que le rescató Stanley, el explorador inglés.

ta en silencios cáusticos. Poco después los niños australianos estallaron en su acostumbrado vocerío y dije: “¡Qué vida más espantosa debe tener esa pobre niñera con semejantes niños!” “Sí, debe ser bastante mala, pero, ya sabe, es su destino, señorita.” Ese anterior *como tal* me recuerda otro que K. oyó decir a unos sanadores de mentes, Charles y Susan Bowles, que van dando conferencias. Fue a escucharles y descubrió que lo que dijeron es mucho más coherente que nada de lo que había oído decir a los de nuestro país. Me pareció que podía ser “entretenido” ver y oír todo el proceso y, así, “Susan” fue invitada a aplicarme su tratamiento. Me pidió que cerrara los ojos y dijera para mí, “soy una criatura de Dios y *por ello* pura, perfecta y sin mácula”. Como es natural, mi mente empezó a saltar por el horizonte y de vez en cuando ella me convocaba otra vez diciendo: “Ahora, descanse su mente de ese pensamiento”, “Ahora, regrese con su mente a ese pensamiento”. Cuando hubo terminado dijo que estaba excesivamente atrincherada a causa de mis “amigos intelectuales”, que yo era demasiado intelectual, etc., lo cual se me antojó un ardid delicioso. Noblemente, Susan rehusó remuneración, porque era un auténtico placer, dijo, conocer “un espíritu de Nueva Inglaterra”, y esas cosas. Creo que es sincera, pero qué revelación de penuria mental en la raza que sea ésa la clase de cosa que impresiona a las masas. K. oyó al hombre Haweis diciendo en una de las conferencias: “Hemos intentado continuamente elevar al hombre, pero vosotros le habéis golpeado, porque estáis *rebajando el espíritu*”. No sabía cuánta verdad decía.

Harry vino el otro día muy asqueado por una conversación que había estado escuchando y que, según dijo, le había dado una impresión más fuerte de la desmoralización de la sociedad inglesa que ninguna otra cosa que hubiera oído. Había ido a visitar a una dama a la que conoce muy bien y que está muy bien relacionada; había allí dos caballeros, uno joven, el otro mayor; uno de ellos preguntó por un hijo al que acababan de suspender en un examen para entrar en una de las armas, cuando la señora dijo que

acababan de ofrecerle un puesto y le gustaría saber su opinión sobre el mismo. Pulitzer,²⁰⁴ ex director del *New York World*, había solicitado a la embajada británica de París que le recomendaran a algún joven de buena familia para ser su secretario, escribir cartas, etc., pero principalmente para ser socialmente útil a la hora de atraer gente a su casa; para actuar, en suma, evidentemente, como señuelo para los dorados salones de Pulitzer. Un joven al que adornaba el nombre de Claude Ponsonby había cumplido estas funciones durante tres años, y acababa de casarse con una americana; habiéndole regalado Pulitzer una “dote” de 30.000 libras era de presumir que su sucesor disfrutaría de igual buen trato. Los ingleses consideraron ambos que sería “una vida estupenda”. Después la señora le dirigió la misma pregunta a H.: “¿Yo preferiría barrer el cruce más sucio de Londres!”. Ante el asombro que suscitó semejante respuesta H. preguntó si conocía la historia de Pulitzer, que había hecho su dinero dirigiendo el periódico más vulgar imaginable, oh, sí, lo sabía todo y su única preocupación era que su hijo que era un fracaso total no lograra tan envidiable empleo. El pequeño esnob, al parecer, tiene una fuerte afición a los medicamentos pero considera una desgracia social ser médico, y concibe que ser celestino social de un tipo como Pulitzer es una forma más noble de hombre.

Al venir hacia casa, H. vio mientras curioseaba en una tienda entre un montón de fotografías de actrices y bailarinas de ballet, una foto de la hermosa lady Helen Duncombe –que acaba de casarse con alguien– recostada en un sillón o un sofá con los brazos cruzados sobre la cabeza; a esto han conducido todas las buenas herencias en la actual generación de aristócratas; ¡cómo van desmoronándose y enmoheciéndose desde dentro! Harry dijo que era totalmente incrédulo en cuanto a la historia del regalo de boda de 30.000 libras. Recuerdo que H. me dijo hace unos años que Pulitzer había ido a verle y le había pedido que escribiera

²⁰⁴ Joseph Pulitzer (1847-1911), editor norteamericano de periódicos.

algún cuento para el *New York World*, y que la única cualidad esencial que pedía era que no hubiera en ellos “nada literario”. ¡Quién ha leído algo así!

Y ya que estamos con la escoria, este relato demuestra la delgadísima superficie de prosperidad sobre la que tienen que vivir muchas veces los que están más *en évidence*. Cierta joven fue elegida para el Parlamento por el Partido Patricio el año pasado, y no tiene aspecto pobretón, pero una amiga de Harry le dijo el invierno pasado que le había invitado a cenar —esta señora vive en París— y que había permanecido en su casa intentando quedarse, al parecer, más tiempo que otro caballero que había remoloneado después de haberse marchado los demás. El hecho sorprendió a la señora porque lo conoce muy poco; por último el joven se levantó y salió de la sala, pero ella creyó oírle hablar con el mayordomo en la antecámara durante algún tiempo. Unos días después el mayordomo, un inmemorial apéndice de la familia, se acercó a ella y le dijo que el caballero al salir de la casa le había pedido un préstamo de 200 francos que le devolvería al día siguiente, y que se los había prestado pues por un casual los tenía a mano como buen ahorrador francés, pero que por el momento no se los había devuelto. La señora le dijo que escribiera pidiéndolos lo cual hizo y recibió la respuesta de que serían pagados en un día o dos. Pero pasaron varias semanas antes de que el dinero fuera entregado, lo cual ocurrió al fin. ¡Imagínese pedir dinero prestado a un mayordomo!

Recuerdo en los viejos tiempos de mi infancia, cuánto me divertían los Temple²⁰⁵ y su “orgullo”, su aristocracia y su carácter “animoso”, etc., todo lo cual no les impedía, sin embargo, vivir a costa de cualquiera que aceptara esta carga; Bob despreciaba al “sombbrero”, como solía llamar al señor Tweedy, pero estaba no

²⁰⁵ Los niños de la familia Temple eran primos de los James. Catherine Margaret James (1820-1854), hermana de Henry James padre, se casó con el coronel Robert Emmet Temple (1808-1854).

obstante perfectamente dispuesto a gastarse su dinero si le caía cerca. “Nobleza obliga” no parece significar la realización de actos nobles, sino hacer los innobles con impunidad social y con acrecentamiento personal de tus cursis pretensiones.

23 de noviembre

¡Qué enriquecedor para el alma en este tiempo de chabacanos ampulosos –los Bismarcks, los Guilleremos II, los Stanleys, etc.– topar con una modestia como la de Moltke!²⁰⁶ Esos grandes que han llenado de modo exclusivo la mirada y el oído parecen absolutamente extintos tras estar de cuerpo presente, mientras que los desconocidos son revelados por la gran niveladora y exaltados en grado totalmente desproporcionado a su categoría mansa y humilde.

Kath. sonrío indulgente por el modo en que yo remuevo y allano la delgada arcilla de la escasa sustancia de la enfermera, pero igual que el gourmet nada sabe de la satisfacción que produce el pan con queso al organismo hambriento el sano no percibe las diminutas florecillas de observación e impresión que brotan en un campo de visión restringida, llenas de perfume y color, por muy fertilizadas que puedan estar por la intención.

Aunque la arcilla a la que antes me refería carece totalmente de gérmenes de esnobismo estando más falta de esta fundamental cualidad que ninguno [de] los que yo haya conocido jamás, en hombre, mujer o niño, inglés o americano, rico o pobre, la enfermera me ha revelado el funcionamiento de esos factores de la vida, hasta el momento misteriosos pero potentes, el “sentido de autoridad” y el “sentido de tus superiores”, haciéndome entender que yo represento ante ella estas dos calidades Absolutas. Imagínese cómo se ha hinchado mi conciencia americana del accidente

²⁰⁶ El conde Helmuth Karl Berhhard von Moltke (1800-1891), mariscal de campo prusiano y al final de su vida presidente del consejo de defensa nacional de Alemania.

humano al descubrirse súbitamente como sustancia aparte, un “Superior”, una “Autoridad” cuya palabra citada produce parálisis y finalidad en las discusiones de la habitación de servicio. Hay una tal Stock, una criada, “a quien siempre me apetece llevarle la contraria, señorita” (un caso de lo que la señorita Clarke solía llamar en Leam[ington] “dos ‘temperaturas’ que entran en contacto y no pueden nunca coincidir”), con la que habla sobre cuestiones del momento y a la que aparentemente hemos aniquilado: “Pues claro que siempre digo que no sé nada de eso, señorita, pero conozco a alguien que dice esto o lo otro. ‘¿Y quién es?’ ‘Mi paciente, la señorita James, y ella sí que lo sabe.’” ¡Y por el momento no se sabe que Stock haya soltado ninguna blasfemia! Confíemos en que farfulle un “maldita sea” en su fuero interno. Lo más asombroso es que en asuntos de opinión y de su propia personalidad, lo que nos es más sagrado, es en los que ella rinde su individualidad completamente, mientras que en las naderías sobre el arreglo de la habitación, o cosas así, es absolutamente como una mula recia. El mes pasado se fue de vacaciones y el día estaba fijado, pero cuando llegó la mañana me pareció que sería conveniente que aplazara su marcha un día dado que venía a verme un oculista. Mientras me vestía, de pronto cristalizó en mi interior que había que sacarle dos dientes, que le salen en ángulos absurdos, de modo que K. se la llevó al dentista para que le extrajeran los caninos, mientras ella se mostraba absolutamente pasiva e inescrutable ante este cambio arbitrario y sanguinario de sus descansos.

La casera de Leam[ington] solía insultar al alcalde Radical simplemente porque había sido pobre de pequeño. “Vamos, si trabajó para un constructor y no puede saber nada de nada, sin embargo un caballero sabría justo lo que queremos, señorita.” Le despreciaba sencillamente porque era uno *de los suyos* y no comprendía que su ascenso a la posición de alcalde la elevaba a ella un poquito, mientras que se postraba con entusiasmo ante un plúmbeo caballero, cazador de zorros, en razón de que el hombre ha sido siempre

ignorante, desocupado y egoísta. Es esta inmensa clase de Inglaterra, la única nación donde existe, que como el perro aterrado está dispuesta a lamer la mano que la castiga, la que termina transmitiéndote algo que muy poco esperas en principio, un sentimiento de cobardía. Se encuentra éste en grados diversos en toda la escala ascendente. Durante los meses del Jubileo el Príncipe de Gales salió en su carruaje de Marl[borough] House un día y topó con un soldado que desfallecía, se detuvo e hizo llevar al hombre al jardín de la mansión. Ante esto, cayó sobre el *Standard* una lluvia de cartas que describían tan noble hazaña, escritas por coroneles, comandantes, capitanes, cada una con su propia versión del cósmico acontecimiento, lo el Príncipe había dicho, cuál había sido su postura, si se sentó o no y así sucesivamente hasta que a punto estuve de vomitar. ¡Y hay que ver la clase de nobles criaturas que pueden ser estos oficiales, apuestos como dioses! Harry vio a Santley Clarke una vez cuando recibía sus “órdenes” del Príncipe, y su ademán era exactamente como el de Smith ante él, y el ademán del P[ríncipe] exactamente el de un amo benigno hacia un criado superior. El coronel Clarke sigue aún siendo un lacayo pese a haber heredado su mujer 70.000 libras de sir John Rose.²⁰⁷ La señora de Sloane-Stanley describe así a su padre, y a Julia, lady Tweeddale:²⁰⁸ “No puede imaginar lo extraño que resultaba ver a padre enamorado y verla a ella sentada sobre sus endeables rodillas”.

24 de noviembre

Los caminos de la Providencia *son* peculiares. Muere lady Rosebery,²⁰⁹ llena de sustancia, y un desbarajuste como yo queda

²⁰⁷ Sir John Rose (1820-1888), político y financiero canadiense. Estaba remotamente emparentado con los Temple, parientes de los James, habiéndose casado con Charlotte, hija de un tal Robert Temple de Rutland (Vermont)

²⁰⁸ Lady Tweeddale, hija de Keith Stewart Mackenzie de Seaforth y viuda del noveno marqués de Tweeddale, se casó con sir John Rose el 24 de enero de 1887.

²⁰⁹ Hannah de Rothschild (1851-1890), casada en 1878 con Archibald, quinto conde de Rosebery.

flotando en el aire. Debe de ser un momento extrañamente confuso cuando el Personaje empieza a caer en la cuenta de que no es todo lo que creía. Confío en que esta clase de asuntos se traten con caridad, y la pobre criatura reciba la decepción sin sobresalto. Imagínese tener que empezar a enterarte allí de que eres simplemente un átomo y no está en tu esencia ser una futura primera ministra del Magnífico Pequeño Reino.

El doctor Ogle cuenta lo siguiente: en una ocasión relataba una historia en la que dijo: “Estoy en manos de una Providencia inescrupulosa”. Una media hora después un hombre se aproximó y dijo: “Hace un ratito, dijo usted ‘estoy en manos de una Providencia inescrupulosa’, debió querer decir de una Providencia inescrutable.” ¡Entonces sí debió de sentirse el doctor en manos de una Providencia inescrutable!

30 de noviembre

¿Cabe ironía más dramática? Parnell, tras los años de lucha desesperada, a los pocos meses, más o menos, de una soberbia victoria, en la que escapó al inmenso engorro de la Comisión tan laboriosamente montada para aplastarle, queda desacreditado y por necesidad eclipsado durante un periodo breve por la detestable demanda de divorcio, acarreada por el inexorable destino no sólo para arruinarle en el presente sino, en virtud de unos cuantos trazos de su pluma, para quedar tachado de infame en toda la historia. Qué día más profundamente aborrecible fue ayer y cuánto lloré por el Manifiesto de Parnell con su presagio de la posible muerte y enterramiento de la Autonomía,²¹⁰ porque si mañana los irlandeses se pronuncian por él habremos de cerrar los oídos y cerrar el corazón a las desgracias de esa tierra trágica.

²¹⁰ Parnell se negó a dimitir de su escaño después de haber sido nombrado tercero (con quien se presume que el cónyuge demandado ha cometido adulterio) en el juicio de divorcio O’Shea, y acusó a Gladstone y al Partido Liberal de traicionar a los irlandeses.

No hay causa lo bastante sagrada para defenderla con arma tan rastrera, ¡traidor a su amigo, traidor a sus aliados, traidor a su patria! En momentos inesperados llega el consuelo y mis ojos se secaron a causa de otra ironía. Según el *Standard*, Renan ha dicho que Parnell debía escuchar el consejo de , que éste era un gran político y no había posibilidad alguna de que influyeran en él otra cosa que las *necesidades políticas* de la situación por lo que era sumamente imprudente enfrentarse a él. ¡Ay, los franceses! Su deliciosa rotundidad, una sutileza moral digna sin duda del autor de *L'Abbesse de Jouarrés*.²¹¹

¡He sabido que hay que añadir un nieto más! Al pecho virginal se le antoja que haber inflingido las desdichas humanas en tres almas desventuradas habría satisfecho incluso el corazón de una madre, pero la compasión es, al parecer, un impulso desconocido a las entrañas del padre y la madre. Los casados, no obstante, a través de su innoble estado están condenados a hacer añicos todos los ideales de la solterona idealista. Hay en esto un tipo desconocido de “señora”, la que llevando sólo un año de casada ha regalado ya su traje de novia a su criada. El marido ha pasado a ser ocupación secundaria, eso por descontado, pero ¿no cabría suponer que por muy endurecido que sea el realismo con que él se ha investido, tendría que persistir alguna sombra pálida del novio, atesorada entre los pliegues del vestido nupcial?

7 de diciembre

¿Qué posible relación puede haber entre la música y la religión y esos plañideros acordes dirigidos a la Deidad a intervalos a lo largo del domingo?

²¹¹ Una de las *Dames Philosophes*, serie publicada por Renan entre 1878 y 1886.

31 de diciembre, 1890²¹²

A diferencia de Habacuc, *je sui incapable de tout!* Katharine exclamó ayer con acento desesperado: “¡Por Dios santo, no empieces con alguna cuestión que te haga incorporarte en la cama!”. Es una criatura excelente y práctica, pero raramente inspirada.

Según están las cosas, estoy segura de que éste es en todos los sentidos el mejor lugar para mí, pero violenta un instinto primitivo y me llena de un constante sentido de vergüenza y debilidad el volver la espalda y no adaptar los accidentes de nacimiento a mis propios fines, y extraer de toda esta esterilidad el grado de desarrollo más pleno y rico posible. Acaso sea primitivo, pero una tiene la impresión de no haber cumplido lo que estaba pensado y de ser hasta el momento un fracaso.

Cuánto tenemos que agradecer que nuestros excelentes padres hubieran trillado bien todas las supersticiones innobles, y no creyeran su deber llenar nuestras cabezas con su cáscara seca, dejándolas tábula rasa para recibir cualquier impronta que nuestra experiencia individual fuera a darles, de tal modo que no tuvimos que sufrir la pesadez de despilfarrar energías en barrer y recoger los restos. A mí me intrigaban las fulminaciones de Padre contra algo que parecía extinto, sin imaginar siquiera hasta que llegué aquí la vitalidad que tenían las cosas desagradables. Te dicen que el párroco es un vínculo para llevar el jabón a los suburbios; pero ¿qué sabor a divinidad puede tener la limpieza que implica degradación mental, y qué elevación moral puede provenir de un culto sostenido por una verbosidad tortuosa y evasiones castradoras? Imagínese una religión impuesta desde fuera, una virtud enseñada, sin un ápice de sentido de la propia dignidad, sino como medio de propiciar a una deidad repulsiva, jactanciosa y codicio-

²¹² A partir de esta fecha el diario está escrito con letra de Katharine P. Loring, a quien Alice dictó hasta el día de su muerte. La ortografía y puntuación de Katharine difiere con frecuencia de las de Alice, y por ello han sido, por fuerza, unificadas con el resto del texto.

sa, a la que compran, a una escala variada de precios, cierta moderación de temperatura a través del oscuro misterio del futuro.

7 de enero de 1891

El gran acontecimiento familiar, por el cual he estado palpitando durante los últimos 18 meses o más ha ocurrido: *El americano*²¹³ fue representado por primera vez en Southport, a la que llaman el Brighton de Liverpool, el 3 de enero, y parece haber sido, por lo que hace al público, a Compton y al autor, un éxito clamoroso. H. dice que Compton actuó admirablemente, y fue un deleite oír y ver (a Harry) exaltado por el triunfo de su primera ovación. Al final, fue llamado a escena con gran insistencia, y empujado a ella por la compañía, feliz y solidaria; a la tercera salida con gran aplauso, Compton, que estaba a su lado, se volvió, le cogió ambas manos y se las apretó mucho; muy encantador por su parte, ¿no? Me siento tan agradecida por que mi querida criatura haya tenido tanto éxito. Otras “noches de estreno” por venir nos producirán menos temblores. Los Compton, que son los mejores jueces del pulso del público, están radiantes respecto a las perspectivas de la obra.

H. dice que hacia las cuatro se puso tan nervioso que casi empezaron a entrechocársele las rodillas, que no pudo cenar nada y se fue al teatro y dio paseos por el escenario, quitó el polvo a la chimenea, puso los jarrones de cartón derechos, alisó las esquinas de las alfombras, igual que suele hacer en mis apartamentos, y hete aquí que en cuanto se levantó el telón se quedó tranquilo como un reloj. Si H. tiene ahora éxito en el teatro será una ilustración muy interesante de la ley de que no se puede ni evitar ni

²¹³ *El americano* fue presentada en el teatro Winter Garden de Southport por Edward Compton, y recorrió las provincias de Inglaterra e Irlanda hasta el verano, cuando llegó a Londres. Para una descripción de estas producciones véase *The Complete Plays of Henry James* (ed. Leon Edel), 1949. Las cartas de James a los Compton fueron publicadas por el hijo del actor, Compton Mackenzie, en *My Life and Times: Octave Two, 1891-1900* (Londres, 1963).

acelerar el momento. Hace casi dos años recibió una carta de Compton pidiéndole que le escribiera una dramatización de *El americano*; H. iba a contestar que “no”, inmediatamente, cuando se dijo: “No, me lo pensaré una semana”, y el resultado ha sido esta hermosa obra, porque hermosa es sin duda, con su carácter fuertemente humano.

Dado que las autorrevelaciones son de supremo interés, la siguiente anécdota es valiosa en su redonda totalidad, aparte de su comicidad. William Archer,²¹⁴ el crítico de teatro del *World* que, según Harry, es con mucha diferencia el mejor de su especie en Londres, escribió a Harry proponiéndole ir a ver su obra en Southport. H. le desanimó de hacerlo, alegando la distancia y el frío, pero allí estaba pese a todo, el sábado por la noche; y le fue presentado a Harry, que nunca le había visto, en uno de los entre-actos. Después de finalizar la función, le dijo a Balestier²¹⁵ que le dijera a Harry que le gustaría hablar con él en el hotel. Al volver, H. le envió un mensaje invitándole a su salita: nada más entrar, Archer murmuró unas palabras de felicitación por el éxito de H. añadiendo de inmediato: “Creo que la obra tiene muchas más probabilidades de éxito en las provincias que en Londres”, y comenzó después, como por misión divina, a enumerar todos sus defectos e imperfecciones, y a preguntar por qué había hecho H. esto o lo otro en lugar de exactamente lo contrario, etc. A H., como es natural, acalorado por el triunfo, estas gracias no solicitadas y deprimentes pronunciadas por un total desconocido le parecieron totalmente grotescas, y no en grado menor porque, a la vista, por su aspecto personal (de sacerdote disidente), el joven parecía por naturaleza divorciado de toda ocupación teatral. Pese a la sombra arrojada sobre su ánimo, H. fue capaz de recibirlo todo con per-

²¹⁴ William Archer (1856-1924), crítico teatral y dramaturgo.

²¹⁵ Charles Walcott Balestier (1861-1891), joven escritor y editor, se había interesado en los escritos dramáticos de Henry James y actuó como agente no oficial para promocionarlos. Véase el prefacio de James al volumen póstumo de Balestier, *The Average Woman* (1892).

fecta urbanidad, y al entrar no mucho después los Compton y demás para ir a cenar, despidió al joven cortésmente, y lo sirvió en la cena como delicioso plato de mojigato asado al espetón.

Pero tan pequeño es este lindo mundo nuestro, que K. encontró esta tarde una llave que entra en la cerradura de Archer con exquisita precisión; estaba haciendo una visita a una amiga que se mostró muy interesada en la obra de Harry y dijo que un caballero que había cenado con ellos la noche anterior había visto a Archer, el cual dijo que era una cosa de lo más increíble e inaudita, casi inmoral, que un principiante se pusiera a escribir una obra dramática sin consultar a un crítico teatral competente. No sonrían, sean ampliamente imaginativos y perciban con cuánta nobleza había actuado en realidad Archer: Harry con insolencia y bravuconería inigualadas había osado escribir una obra sin preguntarle cómo, pero él, del modo más desinteresado imaginable, sin esperar otra recompensa que la satisfacción de su fabulosa fatuidad, vino de todos modos, y le regaló con todo el volumen de su sabiduría; el hecho de que la obra acabara de tener un brillantísimo éxito era, desde luego, un detalle sumamente trivial. ¡Cómo nos reímos, y volvimos a reír, los tres!

Cuando topas con estas formas de existencia, absolutamente privadas de imaginación y humor, ¿te puede extrañar la exasperada irritación con que el crítico llena el espíritu del artista? Éste, sea lo que fuere lo que no ha hecho, al menos ha *intentado* crear. H. responde: “¡No, pero es que somos tan ineptos para eso, y tendríamos que ser franceses para aborrecerlos suficientemente, y expresar la ironía, el desdén y el desprecio que tendría que embargarnos!” H., con su serenidad impermeable, es ciertamente inepto para ello, y se queda del todo impasible ante el conjunto del gremio. A propósito de inclinaciones literarias, lady Lonsdale,²¹⁶ que

²¹⁶ Lady Lonsdale, de soltera lady Constance Gladys Herbert, hermana del decimotercer conde de Pembroke, era viuda de St. George Henry, cuarto conde de Lonsdale, con el que se había casado en 1878.

ahora es señora de otra cosa, le pidió a Harry que fuera a verla a cierta hora un día, porque tenía algo de gran importancia que consultarle; cuando H. llegó, le dijo que quería escribir un libro sobre Boucher y Watteau y deseaba que le dijera cómo comenzar-lo, a lo cual respondió H. “que no hay dificultad en el comienzo, el problema reside en dejarlo”.

10 de enero

La princesa de Mónaco le dijo a H. que Bourget estaba cenando con ella un día, y estuvo en silencio y con aire muy triste durante mucho tiempo; brotándole súbitamente las lágrimas salió precipitadamente de la habitación; cuando fueron detrás de él, le encontraron sollozando con la cara entre las manos, y al preguntarle qué le ocurría exclamó: “*La vie! La vie! La vie est si amère!*”. Ahora se encuentra de luna de miel en Argel, pero sigue desconsolado.

12 de enero

La señora Burton,²¹⁷ la actriz que hace el papel de la respetable señora Bread, dijo, cuando Harry le dio las gracias después de un ensayo “*Intento hacerlo lo mejor posible, pero debe recordar que en los siete años que llevo actuando para el señor Compton, siempre he representado a la señora de la nariz roja*”. Véase la oscura tragedia, todas las privaciones y miserias de este oficio y no tener nunca ni brillo ni oropeles, sino simplemente una nariz roja, como consuelo. H. dice: “Sí, todas las noches es arrojada a las burlas del despiadado público inglés, como un cautivo romano a la arena del circo.”

Katharine es una optimista muy vigorizante; me propuso escribir a mi dictado esta mañana. Yo le dije: “Pero, no vas a tener tiempo”. “Claro que sí, no me voy hasta las doce y hacia esa hora ya estás siempre otra vez en la cama, desfallecida.”

²¹⁷ Alice Burton interpretó el papel sólo mientras *El americano* estuvo de gira.

Leía en voz alta en el *Standard* que al fin han decidido poner un teléfono entre Inglaterra y Francia, cuando Katharine exclamó: “¡Qué valor!; mira que si los franceses les lanzan un epíteto”. Esta pequeña isla, apocada entre el túnel del Canal por un lado, y el futuro ejército y marina de la empobrecida Irlanda “separada” por el otro, te comunica una sensación de robustez.

16 de enero

William dice en su *Psicología*: “El genio es, en verdad, poco más que la facultad de percibir de forma no habitual”.²¹⁸ Esto, al pensamiento, o mejor dicho al corazón, fraterno le parece expresión más feliz que la tanto tiempo repetida “infinita capacidad para el esfuerzo”, pero poca cuerda le permite a nuestro muy estimado Primo para curiosear en campos no acostumbrados y por caminos no trillados, porque él sólo siente respeto por sí mismo cuando es habitual.

Esto quedó fuertemente impreso en mí por algo que dijo el señor Frederick Myers, en una nota extremadamente cordial que escribí a Harry sobre *La musa trágica*,²¹⁹ en la que el único indicio de que Harry sea extranjero es que pone en boca de un personaje, un inglés, “Jamás, jamás” y “jamás en la vida”, “porque ningún inglés habría dicho eso”. Esto es indudablemente cierto, pues se puede afirmar con rotundidad lo que un inglés no ha dicho nunca, dado que sus ansias máximas se satisfacen copian-do, encerrando y confinando su imaginación a una docena aproximada de locuciones, como si hubiera cierta falta de decencia en jugar con sutilezas verbales: “muy ingenioso”, por ejemplo, sirve para todos los infinitos y delicados matices de las subdivisiones

²¹⁸ Este fragmento aparece en el Capítulo XIX del libro de William James, *Principios de psicología*. Alice comete un ligero error al citarlo, porque su hermano escribió: “El genio significa, en verdad, poco más...” (No “es poco más”).

²¹⁹ *The Tragic Muse* se publicó en forma de libro en 1890 tras haber aparecido serializada en el *Atlantic Monthly*.

percibidas en la escala intelectual, desde lady Dunlo²²⁰ al señor Gladstone; pero ¿cómo negar que esto o lo otro podía haber sido dicho por un americano, dado que *su* alma se regocija en grado sumo cuando ha logrado “despertar” a quien tiene a su lado con algún sobresalto exteriorizado, lingüístico o ideal?

Ellie Emmet,²²¹ que se aloja con sus primos, los Rose, paseaba un día en coche con la señora de Charles; cuando el carruaje giró a Russell Square, Ellie exclamó: “Aquí es donde vivió Amelia”, ante lo cual un escalofrío de lo desacostumbrado hizo decir a la señora Rose: “Pero ¿es así como ves Londres?”. A mí me divierte tanto, querido Desconocido (¡advírtase el género! pálida sombra de Romanticismo que pervive incluso en los más rechazados y desdenados por el Hombre), como te divertirán a ti estas microscópicas observaciones registradas sobre esta poderosa raza; son tan grotescas como la que sigue, en que lo infinitesimal y lo colosal nunca fueron más acertadamente contrastados. Cuando estaba en Leamington, uno de mis amigos preguntó a Harry si no iba yo a ir pronto a Londres: éste dijo “No”. “Qué pérdida para Londres” fue la dislocada respuesta.

La frase anteriormente citada, “*Jamais, jamais de la vie*”, está tomada del americano de París, y Harry la puso intencionadamente en boca de un inglés del que pudiera esperarse que se desviara ocasionalmente de la senda de la rectitud.

Una amiga le dijo a K. el otro día: “Siempre estás tan seria; nunca sabemos si estás de broma o no, yo creo que siempre debiera haber una chispa en la mirada”; “Sí”, dijo K., “para avisar que se trata de un chiste.” “¿Es verdad que los americanos creen que *no* entendemos los chistes?” preguntó la otra tristemente.

²²⁰ Lady Dunlo, de soltera Isabel Maude Penrice, se había casado en 1889 con William Frederick Le Poer-Trench, conde de Clancarty, vizconde Dunlo de Dunlo y Balinasloe, barón Kilconnel de Garbally (County Galway, Irlanda), que era par del Reino Unido por sus títulos de vizconde Clancarty y barón Trench de Garbally.

²²¹ Ellen James Temple (1850-1920), prima de los James, se casó con Christopher Temple Emmet (1822-1884).

Qué pintoresco e instructivo del duque de Bedford²²² suicidarse en este momento de miseria congelada, mostrando su carencia, frente a la abundancia de los suburbios, de ese apetito animal de simple respiración aparentemente inagotable, sin el que todo poder y esplendor son inútiles contra el cáncer del hastío. Y redondea el hecho a la perfección el que, dado que sus posesiones son expropiaciones de la Iglesia, haya vulnerado el canon contra la auto-matanza, pues así la Iglesia podría decir “He aquí nuestra venganza”.

La histeria meteorológica que de vez en cuando se apodera de ellos te induce a representarte, al fin, a esta Poderosa Raza que conquista el mundo en todos los climas, como una inmensa masa blanda de temor palpitante, cuando se limita a su isla.

Katharine siente toda la pasión por la exactitud de expresión característica del hijo del “preceptor”; ella dice que su respeto hacia la verdad es tan profundo que raramente se aventura a entrometerse en ella.

Le dije a la enfermera que cuando llegara a Londres la obra de Harry debería ir a verla, y tener un asiento de platea. “Creo señorita que prefiero el gallinero, porque así podría llevar a otras criadas, y antes no les diría ni palabra de que la había escrito el señor James, y después si no tiene éxito no importaría nada.” ¡Esto simplifica la complejidad de la existencia!

Del semanario de Kensington:

“La siguiente postal me llegó el día después de Navidad:

Tiendas Cooperativas para Funcionarios

²²² Francis Charles Hastings, noveno duque de Bedford (1819-1891). Las necrológicas sólo recogían que el duque había estado enfermo y había muerto de “una congestión pulmonar”.

Patrocinadores:
Los párrocos y curas de la vecindad,
Y
Otros funcionarios.
Queda usted cordialmente invitado a apoyar estas
Tiendas.

Las participaciones y todos los restantes particulares pueden obtenerse en las Sacristías de las Iglesias después de la Santa Misa del Domingo, cuando también se recibirán los alquileres de los Bancos de la iglesia y las suscripciones de Comerciantes y otros para ayuda del Clero y la Iglesia.

Suyo afectísimo,

UN SACERDOTE

¡El Párroco es un emético infalible!

De *Truth*:

Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

San Marcos 12.31.

Nota Bene. Los tenderos se encomiendan afectuosamente a usted por ser “un conjunto de personas” útil para suministrar pequeños artículos a crédito en las condiciones que mejor convengan. También exhiben “carteles publicitarios” en sus escaparates; contribuyen a pagar Tasas e Impuestos; su competencia mantiene bajos los precios; tienen suscripciones para la Iglesia; y siempre votan por la unión de la Iglesia y el Estado. pero

No podéis ser esclavos de Dios y del dinero.

San Mateo 6.24.

Al construir el primer molde de una escultura, los escultores generalmente empiezan por moldear la forma sin ropaje de ningún tipo, y fue el incesante temor de la Reina a que sus súbditos pudieran contemplar las Reales formas durante esta “construc-

ción” preliminar e imaginativa lo que la indujo a insistir en que se reservara un estudio especial exclusivamente para los trabajos relacionados con la Familia Real. (De *Truth*).
¿No es ella la suprema tendera?

La vez anterior que estuve aquí, en Londres, una amiga que solía venir a verme con frecuencia me dijo un día: “Acabo de volver del ‘Salvaje Oeste’, y tu tierra me gusta sobremanera, porque es muy libre y muy nueva”. Como mujer del *Cow Boy*, se explican mis atractivos.

23 de enero

Antes de que envejezca el año tengo que relatar nuestras novedosas festividades de Navidad. La pequeña enfermera tiene el ejemplar costumbre de contarme todas sus experiencias, grandes y menores, y desde que he estado aquí, me ha procurado infinita distracción con revelaciones psicológicas de las habitaciones del servicio. Le permito informar sobre todas las excentricidades mentales de Doncellas, Cocineros, Mayordomos, Camareros, etc., pero en teoría queda rígidamente vedado todo cotilleo sobre las “señoras”, aunque debo confesar que mi curiosidad muchas veces vence mi actitud digna, y escucho, con gran receptividad, los defectos de la señora Jones, Brown o Robinson; pues ¡ay de mí! siento decir que la mentalidad de las doncellas, como la mía, encuentra el recitado de los defectos de la humanidad más succulento que el de sus perfecciones; pues el que la virtud permita escasas licencias de tratamiento explica con creces nuestro interés en las desviaciones de la misma.

De este modo se nos abrió vicariamente un amplio abanico social: comenzando con un baile de criados en el hotel la noche de Navidad, que achicó en una fiesta en “casa del primo Val”, un fabricante de botas, que ha estado en Marlborough House para medir el ilustre pie de la Realeza, y terminó el sábado por la noche con una gran congregación en casa del deshollinador en Hamp-

tead, donde el exaltado Empleado de Marshall and Snelgrove vigilaba desde el otro lado de la sala las inspiraciones de un carretero y un muchacho del campo.

La pequeña enfermera, sabiendo que no brilla en el baile, y no inclinándose en modo alguno a pasar desapercibida, se disfrazó muy bien de vieja bruja para el baile, y cantó e interpretó uno de esos temibles Compuestos de "Charing". "Betsey Waring", "Dampattics" y "romances" conocidos como canción Cómica. Hemos sido informadas desde hace mucho tiempo de que "sabía" música y Dibujo, pero su genio histriónico estaba aún en barbecho, por lo que quedamos muy sorprendidas y encantadas con su inesperado florecimiento. Un día, cuando le hablé de lo nerviosa que estaba por el estreno de *El americano*, me preguntó: "¿Se habría sentido muy mal si hubiera fracasado yo la noche de Navidad?" añadiendo: "No podría haber vuelto a levantar la cabeza en ese hotel si hubiera sido así".

Invitados los señores y señoras a honrar la ocasión, K. se puso su traje de terciopelo color ratón y fue para allá justo antes de la canción de la enfermera. Fue recibida en la puerta, por uno de los "caballeros", que la acompañó a su asiento. Al punto, Jennie, nuestra doncella, se levantó con entusiasmo para saludarla y le presentó a otra criada; Jessie (nuestra segunda doncella) se sentó a su lado, mientras que nuestros tres camareros intercambiaban grata conversación con ella de vez en cuando como si todos fueran amigos y anfitriones, hasta que el corazón se me derritió cuando me lo contaba. Estas convenciones estéticas tanto envuelven las iniquidades, y explican y justifican su prolongada continuidad, que uno tiene momentos flácidos de temblor pensando en la crudeza que la democracia dejará al desnudo cuando pase su escobilla por las colgaduras de tela de araña, y las molduras de cálidos matices se desmoronen en polvo. Jennie le dijo a la enfermera, con júbilo, a la mañana siguiente: "Fíjate, la señorita Loring me dio la mano delante de toda la sala". ¡Roguemos por que nuestras buenas obras inconscientes superen a nuestras crueldades inconscientes!

Esto por cierto alía a K. con la condesa de Portsmouth,²²³ la cual afirma que siempre estrecha la mano de las profesoras de la escuela del pueblo, porque considera que “es el mejor plan”. ¡Considérese la estafa de tener semejante posición!, rígida por el armazón que lleva la Alcurnia, y no tener nunca un rincón umbrío desde la cuna a la tumba donde moverse con libertad y dar gozosas volteretas. Pero he de seguir con mis festejos.

La fiesta del primo Val me pareció de lo más común con su huella de Realeza y un cómico profesional por si fuera poco, Ivan Berlin, más impreciso que malo; pero la vida real se manifestó a la perfección en la del Deshollinador, que vive en una casita exenta en un recoveco del bosque de Hampstead.

La fiesta consistía en unas 20 personas, no habiendo acudido por fortuna otras 10, colocadas, para tener cabida, en banquetas muy juntas a lo largo de las paredes de la pequeña salita, en las cuales no podían, sin embargo, apoyarse porque estaban chorreando humedad, no habiendo encendido el fuego, por temor a que hiciera demasiado calor en esta frígida estación. La enfermera se sentó en su banqueta desde las cinco de la tarde hasta las seis de la mañana siguiente, salvo en los momentos en que rompió a cantar, siendo la esencia de la ocasión los cantos ininterrumpidos y pasar la noche entera en vela. En un momento dado la enfermera elevó el tono de la ocasión, haciendo una alusión a las manos sudorosas de Uriah Heep.²²⁴ dirigida al contingente de Marshall and Snelgrove; “Los demás no habrían sabido a lo que nos referíamos, señorita.” Cada uno parecía diferenciarse por una canción especial, siendo solicitada una joven recalcitrante a intervalos frecuentes a lo largo de la vigilia nocturna para que cantara “Joanna con su Mortaja”, que resultó ser “Joe en la artesa” y el deshollinador se acercó a la enfermera para decirle que otra joven iba a cantar una

²²³ Lady Eveline Alicia Juliana Herbert, hija del tercer conde de Carnarvon, casada con el quinto conde de Portsmouth en 1855.

²²⁴ Personaje de la novela de Charles Dickens, *David Copperfield*. (N. de la T.)

de sus canciones y qué podía él hacer al respecto, como si hubiera una especie de derechos de autor vocales. Sobre las evoluciones del carretero y un galón de cerveza debemos tristemente correr un velo, pero el chico del campo, picado de viruela, con rasgos modelados en uno de los momentos menos benévolos de la Providencia, parecía la más exquisita flor de bondad. Tan preocupado estaba por el bienestar de los invitados, y por hacer que la ocasión “fuera bien”, que la enfermera creyó que estaba emparentado con los anfitriones; la última nota de una canción apenas terminada, exclamaba él de inmediato: “Si nadie quiere cantar yo me sé otra”; y encaramado en su banqueta, con los ojos muy cerrados, los puños prietos y los talones bien metidos debajo, empezaba a entonar cancioncillas en serie con estribillos del estilo de “Mi compañero murió por mí”, y similares. Mírese la alegría de vivir de este muchacho humilde, extasiada su alma por el canto, todo él instinto, y dúctil con la gentileza de la hospitalidad, comparado, por ejemplo, con lord Wharncliffe,²²⁵ cuyas inmemoriales exigencias son tales que ha de volver la espalda a sus invitados por encantadores que sean, y ofrecer el brazo a su propia hermana, sin una mueca, para entrar a cenar, cuatro días seguidos. Una dama que se alojaba con este infortunado siervo, comentó con tristeza que “careciendo de título, tuve que entrar a cenar todas las noches con el mismo caballero, y *ese* caballero, encima, el señor Smalley”.

27 de enero

La querida Katharine no está muy bien; está suave y dulce como una malva y tiene esa susceptibilidad que la enfermedad siempre produce en los puramente normales del reino animal.

²²⁵ Edward Montagu Granville Montagu-Stuart-Wortley-Mackenzie, primer conde de Wharncliffe (1827-1899).

28 de enero

Estoy sorprendida y conmocionada por la noticia de que Ellie Emmet, cuyo corazón, me había hecho suponer, estaba abrasado por la pena, está contemplando un nuevo matrimonio, con el ánimo ligero de los dieciocho;²²⁶ su adoración al pobre Temple, su trágica muerte, su paternidad de sus seis hijos, todo olvidado; ni siquiera su recuerdo es sagrado, pues ella dice que “nunca había amado antes”. Qué efímeros somos todos; sin duda alguna la experiencia no deja surcos permanentes sino que, como la escritura en la arena, toda nueva ola de cambio de circunstancia la anega. Al inexperto podría parecerle que una feliz “ocasión” matrimonial le habría procurado la medida completa de dicha conyugal, y que todas las fibras de la maternidad han vibrado bajo el efecto de una progenie de seis; pero el hombre no vive para asimilar el conocimiento de la esencia eterna de las cosas, y sólo ansía renovar sus sensaciones.

6 de febrero

K. está en auge esta semana, ¡diecisiete “invitaciones”! Ella codiciosamente acepta todo lo que permiten los límites de la jornada social; ¡y ésta es la leal amiga venida de 3.000 millas, oh, la *poseuse*! Yo le ruego de rodillas constantemente que no desconcierte a los nativos con sus bromas cuando la sueltan entre ellos; el mismo ruego pronunciaron los labios de su tía, la señora Asa Gray, cuando estuvo con ella en Inglaterra hace 20 años. La señora de Clough²²⁷ le preguntó anoche si no le parecía moralmente mal “coger” la revista *Truth*.

¡Qué endemoniadamente aburrido debe resultar, ser una persona superior! Como esos anémicos mentales que nunca leen noticias de asesinatos, divorcios o cualquiera que sea su especial remilgo, en el que cifran su vanidad; es tan grotesco como ir al

²²⁶ Se casó ese otoño con George Hunter (1847-1914).

²²⁷ Viuda del poeta Arthur Hugh Clough (1819-1861).

teatro y jactarte de que cierras los ojos con fuerza cada vez que aparece el malvado.

A propósito de la tendencia contraria, un proceso sumamente curioso se está produciendo en la raza de los Cross:²²⁸ una identificación apasionada con la impropiedad; todo ello como protesta, como señal de su lealtad inconmensurable a George Eliot. Cuando pensamos en la cruel violencia que por fuerza ha de hacer esto a los ángulos tenaces y estrictamente morales de su configuración ósea, te duele el alma pensar en sus esfuerzos en pos de la bohemia recurriendo al cigarrillo, sintiendo, supongo yo, las pobres criaturas, mientras el humo irritante permea su ser, que también ellos, al igual que la inmortal George, se han desviado de la senda estrecha y recta. La bondadosa y maternal señora Otter, cuyos órganos digestivos le prohíben la nociva planta, se abandona a medidas aún más drásticas y se permite decir: “Hay un hombre que comprende el corazón de la mujer con mayor perfección que ningún otro, un francés, Guy de Maupassant”. Dado que ella vive en las profundidades de Lincolnshire, la cosa da a los valientes y los justos de aquellos terrenos pantanosos un aire más retozón de lo que uno habría imaginado. Esta adopción espiritual es tan ardiente, que despierta la curiosidad saber si en el plazo de una generación más o menos, acaso no vaya a producirse una adaptación darwiniana o spenceriana, en la mujer física; su progresión ocurre ahora totalmente a sacudidas, como tirando de cuerdas; será interesante si con el tiempo el curso interrumpido de su habla y su movimiento adopta la flexibilidad ondulante y fluida que es natural al partidario no artificial de la relajación moral.

¡Qué descabelladas pueden ser las fantasías de la mujer sin imaginación! Incluso yo había exhalado el perfume aromático del *défendu* para el olfato de una solterona de Leamington. Era ésta

²²⁸ George Eliot era el nombre literario de Marian Evans (1819-1880). Esta escritora se casó al final de su vida, en 1880, con John Walter Cross, y la referencia debe de ser a su familia. (*N. de la T.*)

un ser refinado, y aunque ya en los cincuenta, seguía encarnando, como dijo K., a la doncella de los versos de Wordsworth, pues posee esa cualidad tediosa que una pureza atenuada rezuma siempre. Al parecer, en una ocasión le dije que Padre había detestado toda afectación y ceremonia, lo cual interpretó como una insinuación de que yo había nacido fuera del vínculo del santo matrimonio. Esta duda había desgarrado su pecho mucho tiempo, hasta que no pudo contenerse y preguntó a K. la cual, con una sonora carcajada, me devolvió a la virtud y a lo común y corriente; pero no fue tan inmoral como para guardarse el chiste para sí, como le dijo a la pobre dama que haría.

La primera vez que la señora se halló en mi Presencia, y estoy utilizando el término intencionadamente, se dijo: “*¡Dicen que no hay clase en América, pero no es verdad, porque esto es clase!*” y seguramente se reconcilió con posteriores acontecimientos considerándome una regia bastarda. Se lo dije al señor Boott el verano pasado, y él exclamó y explicó: “Entonces debe ser usted una Fitz-James”, y creímos oír una risita espiritual allá en las alturas.

8 de febrero

Hay cierto sabor mortuorio en los mensajes que recibo últimamente, por lo que me parece que mi muerte debe estar en auge en Estados Unidos; espero que Helen Paine no se lo esté perdiendo otra vez; una vez le dije que había estado muy enferma y se pensaban que iba a morirme, cuando con acento dolorido exclamó: “*¡Ay, por qué! ¡Eso me lo perdí!*”

Para el americano, nacido para “dar vueltas” por el espacio, que no puede tener ningún valor representativo para su propia conciencia ni la de ninguna otra persona, el sentido de estar en su lugar que posee aquí la gente de todo tipo y condición es muy instructivo, y la habilidad que adquieren para mantener el equilibrio entre la medida exacta de su valía, como entre el mayordomo y el barón, es sumamente llamativo. En Leamington había un residuo patético, una señora distinguida y marchita, que producía la impresión de

una esencia indestructible en la medida en que era una mera sombra humana. La fortuna la había obligado a descender por la escalera, hasta unas rentas de diez chelines semanales; la señora Nickleby era un dechado de lógica comparada con ella, y tenía la amplitud mental de una hormiga; no de una entrañable hormiguita reluciente y definida, que podría contar, si quisiera, con tanta precisión, todas las tragedias arquitectónicas de su vida, sino de una hormiga borrosa e imprecisa, si es que semejante cosa es posible. Pero sobre este montoncito de ruina social estaba inexpugnablemente atrincherada la gran *Señora*, y muchas han sido las veces que he atisbado con tristeza a través de su atmósfera de buenas maneras heredadas, y he visto desplegar la lista interminable de cifras desperadas por las que ella se multiplica en esta bulliciosa isla.

Hablábamos un día sobre una mujer americana que es muy afable y simpática, pero de esa índole cruda y desagradable que tanto gusta aquí, cuando la señorita Palmer dijo: “Un día me dijo una cosa de lo más increíble”, y prosiguió contándome que una vez se había alojado en una casa regentada por un antiguo mayordomo y su esposa; el hombre era muy bien parecido y, por ellos, solía adornar las cenas de Leamington, y daba la coincidencia de que se llamaba Palmer. En un momento de torpeza, la humorista americana dijo: “Me parece que no puede gustarte vivir en casa de ese Palmer, porque te pueden tomar por su hermana”, y estoy segura de que todos los Palmer difuntos reforzaron el acento de lo inconcebible, con el que ella negó toda posibilidad de que pudiera habersele ocurrido una calamidad tan incongruente. Unos minutos después describió una reunión a la que había asistido, donde la señorita Kingsley, la cual es considerada persona muy excitable, se encontraba en “estado tal de paroxismo”, como dijo el párroco de Tachbrook,²²⁹ “que le grité a lord Leigh:²³⁰ ‘¡Ven aquí!’

²²⁹ J. T. Hallett había sido párroco de Tachbrook, que incluía la ciudad de Leamington, desde 1884.

²³⁰ William Henry, segundo barón Leigh (1824-1905).

olvidando en el apresuramiento el respeto que le debía a su rango”. Para ella, el Mayordomo, el Caballero y la Dama, son sustancias fijas, tan poco intercambiables como los elementos; y para su pálido aristocratismo habría sido tan contrario a la naturaleza haber ordenado al uno como habersele ocurrido la idea de ser hermana del otro, aunque la errada yanqui preguntó: “¿Y por qué no?, es un hombre muy apuesto”. ¿Podrá *alguna vez* existir un punto de vista internacional? Considerándose, primordialmente, miembros de una clase y sólo secundariamente seres humanos, están libres de las responsabilidades hacia su dignidad individual que tiene el americano flotante; y pueden permitirse aceptar sin inmutarse, de sus superiores, toda clase de favores, desde el préstamo de una gran casa pasando por una gradación infinita hasta la leve moneda de seis peniques. Y a propósito, un amigo íntimo de Matthew Arnold le dijo a Harry: “Ya sabes que se las ingenia de maravilla para conseguir que le presten casas”.

4 de marzo

Si K. conoce la bienaventuranza de dar, yo ciertamente conozco la maldición de recibir. Por muy grande que sea la iniquidad que pueda ella cometer, si yo me dispongo a reprochársela se levantan ante mí súbitamente 3.000 millas de sólido mareo en alta mar, y mi santa indignación se desmorona, y vuelvo a recostarme en una madeja de chales condenada a una afabilidad insulsa.

Parece ser que Billy hace rabiar a la pequeña Peggy²³¹ terriblemente; ella suele soportarlo con serenidad, pero de vez en cuando estalla su indignación. El otro día le dijo a su madre: “Cuando le hablo así a Billy, me tiembla el estómago.” ¡No quiera el cielo que esto sea un presagio de herencia, y que su inocente estructura esté destinada a abrigar en sus profundidades una caverna de pálpitos emocionales, como los que he tenido yo!

²³¹ William (1882-1961) y Mary Margaret James (1887-1952), hijos de William James.

Qué incongruencia encontrar en un salón londinense a un sobrino nieto del viejo doctor Channing,²³² con una esposa rica, el cual ha renunciado a su nacionalidad, para poder ser diputado radical, y hacía a su anfitriona entusiastas preguntas sobre la confección de un vestido para su hija que va a ser presentada en sociedad esta temporada.

Una mujer fue llevada al hospital de Londres el otro día con una mordedura grave en el brazo. El médico le preguntó si la había mordido un perro. “¡No, señor, que ha sido otra señora!”

Jennie, la doncella, ha ido a ver *Cabinet Minister*,²³³ ella prefiere las obras profundas con un asesinato o dos añadido, y disparos de pistola, “algo profundo, sabe”. La mente se me removió en proporción a los espasmos musculares. Considera a la señora de John Wood²³⁴ una estupenda actriz “para lo vulgar y lo refinado”.

Los poetas han tenido siempre un talento superior al de sus congéneres para irritar a la admiradora femenina con su ineptitud para contenerse; a juzgar por la señora Clough, la viuda sin alas, Arthur Hugh se lleva la palma a este respecto. Katharine fue el otro día a ver *Dancing Girl*²³⁵ con la señora Clough. En el transcurso de la obra, un duque malvado hace recuento de sus villanías y observa que las clases bajas son mucho mejores que los de su especie, ante lo cual la señora C. exclama: “Siento mucho oírle decir eso; ya es bastante difícil mantener a la gente en su sitio, y hace mucho daño que oigan semejantes cosas”.

²³² William Henry Channing (1870-1884), sobrino de William Ellery Channing, reformador social y trascendentalista.

²³³ *The Cabinet Minister*, obra teatral de sir Arthur Pinero (1855-1934), se había presentado en el Court Theatre el año anterior.

²³⁴ La señora de John Wood (1831-1915), de soltera Matilda Charlotte Vining, era actriz y actuaba en Inglaterra y en Estados Unidos. Fue directora del Court Theatre durante diez años.

²³⁵ *The Dancing Girl*, de Henry Arthur Jones (1851-1929), acababa de presentarse en el teatro Haymarket.

KENSINGTON
1891-1892

22 de marzo

¡Qué entretenido resulta contemplar cómo el mosaico fijo del propio destino va rellenándose con las diminutas teselas de los acontecimientos, y el encanto de minúsculas consecuencias con la ilusión de tener elección capeándolo todo! En virtud de mi total quiebra física, he logrado mi “idial”, como lo llama la enfermera, y desde el 12 de marzo estamos instalados en una casita de Campden Hill (41 Argyll Road). Hace algún tiempo decidimos que ya no podía salir de la ciudad, o exponerme a ser víctima de caseras, de modo que una casa para nosotras constituía una necesidad, y una posibilidad estando Katharine cerca, la cual no tuvo más que agitar su varita mágica y tres semanas después de la decisión nos encontramos deliciosamente instaladas, habiendo ella, como suele hacer, pulido todas las aristas y permitido que entrara la luz del sol en los rincones oscuros de la sugestión.

Nuestro “personal” consiste en una tal señora Thompson, una cocinera incluida en el arrendamiento de la casa, y la excelente Louisa que, habiendo dejado a la señora Clarke, fue transportada por K. desde Leamington, y se está transformando de Esclavilla en criada y doncella. Esta parquedad doméstica irrita a la enfermera, claro está, cuya conversación se ha visto muy adornada este invierno con “los 63 empleados del personal del Hotel”. Pero su tribulación más dolorosa es el bajo nivel intelectual que reina en la mesa. El segundo día dijo: “La señora Thompson debe ser metodista, señorita, porque habla del Hacedor, y ésa no es expresión de la

Iglesia anglicana, y siempre está teniendo un ‘sueño hermoso’ en que alguien le hace una pregunta, y ella dice: ‘Lo más raro es que yo nunca contesto, sino que simplemente señalo hacia arriba; hacia el Salvador.’” Más extraño aún que su sueño es el hecho de que la constancia de esta dramática pose hacia los cielos no tenga resultados desastrosos para sus sabores sublunares que son de características sumamente deleitosas y nutrientes para el cuerpo, pese a que su piedad está duplicada por una esforzada abstinencia del alcohol, por lo cual no pone vino en las salsas, según K. porque ella no podría comerlas; pero no parece faltarles de nada, por lo que el dedo enhiesto, como un pararrayos, debe conducir algún estímulo espiritual hacia ellas. Pero lo que es auténticamente emocionante es ver el espíritu simple de Louisa desprendiéndose de la crisálida de la bestia de carga y aprendiendo a batir sus alas en el empíreo de las doncellas. Los matices más leves de su estado psicológico son advertidos con sumo interés, y toda la casa se agrupa en torno a ella, contemplando las etapas de su desarrollo. Su primera pregunta fue: “¿Es ésta la parte de Jack el Destripador?”. La primera vez que salió sola, ella, cómo no, se las arregló para perderse pero, afortunadamente, cuando estaba a punto de empezar a “pegar voces” fue rescatada por un guardia; “¡esos autobuses me dan mucho miedo!”. La enfermera y Thompson se la están disputando para llevarla a la iglesia; por el momento, abundan los honores, y si Louisa es lista, así seguirá siendo.

¿Ha habido nunca espectáculo más repulsivo que esas criaturas que, como carroña espiritual, rodean el lecho de muerte del príncipe Napoleón,²³⁶ intentando arrancar alguna palabra a su inerme debilidad que puedan distorsionar en innobles concesiones, sacando capital de ello, y alimentándose ansiosamente de su pecaminosa vida[?]

²³⁶ Napoleón Joseph Charles Paul Bonaparte (1822-1891), generalmente conocido como el príncipe Napoleón o, más familiarmente, Plon-Plon. Hijo de Jérôme y Catharine de Württemberg, fue designado sucesor de Napoleón III, y

A la hora de instalarte y adaptarte aquí, siempre hay que recordar y contar con la gran retroactividad del fenómeno más simple, y en el modo de hacer, con la rigidez impuesta por la pesada carga del Tiempo, mientras que en el reino yanqui sólo hay que extenderse hasta mañana. La continuidad y el carácter local quedan plasmados en una tartana que se ve en Kensington Sq[uare], en la que está escrito: “Tartana de ida y vuelta a Londres, diaria”. Antes de comenzar el mal tiempo K. estaba cenando fuera una noche, y esperaron mucho tiempo a dos comensales que venían desde Wimbledon. Finalmente llegaron, habiendo tenido innumerables aventuras en el peligroso viaje, pues su taxi se perdió en el camino desde la estación, y ellos perdieron los chales, y si la señora hubiera cruzado las grandes llanuras no le habría costado más trabajo entrar en calor; llevaban consigo un preciado maletín, porque iban a pasar unos días en la ciudad con unos amigos; se me antoja un objeto curioso para llevar a una cena, pero todos lo comprendieron, porque Katharine había mandado su baúl por transportista el lunes desde Fulham, que es un recorrido de 35 minutos, y no llegó a Queen’s Gate Terrace hasta el miércoles.

Si la finalidad de la vida es la acumulación de grasas, el consumo de alimentos no acompañado de desorganización digestiva, y una sucesión de sensaciones placenteras, no hay duda de que yo soy un fracaso, pues en tanto que forma animal mi insaciable vanidad tiene que reconocer que mi existencia no se justifica, pero hasta mi última fibra protesta contra ser considerada simplemente como una carcasa enferma, como tan halagadoramente insisten algunos amigos atolondrados, pues ¿qué poder tiene la carne deteriorada y los huesos doloridos para socavar una satisfacción hecha de cosas imperecederas? Este invierno ha sido incomparablemente rico, el corazón todo él encendido por las demostraciones de afec-

como pretendiente a la corona tras la muerte del único hijo de Napoleón III y el fin del Segundo Imperio.

to de amiga y hermano, la mente profundamente estimulada por sucesos de lo más variado e interesante, públicos y privados, el espíritu ensanchado y fortalecido, esa esperanza tengo, por una más clara percepción del significado de la experiencia, mientras que de todo ello han fluido sin cesar esos succulentos jugos que surgen de la comedia humana a la más leve presión.

27 de marzo

Imagínese el revuelo en el ambiente, un varón aparecido en forma de jardinero beodo, que invitó a Thompson, la abstemia, primero a tomarse una copa con él, y después a llevarle al altar; K. combina con sus enaguas, de manera muy afortunada, ciertas virtudes masculinas, y no se arredra ante ratón ni ante varón borracho, por lo que el pecador fue expulsado con decisión, y prontamente acallada la histeria.

Con qué regocijo pienso en la venganza de quien no toca el piano sobre los otros una vez en el Cielo, pues con seguridad no puede ser menos que un trago largo, muy largo, de su sangre. Había 15 pianos en South Kensington, y 23 niños vociferantes a quienes se permitía convertir los pasillos en cuarto de juegos, y desgañitarse horas enteras a tu puerta, de tal modo que las viejas nociones sobre el niño inglés reprimido y la solemne respetabilidad del hotel londinense resultaban tristemente anticuadas. El cambio que ha sobrevenido desde que estoy aquí es del todo extraordinario, pues las jóvenes asisten solas a bailes a los que las madres ni siquiera son invitadas: Bessie Clarke, la encantadora hija de la señora de Stanley Clarke, le dijo a K. que había paseado a caballo por el Parque a las ocho de la mañana porque no tenía acompañante que fuera con ella, y su madre no le permitía pasear sola a las doce, como hacían tantas chicas, y parece ser que ella y Minnie Emmet²³⁷ van por ahí solas, en omnibuses, donde les apetece.

²³⁷ Mary (Minnie) Temple era la hija mayor de Ellen Temple Emmet, hermana de la prima de Alice, Minny Temple, conmemorada por Henry James en *Notes of a Son and Brother*.

Esto hace tanto más natural, desde luego, que las señoritas Chamberlain, no generosamente dotadas por la naturaleza ni lastradas por un largo linaje, estén correspondientemente impedidas por el decoro y no se les permita salir solas, pues Joseph el polifacético es más conservador que los conservadores incluso en esto; pero lo mejor es que tiene una copia del Endicott antepasado de la hermosa Mary decorando su mansión de Highbury. ¡*Brummagem* destilado!²³⁸

El americano ha sido un gran éxito en Belfast, así como en Edimburgo; ¡algo humano debe haber, después de todo, en Ulster! He leído una noticia de un periódico de Belfast a la pequeña enfermera, y le digo: “Así es el entusiasmo irlandés”. “Sí, señorita, que ahí lo dice clarito.” Me compadecí del retórico. En ocasiones, te sientes tan lleno de gratitud porque el destino te haya colocado mínimamente por encima del nivel de penuria intelectual, porque les hacen falta todas sus pequeñas reservas para percatarse de los *objetos* que hay en un cuadro o una página, y no les quedan restos ningunos, como a nosotros, para pasar a otra cosa, nada almacenado para que lo nuevo pueda prender y encontrar sitio, habiendo quedado sus mentes, pobres criaturas, tan vacías como sus desnudas despensas. Pues hay que pensar lo que es escarbar y machacar el día entero simplemente para no morir de hambre, y que nada palpite en tu interior salvo sensaciones brutas: ni recuerdos sagrados, ni esperanzas abrigadas, ni ninguno de los deleites de la reflexión.

5 de abril

Cuando la muerte ha estado cerca, cómo se hace palpable el vacío y parece impregnar la atmósfera misma, haciendo que los sonidos de la vida reverberen en ella con fuerza.

²³⁸ *Brummagem* son objetos de metales baratos que imitan los de calidad. La palabra es una forma local de Birmingham, en tiempos conocida por su producción de baratijas, juguetes y bisutería, todo ello de bajo coste. (*N. de la T.*)

Ésta es una deliciosa confusión femenina a la que K. asistió ayer. Dos amigas habían venido de visita, una la típica señora británica, la otra, una típica americana de Jamaica Plain pasada por una cura mental. De pronto, K. oyó a esta última decir: “Ustedes lo llaman aquí hipnotismo, nosotros lo llamamos *la* Ciencia”. “Pero tiene que ser peligrosísimo manipular un órgano tan delicado como el cerebro”, fue la respuesta. K. intentó en vano precipitarse al rescate, intentando liberarlas de su respectiva confusión apuntando que el hipnotismo no era un masaje y que tampoco era *la* ciencia, provocando en la americana un simple: “Hoy día moldean muy bien el cerebro”. “¿Cómo lo hacen? A través del cráneo, con algún instrumento maravilloso, supongo, y lo de pesar el cerebro es también tan increíble, ¿cómo consiguen hacerlo?” “Post mortem”, murmuró K., queriendo arrojar luz sobre los oscuros misterios de la ciencia; pero la yanqui simplemente se burló: “¿Sin tener vida?”.

Es sin duda cierto que los buenos modales se corrompen con las malas relaciones; pensar que he enviado, por maquinaciones de la enfermera, una tarjeta de Pascua florida. ¡Una tarjeta ya es malo, pero una con “Pascua” adherido! Padre ha debido gemir desde las alturas, siendo la Pascua su especial “aborracimiento”, como dice la enfermera. Ella, he observado con alegría, también está siendo corrompida por mí: pero ahora se ha vengado: este invierno he descubierto que “celebra”, o “toma la comunión”, como quiera que se diga, con el estómago lleno, después de decirme en Leamington que le produciría una fatal indigestión espiritual hacerlo, y sin pensarlo exclamé: “Tus celebraciones y todo lo demás son una perfecta tontería mientras sigas desvirtuándolas como lo haces”. La pobre criatura no tiene más idea de lo que significa desvirtuar que del Cosmos; es solamente un movimiento defensivo automático para protegerse de mi poder despótico, unos cuantos chelines que tintinean en mi bolsillo mientras ella no dispone de un solo penique.

K. fue a Cheltenham este invierno para pasar unos días con la

señorita Woolson,²³⁹ volvió en el vagón [del tren] con sir Michael Hicks Beach,²⁴⁰ su esposa y un amigo. Los caballeros habían hablado en una reunión unionista la noche anterior y se sinceraron en el entrañable modo que se supone muy erróneamente no hacen nunca los caballeros ingleses. “Vive usted cerca de los Abercorn, ¿no?” “Sí.” “Terriblemente deprimentes.” “Sí, pero muy buenos.” “Una vez me alojé en su casa, y estaban siempre en la misma habitación; era espantosamente tedioso.” “Pero ya sabe que son muy pobres”, etc., etc. Todo el círculo ducal arrebuñado en torno a una sola chimenea parece ya bastante triste, tienen que pasar más frío incluso que los Bachelor y poco es de lo que disponen para evitar la depresión, pero la hebra grosera de la fibra que permite proclamar públicamente la pobreza y monotonía de los que otrora fueron tus anfitriones es una de esas conmociones y sorpresas para la mentalidad democrática que tan equivocadamente cree en las exigencias de una larga ascendencia de delicadezas y refinamientos. Sir Michael sólo pide que de sus dos hijos, ambos en Eton, uno esté en el equipo de hockey del colegio y el otro entre en el equipo de fútbol. Uno de los Benson que ha estado viviendo en Iowa ha regresado a Inglaterra para la educación de sus chicos; dijo que había estado a punto de mandarlos a alguna escuela de E[stados] U[nidos], pero pensó que en Inglaterra les enseñarían a cazar conejos, así que se volvió; si van a ser un ornamento para su país es sin duda aconsejable que tomen medidas para desarrollar su instinto para matar.

Mi buena señora Bowyer, en Leamington, solía lamentarse de que su hijo no hubiera podido ingresar en Sandhurst: “Cuando era pequeño era un escolar excelente; y su tutor me escribe que no se ha traído de Eton los vicios que por lo general se traen, pero

²³⁹ Constance Fenimore Woolson (1840-1894), novelista americana amiga de Henry James.

²⁴⁰ Sir Michael Edward Hicks Beach (1837-1916), noveno *baronet* y primer conde de St. Aldwyn, firme enemigo del Home Rule, fue ministro para Irlanda en 1886-1887.

que ha destruido en él la capacidad de estudio, como es habitual”. Habiendo aprendido prudencia, no me explayé sobre lo grotesco de enviar a los espíritus tiernos a un centro de aprendizaje que evidentemente les priva de la poca capacidad con que la naturaleza les haya dotado; una vez, en mi inocencia, antes de haber aprendido lo que *no* debía decir, no fuera a tambalearse el imperio, exclamé al oír decir a una mamá quejumbrosa que Eton debilitaba la moral: “¿Y entonces por qué mandan allí a sus hijos?”. Y casi se palpaba la reverberación de la conmoción mental al responder ella con voz entrecortada: “Porque no hay otro remedio.” Pero George Bowyer, me parece a mí, debe tener una habilidad especial para despojarse de los conocimientos adquiridos porque siempre ha sido muy bueno en francés, y ha aprobado fácilmente, hasta que surgió la desafortunada inspiración de enviarle a Alemania tres meses para reforzarle el alemán; en el siguiente “examen” no sólo no había aprendido nada de alemán sino que al parecer se había entretenido en barrer las células galas de su cerebro, hasta el momento bien nutridas.

7 de abril

Nuestra antigua casera de Leamington le dijo a K.: “¿Cómo se las arregla para comer cuando está tan mareada en el barco?”. “Me sirven la comida en la habitación.” “Ah, claro, ustedes saben agenciárselas siempre tan bien; no son como las damas, ¿verdad? Ustedes hacen frente a las cosas tan...” Es decir, que comprende, entre otras naderías, las complicaciones de esos objetos cósmicos para la buena señora que son el cubo de la basura, el caldero y el fogón; la verdad es que K. ha atendido en efecto a muchas cosas la semana pasada. Durante 24 horas se dedicó a sus tejemanejes: por la tarde con el doctor Hack Tuke a “Bedlam”,²⁴¹ por la noche, a una

²⁴¹ Esta cita está referida en la edición de 1964 al médico sir John Bati Tuke. Es más probable que Alice James se estuviera refiriendo al doctor Daniel Hack Tuke de Londres. “Bedlam” era el Hospital Bethlehem para Enfermos Mentales.

cena “elegante”, y la mañana siguiente la encontró en Clapton, elevando la voz en oración mientras se arrodillaba entre las muchachas del Ejército de Salvación. ¡Sería curioso saber cuál de estas tres fue la máxima congregación de dementes! Cabe calificar su mente de “imparcial”, como decía Townsend en el *Spectator* sobre el señor Bryce: “La mente de Bryce es buena pero no excelente; yo diría que es una mente imparcial”.²⁴² Respecto a que pueda ser imparcial, la mente del señor Bryce es un secreto del oráculo “spectatorial”, pero la de K. es imparcial respecto a toda preconcepción personal de las situaciones, y está capacitada para “captar” los requerimientos de cada instante, de tal modo que cuando la Hermana del Arrabal le dio un golpecito en el hombro, en lugar de adoptar la acostumbrada pose falsa de la negativa, se dirigió armoniosamente al Todopoderoso sin la menor punzada de conciencia. El lunes de Pascua, que es aquí *Bank Holiday*,²⁴³ K. “sirvió” la mesa en una merienda antialcohólica celebrada en el Ayuntamiento de Kensington; el párroco de la iglesia de St. Mary Abbott, el Ilustrísimo y Reverendo E. Carr Glynn, presidía y su esposa, lady Mary, de soltera Campbell, “alimentaba” a los diversos bebés en su regazo; había un ejemplar excéntrico, una niña pequeña, que había llegado, por herencia, al refinamiento de no gustarle la torta de semillas. “Su madre era igual que ella.”

La señora de Shaen, que era prima de Thackeray,²⁴⁴ y con mucho rubor se cree el modelo original de Ethel, es bastante amiga de Katharine, y como se ocupa de vigilar en Kensington del cumplimiento de las leyes de pobres, nos cuenta muchas cosas de gran interés; es vehementemente abstemia (como debe volverse todo el que trabaja con los pobres), y en varias ocasiones ha

²⁴² James Bryce (1838-1922), después vizconde, autor de *The Holy Roman Empire* (1864) y *The American Commonwealth* (1888).

²⁴³ *Bank Holidays* son en Gran Bretaña ciertos días de la semana declarados legalmente festivos en que cierran los bancos. (*N. de la T.*)

²⁴⁴ William Makepeace Thackeray (1811-63), autor entre otros muchos escritos de la conocida novela *Vanity Fair* (*Feria de vanidades*). (*N. de la T.*)

demostrado cuán infinitamente más poseídas de valor moral están las mujeres que los hombres. Le consta que sus compañeros vigilantes y algunos jueces que conceden las licencias para venta de bebidas alcohólicas están dispuestos a apoyarla, alentándola en privado a proponer reformas pero en las reuniones no secundan sus mociones, y en una ocasión reciente la dejaron sola para enfrentarse a las burlas de 400 publicanos, habiendo ella objetado a que se renovara la licencia a un establecimiento público, situado justamente enfrente de la puerta de un asilo de pobres de Kensington, donde tres cuartas partes de los acogidos están ahí a causa de la bebida. Una pobre mujer dijo sobre su marido: “Puedo impedirle que entre en ocho tabernas pero no en nueve”. Para recompensarla por su valor y avergonzar al hombre cobarde, recibió una gran ovación de los presentes en el concierto después del té, el día de *Bank Holiday*, cuando el párroco dijo unas pocas palabras sobre lo que ella había hecho. Ojalá hubiera guardado la relación de lo que se ha publicado recientemente sobre la proporción de locales públicos que son propiedad de algún duque o de la Iglesia, en algunos distritos, un duque o dos son dueños de todos. Hay que ver la bestial estupidez de empeñarse, año tras año, en una ley sobre apertura de edificios públicos los domingos, mientras se permite que estos infiernos vomiten sus efluvios tóxicos en todas las esquinas, ¡y para cumplir con el genio nacional, se hace, claro está, en nombre de la Devoción!

9 de abril

La señora de Shaen le dijo a K. un día que sin querer había forzado al marqués de Lorne²⁴⁵ a declararse indigente, cuando le pidió su voto para la reelección a la junta directiva de vigilantes, él le explicó su incapacidad, dado que no era ni contribuyente ni propietario de vivienda; véase la ignominia de vivir en un palacio.

²⁴⁵ John, marqués de Lorne (1845-1914), después duque de Argyll, se casó con Louise (1848-1939), que era la cuarta hija de la reina Victoria.

Se cuenta por ahí que, cuando estaba en su luna de miel dijo (con objeto de que la ocasión fuera una experiencia agradable) a su esposa: “No eres más que una pobre, mantenida por el Estado”, lo cual explica, probablemente, posteriores sentimientos de ella.

Esto me recuerda que el otoño pasado en el Hotel S[outh] K[ensington], la enfermera me contó un día que el marqués de Lorne había llegado el día anterior, y que le habían preparado una estupenda *suite*, en el primer piso, pero que sólo había querido un dormitorio en la cuarta planta, y ni siquiera había traído consigo un ayuda de cámara, y que en lugar de tocar el timbre para que viniera una doncella, había ido con una bata inmemorial a la habitación donde descansan, y les había dado instrucciones. Cuando esto fue relatado en la Sala de Servicio, el “señor” Woodford, el mayordomo, que presidía la deglución de las camareras –untuoso de modales, y perfil estilo Pickwick, con las piernas tras él “no por haber perdido su cuerpo sino porque éste iba delante”–, exclamó: “Ah, éstos son los de verdad, enseguida aprendes a diferenciarlos de los falsos”. ¡Cómo despreciaría a cualquiera, que no fuera marqués, que se comportara de ese modo! H. dice: “Hace falta un marqués para hacer delicado a un mayordomo”.

Mientras estudiaba a la población de Shoreditch un día, K. divisó a una criatura femenina comprando allí media ración de helado, el cual untó en un pedazo de papel de periódico que puso en la palma de su mano y transfirió a su canal alimentario con infinita satisfacción mediante gimnasia lingual. En las vías públicas socialmente distinguidas donde se suministra un vaso para el helado puedes adquirir una cucharilla por medio penique más, pero dado que la Naturaleza ha sido tan generosa en utensilios, ¿por qué incurrir en despilfarro tan superfluo?

La señora Shaen intenta por todos los medios ahorrar el dinero de los contribuyentes, así, en una reunión de Vigilantes este invierno, cuando se propuso que fueran asignadas cinco libras a la compra de juguetes de Navidad para los niños del asilo, ella

sugirió un llamamiento a los ricos de la parroquia para que enviaran los juguetes del año anterior que atestaban los cuartos infantiles de sus casas; no le hicieron ningún caso y la moción fue desoída. Cuando volvió a su casa descubrió para su satisfacción y sorpresa, una cesta que contenía 60 juguetes reunidos por algunas personas sensatas entre los feligreses de la parroquia. Por tanto, la señora S. creyó que convencería sin dificultad a sus compañeros en la siguiente reunión; pero no, los incurables zopencos habían ya destinado el dinero, de tal modo que no podía ser devuelto, y procedieron a votar otras dos libras más para adornos florales de la casa.

Un poco antes de Navidad, K. se fue un día al asilo con ella, y habló con el Director (que, en consonancia con los felices usos ingleses, se llama Brimblecombe) sobre los sesenta juguetes que tiene para los niños, ante lo cual él dijo: “Ah, pues están los juguetes y las monedas de seis peniques que *Truth* envía todos los años, y sólo tenemos 17 niños”; hay momentos en que parece que estuvieran todos simplemente braceando en un cenagal de sentimentalismo, especialmente cuando te cuentan que hay una anciana metomentodo atolondrada y ociosa que envía fresas con nata dos veces a la semana, a estos seres depauperados obstinadamente apáticos. La mayoría de estas ruinas humanas son resultado de la bebida: uno de ellos un anciano que había asistido al mismo colegio que Gladstone y el tío de la señora Shaen, y una mujer que había sido institutriz de uno de los príncipes.

Te dicen que al trabajador inglés le resulta absolutamente imposible ahorrar un solo penique para su vejez y, en apariencia, esto parece cierto, pero la señora de Shaen ha calculado que suprimiendo la cantidad de seis peniques al día dedicada a la cerveza familiar, una estimación muy moderada, se ahorraría la suma de 546 libras en una vida de 60 años. Encima te dicen que el clima lo “exige”, cuando en realidad, dado el clima, la cerveza es sencillamente un veneno, y me he enterado de más “ataques de hígado” desde que estoy en Inglaterra en que toda mi vida anterior.

A la vista de los hechos, es muy curioso el comentario aparecido en *Truth*, sobre la introducción que H. escribió para el catálogo de la exposición de cuadros de Alfred Parsons,²⁴⁶ en el sentido de que, siendo el señor H. J. socio distinguido del Club Savile, escribe, como es natural, un elogio de los cuadros de su amigo el señor Parsons, etc., cuando la realidad es que H. no siente la menor afición por el Club Savile,²⁴⁷ y va por allí alrededor de una vez al año, y el señor Parsons no es socio de ninguna clase.

H. dijo un día que Burne-Jones,²⁴⁸ Sargent²⁴⁹ y Alfred Parsons son los artistas más completos que conoce, por sus puntos de vista y por su naturaleza, hombres excelentes.

Es desusado ver a una criatura como H. que, con tan fuerte, casi total, inclinación artística, siente una repugnancia absolutamente física hacia todo desorden personal. Es un triste destino, no obstante, que lleve adherido a un ser como yo; y no es posible exagerar la hermosa paciencia con la que escucha mis desahogos sobre *Cuestiones* (no quiera el Cielo que sea yo nunca tan ruín de rebajarme hasta *Temas*) de las que él está muy alejado, y que absorben mi enjuta e implacablemente moral constitución. Ayer mismo oía yo todavía el eco de la voz de Padre, cuando un día anatematizaba algún defecto mío en Newport: “¡Ay, Alice, qué dura eres!” y recuerdo hasta qué punto me penetraba, no por primera vez, sino a menudo, la verdad de sus palabras; y veía la repugnancia que sentía su naturaleza con su germen maduro de benignidad humana; ¡ay!, a lo largo de todos estos años ese centro esencial ha seguido afrontándome, aunque tengo momentos en

²⁴⁶ Alfred William Parsons (1847-1920), paisajista e ilustrador inglés, amigo de Henry James.

²⁴⁷ Henry James fue socio del Club Savile desde 1884 hasta 1899, pero casi nunca iba allí, prefiriendo el Reform y el Athenaeum.

²⁴⁸ Sir Edward Burne-Jones (1833-1898), pintor y diseñador inglés.

²⁴⁹ John Singer Sargent (1856-1925), retratista americano amigo de Henry James.

que me permito creer que mediante la pesada mano del Tiempo puede despertar la sabia del impulso generoso y dulce, pese a que éste no da muestra alguna en la rica floración que tapiza su paso.

Esto me recuerda uno de los chistes predilectos del entrañable Wilkins Micawber: el señor George Bradford²⁵⁰ había abierto un colegio en Newport, y un día Emerson le preguntaba sobre el centro en presencia de Wilkie, que estaba de visita en casa de los Emerson en Concorde. “¿Y qué tipo de chica es Alice?”, preguntó el señor E.: “Tiene un carácter fuertemente moral”, respondió el señor B. Ante lo cual, muy divertido, el señor E. exclamó: “¿Y cómo demonios consigue su padre llevarse bien con ella?”. ¡Mas cómo relatar esta larga alianza, compuesta en una de sus partes de tierno afecto, de simpatía solícita e indulgencia paterna!

13 de abril

K. es tan excesiva en lo normal que a veces me parece ser toda ella tierra firme. Los anémicos se alimentan tanto de la vanidad de la emoción y la sensación que llegan a ser como hongos gordos de lo morboso.

19 de abril

En el sentido de lo gracioso no cabe pedir más que tener al Fiscal General de un ministerio *Tory* defendiendo a Hurlburt²⁵¹ en

²⁵⁰ George Partridge Bradford (1870-1890), compañero de clase de Emerson y amigo suyo de toda la vida.

²⁵¹ W. H. Hurlburt, escritor sobre temas políticos y de otra índole, anteriormente propietario del periódico de Nueva York, *World*, era el acusado en una demanda por incumplimiento de promesa presentada por Gertrude Ellis, conocida en los escenarios como Gladis Evelyn. Ésta acusaba a Hurlburt, que había dicho llamarse Wilfrid Murray, de haberla seducido bajo promesa de matrimonio. Hurlburt alegó que la promesa (si es que existía) tenía como condición que la señorita Ellis fuera “una mujer casta y modesta, pero que era una mujer de vida inmoral.” Se alegó también durante el proceso que el Wilfrid Murray con quien la actriz había presuntamente mantenido una relación no era Hurlburt sino su secretario. La sentencia fue favorable al acusado, pues el jurado declaró que no había habido “promesa de matrimonio.”

una demanda por incumplimiento de promesa de matrimonio, y alegando con toda serenidad que era un caballero sumamente respetable, cuyo brillo de respetabilidad no había sido nunca enturbiado por un solo aliento de escándalo o libelo. ¡Pobre sir Richard Webster! ¡Tener que pasar de Piggott a Hurlburt!

El ascendiente del americano queda patente en el hecho de que un joven de Cambridgeport, creo que de nombre Fullerton,²⁵² que no sobrepasa los veinticinco años, fuera subdirector del *Times* y ahora haya sido enviado a París para, con el tiempo, desbancar a Blowitz,²⁵³ imagino.

Tengo que felicitar al *Speaker* por haber emancipado ciertos párrafos, bajo el epígrafe de “La semana”, de la gloriosa misión de destruir a Howells; con toda mi admiración por su especial ingenio, le hizo más poderoso de lo que la realidad justificaba que un semanario londinense le considerara tan fuerte como para creer esencial dedicar párrafo tras párrafo a despreciarle y condenarle; era una posesión enfermiza porque tanto obsesionaba Howells su pensamiento que cuando las cosas que *sí* había dicho se conocían, ellos adivinaban la iniquidad que *estaría* dispuesto a cometer de darse ciertas circunstancias. Cuando no era Howells era la sabiduría de un Jenkins de Tennessee, o un Tompkins de *Mizzourah*²⁵⁴ la que era arrancada de su oscuridad nativa para esgrimir la en reprobación de Gran Bretaña; en sus más alocadas fantasías ¿podría haber soñado jamás un Jenkins o un Tompkins con semejante gloria? También el director dedicó dos iracundas columnas –¿a quién creen ustedes?– a la pobre Marion Harland²⁵⁵ cuyas

²⁵² William Morton Fullerton (1865-1952), periodista americano que trabajó en las oficinas parisinas del *Times* de Londres y posteriormente fue editorialista del periódico francés *Le Figaro*.

²⁵³ Henri de Blowitz (1825-1903), director de las oficinas parisinas del *Times* durante muchos años y eminente periodista europeo.

²⁵⁴ El estado de Missouri. Ésta sería su correcta pronunciación según los habitantes de este estado. (*N. de la T.*)

²⁵⁵ Marion Harland, pseudónimo de Mary V. Terhune (1830-1922), escritora de relatos sobre el sur de Estados Unidos antes y después de su Guerra Civil.

ñoñas historias solía yo leer de niña en *Godey's Lady's Book*, cuando topaba con ellas en casa de los Perry²⁵⁶ estando en Newport hace 30 años. Qué cosa más literalmente absurda ver a este tenue fantasma de un pasado literario largamente olvidado “aparecer” como entidad imponente a ser castigada con los rayos de un semanario londinense, y encima bautizada de “caballero”. Pero al fin, el ingenioso director ha descubierto que incluso en el corazón de Londres existe una bibliografía de la que sería más importante dejar constancia, de modo que los E[stados] U[nidos] han de ocupar un segundo plano, y sus vicios literarios no aparecen ya como los hechos más centrales e influyentes del momento.

22 de abril

En estos últimos meses nos hemos interesado mucho en una pequeña historia muy triste de la que hemos tenido noticia a través de una amiga de oficio de nuestra enfermerita: lady Alexandra Leveson Gower,²⁵⁷ única hija del incalificable duque de Sutherland, ha estado guardando cama muy enferma aquí cerca, en casa de su tío el duque de Argyll, y acaba de morir. Su madre murió hace dos o tres años, y su padre se caso inmediatamente con una abominación en forma de mujer: la pobre joven, que tenía sólo 25 años, se sintió tan embargada por la pena del presente y el recuerdo del ultrajado pasado de su madre, que se fue a San Bartolomé

²⁵⁶ Los Perry eran vecinos de los James en Newport, y Thomas Sergeant Perry (1845-1928), crítico y profesor, fue durante muchos años buen amigo de Henry James. Margaret Perry, su hermana, se casó con el pintor John La Farge.

²⁵⁷ George Granville William, tercer duque de Sutherland (1828-1892), se casó con Anne Hay-Mackenzie de Newhall and Cromartie en 1849. La duquesa fue algunas veces Dama de Honor del Vestuario de la reina Victoria y se le concedió el título de condesa de Cromartie. Murió el 25 de noviembre de 1888. La princesa Alexandra era madrina de la hija de la duquesa, Alexandra, que murió el 16 de abril de 1891. El duque volvió a casarse en 1889 con Mary Caroline, viuda de Arthur Kindersley Blair e hija del reverendo Richard Michell, doctor en Teología y director del Hertford College en la Universidad de Oxford.

para intentar distraerse con el trabajo de enfermera.²⁵⁸ Hay algo conmovedor en que un alma tan tierna criada de forma tan artificial, alargue sus débiles ramitas para enroscarse y perderse en las cosas vulgares. Pero sólo estuvo allí tres meses, y se fue muy enferma, y aunque la reina ha hecho una visita para interesarse por ella, padres y tíos duques, hermanos y primos marqueses, lores y ladies de todas las categorías se han inquietado por ella, la damita en sí, que acarrea el conocimiento de una carga de demasiado pesada para ella, abandonó con apacible gozo el mundo de sombras vanas. ¿No sentirá el pecho de su padre algún temblor de remordimiento por la brutalidad que desgarró sus delicadas fibras?

Lady Alexandra hizo una observación muy instructiva para nuestros criterios constituidos de forma diferente. Le dijo a su enfermera que había sufrido muchas penas, y no podía vivir con su padre porque se había casado con una persona a quien “no ha querido recibir la Reina”; esto no era, claro está, más que una fórmula útil para emplearla con la enfermera, pero era también un criterio absoluto de lo posible y lo imposible el cual lleva en la sangre. El hecho me abrió una concepción totalmente nueva y un gran impulso de gratitud por haber escapado de forma congénita a la posibilidad de semejante *entravement* de nuestra prerrogativa personal.

Pero de todas las repulsiones, la mayor es la adhesión a una religión por obediencia a una norma externa de respetabilidad, y no a la inspiración espontánea de un alma afanosa. Un Dios con perfiles fijos y rígidos a ser adorado dentro de un ritual obligatorio estrictamente formalizado, no una Deidad que se configura momento a momento con las necesidades del devoto cuyo pecho

²⁵⁸ Aunque Henry James apuntó un tema similar en sus cuadernos para un relato corto en 1888, al parecer escribió la historia en esta época. Su interés en este tema acaso se reavivara con la historia de lady Alexandra, según se la contó Alice. En su relato, “The Marriages” (Los matrimonios), publicado en el *Atlantic Monthly* en agosto de 1891, la hija aparece, sin embargo, con rasgos menos favorables de lo que la presenta la versión de Alice.

palpita con el conocimiento vivo, y cada vez más claro, de las cosas divinas. Una fe apuntalada con una retórica resonante de linaje ancestral, y con las vanas repeticiones de los hombres; no una fe que es secreto sagrado de toda alma en cuyo interior brota de forma invulnerable, cuya comunión son las alegrías y penas comunes, las imágenes y sonidos sencillos, y cuyo ritual se oculta a la especulación vulgar en el misterio individual.

23 de abril

Ha sido tan emocionante este invierno que esa *terra incognita*, el teatro, se nos hiciera accesible, y poder proyectarnos en el interior de la conciencia del dramaturgo, y saber de todos los condicionantes que le encadenan. Harry es la criatura más adorable del mundo por “contarlo”, ¡y las cosas que él ve! Compton le dijo a K. que en una ocasión había dicho cosas sobre los miembros de su compañía que ellos mismos, después de muchos años, empezaban sólo a percibir. Los Compton también concedían mucha importancia al hecho de que, salvo una pequeña extirpación, cuando empezaron a ensayar *El americano* no habían sugerido ni una alteración; esto, al parecer, es muy poco frecuente. La señora Kendal dice en su librito que las obras de teatro suelen necesitar una remodelación completa.²⁵⁹

Cuando descubres todas las férreas restricciones que el pobre autor tiene que aceptar para cumplir su propósito, cualquier obra dramática se convierte en un *tour de force*; contar una historia en un número determinado de minutos, de modo que hay que medir cada sílaba, es ya bastante difícil, pero tener además que contarla de modo que sea comprensible para el entendimiento más vulgar *au fur et à mesure*; que cada acto termine con un “telón”; y, de suprema importancia, que el actor-director y su

²⁵⁹ Madge Kendal (1849-1935) era una distinguida actriz. En realidad, *El americano* fue considerablemente retocado por H. James después de que la obra llegara a Londres.

Mujer, si la tuviera, se queden con los papeles principales, y tengan alguna relación en el *finale*, es un trabajo hercúleo.²⁶⁰

El Actor-Director *tiene* que acabar casado con su Mujer, aunque siendo actriz de comedia tenga que transformarse, con objeto de cumplir este fin, en reina trágica. ¡Y esto es arte! ¿Cabe imaginar algo más ridículamente británico que arriesgar tu propia salvación antes que romper grotescos grilletes consagrados por el *pasado remoto*, esas sagradas sandeces heredadas?

H. entró, hace unos días, todo acalorado por una entrevista sumamente agradable con Hare,²⁶¹ que no sólo acepta la segunda obra, *Mrs. Vibert*, escrita por H. antes de Navidad para la señorita Genevieve Ward,²⁶² sino que la acepta con entusiasmo y la ha calificado de “obra maestra de la construcción dramática”. Su conversación fue muy inteligente y su opinión sobre el público inglés no deja nada que desear. Habló en abundancia sobre el elenco y repitió “es digna del Français”. *Lady Bountiful*,²⁶³ la cual acaba de montar, ha sido un fracaso desgraciadamente, y al parecer estaría dispuesto a llevar ya a escena la obra de H. si no fuera porque desea, como descanso, reponer una obra antigua y ha prometido montar otra nueva después, de modo que H. no llegará hasta el otoño o el invierno, me temo. Hare parece estar emancipado de la necesidad de adaptar la obra a su compañía, y dichosamente no posee una esposa actriz.

Me sorprendió comprobar que H. no parecía comprender cuánto más va a depender esta obra de los actores, para tener éxito, que *El americano* o la Comedia que acaba de escribir; pues depende totalmente de la sutileza y el arte con que se presenten

²⁶⁰ Alice se hace aquí eco de las continuas quejas de su hermano de “la camisa de fuerza” que suponían las exigencias de la escena.

²⁶¹ Sir John Hare (1844-1921) había prometido llevar a escena la obra de H. James, *Mrs. Vibert* (posteriormente titulada *Tenants*) pero no lo hizo nunca.

²⁶² Genevieve Ward (1838-1922), actriz nacida en Estados Unidos que actuó en los teatros de Nueva York y Londres.

²⁶³ La obra dramática de Pinero llevada al escenario por Hare en marzo de 1891.

sus delicadas situaciones psicológicas, y sólo atraerá al limitado público que sospecha la existencia del arte y la sutileza. H. dice que *Lady Bountiful* se ha puesto en escena con un estilo exquisito; los ingleses superan a los franceses tan enormemente a este respecto; yo sugerí que los franceses compensaban con la actuación: “Sí, desde luego, aquí la actuación es un simple añadido”. Pero “Es un añadido tan importante”, como dijo la joven americana a Lizzie Putnam, la de las montañas suizas.

24 de abril

¡Sin duda no cabe esperar nada más que lo inesperado! Estando la señora Chamberlain fuera de la ciudad, una gran caja de flores, que viene de Highbury, le llegó a K. ayer. La enfermera la abrió y puso cosa tan bonita sobre mis rodillas; entre las flores descubrí un esmerado paquetito que abrí, y ¡he aquí que en mi humildad me encontré súbitamente ante la gloriosa presencia de dos de los históricos “adornos de ojal” de Joseph.²⁶⁴ La enfermera se apresuró a adornar a mi humilde persona con estos feos objetos, feos como pueden ser las orquídeas, y yo sentí que la vida merecía en efecto ser vivida. Unos minutos después cogí el *Standard* y descubrí que la criatura había estado pronunciando un discurso en algún sitio, cuyas últimas líneas venían a decir que sólo unos pocos irlandeses deseaban la Autonomía, para hacer dinero a su costa; ¿se puede ser más vil?

Hay rumores de disolución; yo la temo inmensamente, pues el estancamiento público de los últimos meses ha sido un gran descanso.

Una de las cosas que no hay alma que pueda entender de los ingleses son sus relaciones políticas. Aprovechan con fruición cualquier ocasión, dentro y fuera del Parlamento, para llamarse mutuamente embusteros, rufianes, etc., bajo los más nimios pre-

²⁶⁴ Joseph Chamberlain (1836-1914) era entonces jefe de los Unionistas Liberales en el Parlamento y era contrario al Home Rule.

textos parlamentarios, si es que los hay; y después salen cogiéndose del brazo para cenar juntos. Esto suscita grandes aplausos nacionales y el *Standard* sintió la necesidad de publicar un editorial sobre el tema recientemente: “¿En qué otra nación sería posible algo así, etc.?” En ninguna ¡a Dios gracias! Incluso el duelo francés con todos sus aspectos supremamente ridículos produce impresión de hombría, comparado con esa criatura pusilánime que se escabulle para irse a cenar con el hombre a quien acaba de llamar rufián. Si en efecto lo dice en serio, el primer movimiento, cabe imaginar, tendría que ser darle un puñetazo al hombre; si es sencillamente un mentiroso de calibre degenerado, haciendo capital político, se te tiene que levantar el estómago con su cena; ¡ah, pero las concesiones a la conveniencia que no están reñidas con ser “un británico valiente y noble” son múltiples y grandes!

25 de abril

Qué decepcionante pero útil, cuando has dado por sentado de modo muy autocomplaciente que tienes “una buena influencia” en alguna hija del pueblo, descubrir que ha estado rodando cuesta abajo sin cesar fuera del barril doméstico. Es una sacudida y un ultraje tan grande a tu pobre vanidad descubrir que se han estado burlando de ti, hasta que la razón te muestra que es tu propia conciencia la que ha dotado a la criatura de toda clase de cualidades y buenas maneras que nunca pretendió tener y que, igual que el ignorante no percibe ni observa nada, porque no lleva el germen en su interior, ni heredado ni adquirido, nosotros, con nuestra exótica percepción, creemos descubrir en las hierbas silvestres más toscas las posibilidades de la flor más hermosa y nos sentimos injustamente tratados cuando nos pinchamos con las espinas o nos escuecen las ortigas.

26 de abril

Nos sentimos tan absurdamente felices en nuestra casita, tan decididamente trivial, a la que según parece habría sido igual-

mente fácil llegar sin tantos eslabones en la cadena, pero cada uno tuvo que ser forjado en el inexorable yunque de la capacidad de aguante, donde no puede apresurarse ninguna acción humana; tuve que ponerme un poco peor para perder toda conciencia de estar absorbiendo a K. como por derecho, y después necesité algún dinero más, que llegó oportunamente cuando concluyó la trágica vida del pobre anciano primo Henry Wyckoff.²⁶⁵ Yo había temido sentir un terror constante a los ladrones, pero no he tenido todavía ni el más mínimo susto. El tono de la convivencia está muy sublimado, lleno de serenos intercambios de cortesías, siendo nuestro único motivo de diferencia el alma protoplásmica de Louisa; ya adopte al final de nuestra estancia forma ritualista o bautismal, todavía no disponemos de señal alguna; la enfermera le hace un gorro, ante lo cual “Bautisma” le hace un delantal, etc., mientras el pez unitario de sangre fría y la apasionada de la religión natural lo contemplan todo desde el piso de arriba con santo horror ante estas descaradas maquinaciones eclesiásticas. K. dice que yo tengo la religión “más conveniente” (yo sugerí inflada) de las cinco pues los tres elementos indispensables están aunados en mi propia persona: “Alá, el profeta y el devoto”.

La pobrecita enfermera está tan hundida en sus supersticiones que aunque ha oído mis burlas durante cinco años, no puede siquiera percatarse todavía de que la Iglesia no tiene existencia para mí, de modo que cuando ha conseguido llevarse a Louisa a misa viene para ofrecerme alguna excusa, ante lo cual yo exclamo de modo sumamente desalentador: “Un lugar excelente para ella”.

Hay que tener en cuenta lo que es: es la criatura más buena del mundo, y se ha adaptado con paciencia extremadamente ejemplar a todos mis ángulos agudos, sin dejar oír un gemido; cuando todos mis cimientos se hundieron bajo mis pies el verano

²⁶⁵ Véase Henry James, *Un chiquillo y otros*, capítulo XI, para una descripción de Wyckoff. La comedia de James, *The Reprobate*, se basaba parcialmente en este episodio de la historia familiar.

pasado, y yo me aferré a ella, como un náufrago a una tablilla, tuve una impresión muy fuerte de la riqueza de la vida, al encontrar seguridad anclándome a su larga y estrecha superficie, sencilla como un Fra Angelico, que cubre solamente media docena de instintos bondadosos y fieles, y que me ligó a lo humilde y lo bueno, de tal modo que cayó sobre mí la paz dichosa que produce huir de lo fantasioso y sumergirse en la masa inmensa. Antaño, cuando, mes tras mes y año tras año, solía tener mis “ataques”, y Madre y Padre permanecían junto a mi cama durante largas noches, yo gritaba llorando por saber qué sería de mí cuando los perdiera; y he aquí la respuesta a mi corazón dubitativo, una niña que por entonces estaría gateando en una aldea de Gloucestershire, iba a extender la mano, en una tierra extraña, hacia mi necesidad, cumplir toda clase de cometidos, y generar en mí un sentimiento cada vez más hondo de la exquisita verdad de que la bondad humana supera a toda la maldad humana, y que sólo entre las nubes brilla la auténtica iluminación.

3 de mayo

Bob me escribe que Ned,²⁶⁶ que va muy bien en sus estudios, ha sido destinado por la buena de Mary a ser un “ministro del altar”; dada la sangre de Padre que inevitablemente corre por sus venas, esto es irresistiblemente divertido: el altar, además, ha de ser de la inclinación episcopal, esa arquitectura chapucera del alma, sin nada del esplendor histórico de la Iglesia católica para prestarle misterio y autoridad, ni tampoco la desnudez sombría y heroica del calvinismo austero y masculino para tensar los tendones mentales y morales.

7 de mayo

K. fue el 3 de mayo a la Manifestación de las Ocho Horas en Hyde Park; según ella fue una suerte que yo no estuviera allí, por-

²⁶⁶ Ned era Edward Holton James (1873-1954), hijo mayor del menor de los hermanos James, Robertson.

que habría llorado como una fuente, tan sobrecogedora era su inmensidad. Toda esta cuestión es un mar de dudas tan turbulento, en el que eres arrojado sin piloto ni brújula que he tenido que cerrar mis emociones a ella. Todo el estado de cosas es horrendo y debe ser barrido, pero ahora mismo, el trabajador inglés, como alguien dijo sobre el paisaje, “está tan regalado y mimado” comparado con sus compañeros de países menos afortunados, y cuando necesitas uno para algún trabajo, busca de forma tan constante y exasperante el descanso de media jornada o jornada completa que eso de los “desempleados” empieza a parecernos una creación fantasmagórica. Este hombre parece repleto de esa cualidad que la residencia continuada aquí te impone cada vez más, la falta de empuje en todas las clases, y la construcción y aceptación de la vida sobre criterios de flojedad.

El verano pasado, H. nos ofreció una descripción tan interesante de las personas que había visto en el continente, en Baviera e Italia principalmente; y te sugería una impresión muy fuerte de los millones de seres anónimos que se afanan, sin reconocimiento, caminando en silencio hacia la tumba con sus virtudes ignoradas, mientras que su callado heroísmo es el manantial sin el cual la escoria chillona e irredenta desaparecería como el rocío de la mañana.

Qué espectáculo, las razas anglosajonas dirigiendo protestas al Zar contra la expulsión de judíos de Rusia, en el momento mismo en que sus propios gobiernos están elaborando leyes que prohíben su inmigración.²⁶⁷

La enfermera me ha llevado hoy a la ventana y ¡he aquí que la Primavera se ha empleado ya con sus trucos! Tenemos un buen

²⁶⁷ Alejandro III (1845-1894) sucedió a su padre en el trono cuando éste fue asesinado y aplicó durante todo su reinado políticas reaccionarias inducidas por el miedo y la ignorancia. Intentó rusificar a diversas minorías e impuso viejas restricciones sobre una serie de ocupaciones de los judíos en las zonas urbanas. Esto produjo la expulsión de un gran número de judíos de Moscú y otras ciudades, y su aglomeración en áreas de gueto.

trocito de jardín que, junto a los de nuestros vecinos, nos ofrecen un delicioso atisbo del cielo y muchas porciones esponjosas de verde. K. ha gastado veinte chelines en semillas y veinte libras de energía entre nuestros muros, y yo he soñado que, a medida que avanza la estación, acaso pueda ocasionalmente ser transportada por mis esclavas a través de esta enmarañada floresta. Qué afortunado es que tengamos tantos estómagos estéticos, para que cuando descansemos en una habitación umbría, podamos rumiar y rumiar sobre pasadas contemplaciones; un rayo de luz, o una ráfaga de perfume, o un susurro de brisa, y la ilusión del panorama relumbrante, el murmullo de los pinos y la húmeda y divina terrenidad, están ante nosotros con toda perfección.

9 de mayo

No es frecuente que recibamos la gratificación de oír nuestras teorías confirmadas y justificadas en boca del sujeto; pero una tal señorita Clough,²⁶⁸ Directora de Newham, me dio marchamo y sello de autoridad cuando K. comió allí el otro día; lo que por encima de todo hace a esta estimable raza parecer tan completamente foránea, como si fuera inconcebible que tuviéramos unos antepasados comunes, es la microscópica subdivisión del conocimiento. Es imposible afirmar que la supremacía en una aptitud no produce irradiación, sino que eleva a todo el hombre al nivel más simple de inteligencia, porque éste porta ese don, que a menudo posee en gran perfección, en un compartimento estanco a través de cuyas paredes no irradia ningún calor germinal, y deja el resto de sí mismo, con inocencia conmovedora e infantil, como la naturaleza lo hizo. Una había supuesto que ese hombre era una víctima inconsciente; según las declaraciones de la señorita Clough, parece ser que en eso se esfuerzan en convertirle, siendo

²⁶⁸ Anne Jemima Clough (1820-1892), hermana del poeta Arthur Hugh Clough, fue la primera directora del Newham College para chicas de la Universidad de Cambridge.

la inteligencia general y falta de desarrollo especial que ella observa en las chicas americanas que le llegan enteramente subversivas ante las normas establecidas; la mente infantil debe consagrarse y perfeccionarse en una sola disciplina, las matemáticas, las lenguas, etc., mientras otros campos quedan baldíos frente a la semilla del azar. Por esto las cosas terminan tan pronto cuando estás conversando. Haces una pregunta estrechamente relacionada con el tema, y toda la maquinaria se detiene, proclamando ellos sin inmutarse su absoluta ignorancia. Semejante franqueza atrae sin duda a los Más Nobles pero desalienta e interrumpe el flujo social en mayor grado que la azarosa vibración y el trémolo que prestamos nosotros a las alas de la imaginación cuando sentimos bajo los pies el angustioso lodo de la duda.

Es todo ello muy sencillo, y se explica a sí mismo, pues ellos se conciben como las “matemáticas”, no relativos sino absolutos, y descansan complacidos y conformes en esta idea, mientras que el tembloroso americano captura, en los bordes enmarañados de su cultura, simplemente un conocimiento aproximado de muchas cosas. Te sientes tan impresionado, al principio, cuando contemplas la tersura redondeada del intercambio intelectual, y quedas pasmado hasta que se proyecta un rayo iluminador, y ves que en ningún caso puedes esperar del individuo un acto de inspiración, que su sustancia, sólo en casos excepcionales justifica la superficie de cultura heredada y la afortunada oportunidad que le ha caído en suerte; pero ¡quién, me gustaría saber, ha visto jamás a un yanqui con exceso de cultura!, aparte, por descontado, del egregio Norton.²⁶⁹

Todas las primaveras el primer polemista clásico o experimentado excita en sus espíritus un entusiasmo tan juvenil como cuando aquél fue primeramente inventado, y todos estos siglos que le han visto hundirse en una oscuridad impotente no menoscaban

²⁶⁹ Charles Eliot Norton (1827-1908), profesor de historia del arte en la Universidad de Harvard de 1873 a 1898.

su gloria ni les abre los ojos al hecho de que una excrecencia en un orden de conocimiento raramente se plasma en sabiduría práctica para la vida. Mary Porter me dijo un día, que, en el extremo opuesto de la escala, la incapacidad de la persona entrenada para hacer una cosa, no dirigiendo jamás su atención a otra, complica mucho la situación. En ese momento ella estaba muy preocupada por unos hombres que habían sido fabricantes de cajas; las fluctuaciones del mercado les habían dejado sin trabajo, y estas pobres criaturas tuvieron que rebajarse a trabajar de estibadores, ¡triste escoria!

Los ejemplos de esta índole se multiplican infinitamente; uno o dos sobresalen lo bastante para merecer mención. La agencia inmobiliaria “de” quien arrendamos esta casa tiene un negocio voluminoso e importante, pero cuando K. le dio como referencia a los Baring Brothers,²⁷⁰ no sabía quiénes eran; que haya sido este invierno, cuando el mundo entero se ha hecho eco de su caída, hace aún más notable el cese de su conciencia comercial fuera del radio que ellos ocupan.

El lunes posterior a la manifestación de ocho horas en Hyde Park, K. fue a un club de Shoreditch²⁷¹ donde va para entretener a las criaturas del Pueblo, y preguntó a una tal señorita Cathcart cuya vida está por entero consagrada al trabajador y que tiene mucho que ver con la organización de sus círculos, lo que había oído decir a los hombres sobre aquella cuestión y si tenía la impresión de que la causa era auténtica o no; la respuesta fue totalmente vaga: no había oído hablar del asunto y al parecer no tenía ningún interés en ello; creía haber oído que iba a haber un mitin en Hyde Park.

A causa del inmenso e hirviente problema de la pobreza ella había entrado, dedicándose a ello con entrega, en la organización

²⁷⁰ La banca Baring Brothers & Co. de Londres. El socio principal, Russell Sturgis (1805-1887), en origen comerciante de Boston, era amigo de Henry James, como también sus hijos Julian y Howard.

²⁷¹ Barrio tradicional de Londres. (*N. de la T.*)

de círculos y el departamento de diversiones, en lo que obtuvo gran éxito, pero ni un pequeño goteo de interés en la cuestión general se ha filtrado ni impregnado su espíritu.

Una dama casada que pasa por ser “muy lista” y culta dijo un día algo que demostró una ignorancia tan increíble de la anatomía femenina que yo exclamé: “¿No ha conocido a nadie que haya tenido un hijo?”. “Oh sí, mi hermana ha tenido unos doce.”

Ayer Harry hizo una visita al domicilio de la señora de Humphry Ward,²⁷² que acaba de mudarse a una bonita casa nueva en Grosvenor Place, al parecer uno de los productos de *Robert Elsmere*. La señorita Pater estaba allí también, y Harry mirando hacia los hermosos árboles de los jardines del Palacio de Buckingham se sintió movido a lamentarse por ese despilfarro de esparcimiento en el corazón de Londres, despreciado por la Reina y denegado al pueblo; cuando ella dijo tímidamente (con los ojos fijos en los árboles): “¿Dónde están?”. H. respondió: “¡Pues precisamente ahí, ante sus ojos!”, a lo cual contestó ella: “Ah sí, supongo que ahí tendrían que estar”. Y ésta es una dama que según su talentosa familia es una “mina de conocimiento silencioso”.

Se me antoja ahora que todo este largo preámbulo podría haberse resumido en la frase que H. pronunció un día, de que “los ingleses son las únicas personas que pueden hacer grandes cosas sin ser inteligentes”.

31 de mayo

Quien esperar puede, tiene lo que quiere. Acaso mis aspiraciones fueran excéntricas, pero ahora no puedo quejarme de que no se hayan cumplido con brillantez. Desde que he estado enferma, he anhelado sin cesar alguna enfermedad palpable, por muy convencionalmente horrorosa que pudiera ser su etiqueta, pero siem-

²⁷² La señora de Humphry Ward (1851-1920), novelista inglesa cuya obra *Robert Elsmere* (1888) fue una de las novelas más leídas en las postrimerías de la época victoriana.

pre me he visto reducida a tambalearme sola bajo la masa monstruosa de sensaciones subjetivas, sobre las que ese ser tan comprensivo, “el médico”, no tiene ocurrencia más elevada que asegurarme que soy yo personalmente responsable de ellas, desentendiéndose de mí con gentil autosatisfacción en mis propias narices. El doctor Torry²⁷³ ha sido el único hombre que me ha tratado como a un ser racional, que no supuso, por ser yo víctima de muchos dolores, que por necesidad era también un caso de desarrollo mental interrumpido.

Pese a la felicidad y el confort que tenemos aquí, yo he ido cuesta abajo a un trote constante; así pues, hace cuatro días hicieron venir a sir Andrew Clark,²⁷⁴ y este bendito señor no sólo me ha endosado complicaciones cardíacas, sino que dice además que un bulto que he tenido en el pecho durante tres meses, y que me ha producido muchos dolores, es un tumor, que no se puede hacer nada más que aliviarme el sufrimiento, que es sólo cuestión de tiempo, etc. Todo esto con un delicado bordado de “un caso sumamente penoso de hiperestesia nerviosa” añadido a una neurosis espinal que me ha dejado sin piernas durante siete años; junto a los ataques de gota reumática en el estómago durante los últimos veinte, tienen que satisfacer la más hinchada vanidad patológica. Es rotundamente indecente catalogarse a sí mismo de esta forma, pero lo registro todo con espíritu científico, para demostrar que aun no teniendo valor productivo, tengo un cierto valor como cantidad indestructible.

11 de junio

A quien no haya pasado por ello, le resultará difícil entender el enorme alivio del veredicto sin ambages de sir A. C., que nos saca

²⁷³ John Cooper Torry, miembro del Real Colegio de Médicos, había ejercido en Londres desde 1859. Había hecho sus estudios en St. Andrew's.

²⁷⁴ Sir Andrew Clark (muerto en 1913), vicepresidente de la Asociación Británica de Médicos, distinguido médico y cirujano de la época victoriana, fue posteriormente cirujano honorario del rey Eduardo VII.

de una vaguedad informe y nos sitúa en el corazón mismo de una concreción sustentadora. Uno no elegiría naturalmente un método tan desagradable y truculento de descender al Valle de las Sombras, e indudablemente muchas fibras morales van a quebrarse en el camino, pero nos ceñiremos bien los muslos y nada ensombrecerá la bendita paz del final.

Tenerlo en perspectiva durante algún tiempo parece duplicar el valor del acontecimiento, porque te vuelves repentinamente curioso para ti mismo, y tu vacilante y pequeña individualidad queda resaltada con un efecto de camafeo y sientes una indulgencia sumamente tierna hacia todos los abortados, diminutos, *esfuerzos* que se agolpan en la memoria. Mi mayor pena es por K. y H., que lo *verán* todo, mientras que yo sólo lo *sentiré*, pero lo están tomando, desde luego, como arcángeles, y me cuidan con infinita dulzura y paciencia. A mi pobre William con su exagerada empatía hacia el sufrimiento no le van a decir nada hasta que todo haya terminado.²⁷⁵

5 de junio

¡Como un cancro en la rosa, así acecha la decepción en el tumor! Yo siempre había supuesto que podía abandonarme a un tumor con perfecta seguridad moral, pero he aquí que descubro que el desdichado sólo es absoluto en cuanto tumor; corriente y bien intencionado en lo que hace a recortar la vida, pero movido a toda clase de malestares inusuales por *mi* forma de influir en él, de tal modo que estoy tan torturada como siempre en cuanto a decidir el grado de angustia que tengo que padecer comparado con todas las demás víctimas de tumores antes de que pueda aplicarme el pacificador anestésico.

Parece ser que sir A. C. dijo que aunque podría morirme en el plazo de una semana más o menos, podría también vivir algunos

²⁷⁵ Sin embargo, William James fue informado cuando fue a Inglaterra en el otoño de 1891 para hacer una visita a Alice.

meses. Esto me produce tensión porque Katharine dice que parezco “preparada” desde hace una semana, y estoy segura de no poder mantener ese estado unos meses.

Me burlo horriblemente de la enfermera, porque me explica por medio de qué abracadabra mi alma incólume entrará en el Paraíso, como ella supone ardiente aunque torpemente que ocurrirá. Creo que en su interior queda todo aclarado por esa palabra mística, pero que todo lo explica: “americana”. Cuando dice los domingos: “Hoy llegaré tarde, señorita, porque quiero ver la procesión”, ¡cómo pueden dejar sus maniobras anglicanas de sugerir otra cosa que las celebraciones del Cuatro de Julio!

No consigo discernir si es una total falta o un exceso de humor del Destino el construir una salida tan ornamentada para mi tenue personalidad, sobre todo en este momento en que tantos de los grandes de la tierra son engullidos en un día o dos por algún microbio. Regrese Baptisma de su congregación oratoria un poco alumbrada y el viento me soplará al espacio; o si Louisa resulta estar en escarceos con el cartero, o la enfermera insiste en colgarse el crucifijo *en évidence* sobre el delantal, habiéndolo yo desterrado so pretexto de que me golpeaba la carnosa nariz, cuando ella me atendía en el lecho del dolor, no sospechando siquiera que la verdadera ofensa era a mi nariz espiritual. ¡La vida es tan desesperadamente grotesca con sus desproporciones e incongruencias! No es posible expresar mejor la farsa de todo ello que por el hecho de que el ser que nos ha presentado la *imagen* de Robert Elsmere tiene casas y tierras a pasmosos millones, mientras que al hombre que vive esa vida le arrebatan lo poco que tenía.

6 de junio

Katharine tiene muy desarrollada esa irritante propensión yanqui a plegarse como una navaja de mano cuando apelas a ella en busca de indignación moral. *Es* una auténtica cruz, sobre todo hacia las 2 de la mañana.

Qué astuto truco de la Fortuna traerle desde Berlín²⁷⁶ aquí, en este momento, para intensificar la pose principesca del “Tío Gales” a través del escándalo Baccarat;²⁷⁷ porque, aunque uno sienta escasa admiración por ese Barnum imperial, el hombre no se revuelca en la ignominia. La gran exhibición de sórdida codicia que ha sido todo el asunto no disminuye cuando te enteras por casualidad de que el príncipe no paga nunca salvo cuando se lo piden, y de que la princesa juega con apuestas fuertes y no paga en ningún caso, porque a ella no se lo pueden pedir. Algún diplomático, he olvidado quién, le dijo a H. que en París, en Sociedad, sienten gran antipatía hacia el príncipe, porque era muy fiero a la hora de ser pagado de inmediato, y que últimamente se había llevado hasta el último dinar de un joven aristócrata francés, de modo que éste había quedado totalmente arruinado.

Veo que se ha publicado un nuevo volumen de Anatole France,²⁷⁸ ¡que nunca leeré! Desde hace mucho tiempo, sólo he leído lo que se lee sin pensar, pues cualquier cosa que suscite interés o reflexión abre la fuente de las lágrimas. Sir A. Clarke preguntó a K., cuando le vio después de su *pronunciamiento*,²⁷⁹ si yo hacía algo; ella respondió que seguía como siempre, y hacía todas las cositas que podía en cuanto a lectura y dictado. “Eso es, no la induzcan a abandonar nada; incluso si muriera la próxima semana, ¿por qué no va a continuar como siempre?” Supongo que él

²⁷⁶ De este modo alude Alice al Kaiser alemán, Guillermo II (1859-1942), llamado coloquialmente *Der Reise-Kaiser* debido a sus constantes viajes.

²⁷⁷ El “escándalo Baccarat” estalló cuando un teniente coronel de la Guardia Escocesa, sir William Gordon-Cumming, perdió una demanda por difamación contra un grupo de figuras muy conocidas de la sociedad que le habían acusado de hacer trampas en las cartas. El caso suscitó gran atención cuando se supo que Eduardo, el Príncipe de Gales (futuro Eduardo VII) había sido uno de los participantes en el juego. Llamado a testificar, dijo al tribunal que consideraba incuestionable la clara evidencia de que había habido engaño.

²⁷⁸ Este nuevo libro era probablemente *Thaïs*, publicado en 1890.

²⁷⁹ En español en el original. (*N. de la T.*)

había imaginado que nos habíamos entregado a algún complicado sistema de “preparación”.

Siempre me ha impresionado mucho y me ha repugnado ese enojoso método que utiliza la Providencia para nuestra evolución espiritual. Mira que hurtarme el espectáculo del desarrollo del genio dramático de H. no acelerándolo un año o dos; ese interés supremo podría haber aligerado los atroces años pasados en Leamington, que han carcomido todo mi ser moral con el pesado esfuerzo del largo y desolado “mantenerse en pie”.

La dificultad de las obras dramáticas de H., según Hare, va a ser la falta de actores para ellas, siendo su suelo natural el *français*. Le pregunté cómo explicaba el encontrarse súbitamente en posesión de una construcción dramática tan perfecta, y dijo que siempre había tenido la certeza de poder escribir obras de teatro, pero que detestaba el proceso de tener que andar pregonándolas por ahí.

En el último año H. ha publicado *La musa trágica*, ha estrenado *El americano* y ha escrito otra obra teatral, *Mrs. Vibert* (que Hare ha aceptado), y su admirable comedia; junto a la *Psicología* de William, ¡no está nada mal para una familia! Especialmente si yo consigo morirme, que es lo más difícil de todo. Este asunto teatral de H. va a multiplicar sus compromisos caritativos de modo lamentable; además de las personas de nuestro país a quien visita, de los enfermos y afligidos, perpetuamente renovados, cuya mano sostiene; ahora todas las damas desmelenadas vienen a verle para que ponga en pie firme sus titubeantes obras dramáticas, lo cual implica que tiene que rescribirlas. A propósito de actrices, dice H. que la señorita Robins²⁸⁰ es la criatura más inteligente, después de Coquelin,²⁸¹ con la que ha hablado jamás de arte.

²⁸⁰ Elizabeth Robins (1865-1957), actriz americana de la escuela de Ibsen, representó el papel de Claire de Cintré en la producción londinense de *El americano*.

²⁸¹ Benoît Constant Coquelin (1841-1909), creador del papel de *Cyrano de Bergerac*, uno de los más celebrados actores franceses del siglo XIX.

Nos sentimos realmente agradecidos por la anglicidad de esto: K. vio el otro día a una señora muy elegante en un calesín paseando entre la multitud a la hora canónica por Picadilly hacia el Parque, y cumpliendo hasta el momento a la perfección lo que piden las normas, pero con esa fea explosión de naturaleza a la que son aquí propensos los más boyantes, estaba respondiendo a las ansias de su estómago, ingiriendo, con sumo placer, ante los ojos de los mortales, un enorme y tosco bollo. La perfección de todos sus aditamentos relativos a carruaje, etc., con la ausencia de finura en el paladar según quedaba manifiesto por el plácido consumo del bollo, y la total indiferencia, en ese momento altamente visible, a exhibir sus facciones distorsionadas por el feo proceso de masticar sustancia tan pegajosa, tenían una incongruencia muy característica de la tierra. En cuestiones de gusto, no parecen tener sentido de gradación. H. siempre dice esto, pero a mí me saltó a la vista desde el principio, y es por consiguiente una afirmación original mía si bien no única. H., por cierto, ha incrustado en sus páginas muchas perlas caídas de mis labios, que él hurta del modo más descarado, diciendo, sencillamente, que sabía que las había dicho a alguien de la familia y por tanto no importaba.

Recuerdo que estando en casa de H. durante el Año de Jubileo de la reina, sentí uno de esos anhelos de pecar que nos sobrevienen de vez en cuando. Siendo negados a mi desgraciado sexo todos los vicios salvo el gastronómico, envié a la enfermera a Gunter's en busca de unos *éclair*s, y de vuelta me mandaron decir que éstos “eran una clase de bizcocho que había que comer fresco y por consiguiente había que encargarlos en la víspera”. Reí y me acordé de la pequeña tienda de MacElroy en Harvard Sq[uaire] hace 20 años. Han llegado ahora al refinamiento de que pueden encontrarse aquí con frecuencia; pero nuestros primos no son *anteriores* en esto. Cabría decir que fueron prehistóricos, o, al menos, medievales en la perfecta ausencia de modulación de sus costumbres dormitorias, cuyo conocimiento ha ido desentrañán-

dose gradualmente con detalles cada vez más repulsivos. El primer verano que estuvimos aquí (1885), teníamos una pequeña casita, en un emplazamiento bellissimo en lo más alto de Hampstead Heath; además de la parte de servicio, consistía simplemente en cuatro habitaciones muy reducidas, en las que nosotras (K. y yo) nos apretujamos durante cuatro meses: como eran nuestros primeros días, nos embargó sobremanera la sorpresa cuando supimos que antes de que la pusieran en alquiler los Toynbee Hall Barnett (que eran los dueños), había estado ocupada por un caballero bendecido con una mujer y cinco hijos; nuestro pasmo no disminuyó, naturalmente, cuando nos enteramos de que su predecesor había estado en posesión de nueve vástagos: supongo que había sitio en la casa para que estuvieran de pie, pero estoy totalmente segura de que tenían que tumbarse en filas por la noche, cada uno con su ropa muy dobladita bajo su cuerpo. Estas personas eran muy respetables y cultas, dedicadas, creo, al arte. Hace mucho tiempo que abandonamos el intento de resolver el problema de cómo se organiza una progenie múltiple durante las vigilias de la noche; pero nos hemos quedado sencillamente horrorizadas por la progresiva información que hemos recibido sobre las aborrecibles condiciones en que duermen los criados. Me refiero, claro está, solamente a las casas de “clase media”. Viven con gran confort y lujo, consienten y nutren a sus criados en grado máximo, pero no les proporcionan espacio alguno para recostar la cabeza, porque en efecto el mayordomo y el mozo duermen en la despensa y en el fregadero, donde se lavan la vajilla y la cristalería con la que se come a diario. En las casas grandes el mayordomo lo hace para proteger la vajilla buena: imagínese tener una vajilla de oro o plata sin sitio donde guardarla, excepto en el dormitorio del mayordomo. La visión evocada por la imaginación más torpe ante estas reflexiones es en exceso horrible para insinuarla siquiera.

El doctor Ogle, Registrador General, le dijo a K. que los ricos han hecho una suscripción para construir el hospital de San Jorge

en su barrio, porque necesitaban algún sitio donde enviar a sus mozos, cuando estaban con escarlatina en el fregadero. Cuando el criado es lo bastante afortunado para tener una alcoba, parece estar situada en el corazón del hogar. La lectura de informes policiales, tan atractivos e instructivos para el extranjero, revela constantemente organizaciones domésticas de lo más curiosas: el otro día, un tal señor Antrobus, cuyo padre es, según creo, un banquero muy rico, fue encontrado en su habitación muerto de un disparo, y la evidencia demostró que el ayuda de cámara y el mayordomo dormían en la habitación contigua, con la cual se comunicaba por una puerta. Al parecer viven desperdigados, por cualquier sitio. K. tuvo experiencias muy extrañas cuando buscaba esta casa; de las 30 que vio, ésta era la única atractiva, y sólo había otra posible. La falta de limpieza y la pequeñez y desproporción de las alcobas respecto a las salas de recibir eran inmensas. K. vio una casa grandecita en Palace Gardens Terrace con cuatro salones y ocho alcobas principales; cuando preguntó a la “señora encargada” dónde estaban las alcobas del servicio, dijo: “abajo junto a la cocina”; “¿cuántas?”; “una”. Ante la exclamación de horror de K., respondió ella: “bastante grande para tres”...criadas: claro que estaba la despensa y el fregadero para mayordomo y mozo. Este recorte de la *PMG* no hace más que confirmar la impresión:

Hoy la famosa casa del señor Gilbert en el 39 de Harrington Gardens será subastada por Fox and Bousfield en los locales de Tokenhouse. Fue construida en 1883 por la empresa George and Peto, y es un palacio en miniatura. Desde el porche al tejado todo es suntuoso. La sala de entrada está forrada de roble y tiene aspecto aristocrático. La sala interior se utiliza como salón de recepción, tiene un friso alto de paneles de roble y las paredes forradas de papel dorado japonés. La gran chimenea está revestida con curiosos azulejos holandeses antiguos del siglo XVII; el hogar es de mosaico; y los morillos de ladrillo rojo. El comedor

está también recorrido por un friso de paneles tallados en roble, representando cada panel un tema alegórico. En el primer piso está la biblioteca del señor Gilbert, en la que ha escrito muchas de sus obras dramáticas y sus óperas. Para dar una idea de las dimensiones de la casa ofrecemos una lista de las habitaciones:

Salones y vestíbulo	3	Vestidores	3
Salas de recibir	5	Cuartos de baño	4
Sala de billar	1	Alcobas secundarias	5
Dormitorios principales .	4	Habitaciones de servicio	3

Toda la casa está iluminada con electricidad. ¡Estupenda es un eufemismo!

La casa de los Clarke donde viví cuando estaba en Leamington, donde no había más que tres dormitorios de tamaño regular (y eran bastante pequeños), había estado alquilada, poco antes de llegar yo, a un tal Exmo. No-sé-quién –entre otras familias numerosas– durante un año, el cual traje consigo cinco niños, su mujer, institutriz, mayordomo, señorita de compañía y criadas. Además, la total falta de armarios (excepto en las buenas casas antiguas, donde creo que existen) y lugares para guardar cosas que no tienes en uso, es muy desconcertante para nosotros los pobres yanquis, aunque seamos tan relativamente indigentes en reliquias familiares; me han dicho que dejan la ropa amontonada sobre las sillas, y que tienen filas de botas junto a las paredes de sus alcobas. La muda paciencia de estas criaturas queda patente en el hecho de haberse sometido tanto tiempo al miserable sistema de tenencia de tierras, que ha permitido a los constructores chapuceros destruir caprichosamente toda intimidad privada: la generalidad de las casas de clase media tienen la solidez de una sombrerera, se estremecen y vibran cuando caminas por sus suelos, y se oyen las voces de los vecinos de al lado con la misma claridad que en un hotel veraniego, pero en casa. La señora Lang me

dijo que en la pared frontal de su casa había un agujero por el que veía el cielo. Los Ashburner, tras una búsqueda de nueve años, han alquilado una casa buena y espaciosa y la han “reformado” por completo; a continuación se pasaron semanas intentado en vano calentar la salita de estar lo bastante para sentarse en ella; después las personas que habían tenido la casa antes que ellos les dijeron que esa habitación era inutilizable cuando hacía frío: George tuvo entonces la inspiración de subirse a una escalera y mirar por encima de las ventanas, que habían sido previamente examinadas por el Trabajador británico, el cual con mucho cuidado había dejado en el marco una ventilación de varias pulgadas abierta a la calle.

La inmensidad de Londres es tan sobrecogedora que lo acompaña una superficial impresión de solidez, y te va abatiendo descubrir gradualmente que no es más que milla tras milla de casas de cartón, comparadas con las cuales nuestras casas de madera son fortalezas medievales. No es sólo en esta zona, sino también en Mayfair donde viví anteriormente, y donde las casas son bastante antiguas; debo añadir que las casas de las que hablo no sólo son de personas de medios limitados, sino también de otros que son propietarios de elegantes faetones y calesines, excelentes caballos de paseo, cochero primero y segundo, mayordomo y mozo, etc.

24 de junio

Supongo que estamos haciendo acopio perpetuamente, por así decirlo, y guardando inconscientemente información para futuras necesidades. Media docena de veces al día me sorprende diciendo, “tengo que preguntar a K. sobre ese asunto” o “tengo que enterarme bien de este otro”, con la idea de que algún día acaso pueda necesitar ese conocimiento, cuando súbitamente irrumpe en mí el pensamiento de que esos “algún día” se han acabado para mí; un pensamiento natural y simple, y de constitución sumamente atractiva. Se asemeja más a un suave abandono de las

cosas naturales, que a una dedicación a cosas espirituales; a medida que se acerca, parecerá sin duda más positivo. Dada mi curiosidad, teniendo en cuenta mi herencia y lo que me rodea, y mi total falta de curiosidad intelectual –habiendo sido siempre filosofías y sistemas, teologías y ciencias como cáscaras secas frente a las emociones y morales vivas– estas últimas me poseen con fuerza tan incuestionable y sustentadora, que funcionan inconscientemente, supongo, y no tengo que buscarlas ahora, con el devocionario y el cura.

Este alejar la mente de forma tan persistente de las cosas que la aburren, y permitir que tu ser se ensimisme en un tema, cuyo principio activo fue concebido en la juventud y nunca modificado, muestra una naturaleza limitada, no admirable ni generosa en sus impulsos, sino muy práctica y ahorradora con el tiempo, en la medida en que nunca te desvía, y pronto descubres los puntos cardinales de tu pequeña brújula. Hay tantos que parecen pasarse la vida empezando otra vez por toda clase de caminos secundarios.

Puesto que mis contradicciones, o mejor dijo las de mi hermano, son las que dan a la vida su principal encanto, yo ofrecería, si no fuera tan desconocida, a un puñado de personas una deliciosa ocasión de burla, dado que con toda probabilidad va ser un sacerdote anglicano quien presida mis exequias. Me van a llevar a Woking, y si Harry fuera como sus compadres franceses podría con toda facilidad recoger la sublimidad de mi pasado y rescatarme de la humillación de admitir que el párroco tiene, después de todo, alguna razón de ser, y que por muy superior que seas, las llagas siguen escociendo lamentablemente. Habiéndome sido denegado el bautismo por mis padres, y el matrimonio por hombres obtusos e insensibles, es una pena que no pueda yo asistir a esta primera y última ceremonia; quizá la parte pícara que hay en mí esté revoloteando por allí, y disfrutando con la estupenda y decorativa retórica, por no hablar de la broma contra esa parte mía que dice “No como los demás mortales”.

Cuando murieron Madre y Padre, recurrimos al pastor unitario, intransigente y amorfo, para el cual ninguna oveja tiene la lana demasiado dispar, pero es difícil encontrar a los de su clase por estos pagos.

Una semana antes de morir Padre, le pregunté un día si había pensado cómo le gustaría que fuera su funeral. De inmediato mostró gran interés, no habiendo pensado en ello al parecer, previamente; meditó algún tiempo, y después dijo, con gran solemnidad y aspecto majestuoso: “Decirle que no diga más que esto: ‘Aquí yace un hombre que toda su vida ha pensado que las ceremonias que acompañan el nacimiento, el matrimonio y la muerte eran una gran bobada’, no le dejéis decir ni una palabra más”. Pero no había ni un solo unitario lo bastante flexible para esto; qué cúmulo pálido y timorato parece la humanidad junto a un ser como éste.

15 de julio

Tengo una deliciosa conciencia de la cercanía de anchos espacios abiertos, y esta mañana ha llegado una carta de Harry que está en Irlanda restableciéndose de una gripe, trayéndome un gran anticipo del Cielo de entre la divina ausencia de lo Respetable en esa raza tan inspirada e inspiradora. Imagínese la emancipación que va a suponer, tras siete años de esta tierra asfixiante, donde “las formas” son el dios de dioses.

Un día, hablando sobre algunas críticas buenas de la *Psicología* de William, que le reprobaban sus piruetas mentales y se asustan ante su osadía de adentrarse a la ligera entre cosas tan solemnes, H. dijo: “Sí; no pueden entender el divertimento intelectual”; yo recuerdo que el *Spectator* calificó en una ocasión de “grosera” una de las huidas de Padre del Lugar común.

William ha tenido ya cuatro solicitudes para la traducción de su libro al alemán. Hay una reseña en *The Nation*, escrita al parecer por un escolar o un pastor del distrito de Green Mountains, en el que Padre es caracterizado como un materialista tan redo-

mado que es asombroso que un hijo suyo pueda tener algún atisbo espiritual.

Lo cómico y lo trágico se alternan; mira que enterarme de que Jules Lemaître no sólo es vicioso y repulsivo en sus costumbres, cosa que daba por sentada, sino que es también tan vil y degenerado en su vida, que mi constitución femenina me impediría volver a ofrecerle jamás hospitalidad mental.

3 de septiembre

¡Es muy gratificante en este momento mortuario descubrir que muchas personas se han sentido “sorprendidas e impresionadas”! Pero no puedo dejar de pensar cuánto me habría alegrado y fortalecido de haberse sentido ellos movidos a abrir sus pechos impresionados en las etapas anteriores de este cansado viaje.

Estas largas pausas no apuntan hacia arideces mentales, mi “espaciosa frente” sigue tan llena como siempre de pensamientos germinantes, pero ¡ay! la maquinaria está cada día más estropeada. Lo siento por todos vosotros, porque tengo la sensación de no haberos transmitido siquiera mi mensaje. Ojalá hubiera más explosiones de entusiasmo y menos de tono criticón, en todo esto, pero me temo que es por naturaleza y, después de todo, el excelente Isleño nunca se sentirá destrozado por saber que hubo una mirada fija en él, a lo largo de tantos años, y el monotonó del entusiasta es más pesado de mantener que la nota dispéptica.

¡Como una oveja al matadero he sido llevada por K. ante la cámara fotográfica! Debido a alguna curiosa afección cerebral, se oyó decir a Annie Richards que “Alice tiene facciones bonitas”: K. aprovechó el “momento psicológico” de vanidad estimulante y trajo al monstruo de un solo ojo para dirigir su mirada hacia mí; tanta puede ser la inhumanidad de una mujer con otra.

No voy a poder gozar de tanto martirio como yo esperaba, porque, después de todo, habré visto un poquito de *El americano*, ya que Harry trajo el otro día una muestra del vestido de baile de Madame de Cintré, que estuvo eligiendo junto a la señora Compton.

7 de septiembre

¡*Mes beaux restes* han llegado del fotógrafo en refulgente belleza! Tan favorecidos que mi corazón rebosa ahora mansedumbre hacia esa admirable Katharine, tan sensata de juicio, tan firme de propósito, y tan dulce de acción.

18 de septiembre

Fue muy interesante el otro día que K. topara con una joven americana que está estudiando en una de las universidades de aquí, y que ésta confirmara, en todos los sentidos, la opinión de la señorita Clough sobre el estudiante americano, no especializado, mal formado e inteligente. La chica había obtenido muy buenas notas en nuestro país, pero se sintió embargada de mortificación por su ignorancia sobre lo que ella había considerado su campo de conocimiento. Sus compañeros de estudios le resultaron amables y simpáticos y deseosos de prestarle ayuda, pero compañía muy aburrida porque fuera de sus intereses especiales, sus mentes eran perfectamente vacías e indiferentes, y absolutamente carentes de curiosidad general; uno de ellos le recomendó como si fuera una novedad que probablemente no conociera ella, y que acaso le escandalizara, que leyera *Jane Eyre*; otro, cuyo apellido es conocido en dos hemisferios, le preguntó qué idioma hablaba cuando iba a París, si inglés o americano; y si Nueva York es puerto de mar. Todas las jóvenes americanas encuentran el clima y la comida terriblemente ingratos durante el primero o los dos primeros años. Ella confirmó nuestra impresión de la necesidad que sufre el británico de tener que comer *inmediatamente*; de no poder sentir un solo retortijón de hambre sin desplomarse totalmente. Dijo también que no hay necesidad de hacer normas que regulen las salidas juntos de estudiantes masculinos y femeninos, porque dado que estas últimas iban a ser todas presumiblemente institutrices o profesoras, cualquier estudiante varón preferiría arrojarse al Cam²⁸² que caer en la impropiedad de pasear con una

²⁸² El Cam es el río que cruza la Universidad de Cambridge. (*N. de la T.*)

de ellas, por muy bonita o atractiva que pueda ser, y deseable como acompañante fuera del medio universitario. Esta clase de cosas ilustran el porqué de que los americanos, cuanto más tiempo pasan en Inglaterra, tanto más vayan sintiéndose enteramente extranjeros, porque ¿qué hombre americano podría encadenarse a una consideración nacida de tan indigno esnobismo?

“Enfermera, no creo que Henderson, la cocinera, pueda ser una amistad buena para Louisa, si habla de seguidores, como dices que hace, continuamente.” “Es la doncella la que es más amiga suya, señorita.” “¿Es buena chica?” “Oh sí, señorita, parece muy buena, sólo que le gusta ir muy arreglada, y ahora está en el piso de abajo, con un vestido color heliotropo con adornos de trencilla dorada.” “¡Qué horror!” “Pero señorita, es que no podemos proteger a Louisa de todo.”

Louisa fue a una jarana (una merienda campestre) de la Banda de la Esperanza en los “*Ups and Downs*” (las colinas de Epsom), afortunadamente el día después de sufrir yo un terrible dolor de cabeza, porque como ella dijo, no podría “haber llevado semejante angustia en el pecho, a un lugar donde esperaba divertirse tanto”. Posteriormente, nos dijo que había montado en burro con gran perfección, porque estaba acostumbrada a montar en las procesiones: esta asombrosa hazaña resultó ser su participación en la procesión de Lady Godiva en Coventry cuando era niña, “vestida de colorines”; “Lady Godiva montaba sin nada de ropa, pero ahora lleva mallas, y también estaba Peeping Tom”;²⁸³ “Sí, sí, es la auténtica Lady Godiva, y siempre ha sido igual.”

²⁸³ En 1040 Lady Godiva recorrió desnuda a caballo el pueblo de Coventry para que su marido, señor de Coventry, retirara un impuesto. Desde 1768 se recuerda anualmente en Coventry este hecho con una repetición del recorrido de Lady Godiva. La leyenda dice que todos los habitantes permanecieron encerrados en sus casas para no mancillarla mirándola, menos un sastre que miró por la ventana y al que llamaron Peeping Tom (Tom el mirón). (*N. de la T.*)

20 de septiembre

Siempre es bueno recibir una carta del querido señor Child,²⁸⁴ por ser de él, pero qué poco parecen atañerte todas esas aseveraciones de inmortalidad, ahora, y qué poco habrías obtenido de la experiencia de la vida, si tus pensamientos estuvieran aún pendientes de satisfacciones personales y no enraizados en el conocimiento de que las grandes Inmortalidades, el Amor, la Bondad y la Verdad, incluyen a todas las demás; ¡y hay que rezar por la perduración de cosas no menores que éstas! Las referencias a las personas que volveremos a encontrarnos me estremecen, como si fueran una gran invasión de su santidad, tan alejada en el más allá, porque desde la noche en que murió mi Madre, y la profundidad del cariño filial me fue revelada, desapareció todo mi derecho personal a ella, y ha pervivido en mi espíritu como un recuerdo hermosamente iluminado, como esencia de la maternidad divina de la que yo debía aprender las grandes cosas, dar todo pero no pedir nada.

31 de octubre

Una sombría carta para Harry del señor Godkin, que persiste en el eterno acorde de la queja pero sin ofrecer remedio: “Todo se está viniendo abajo aquí.” ¡Qué humillante tendría que ser llegar al fin confesando que la visión propia es tan débil que las brumas del mal resultaron impenetrables! Pero es esfuerzo imposible para la humanidad pedirle que refleje cualquier iluminación que no sea la individual o personal.

¡Un momento!, meditemos si no será que ese carácter sombrío de Edwin está intensificado porque tenemos una clarísima percepción de su falta de gentileza en su aceptación de mi foto. Una reflexión personal, sin duda.

²⁸⁴ Francis James Child (1825-1896), profesor de literatura inglesa en Harvard y amigo de los padres de Alice. Véase el homenaje que le rinde Henry James en *Notes of a Son and Brother* (1914), capítulo X.

He topado con esto: “Desde que la bebida se alejó de mí”; qué ejemplo más perfecto de la floja evasión del “Pecado” característica del místico contemporáneo; “cromo”-místico, como dice la jerga de hoy.

1 de diciembre

Es psicológicamente interesante ver a alguien con tanto humor como Labouchere, revelando una simplicidad muy infantil por el extremo al que lleva la pose desangelada, y con ello anula completamente a su Ídolo, la eficacia.

Es curioso comprobar cómo “temas” y “cuestiones” escapan al alcance mental, a medida que avanza el deterioro físico; una los deja de lado y los evita con la misma naturalidad que evitas cualquier esfuerzo muscular, por lo que las elecciones generales, la “carrera electoral”, etc., esos asuntos menores en los que yo me sentía tan competente, y que manipulaba con ligereza, permanecen dormidos bajo su actual expansión colosal.

4 de diciembre

Si fuera posible, estando la Muerte tan cercana, tomarse en serio algunas de las cuestiones que afectan a la efímera personalidad de una, quizá adoptara ante mí misma, bajo los focos de mi última y oscura salida a escena, la pose de una figura deliciosamente patética, porque he tenido la clarividencia en la última semana más o menos de que sencillamente he nacido con unos años de adelanto; pero dado que este descubrimiento no disminuye en mi imaginación las gloriosas posibilidades de mi ser inmortal, seguiré manteniendo alegre la ocasión contemplando sencillamente el aspecto verdaderamente humano y caótico de la situación.

Hace tres o cuatro semanas, la malvada y traicionera Morfina que, aunque mata el dolor, destruye el sueño y abre la puerta a toda clase de aflicciones nerviosas, nos reveló sus iniquidades y K. y yo nos acercamos más que nunca a tocar fondo. K., a suge-

rencia de William, recurrió al hipnótico Tuckey,²⁸⁵ cuya personalidad lunar emite una suave irradiación que ha penetrado con un poco de esperanza en las brumas negras que nos envuelven. Y ahora se me abre este inmenso campo de posibilidades terapéuticas, en el momento en que ya no pueden hacerme efecto sus leyes benéficas, salvo en sentido muy superficial, y la cualidad “exasperante” de este retrasado descubrimiento se vuelve más completa y “mundana” porque este agente adopta una forma y dirección que, por experiencia, supe hace veinticuatro años que sería el secreto un día revelado: eximir por el momento de sus obligaciones a nuestro perro guardián individual, agotado por la incesante vigilia para mantener la cordura del presente y complicado mecanismo. Que la solución de oro al complejo enigma sea un proceso mecánico de simplicidad inconcebible, no es más que otra de la miríada de preciosas ilustraciones de que el más excelso orden Divino se logra con los medios más humildes.

11 de diciembre

¡El joven Balestier,²⁸⁶ el eficaz e indispensable, ha muerto! barrido como una tela de araña, de cuya tenue sustancia parece haber estado compuesto, simplemente espíritu y energía, con el más leve envoltorio carnal: sentimos mucho, en verdad, esta pérdida de tan largo alcance; y nos persigue un irritante sentimiento de desperdicio. Pocas veces, supongo yo, una vida tan corta, de sólo veintiocho años, ha tocado a tantas otras benéficamente. El pobre Harry se ha ido a Dresde para ver lo que puede hacer por la madre y las hermanas. Yo estaba tan contenta pensando que Balestier iba a ser para él una compañía de por vida, y confiada en que tenía, al fin, un amigo en asuntos de negocios, del cual está

²⁸⁵ El doctor Charles Lloyd Tuckey, de la Universidad de Aberdeen, fue uno de los primeros pioneros de la terapia hipnótica, y autor de *Psycho-Therapeutics: or Treatment by Hypnotism and Suggestion*.

²⁸⁶ Balestier había muerto de tífus en Dresde, y Henry James asistió allí al funeral. La hermana de Balestier, Carolina, se casó con Rudyard Kipling.

tristemente muy necesitado. Yo no vi nunca al joven, pero me pregunto si no nos encontraremos pronto en esa “tierra crepuscular”, cruzándonos en vuelo raudo como los fantasmas de Vedder.²⁸⁷ ¿Se detendrá para preguntar, “¿cómo te llamas?” Y yo responderé, “no lo sé, no he muerto hasta la noche pasada”, en puro estilo Aldrich?²⁸⁸

El problema de esto de morirse es que no le puedes contar a los amigos nada de ello, ¿dónde está entonces la gracia?

30 de diciembre

El americano ha muerto de una muerte honrosa, en su 76 noche. Parecía, en cuanto al interés y entusiasmo del público, que era un éxito, pero debido a la desastrosa temporada que han tenido todos los teatros, y siendo Compton nuevo y sin peculio, la permanencia en cartel ha sido más corta de lo que habíamos esperado. Tengo que agradecer a la hermosa obra todo el interés y la expectación con que ha llenado los dos últimos años. La emoción y el brillante éxito del estreno, después, la subsiguiente ansiedad durante una o dos semanas por su permanencia—cuando nos rozó el fracaso al pasar junto a nosotros—pareció un volumen de emoción e impresiones demasiado pesado para que mi debilidad pudiera beneficiarse de ello, pero dado que he vivido, he tenido tiempo de asimilar toda esa masa aparentemente indigestible y de ver sus verdaderas proporciones, y ha explicado tantos impulsos ocultos y misteriosos, poniéndome en contacto por primera vez (y cuadruplicando mi indulgencia) con la inmensa masa de los que se afanan tras lo concreto, que parece como si hubiera añadido un piso más a mi almacén de terrenidad. Además, el episodio todo estaba tan entrelazado con las hebras doradas de la Comedia, que engordamos de risa. El mejor momento fue cuando H.

²⁸⁷ Elihu Vedder (1836-1923), ilustrador y escritor americano.

²⁸⁸ Thomas Bailey Aldrich (1836-1907), poeta y novelista norteamericano, director de la revista *Atlantic Monthly* en la década de 1880.

entró, con una expresión sumamente extraña, divertida, asombrada y asqueada consigo mismo y dijo que acababa de recibir un telegrama de Compton, diciéndole que el Príncipe de Gales iba a asistir a la obra esa noche y quería que le “vistiera” un par de palcos con “gente elegante”; y con la voz más patética H. exclamó: “¡Y aquí estoy, habiendo olvidado mis papeles de dignidad, dispuesto a hacerlo! Haría cualquier cosa por los Compton, ¿pero me obligará a ser caritativo hasta el fin de mis días?”. ¡¡Nos vimos en toda nuestra desnudez, y sorprendidos encontramos satisfacción en ese germen que hay en nuestro interior del más ruin asiduo de Tranby Croft,²⁸⁹ movidos a un común impulso de prostración ante su Ídolo de oropel!! Fue en verdad un momento instructivamente ruborizante. Otro accidente afortunado fue que Harry llegara al teatro en el momento preciso para oír al actor de talento que hace de marqués²⁹⁰ preguntar a Compton, en la noche número diecisiete de representar el papel, “por qué estaba tan deseoso de entregar la carta a Madame de Cintré, en el cuarto acto”. Ésta es la clase de materia que H. tiene que moldear, y ha trabajado como un galeote. Se ha mostrado tan valeroso, generoso y sereno ante todos los incidentes e histrionismos menores, tan enteramente dedicado a la parte instructiva, que me ha procurado una infinita satisfacción. Ha tenido una relación extremadamente encantadora con toda la Compañía y dice que los Compton son de una respetabilidad inconcebible, no habiendo oído jamás decir a Compton ni un “maldita sea” en las crisis más exasperantes.

1 de enero, 1892

Puesto que las cosas más desagradables se mezclan en la composición de las más bellas, es sin duda maravilloso que esta nefas-

²⁸⁹ Tranby Croft se llamaba la residencia de Arthur Wilson, donde se produjo el escándalo en torno al príncipe Eduardo y el juego del baccarat en 1890. (*N. de la T.*)

²⁹⁰ Sydney Paxton (1860-1930) representaba al marqués.

ta sustancia granítica de mi pecho sea el suelo propicio para la perfecta floración del genio sin igual de Katharine para la amistad y la entrega. La historia de su vigilancia, paciencia e incansable atención no puede ser relatada por mi débil pluma, pero todos los dolores y malestares parecen un escaso precio a pagar por toda la felicidad y paz con que ella llena mis días.

Tengo que admitir, sin embargo, que tiene un defecto muy serio; es de lo más impropia con la raza masculina, y cuando ésta adopta la forma de Médico Británico, el espectáculo de impotente parálisis que presenta es verdaderamente lastimoso. Baldwin logró conservar su forma y color, pero hasta el gran sir Andrew Clark se desdibujó visiblemente ante su mirada.

¿Cuándo abandonarán los hombres al ilusorio intelectual, limitado a la razón inerte, para inclinarse ante el inteligente, jugoso con la suculenta ciencia de la vida?

4 de enero

Nunca se contabiliza el beneficio para los de vida recluida o inactiva de que, no teniendo nada con que medirse, y no siendo nunca puestos a prueba por el fracaso, puedan borbotear y empaparse perpetuamente en una autocomplacencia consciente. Aunque sir Andrew Clark, como el profesor Hagen, es todo él “bello y florido exteriormente”, hay un esqueleto en su interior, y vimos que tiene una sonrisa horrenda.

Cuando estábamos en Bournemouth, hace ocho años, había un joven norteamericano que fue a Londres a consultarle; sir Andrew llegó un par de horas después de la hora acordada; al entrar en la habitación y ser anunciado, añadió de inmediato “el *retrasado* sir Andrew Clark”.²⁹¹ Durante nuestra propia espera, le dije a K.: “Qué te apuestas (como dice Mary Cross en todas sus notas, para que nos sintamos como en casa y animadas) que va a

²⁹¹ En inglés el juego de palabras se deriva del uso de la palabra “late” que tiene el significado de “tardío o retrasado” y también de “difunto”. (*N. de la T.*)

hacer la misma exclamación cuando entre en esta habitación”. Cuando ¡he aquí que se abre la puerta y entra el rubicundo caballero, y “el retrasado sir Andrew” cae en nuestros oídos, seguido del mismísimo estallido de hilaridad, que ha resonado en nosotras todos estos años. Imagínese la tortura de una gracia que ha llegado a ser una porción integral del organismo a ser arrastrada por la vida como la bola y la cadena de un condenado. ¿Intentará el hombre huir de ella en vano o está inerme en sus garras, o acaso es que perdura algún rastro del goce que embargó su ser cuando por primera vez la pronunciaron sus labios en la primavera de su profesión?

Sir Andrew es indudablemente bueno y afable en el fondo, pero son todos ellos terribles, con esos modos globulares de hablar horas enteras sin *decir* nada, mientras la víctima pálida y anhelante extiende una ramita enfermiza con esperanza de encontrar alguna excrecencia, alguna protuberancia humana a la que aferrarse, pero resbala fútilmente sobre la superficie pulida, tan reconfortante y nutriente como una bola de billar. Con objeto de demostrar a K. hasta qué punto era comprensivo y compasivo con mi estado nervioso, sir Andrew describió sus propios sufrimientos a su modo, y nos ofreció un relato de su patética juventud, que no conoció el beso de una mujer “hasta que me casé”, lo cual demuestra una infrecuente delicadeza prenupcial en el casto Andrew.

El señor John Cross contó a K. un hecho curioso, que hay muchas señoras que van a que las vea sir Andrew y nunca pagan sus honorarios. En respuesta a la objeción del señor Cross de que quizá estaban nerviosas y olvidaban hacerlo, sir Andrew dijo: “Eso pensaría yo si fuera sólo la primera vez, pero ocurre una vez y otra; y son solamente las damas *ricas* las que lo hacen, las pobres pagan siempre”. La reglas de etiqueta le impiden enviarles factura, y es en exceso tímido para pedir lo que se le debe, de modo que en este caso como en tantos otros los pobres pagan por los ricos.

6 de enero

Es tranquilizador escuchar el veredicto inglés de que Emily Dickinson es de quinta categoría, dada su gran capacidad para no percatarse de la buena cualidad; lo vigoroso se les escapa en igual medida que lo sutil. El que ella hiciera buenas migas con T. W. Higginson²⁹² te hace estremecer por si hubiera un defecto latente que escapa a tu visión; pero cuántos tomos de filosofía *resume* la farsa vil o expresa más completamente el punto de vista excelso del alma inquieta que lo siguiente:

*¡Qué horrible ser alguien
tan público que, como una rana,
repite su nombre el día entero
ante una ciénaga admirada!*²⁹³

El doctor Tuckey me preguntó el otro día si alguna vez había escrito para la prensa. Yo negué con vehemencia semejante imputación. Qué triste es que se suponga invariablemente que lo puramente inocuo lleva impresa la huella de la serpiente familiar. A la musa doméstica no se la considera muy original; el señor Cross,²⁹⁴ el viudo georgiano, pregunta a K. si William sacó su psicología del señor Frederick Myers, y la señora Lichfield (de soltera Darwin) hablando de que acababa de leer las cartas de la señorita Burney,²⁹⁵ pregunta si “el señor Henry James las ha leído, y si era de esos libros de donde sacaba los personajes de sus novelas”. Cuando yo tenía un “salón” en Bolton Row, esta señora vino a verme y me preguntó qué era lo que me ocurría, dije yo; “Lo llaman gota

²⁹² Thomas Wentworth Higginson (1823-1911), escritor, profesor y reformador social, fue el primero en alentar a Emily Dickinson (1830-1891), preparando una edición de dos volúmenes de sus poesías junto con Mabel L. Todd (1890-1891).

²⁹³ El poema del que Alice cita estos versos figura con el número 288 en *The Poems of Emily Dickinson* (ed. Jonson), 1958.

²⁹⁴ John Cross, marido de George Eliot.

²⁹⁵ Fanny Burney, madame d'Arblay (1752-1840), novelista y diarista.

latente”; “¡Ah! eso es lo que tenemos nosotros, ¿proviene de que sus padres bebían?” Yo pensé que la inteligencia darwiniana debe ser mejor para la ciencia que para la sociedad.

30 de enero

Hablando con K., un amigo se deshacía en elogios hacia la devoción de la señora de Charles Kingsley por la memoria de su esposo, y como prueba dijo que siempre se sentaba junto a su busto y tenía su foto prendida en el almohadón contiguo; como expresión última de refinado sentimiento espiritualizado, ¿se puede concebir algo más grotescamente detestable?

El viernes, K. le dijo al director de la banda: “¿Por qué vienen todas las semanas si saben que nunca se les permite tocar?”. “¿Y cómo sabemos que la señora no se ha muerto todavía?” fue la respuesta propiciatoria. Todos los viernes sufrimos cinco estridentes tormentos.

El señor Henry Adams²⁹⁶ le dijo a K. el otro día, hablando de la ignorancia de los médicos ingleses con respecto a la inválida norteamericana: “El médico inglés ante una constitución de Nueva Inglaterra es como un niño sonrosado con una manzana en la mano”.

1 de febrero

Políticamente soy una total degenerada, ni siquiera pude desmayarme ante la gran victoria de Rossendale; me altera un poco la sangre, sin embargo, y proyecta una leve sombra de pena, no participar en la diversión de ver a los pobrecitos, a los “respetables” liberales arrojados contra sus escrúpulos y flotando como impotentes barcas en el maremoto laborista que va a desbordarse en cuanto la cuestión irlandesa pase a segundo plano.²⁹⁷

²⁹⁶ Henry Adams (1838-1918), un historiador, estaba por entonces de visita en Inglaterra.

²⁹⁷ Las elecciones locales de Rossendale (Lancashire), celebradas el 23 de enero

No radica la tragedia en las penas y los dolores, sino en la inexorable incapacidad para ser feliz.

Una señora le dijo a K. con total seriedad el otro día que la Teosofía le había curado el hígado, y le había desaparecido un tumor con Cura Mental, no está nada mal para un británico; pero la joya de primer orden llega de Boston Highlands. K. le dijo el otro día a la señora que últimamente he tenido terribles dolores; “Es porque Londres está de luto”, declara ella; “pero no ha salido de la cama en meses; y no ha visto Londres de luto, y su ánimo es perfectamente alegre.” “Eso no tiene en nada que ver, influye en su cuerpo y le produce dolor.” Alguien sugirió que el nombre más apropiado es “Enfermedad de la Mente”.

El éxito o fracaso de una vida, en lo que hace a la posteridad, parece estribar en el mayor o menor grado de suerte para asir el momento apropiado del eclipse. El pobre “Cuellos y puños”²⁹⁸ ha tenido esa oportunidad, y su personalidad diáfana e insulsa quedará adornada ante los hombres por el barniz de romanticismo que le da el contraste dramático del momento; en la tierna emoción que despiertan sus días de padecimiento, esta pobre criatura insustancial adoptó una forma muy humana.

2 de febrero

Esta agonía lenta es sin duda instructiva, pero decepcionantemente carente de emociones; es la “naturalidad” llevada a su suprema expresión. Uno va abandonando una actividad tras otra, y no llega a percibir que han desaparecido, hasta que súbitamente se da cuenta de que han pasado los meses y el sofá no volverá nunca a ser visitado, leído el periódico de la mañana, o lamenta-

de 1892, fueron unas de las más interesantes en la lucha por la autodeterminación irlandesa. John Henry Maden, un fabricante y liberal del grupo de Gladstone, ganó al Unionista Liberal, sir Thomas Brooks.

²⁹⁸ Apodo aplicado al príncipe Alberto Víctor, hijo del futuro Eduardo VII y nieto de la reina Victoria, por el tipo de camisas que utilizaba. Al parecer era algo retrasado. (*N. de la T.*)

da la pérdida de un libro nuevo; te mueves con igual conformidad dentro del círculo disminuyente hasta que se alcanza el punto de desaparición, digo yo.

La vanidad, no obstante, mantiene su indisputado dominio, y me produce satisfacción sentirme tan yo como siempre, quizá solamente una esencia más concentrada debido al menoscabo. Si consiguiera pensar en el destino de mi alma, ello daría sin duda un sabor de incertidumbre a los fugaces minutos, pero nunca me he sentido menos interesada en la pobrecilla, tan gastada y tan vieja. El hecho es que he estado muerta mucho tiempo y ha sido sencillamente como un lúgubre empujón de las horas a mi espalda pues me enfrenté a un posible horror incesante desde aquel espantoso verano del 78, cuando me hundí en un mar profundo, sus aguas oscuras se cerraron sobre mí y no volví a conocer esperanza ni paz; y ahora sólo queda por agotarse una vaina de guisante reseca y vacía.

Hace poco ocurrió un episodio bastante divertido con el afable y generalmente comprensivo Tuckey, que tuvo el desatino de asegurarme que todavía voy a vivir una buena temporada; yo me mostré terriblemente agitada y cuando vio los estragos que había causado, añadió en tono tranquilizador: “Pero también se sentirá a gusto”, ante lo cual exclamé yo: “Eso me da igual, pero, jay, qué *inoportuno!*” y el pobre hombre soltó una carcajada. Después me alegré de que hubiera ocurrido, porque me cogió muy de sorpresa, y pude poner a prueba la sinceridad de mis inclinaciones mortuorias. Siempre he *creído* que quería morir, pero tenía gran inseguridad sobre cuáles podrían ser mis manifestaciones musculares en el momento de transición, porque ocasionalmente he sentido un temblor como el del inesperado tirón del dentista cuando imagino el momento en sí. Pero mi sustancia pareció indignarse tanto como mi mente ante el dictamen de Tuckey, por lo que acaso sea capaz de mantener una serenidad digna de espíritu tan sublimado como el mío; sea como fuere, nada hay en ello de esas paparruchas de “fortaleza

de espíritu”, es simplemente debilidad física; sería una pesadez que me perturbaran.

28 de febrero

Se da por sentado, al parecer, que voy a espiritualizarme en “mensajero de distrito”, pues aquí llega otro mensaje para Padre y Madre; imagínese que les arrastrara, a ellos en quienes sólo puedo pensar como una sublimación de sus cualidades, a cotillear sobre la poca o mucha fe de fulano o mengano. Desde luego, rezo al Cielo para que la detestable señora Piper²⁹⁹ no se tome libertades con mi pobre alma indefensa. Supongo que eso de las “médium” ha hecho más para degradar la concepción espiritual que las formas más toscas de materialismo o idolatría: ¿se ha transmitido alguna vez algo que no sean los hechos y detalles más insignificantes, mezquinos y groseros; algo que se eleve por encima de los escuálidos intestinos de los asuntos humanos? Y ¡ay, las curiosas mentes de esponja que absorben todo ello y pierden todo sentido del gusto y del humor!

29 de febrero

Una joven en una pastelería de Ginebra, le cuenta a una amiga que un potentado que pasaba por allí había entrado en la tienda por la mañana y ella le había servido unos pasteles: “¿Qué sentiste?” preguntó la amiga. “Me ruboriza decir que me sentí emocionada.” La enfermera habla de un peón que estaba una vez ingresado en el hospital y que se expresaba de la forma más procaz. Le tenían que poner cloroformo y ella y la enfermera ayudante estaban muy preocupadas por lo que pudiera decir, por lo que una de ellas se colocó junto a su cabeza para taponarle la boca con un pañuelo si empezaba a blasfemar, cuando para su asombro empezó a balbucir sobre Jesús.

²⁹⁹ La señora Piper era una célebre médium de Boston, a la que descubrió William James en 1885.

Qué agotador para la sustancia y exasperante para los nervios es estar perpetuamente lamentando, escudriñando y deseando alterar cosas ya ocurridas, como si toda intervención personal no desapareciera cuando lo “ocurrido” cristaliza en historia. Qué importancia puede tener que sea el dolor o el placer lo que ha modulado y dejado impronta en la pulpa interior, cuando uno está absorto en el supremo interés de contemplar el perfil y el trazado a medida que las líneas se ensanchan hacia la eternidad.

4 de marzo

Estoy siendo lentamente triturada bajo la sombría piedra del dolor físico, y dos noches he estado a punto de pedirle a K. la dosis letal, pero una camina vacilante por senderos tan desconocidos y perdura segundo a segundo; y estoy segura de que la única posibilidad es que ese desconcertado martillito que me mantiene viva comprenda en breve la decencia de cesar su enajenado avance; sea esto como fuere, el dolor físico por fuerte que sea acaba y cae de la mente como una cáscara seca, mientras que las disonancias morales y los horrores nerviosos abrasan el alma. Estos últimos los tiene Katharine totalmente bajo el control de su mano rítmica, por lo que ya no temo. ¡Ah, qué maravilloso momento cuando me sentí flotar por primera vez en el mar profundo de divina *cesación*, y vi esfumarse en vapor todos los viejos misterios y milagros! Esa primera experiencia no se repite, afortunadamente, porque podría convertirse en seducción.

Katharine no puede evitarlo, está en su constitución, una simple encarnación de la Salud, como la calificó Baldwin, “la profesora de las cosas prácticas venida de Nueva Inglaterra”.

APUNTE FINAL, HECHO POR KATHARINE P. LORING

Durante todo el día del sábado 5 e incluso por la noche, Alice estuvo componiendo frases. Una de las últimas cosas que me dijo

fue que hiciera una corrección en la frase del 4 de marzo “disonancias morales y horrores nerviosos”.

El dictado del 4 de marzo estuvo girando en su cerebro todo el día, y aunque estaba muy débil y le cansaba mucho dictar, no pudo sosegar su cabeza hasta que estuvo escrito: después quedó aliviada y terminé de leerle el cuento de la señorita Woolson, “Dorothy”.³⁰⁰

K. P. L.

³⁰⁰ Este cuento se publicó póstumamente en el libro *Dorothy and Other Italian Stories* en 1896.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Adams, Henry, 274.
 Adams, Marian (Clover) Hopper, 80.
 Agassiz, Louis, 139.
 Ailesbury, marqués de, 124.
 Alcott, Bronson, 102.
 Alcott, Louisa May, 102.
 Aldrich, Thomas Bailey, 269.
 Alejandro III, 246.
 Alexandra, princesa, 238.
 Amiel, Henry-Frédéric, 162.
 Aosta, duque de, 115.
 Appleton, Thomas Gold, 103.
 Archer, William, 42, 203-204.
 Argyll, duque de, 238.
 Arnold, Frances Wightman, 147-148.
 Arnold, Matthew, 35, 147-148, 218.
 Ashburner, Annie. *Véase* Richards, Annie
 Ashburner
 Asquith, lady, 155.
 Athenaeum, (Club), 235.
Atlantic Monthly, 68, 145, 206, 239, 269.
 Austen, Jane (*Persuasion*), 51.
 Azeglio, Massimo d', 119, 131.
- Baldwin, William Wilberforce, 173-174,
 176, 270, 278.
 Balestier, Charles Wolcott, 203, 268.
 Balfour, Arthur James, 67, 70, 136-137,
 140, 163, 181.
 Barbaro, Palacio (Venecia), 184.
 Bashkirtseff, Marie, 44, 162.
 Bateman, lord, 174-175.
 Beach, sir Michael, 229.
- Bedford, duque de, 208.
 Bennett, James Gordon, 94-95.
 Bentley, Richard, 90.
 Bernhardt, Sarah, 52, 136.
 Birrell, Augustine, 16, 132, 163.
 Bismarck, principe Otto von, 77, 108,
 138, 196
 Blaine, James, 88.
 Blenheim, Castillo de, 75.
 Blowitz, Henry de, 237.
 Bolton, Thomas H., 135.
 Boningue, Marie, 166.
 Boott, Elisabeth. *Véase* Duveneck, Eli-
 zabeth Boott
 Boott, Francis, 55, 168, 187, 216.
 Botticelli, Sandro, 75.
 Boucher, Francis, 205.
 Boulanger, Georges, 90, 138, 186.
 Bourget, Paul, 156, 176, 205.
 Bowles, Charles, 193.
 Bowles, Susan, 193.
 Bradford, George Partridge, 116, 236.
 Brett, Reginald, 130.
 Brontë, Charlotte (*Jane Eyre*), 264.
 Brooks, sir Thomas, 58.
 Brooks, Van Wyck, 21.
 Browning, Robert, 31, 100, 106.
 Browning, Elisabeth Barrett, 103.
 Bruce, Robert, 115.
 Bryce, James, 231.
 Burne-Jones, Edward, 235.
 Burney, Fanny, 273.
 Burr, Anna Robeson, 17-18.

- Burton, Alice, 205.
 Buxton, Charles, 147.
 Buxton, Emily Mary, 147.
- Cabot, Lilla, *Véase* Perry, Lilla Cabot
 Campbell, Janey Sevilla (Callander), 150.
 Carlyle, Thomas, 23, 25.
 Cervantes, Miguel de (*Don Quijote*),
 187.
 Chamberlain, Joseph, 89, 242.
 Channing, William Henry, 219.
 Charcot, Jean-Martin, 39.
 Child, Francis James, 266.
 Child, Henrietta, 51.
 Clark, sir Andrew, 250, 271.
 Clark, sir John Forbes, 71.
 Clarke, Bessie, 226.
 Clarke, Mary Rose, 178, 197, 223.
 Clarke, Stanley, 198.
 Clemens, Samuel. *Véase* Twain, Mark
 Clínica Adams para Enfermedades Ner-
 viosas, 13, 30.
 Clough, Anne Jemima, 247, 264.
 Clough, Arthur Hugh, 214, 219.
 Club del Sábado, 99.
 Collins, Wilkie, 119.
 Coltman, Charlotte, 71.
 Compton, Edward, 150, 202, 204-205,
 240, 269-270.
 Compton, Virginia Bateman, 150.
 Comte, Auguste, 23.
 Coppée, François, 168.
 Coquelin, Benoît Constant, 255.
 Cross, John, 272-273.
 Cross, Mary, 58, 113, 117, 177, 215, 271.
 Cure, Edward Capel, 70.
 Curtis, Daniel S., 158.
 Curzon, George, 132.
 Cusin, Amélie, 73.
- Dallas-Yorke, Winifred, 59.
 Padre Damián, 71.
 Dante, Alighieri, 45.
 Darwin, Charles, 157.
 Darwin, Sara Sedgwick 33.
 Daudet, Alphonse, 100.
 Davies, Arthur Lewellyn, 142.
 Davitt, Michael, 70.
 Delboeuf, Joseph R. L., 88.
 Deodoro da Fonseca, Manuel, 88.
 Descartes, Rene, 102.
 Devonshire, duquesa de, 154.
 Dickens, Charles (*David Copperfield*),
 187.
 Dickinson, Emily, 273.
 Du Maurier, George, 142.
 Du Maurier, Sylvia, 142.
 Dumas, Alexandre, 92, 156.
 Duncombe, lady Helen, 194.
 Duveneck, Elisabeth Boott, 55, 168.
 Duveneck, Frank, 55.
- Eames, Emma, 94.
 Eighty Club, 92
 Eliot, George, 23, 215; *El molino del
 Floss*, 68.
 Elliot, John, 56.
 Elliot, Mary, 56.
 Emerson, Ralph Waldo, 20, 25, 236.
 Emmet, Christopher Temple, 207.
 Emmet, Ellen James Temple, 207, 214,
 226.
 Emmet, Mary Temple, 226.
 Escuela de Miss Clapp, 11.
 Escuela de Miss Hunter, 11.
- Farlow, William Gilson, 91.
 Farrar, archidiácono F. W., 184, 187.
 Fields, James T., 118.
 Fife, duque de, 67.
 Fife, duquesa de, 84.
 Fitzgerald, Edward (*Rubyáyát*), 100.
 Flaubert, Gustave, 23.
 France, Anatole, 168-169, 254.
 Fullerton, William Morton, 237.
- Gales, príncipe de (Eduardo VII), 67,
 251, 254, 275.

- Gibbens, Alice Howe. Véase James, Alice Howe Gibbens
- Gibbens, Margaret, 67.
- Gladstone, William Ewart, 67, 105, 200, 207, 234.
- Glynn, E. Carr, 231.
- Godkin, Edwin Lawrence, 64, 80, 266.
- Gordon-Cumming, sir William, 254.
- Gower, lady Alexandra Leveson, 238.
- Graham, Harry G., 135.
- Gray, señora Asa, 214.
- Grove, Archibald, 95.
- Guillermo II, 138, 254.
- Gurney, Edmund, 81, 95.
- Gurney, Ellen Hooper, 80.
- Gurney, Ephraim Whitman, 80.
- Hagen, Hermann August, 271.
- Halévy, Ludovic, 101.
- Hallett, J. T., 217.
- Hare, sir John, 241, 255.
- Harland, Marion Terhune, 237.
- Harrison, Benjamin, 88.
- Hawthorne, Nathaniel, 20.
- Hazard, Anna, 144.
- Hazard, Mary, 144.
- Hazard, Tom, 144.
- Higginson, Thomas Wentworth, 273.
- Hoffmann, baronesa Lydia Von, 95.
- Holland, sir Henry, 147.
- Holland, Sidney, 83.
- Holmes, Oliver Wendell (padre), 61, 90, 98.
- Holmes, Oliver Wendell (hijo), 61, 91, 98.
- Homero, 85.
- Hooper, Edward William, 80.
- Howells, William Dean, 23, 59, 174, 187, 237.
- Hunter, George, 214.
- Hunter, Rebecca. Véase Escuela de Miss Hunter
- Hurlburt, William Henry, 94, 236,-237.
- Huxley, Thomas, 117.
- James, Alice Howe Gibbens, 97, 126.
- James, Catherine Margaret, 195.
- James, Edward Holton, 245.
- James, Garth Wilkinson, 11, 16-17, 25.
- James, Henry, padre, (1811-1882), 11, 16-17, 157, 195.
- James, Henry (1843-1916), 11, 13, 15-16, 20-21, 25-26, 28, 30-36, 39-40, 42, 44, 45, 53, 55, 64, 68, 71, 73-74, 80, 83, 87, 91, 94, 95, 97, 99-100, 102, 105-106, 114, 121, 126, 139-140, 145, 147, 150, 155-156, 158, 162, 166, 168, 173, 175-176, 184-185, 190, 193-194, 202-208, 218, 226, 229, 235, 238-240, 244, 249-250, 260, 262-263, 266, 268, 270, 273; *El americano* (obra de teatro) 39, 140, 150, 158, 202-203, 205, 211, 227, 240-241, 255, 263, 269; "Browning in Westminster Abbey", 105; "The Madonna of the Future", 145; "The Marriages", 239; *Notes of a Son and Brothers*, 46, 226; *La princesa Casamassima*, 41; *The Reprobate*, 244; *Tenants (Mrs. Vibert)*, 241, 255; *La musa trágica*, 178, 206, 255; *Transatlantic Sketches*, 74.
- James, Henry (1879-1947), 126, 184.
- James, Margaret Mary (Peggy), 218.
- James, Mary Walsh, 55.
- James, Robertson, 16-17, 25, 245.
- James, William (1771-1832), 114.
- James, William (1842-1910), 11, 13, 15, 17, 20, 23, 26-27, 32, 36-39, 43, 77, 79, 83, 86, 98, 111, 121, 139-140, 157, 185, 187-188, 206, 252, 255, 262, 268, 273; "The Hidden Self", 188; *The Literary Remains of the Late Henry James*, 157; *Principios de psicología*, 206, 255, 262.
- James, William (1882-1961), 218.
- Jones, Henry Arthur, 219.
- Jorge I, 102.
- Jusserand, J. J., 83.
- Keble, John, 92.
- Kemble, Frances Anne, 37, 87, 88, 157.

- Kendal, Madge, 240.
 King, Clarence, 175.
 Kingsley, Charles, 57, 65-66, 274.
 Kipling, Rudyard, 268.
 Knutsford, lady Mary Asburnham, 83.
- Labouchere, Henry Du Pré, 58, 132, 267.
 La Bruyère, Jean de, 23.
 Lang, Andrew, 116.
 Lathbury, señora de D. C., 135, 145.
 Leigh, lord, 217.
 Lemaitre, Jules, 52, 67, 77-78, 261; *Études et Portraits*, 56; *Révoltée*, 65
 Leppington, Blanche, 72, 100, 123, 174.
 Lincoln, Abraham, 131.
 Lincoln, Robert Todd, 53.
 Longfellow, Henry Wadsworth, 118.
 Lonsdale, lady, 204.
 Loring, Augustus P., 21.
 Loring, George B., 123.
 Loring, Katharine Peabody, 7, 12, 15-21, 33-35, 37, 40, 44, 211, 278.
 Loring, Louisa, 35, 142.
 Lorne, marques de, 232-233.
 Loti, Pierre, 23.
 Louise, princesa, 67.
 Lowell, James Russell, 35, 96, 99.
- Mackenzie, sir Compton, 202.
 Maden, John Henry, 275.
 Manchester, duquesa de, 154.
 Marlborough, duquesa de, 185.
 Mather, Cotton, 24.
 Maud, Constance, 97, 155, 162.
 Maupassant, Guy de, 23, 187, 215.
 Maybrick, Florence Elizabeth, 81.
 Miguel Ángel, 163.
 Moltke, mariscal Bernhard von, 196.
 Montaigne, Michel de, 98.
 Montégut, Émilie, 157.
 Moretto, Il (Alessandro Bonvicino), 75.
 Morley, John, 92.
 Moroni, Giovanni Battista, 75.
 Morse, Frances Rollins, 58.
- Motley, John Lothrop, 98-99.
 Myers, Frederick William Henry, 87, 206, 273.
- Napoleón, príncipe, 224.
Nation, The, 57, 102, 177, 262.
 Neftel, William Basil, 13.
New Review, 95-96.
 Newcastle, duque de, 142.
North American Review, 102.
 Norton, Charles Eliot, 91, 248.
 Norton, Grace, 97.
 Norton, Susan Ridley Sedgwick, 91.
- Ogle, doctor, 199, 257.
 Ohnet, Georges, 52.
 O'Shea, Katherine (Kitty), 104.
 O'Shea, capitán William, 104-105.
- Pall Mall Gazette*, 76, 130, 137, 144, 153, 163, 258.
Paris Illustré, 52.
 Parnell, Charles Stewart, 41, 57, 70, 76, 104, 133-134, 198, 200.
 Parsons, Alfred, 235.
 Paxton, Sydney, 270.
 Peabody, Mary, 146.
 Perkins, Helen, 114.
 Perry, Lilla Cabot, 21, 28.
 Perry, Margaret, 238.
 Perry, Ralph Barton (*Thought and Character of William James*), 20-21.
 Perry, Thomas Sergeant, 238.
 Pigott, Richard, 57.
 Pinero, sir Arthur, 219; *Lady Bountiful*, 241.
 Piper, Leonora, 277.
 Ponsonby, Claude, 194.
 Porter, Benjamin Curtis, 75.
 Porter, Margaret. *Véase* James, Margaret Mary
 Portland, duque de, 59, 72, 149.
 Portsmouth, condesa de, 212.
 Pulitzer, Joseph, 194.

- Quincy, Mabel, 98.
 Quinet, Edgar, 23.
- Racine, Jean, 131.
 Racine, Louis, 131.
 Reform Club, 235.
 Rembrandt, 76.
 Renan, Ernest, 23, 52, 183, 200.
Review of Reviews, 107.
 Richards, Annie Ashburner, 109, 263.
 Richardson, Samuel (*Clarissa Harlowe*), 78.
 Robertson, Alexander, 53.
 Robins, Elisabeth, 255.
 Rodgers, Katharine, 114.
 Rodgers, Henrietta, 114.
 Rose, sir John, 198.
 Roseberry, lady Hannah de Rothschild, 198.
 Rossetti, Christina, 179.
 Rothschild, baron Ferdinand de, 96, 151.
 Russell, sir Charles, 64, 95-96, 132.
 Russell, George W. E., 95.
- Sainte-Beuve, Charles A., 98.
 Sala, George Augustus, 90.
 Salisbury, Robert Arthur Talbot, marqués de, 132.
 Sand, George, 23, 69.
 Sargent, John Singer, 235.
 Savile Club, 235.
Scribner's Monthly, 188.
 Sedgwick, Arthur G., 91
 Sedgwick, Sara. Véase Darwin, Sara Sedgwick
 Sévigné, madame de, 78.
 Shakespeare, William, 79; *Hamlet*, 23; *Enrique VIII*, 73-74.
 Shrewsbury, condesa de, 111, 113.
 Sidgwick, Eleanor, 51, 78, 192.
 Sidgwick, Henry, 51.
 Sidgwick, William, 94.
 Smalley, Evelyn, 104.
 Smalley, G. W., 104, 213.
- Sociedad Humanitaria Femenina de Cambridge, 12.
 Sociedad para la Investigación Psíquica, 87.
Speaker, The, 105.
Spectator, The, 231.
 Spencer, Herbert, 117.
Standard, The, 42, 66-67, 108, 112, 120, 127, 134, 149, 151, 158, 161, 182, 198, 200, 206, 242-243.
 Stanley, Dorothy Tennant, 179.
 Stanley, sir Henry M., 155, 186, 192.
 Stead, William Thomas, 107.
 Stevenson, Fanny Osborne, 126.
Still Waters Run Deep (Tom Taylor), 73.
 Sturgis, Russell, 249.
 Sutherland, duque de, 238.
 Swedenborg, Emanuel, 24.
- Taine, Hyppolite, 83.
 Taylor, Charles Fayette, 12.
 Teck, duquesa de, 151.
Temple Bar Magazine, 90.
 Temple, Ellen. Véase Emmet, Ellen James Temple
 Temple, Mary (Minnie), 226.
 Temple, Robert Emmet, 195.
 Temple, sir William, 188.
 Thackeray, William Makepeace, 25, 231.
 Thomas à Kempis (*Imitación de Cristo*), 54, 82.
 Ticknor, Anna, 42, 237.
Times, The (Londres), 42, 237.
 Todd, Mabel Loomis, 273.
 Tolstói, Leo (*Guerra y paz*), 23.
 Torry, John Cooper, 251.
Tribune, New York, 104.
Truth, 125, 155, 184, 209-210, 214, 234-235.
 Tuckey, Charles Lloyd, 39, 268, 273, 276.
 Tuke, Daniel Hack, 230.
 Twain, Mark, 110, 130.
 Tweedy, Edmund, 144, 195.
 Tweedy, Mary Temple, 144.

- Van Dyck, sir Anthony, 74.
 Vaux, Alice James, 18.
 Vaux, Henry James, 18.
 Vaux, Mary James, 16-18, 31.
 Vedder, Elihu, 269.
 Vicaire, Gabriel, 170.
 Victoria, reina, 151, 232, 238, 275.
 Voisenon, abbé de, 131.
 Voltaire, 131.

 Wagner, Richard, 97.
 Walpole, sir Spencer, 174.
 Walsh, Catherine (tía Kate), 13, 25, 28, 82.
 Walsh, Catherine (señora de Hugh), 82.
 Walsh, Elizabeth Robertson, 53.
 Walsh, Hugh, 114.
 Walsh, James, 53.
 Ward, Genevieve, 241.
 Ward, Mary Augusta (señora de Humphrey), 37; *Robert Elsmere*, 250, 253.

 Ward, Samuel Gray, 95.
 Warwick, castillo de, 75, 79.
 Watkin, sir Edward, 158, 160.
 Watteau, Jean Antoine, 205.
 Webster, sir Richard, 237.
 Westminster, duquesa de, 184.
 Wharnccliffe, lord, 213.
 Williams, James, 164.
 Wilmot, doctor, 113.
 Wilton House, 74.
 Wolsey, cardenal, 74.
 Wood, señora de John, 219.
 Woolson, Constance Fenimore, 229.
World, The New York, 194-195, 203.
 Wormeley, Katherine P., 158.
 Wyckoff, señora de Albert, 140.
 Wyckoff, Helen, 114.
 Wyckoff, Henry, 140, 244.

 Yonge, Charlotte, 92.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA 30 DE OCTUBRE DE 2003,
EN GUADA IMPRESORES.

